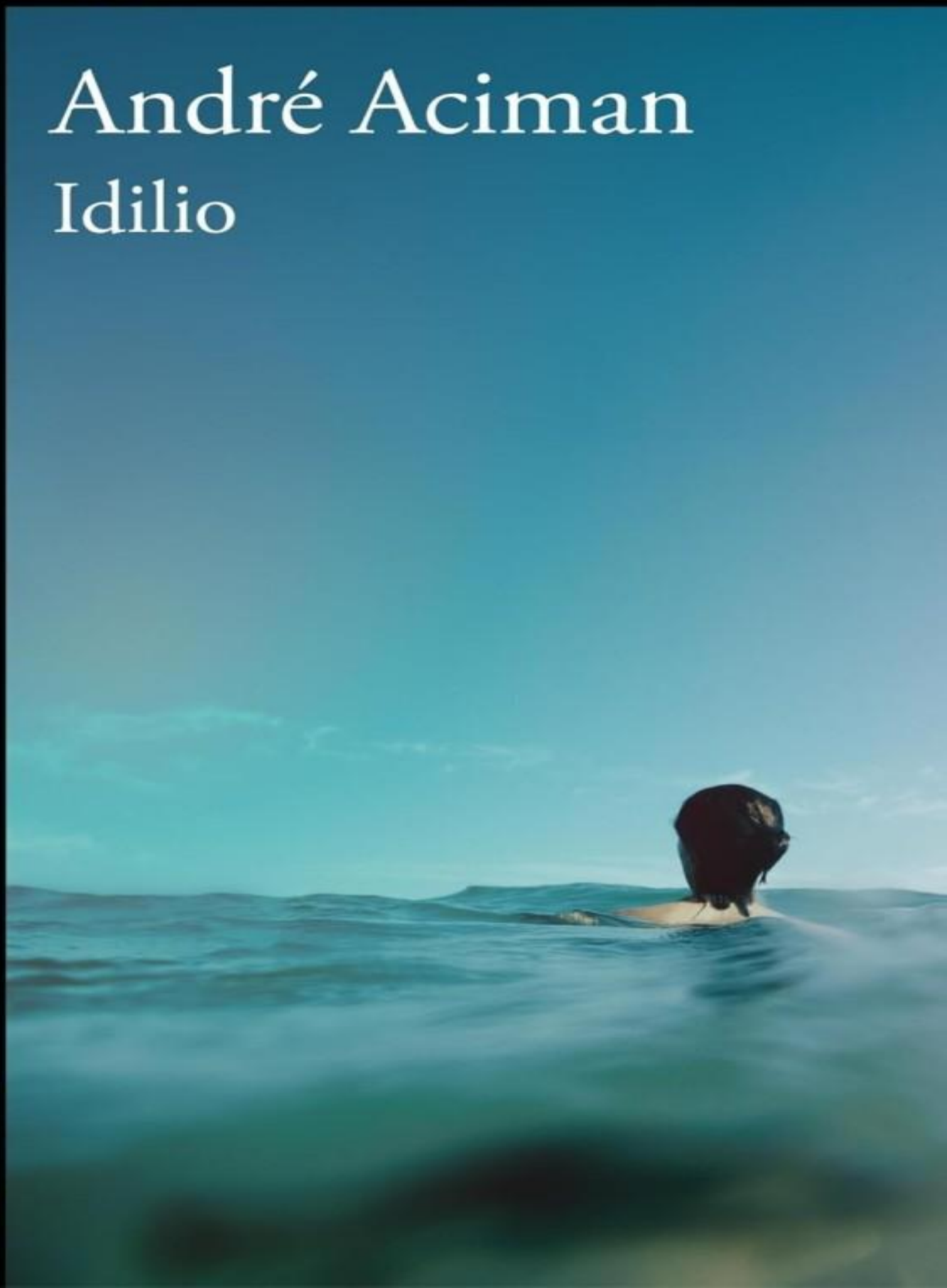
ALFAGUARA

André Aciman

Idilio



Narrativa Internacional

Traducción de Julia Osuna

André Aciman

Idilio

Traducción de Julia Osuna

ALFAGUARA

Dedicatoria

Para Rebecca Hartje, Mollye Shacklette y Hemin Shin

El caballero del Perú

1

—Puede que esto lo alivie —dijo el desconocido, que se había acercado a la mesa del grupo y estaba poniéndole una mano en el hombro a Mark—. Solo respire hondo y cuente hasta cinco.

Llevaban viéndolo al menos tres días, sentado a una mesa que se hallaba frente a ellos, en una esquina de la terraza del restaurante, junto a la piscina del hotel. Siempre retraído, en ocasiones dispuesto a cruzar palabras amables con el camarero alto y canoso, por lo demás un hombre muy callado y reservado.

A pesar de sentarse siempre a solas, nunca llevaba nada para leer, tan solo una Moleskine verde, que dejaba abierta bocabajo, como una tienda de campaña en miniatura; una estilográfica negra, menuda y sin alfiler; y unas gafas, que lanzaba sobre la mesa sin importarle en absoluto cómo aterrizaran en el mantel, como aún negando que las necesitaba. Recién entrado en la sesentena, era elegante, esbelto, e irradiaba siempre buen ánimo en su chaqueta cruzada de sirsaca azul marino, camisa de lino y corbata gris plata, todo ello sin una arruga y rematado por un pañuelo de bolsillo de colores vivos.

Se lo habían cruzado varias veces por el vestíbulo o por la amplia terraza y habían empezado a elucubrar sobre él; seguramente pensaban que era el típico caballero italiano medio jubilado que había hecho fortuna en la vida y que elegía para sus vacaciones un balneario en la montaña o un resort de playa donde socializar un poco, jugar al bridge por la noche y conseguir, por unas semanas, alejarse de la esposa, la amante y los nietos. Este caballero, sin embargo, ni socializaba, ni jugaba al bridge, ni había ido allí por las aguas ni los barros, y, al contrario que los demás huéspedes del

hotel, no paraba de pedirles a los camareros que bajaran el volumen de la música de Vivaldi, ya de por sí en sordina, que sonaba en la zona del comedor. En una ocasión, camino de la que normalmente era su mesa, había mirado al grupito de reojo e incluso había hecho una ligerísima inclinación, un saludo de pasada, sin pronunciar palabra. Ellos no le habían devuelto el gesto, pues esos modales del viejo mundo les resultaban demasiado fríos y formales y no sabían bien qué responder. Se habían limitado a dedicar a aquella figura una mirada inexpresiva y desconcertada, a hacer caso omiso del saludo distante y a no alentar lo que tuviera pensado hacer ese hombre.

—Te lo digo, ha estado estudiándonos —comentó uno de ellos.

—Es raro —coincidió otro.

La mesa del grupo era la más grande y ruidosa de la terraza del hotel y ocupaba buena parte del espacio cercado por la balaustrada con vistas a la playa y al puerto deportivo situado a la izquierda. Las primeras veces, en cuanto ellos aparecían, los camareros se apresuraban a juntarles tres mesas y cubrirlas con un largo mantel. Después, cuando todos terminaban de comer y se iban, los camareros quitaban el largo mantel, lo hacían una bola y separaban de nuevo las mesas. Al final, viendo que la pandilla nunca salía del hotel ni para desayunar ni para cenar, los camareros decidieron dejar las mesas juntas durante lo que le quedara de su estancia. Sin ser los únicos huéspedes estadounidenses, sí eran los más jóvenes y ruidosos. Cuando los dos guitarristas se acercaban a su mesa por las noches, las mujeres del grupo sonreían de oreja a oreja, se volvían para mirar a los músicos y reían mientras intentaban tararear al son de la música. El resto de los comensales hablaban en voz baja, comían muy despacio y bebían muchísimo menos. Los jóvenes estadounidenses eran los últimos en irse entrada la noche y, para cuando pedían los postres, las demás mesas estaban ya montadas para el desayuno del día siguiente.

Después de cenar, a la mayoría de los huéspedes mayores les gustaba pasar el rato arrellanados en la zona común no muy lejos del vestíbulo o jugando al bridge en la sala de juegos. Para estos, no se trataba de un alojamiento al que iban unos días, sino donde

pasaban al menos tres semanas seguidas, socializando con los demás huéspedes que llevaban frecuentándolo años, si no décadas, y haciendo breves excursiones por los alrededores para luego volver a darse un baño rápido, seguido de unos cócteles poco cargados y una cena suntuosa. El chef, como el personal del hotel insistía en recordar a los jóvenes *signori americani*, era conocido en el mundo entero y había firmado tres recetarios superventas. Después de cenar, los de muy avanzada edad alargaban un agua mineral o una manzanilla en la galería cubierta o, por miedo a las corrientes, iban a resguardarse en la sala del té. Los jóvenes estadounidenses habían apodado a este subgrupo «el club de la calceta», porque dos de las ancianas estaban casi siempre haciendo punto, mientras que los hombres, que más tarde gustaban de trasladarse a la logia para discutir sobre el lamentable estado de la política italiana, se sentaban en corros de tres o cuatro hasta que se recogían cuando refrescaba un poco. Después de cenar, a los jóvenes estadounidenses les gustaba apiñarse en la pequeña zona de bar, que seguramente albergaba más ginebras y whiskies de malta que cualquier bar de lujo del Reino Unido.

—¿Creéis que las damas jugarán al *gin rummy* después de la cabezadita de la tarde? —se preguntó en alto Margot, una de las estadounidenses, que trabajaba en una galería de arte y que no solía tener reparos en despachar comentarios maliciosos sobre desconocidos.

Todos rieron.

—Sí, pero ¿tú sabes lo que les pasa a sus maridos? —preguntó Oscar, que era de origen chileno, había estudiado en Estados Unidos y tenía un sentido del humor muy cáustico.

Aguardó a que alguien aventurara una respuesta, pero, al ver que nadie lo hacía, no tuvo más remedio que sacar a colación el viejo chiste de por qué esos maridos siempre morían antes.

—¿Por qué mueren antes? —preguntó Margot, quitándole al otro la gorra de capitán y poniéndosela ella de cualquier manera.

—Porque quieren morirse —contestó su amigo.

El grupo volvió a estallar en risas. Margot se quedó mirando a las dos ancianas, que habían estado hablando de puntos de calceta, y

les dedicó una indefinida sonrisa a larga distancia.

—Mira, de verdad, promete que me pegarás un tiro si acabo haciendo calceta en un hotel y bebiendo manzanilla recalentada cuando tenga ochenta años.

Dicho esto, le devolvió la gorra a su amigo, aunque, para fastidiarlo, le ladeó la visera a la izquierda. Este intentó ponérsela bien, pero ella le echó entonces la visera hacia la derecha.

—La gente mayor vive mucho más de la cuenta —sentenció la joven soltando ya la gorra.

Las dos pensionistas ignoraban que eran el blanco de tanto humor y, al captar las sonrisas de los jóvenes americanos que estaban al otro lado del comedor, intercambiaron gestos contenidos que bien podían pasar por saludos no verbales.

—Están viniéndose arriba—dijo Margot—. A las gallinas viejas es mejor no despertarlas.

—Otra vez con tus maldades —terció Mark, que era la voz de la razón del grupo.

La joven se contuvo y se quedó callada, pero luego, clavándole la vista de nuevo, respondió:

—Ya lo sé. —Al ver que nadie decía nada, añadió—: No, es que estaba acordándome de mi abuela, que tuvo la suerte de morir dormida. A mí me gustaría ahorrarme lo de hacerme vieja.

—Aun así —prosiguió Mark—, no deberías decir esas cosas. Mi abuela murió hace unas semanas y yo la quería mucho. —El joven siempre vestía alguna prenda u otra de tenis aunque no estuviera jugando. Ahora, por una lesión reciente, no paraba de frotarse el hombro.

El caballero bien trajeado, en cualquier caso, destacaba entre el resto de los huéspedes y parecía muy contento de que no perturbaran su soledad. Paul, que trabajaba para un congresista en la capital, se lo había cruzado por el espacioso vestíbulo del hotel y, sin saber por qué, lo había saludado con una sonrisa evasiva que no consiguió retirar a tiempo. El caballero le había respondido con un gesto de cabeza mecánico pero sin sonreír.

—Nos tiene manía y punto —dijo Mark.

—Podría ser uno de esos asesinos a sueldo que viven de lo que han ido acumulando en su cuenta de Suiza —comentó Margot.

—No, un asesino a sueldo en su último encargo.

—¿Y a quién va a matar?

—Puede que a uno de nosotros —contestó Paul.

—Yo le veo más un aire a pintor —aventuró Angelica, que siempre bajaba a comer con el bañador y el pareo traslúcido ya puestos.

—Podría ser.

—Parece demasiado anticuado para ser artista.

—A mí me da un poco de yuyu —admitió Margot.

Después de desayunar, el caballero se iba con el mismo sigilo con el que había llegado.

—Seguramente vaya a encontrarse con su topo.

—Del Mosad.

—¿Por qué del Mosad?

—Cara de judío y demasiado relamido para ser de familia rica. Tiene algo que me da mala espina.

—Otra vez con las maldades, Margot.

Pasada la cena, al caballero le gustaba sentarse él solo en la galería cubierta y fumarse un cigarro, a veces dos.

En la tercera noche lo vieron hacer algo insólito. Regresó adentro, se puso el bañador y bajó las escaleras que llevaban a la playa y al mar, donde empezó a nadar él solo en la oscuridad. Los estadounidenses no lo vieron volver por esas escaleras.

—Ya lo estoy viendo en el periódico: «Exasesino a sueldo se asesina a sí mismo».

—Para ya.

—No sé de qué va este tipo.

Todos coincidieron en que no sabían por dónde cogerlo, aunque en realidad tampoco se pararon mucho a pensarlo y acabaron olvidándose de él sin más. Al parecer solo les interesaba disfrutar del hotel y de la playa circundante. Por el día, les gustaba darse un baño y salir en barco, y dedicaban largas horas al desayuno, al almuerzo y a la cena, mientras que, por la noche, tras la escala de rigor en el bar del hotel, les gustaba salir de fiesta por alguna de las varias discotecas que poblaban las colinas.

De entrada, nadie del grupo supo por qué el hombre se había acercado a su mesa ni por qué había ido directo a Mark. Pero, antes de que pudieran entender nada, tenía puesta la palma de la mano en el hombro derecho de Mark; no se disculpó por la intromisión, no pidió permiso y ni tan siquiera titubeó a la hora de hacer lo que claramente era un gesto invasivo. Es más, lo poco que dijo lo dijo con la soltura y el aplomo naturales de quien lo había hecho muchas veces antes.

—Puede que esto lo alivie.

Pasmados ante el movimiento, los de la mesa se quedaron boquiabiertos mientras el caballero, que era diminuto en comparación con el joven deportista, decía:

—No, no se me mueva todavía, dele unos segundos. —Y al instante inició la cuenta atrás—: Cinco, cuatro, tres, dos, uno —contó antes de ir apartando poco a poco la mano—. Ya debería habérsele ido el dolor.

Mark, que tenía el hombro bastante resentido por una lesión en la pista, se quedó tan perplejo por la aparición del desconocido de barba blanca y chaqueta deportiva azul marino que no supo cómo reaccionar ni qué decir. Momentos después, sin embargo, se levantó y dijo:

—No me lo puedo creer.

Todos pensaron que se disponía a apartar de un empujón al desconocido o a pegarle un puñetazo en la cara. Pero en cambio se tocó el hombro derecho con la mano izquierda y se quedó masajeándose la zona como si intentara comprobar si realmente se había disipado el dolor o si solo había mudado de sitio.

—No siento nada de dolor, se ha ido totalmente —repitió con gran incredulidad.

Prosiguió con sus contorsiones para ver si tenía bien el cuello, la espalda, la nuca, mientras continuaba tratando de dilucidar cómo un dolor así, que hacía días que lo tenía impedido, podía haberse esfumado en cuestión de segundos solo porque el desconocido de la

chaqueta azul marino se hubiera tomado la libertad de ponerle una mano en el hombro y hacer la cuenta atrás.

—Pero ¿adónde se ha ido el dolor? —preguntó volviéndose hacia sus amigos, como si ellos supieran más que él.

Seguía perplejo y no paraba de mirar a su alrededor y hacia atrás, como si alguien le hubiera birlado la cartera y estuviera a punto de lanzársela a otro huésped para hacer la gracia. Por un momento pareció estar pidiéndole al hombre que lo había curado que devolviera el dolor al sitio de donde lo había sacado.

Pero no el dolor ya no estaba.

—El dolor es un reptil muy pillo —comentó el desconocido—. Aparece de la nada, se te queda a vivir en el cuerpo el tiempo que a él le viene en gana, a veces toda la vida, y, si tienes suerte, se larga reptando sin despedirse siquiera.

Mark tuvo la momentánea sensación de que lo usaban sin su consentimiento como primo de un truco de salón. Alguien finge adivinar la carta que has cogido, pero tú sabes que es un truco. Serrará a una mujer en dos, pero ya lo has visto muchas veces. Te saca monedas de detrás de la oreja y tú te ríes como un crío de tres años, a pesar de saber que es todo una farsa. A veces alguien te hipnotiza y te hace decir cosas en público que no osarías ni susurrarte a ti mismo, pero eres todo el rato consciente de que es mentira. En un caso menos común, un mago explicará este truco a su público, y justo cuando todo el mundo crea haberlo pillado y esté deseando hacérselo a otra persona, oh sorpresa, resulta que también la explicación es un truco de salón y sales del espectáculo igual de ignorante que al entrar.

Aquello, no obstante, era real. Lo había dicho el hombre: el dolor no se había molestado ni en despedirse.

—Entonces ¿se me ha quitado de verdad de la buena? —preguntó Mark—. ¿O volverá cuando menos me lo espere?

El desconocido se quedó mirándolo con una sonrisa condescendiente, igual que debió de mirar Jesús a Lázaro cuando este se despertó de entre los muertos, como dando a entender: «Ten fe, hermano, puedes irte tranquilamente».

—¿Y puedo tirar las medicinas que me han hecho comprar en las últimas semanas?

—Puede tirarlas por el desagüe —dijo el desconocido con una risita asomándole a la voz—. Ya verá como estará bien, confíe en mí.

—¿Y esto lo hace usted… gratis? —quiso saber Mark, que empezaba a preocuparse de que le plantaran un recibo en la mano.

—Totalmente gratis —repitió el caballero—. Paga la casa.

—¿Sin consulta de seguimiento? —preguntó por último Mark, con la idea de ponerle algo de humor al asunto y no mostrarse totalmente humillado por la experiencia.

—Sin consulta de seguimiento.

—Entonces ¿ya está? —prosiguió incrédulo Mark.

—Ya está.

—¿De veras?

El hombre mayor se quedó mirándolo con ojos inquisitivos.

—Mire, no soy ningún charlatán de feria ni esto ha sido un espectáculo de magia —dijo por fin en un impecable inglés de Oxford con un mínimo rastro de acento hispano—. Desde mi mesa me pareció evidente que estaba usted dolorido, ahí retorciéndose y poniéndose tenso, y he querido aliviarlo. No hay más, se lo prometo.

Al notar el silencio plomizo que se hizo entre ambos, el desconocido pareció a punto de cuadrarse, dar media vuelta y regresar a su mesa cuando Mark lo invitó a unírseles para tomar una copa de vino y un postre. Quiso añadir unas palabras de agradecimiento, pero el caballero lo acalló con un gesto y un simple «encantado» a la invitación. Todos se apretaron a hacer hueco para una silla más, que el camarero alto acercó a la mesa.

—Será la segunda copa con postre que me tome. Intento no tomar más de una al día. —Les preguntó entonces qué los había llevado a aquel lugar.

La cuestión hizo reír a casi todo el grupo, mientras unos y otros repasaban la mesa para ver quién se animaba a contar la historia.

—Nos invitó a venir un amigo —contó por fin Basil, que era abogado en un gran bufete especializado en derecho societario—. Él fue quien alquiló el barco en el que hemos venido, pero en el último momento tuvo que quedarse en Nueva York y no pudo volar con

nosotros hasta Lisboa. Así que el barco nos recogió en Lisboa y hemos estado navegando desde entonces, a ver si, con suerte, él puede unirse en algún momento.

—Pero ¿por qué aquí? —preguntó el desconocido.

—Por lo visto, algo le pasa al motor y por eso hemos tenido que hacer una pequeña escala. Los mecánicos nos han dicho que están intentando repararlo, pero, si le soy sincero, estar aquí en este hotel, con esta playa y a gastos pagados, es una auténtica fantasía. A mí personalmente me da bastante igual lo que tarden en repararlo.

—Lo mismo digo —intervino Emma—. Con o sin avería, me siento muy tentada de deshacer las maletas, instalarme y vivir el resto de mi vida con mis pinceles, mis lienzos y estas bonitas vistas lejos de Nueva York y de todo hombre de nuestra especie. —Tras una pausa añadió—: Yo soy Emma.

—Parecen ustedes amigos del alma en un crucero de lujo privado. —Envidiaba su camaradería, añadió.

—Bueno, es que nos licenciamos todos hace diez años e hicimos un juramento.

—¿Qué juramento?

—Que el primero que se hiciera rico alquilaría un barco e invitaría a los demás a un crucero. Ninguno de nosotros ha ganado millones, pero Malcolm sí, y ha querido cumplir su promesa.

—Solo que él no ha venido porque está trabajando.

—Solo que él no ha venido porque está trabajando —repitió Angelica con un deje irónico, como si reprochara a Malcolm dedicarse demasiado a sus millones cuando había otras cosas mejores en la vida—. Pero cuéntenos quién es usted —pidió.

—Me llamo Raúl.

Siguió una ronda de presentaciones y apretones de mano: Mark, Basil, Emma, Claire, Angelica, Paul, Margot y Oscar. Eran ocho a la mesa, por lo que Basil estaba seguro de que Raúl no se acordaría de los nombres. Pero el hombre les estrechó las manos a todos haciendo ver que prestaba atención a cada nombre. ¿Cuánto tiempo llevaba en el hotel?, quiso saber Mark. Diez días. ¿De dónde era? Era

de origen peruano, pero había estudiado en Inglaterra y Francia, así como en Estados Unidos. ¿Era su primera vez allí? No, llevaba yendo allí prácticamente todos los veranos desde su más tierna infancia; tenía todavía una casa en la colina, pero nunca dormía en ella porque se la tenía alquilada a una amiga de la familia. ¿Adónde iría después? De vuelta a Francia, les contó.

—Pero estoy más o menos apegado a este sitio —explicó.

—¿Más o menos apegado? —bromeó Margot, utilizando las palabras del hombre—. ¿Qué significa eso exactamente? O se está apegado o no se está.

Raúl se volvió para mirarla y le dedicó una amplia sonrisa, divertido casi por la pulla gratuita.

—Supongo que estoy más apegado de lo que me gustaría reconocer. —No pareció molestarlo que lo pincharan, y también era cierto que Margot tenía un talante chispeante capaz de abrir hasta la puerta más atascada.

—¿Cómo que más apegado de lo que le gustaría reconocer? —preguntó perpleja Margot, que repetía las palabras del otro pero a la vez, al advertir su vaguedad, aprovechaba toda oportunidad para obligarlo a decir realmente lo que quería decir.

—No haga caso de sus modales —terció Emma—. Como empiece, ya no hay quien la frene. Lo quiere marear.

—A mí eso me gusta. Puede que incluso consiga sonsacarme más de lo que le contaría a una perfecta desconocida.

—De perfecta tengo poco —soltó Margot—, cualquiera de esta mesa puede decírselo.

El hombre volvió a mirarla, a sonreír, no dijo nada de entrada, y, luego, en voz baja, añadió:

—Pero sí que es perfecta, y además lo sabe. Aunque tal vez se equivoque usted en algo.

—¿Y eso?

—No es ninguna desconocida. —Por la repentina expresión en la cara de la joven, Raúl debió de intuir que sus palabras la habían dejado descolocada.

—Ah, ¿y de qué nos conocemos entonces? —preguntó Margot con una sonrisa nerviosa y titubeante; por la cara que estaba poniendo,

parecía querer ayudar al hombre a cavar su propia tumba—. Hace días que nos observa, así que es normal que sepa algunas cosas sobre nosotros.

—No me es conocida por eso.

Margot se cuadró de hombros.

—Bueno, pues cuéntenos entonces —contestó dedicándole una sonrisa instigadora.

—Se ve que os lo estáis pasando bien —comentó Oscar—. ¿Cuándo fue la última vez que vimos sonreír a Margot?

—Ella nunca sonríe —dijo Mark.

—No estaba sonriendo —protestó ella.

Hubo una pausa que el caballero aprovechó para pedir una segunda copa de vino.

—Con esta ya van a ser tres —comentó casi como si reconociera una debilidad—. Un precedente nefasto. —Luego, tras otra pausa, añadió—: Usted se llama Marya.

—Yo me llamo Margot. —Más que decirlo, lo ladró.

—Sí, pero habría jurado que al nacer le pusieron Marya.

—¿Por qué?

—Si lo pregunta es porque ya sabe la respuesta.

Ella lo miraba con un desagrado cada vez mayor, como decidiendo si contener o no su genio.

—Mi madre quiso llamarme Marya, pero mi padre prefería Margaret, así que al final se quedaron con Margot. Pero eso no lo sabe nadie. ¿Cómo es posible que lo sepa usted…? ¿Es que la conoció…, conoció usted a mi madre? —Parecía enfadada, preparada para la batalla.

—Sé muchas cosas sobre todos ustedes.

—¿Ah, sí? ¡Cuente, cuente! —lo urgió Margot.

—Se las diré. Pero con una condición. Aunque antes, ¿podría tomar un trozo de *cassata*? Está riquísima, por eso nunca la pido.

Basil hizo señas al camarero.

—Venga, a ver lo que sabe —insistió Margot.

Raúl le dio un sorbo rápido a la copa. Fue entonces cuando, volviéndose para mirar a Mark y cogiendo la copa rellena entre las yemas de dos dedos, pronunció una sola palabra:

—Veintidós.

Mark se quedó mirándolo sin entender.

—¿Veintidós qué?

—Lo sabe perfectamente —respondió Raúl.

Mark estaba *in albis*. Hasta que le vino de golpe.

—¡Ha mirado usted mis datos en la recepción! —exclamó.

—No, nada de eso. Pero es el veintidós de enero, ¿no?

Mark miró alrededor de la mesa y empezó a sentirse tan hueco y transparente como la botella de vino casi vacía que estaba en la cubitera de vidrio a su lado. De no haber sido por lo del hombro, no habría dado ningún crédito a aquel hombre. No creía en lo sobrenatural, no toleraba a quienes sí creían y el aire de piedad exaltada que despedían quienes hablaban de auras o casas astrales sacaba lo peor de él. En esos momentos, sin embargo, dudaba de todo.

Raúl repaso las caras de la mesa.

—Puedo afirmar, por ejemplo, que usted nació en mayo —le dijo a Claire—. Y ustedes dos nacieron en agosto —siguió con Angelica y Paul—, lo que dice mucho. Y usted —añadió dirigiéndose a Basil— es de noviembre.

Silencio. Después dijo los meses de nacimiento de los otros dos sentados a la mesa. Ninguno lo contradijo.

—A mí no me ha dicho —dijo Margot.

—Ya lo sé.

—¿Y bien?

—Nació en año bisiesto, ¿no es cierto? —le preguntó mirándola—. ¿Qué prefiere, el veintiocho de febrero o el uno de marzo? Usted dirá.

La joven se quedó totalmente muda de asombro.

—Esto merece un brindis —dijo Basil dirigiéndose al camarero, quien justo acababa de abrir otra botella para sustituir la de la cubitera—. Nos ha buscado usted por internet —siguió—. Es el truco más viejo del mundo.

—No, en absoluto —aseguró el caballero peruano—. Vayamos con usted entonces, Basil —prosiguió en un tono carente ya de todo

humor—: tuvo usted un hermano gemelo que murió en el útero, y de cuya existencia, para cuando usted nació, no quedaba ni rastro.

—Esto ya no tiene ningún sentido —respondió Basil intentando contenerse para no perder la cordialidad ante aquel señor; luego, con un destello de ironía en la cara, añadió—: ¿Está sugiriendo que me comí a mi gemelo, como un caníbal?

—Pasa más a menudo de lo que cree.

—Esto se está poniendo muy bizarro —comentó Mark.

—Si no me cree, mándele ahora mismo un mensaje a su madre, que está en Nueva Orleans, y pregúntele si esperaba gemelos.

—¿Cómo sabe que vive en Nueva Orleans?

Sin mirar a Basil, Raúl se limitó a clavar la vista en su vaso vacío y a decir:

—Lo sé y punto.

—¿Cómo va usted a saber lo de los gemelos? —insistió Basil—. ¿Ha accedido a historiales clínicos? A no ser que conozca a mi madre, o a su ginecólogo o yo qué sé…

—No me gusta andar hurgando en secretos familiares —repuso Raúl—. Quedémonos mejor con el gemelo ausente.

Basil entretanto había sacado el móvil y estaba escribiéndole la pregunta a su madre.

—Veamos qué dice ella —dijo mientras seguía sacudiendo la cabeza ante lo disparatado de la cuestión.

—Yo ya sé lo que va a decir —apuntó Raúl.

—Bah, no le hagáis caso —intervino Margot, que no se estaba quieta en el asiento y parecía cada vez más indignada por momentos—. Esto es todo un gran montaje, Basil. Nos ha investigado a todos por internet. Seguramente sea el mago del hotel, un buscavidas, un charlatán que viene con el desayuno, el wifi gratis y la televisión por cable. —Miró entonces a Mark—. ¿La cura del hombro también ha sido un fraude?

—No sé, quizá haya sido efecto placebo —le contestó su amigo—, pero, si te soy sincero, doler ya no me duele.

—Si creen ustedes que soy un embaucador, permítanme que entre en detalles. —Se volvió para hablar con Emma—: A usted se le murió alguien hace dos meses.

—Es verdad.

—Le había pedido prestado un reloj, pero no llegó a devolvérselo.

—Sí.

—El reloj reversible con la esfera azul.

—Así es.

—Y ese hombre era su padre.

Muy impresionada, Emma se quedó inmóvil. Le temblaba la barbilla y estaba visiblemente al borde de las lágrimas.

—No se lo devolví porque sabía que iba a morir y no quería que se quedara en la casa con la de cuidadoras que pasaban por allí para atenderlo. Aunque es absurdo, a veces sigo pensando que a ver si se recupera y se lo devuelvo. Pero ¿cómo sabe todo esto?

—Luego se lo explicaré. Pero eso no he podido buscarlo por internet, ¿verdad? —preguntó dirigiéndose a Margot.

Esta, que parecía más alterada incluso, se echó hacia delante en el sitio, repasó con la vista a todos sus amigos y luego, por fin, se levantó y anunció:

—Creo que voy a darme una vuelta.

Raúl levantó la cabeza y se quedó mirándola.

—No se vaya todavía… Por favor.

La joven no respondió y se limitó a arrastrar de nuevo la silla hasta la mesa. Hizo bastante ruido, pero luego se quedó clavada en el sitio, sin sentarse.

—Aquí lo tenemos —anunció entonces Basil, que acababa de recibir un mensaje de su madre desde Nueva Orleans.

—¿Y qué dice tu madre? —quiso saber Margot.

Basil miró a Raúl de hito en hito.

—Estaba usted en lo cierto. Al parecer, hubo sospechas de gemelos pero al final solo nació un crío. Mi madre me pregunta cómo lo sé y, la verdad, no sé qué responderle.

—No le diga nada.

—Esto se está poniendo muy chungo —exclamó Margot, que, enojada, salió de la terraza con cajas destempladas.

—Temo haberla importunado —dijo Raúl volviéndose en el sitio con cara de sorprendido.

—Con Margot nunca se sabe.

—Bueno, apuraré lo que queda de copa y me volveré a la habitación —añadió, aunque no quitaba los ojos de Angelica y Paul —. Ustedes dos no están casados, ¿no?

Paul pareció asombrado por la pregunta y vaciló antes de responder:

—Yo no. Ella sí. Creía que lo sabía usted todo… —soltó con retintín.

—Le diré lo que sé: ustedes se enamoraron en la universidad, pero ninguno hizo nada al respecto. Nadie se enteró, ni ustedes lo sabían o no querían saberlo, y llevan luchando por no saberlo desde entonces, incluso ahora, entre sus amigos, en esta misma mesa. ¿Voy bien de momento?

Paul se quedó mirando a Angelica, puso sonrisa de circunstancias y contestó:

—No va muy desencaminado.

Angelica no respondió en el acto.

—Podría ser —dijo por fin, pero volvió a callar antes de añadir en voz baja y sonriendo incómoda, como si intentara tomarse a la ligera lo dicho—: ¿Qué decís vosotros, creéis que Raúl nos ha pillado? ¿Sí, no?

—Vaya, ¿he metido la pata? —preguntó un desconcertado Raúl.

—Qué va. Lo sabemos todos desde hace años —intervino Basil—. Todo el mundo se lo olía. ¿Cuánto ha tardado en salir a la luz?

—Solo diez años —confesó un humillado Paul.

—A nosotros nos parecen cincuenta —comentó Oscar entre risas.

—En realidad, ha costado tres siglos —terció Raúl.

—¿Alguna revelación más en su bolsa de trucos, amigo mío? —preguntó Oscar.

Raúl no dijo nada y se limitó a ponerse en pie.

—Ya ha habido magia de sobra por hoy —sentenció, y retiró entonces el asiento de la mesa con suma delicadeza.

2

A la noche siguiente el grupo de jóvenes estadounidenses salió al comedor de la terraza justo cuando el resto de los huéspedes del hotel apuraba el postre. Raúl, como siempre, estaba cenando a solas, y empezaba ya el segundo plato. Los estadounidenses lo saludaron nada más verlo. Mark incluso se acercó a darle una palmadita en la espalda en un gesto jovial y campechano, con un punto paternalista pensado para expresar tanto su sentida gratitud como para borrar la lastimera impresión que debió de causarle el día anterior como el deportista lesionado del grupo. Le preguntaron si quería tomar algún cóctel con ellos en el bar del hotel después de cenar.

—Encantado —respondió el caballero peruano.

Habían pensado en ir a una discoteca de las colinas, pero al final decidieron no salir del recinto del hotel.

—Invitamos nosotros. O, más bien, Malcolm. Le hemos hablado de usted… Siente mucho no estar aquí para conocerlo.

Raúl pareció sopesar por un momento la invitación al bar, casi como si se arrepintiera de haber aceptado tan dispuestamente y estuviera reconsiderándolo.

—Dígale a Malcolm que tenga cuidado hoy con cualquier transacción de última hora antes del cierre de los mercados. Quizá no pueda evitar ni deshacer la trayectoria, pero que al menos asegure alguna cobertura de riesgos. No lo olvide. —Basil hizo un gesto de *he tomado buena nota de ello*, pero Raúl insistió señalándolo con el tenedor—: Dígaselo ya; ahora mismo, vamos.

—¿Ya en este mismo momento?

—Exacto. ¡Llámelo! Anda metido en inversiones bastante arriesgadas —explicó Raúl a los de su alrededor—, pero sé que esta es peligrosa y tiene que vender antes de que cierren los mercados hoy.

Se hizo la llamada. No duró más de unos segundos. Angelica cogió el teléfono y le dijo que lo echaba de menos. Él a ella también.

—Gracias de parte de Malcolm —le dijo a Raúl cuando colgó.

Más avanzada la noche, una vez que se hubieron reunido todos en el pequeño bar y hubieron pedido unas copas, Mark le planteó a Raúl que, si era tan bueno anticipando esos cambios volátiles del mercado, ¿por qué no se había valido de sus destrezas para labrarse una fortuna personal?

—Porque no sé nada de la bolsa. Además, siempre me ha dado mucho miedo arriesgar los fondos que tuvieron a bien dejarme mis padres. Suelo saber los peligros que hay reservados o qué pretende o trama la gente. Pero en el pasado no he sabido ver tragedias: la mayor desgracia de mi vida me pilló totalmente desprevenido. Ha habido otros horribles casos en los que mis previsiones resultaron erróneas sin más. Las fechas de nacimiento o los acontecimientos del pasado, sin embargo, no son nada complicados. Aun así, yo sé que hoy algo huele a podrido en Nueva York. Atentos porque va a pasar alguna cosa antes de que cierre la bolsa dentro de media hora.

Mientras saboreaban sus bebidas, Raúl les dijo que quería llevarlos a ver algo especial un día que no tuvieran nada mejor que hacer. ¿Había leído alguno la *Eneida*?

Muchos habían leído algún que otro pasaje suelto.

—Gracias a nuestra formación humanística, que les costó a nuestros padres una fortuna —apuntó Oscar—. Y todo para que luego no nos queden más que pasajes sueltos. Razón por la cual no sabemos nada.

—Exacto —dijo Margot.

—Nos enseñaron poesía contemporánea, problemáticas contemporáneas, incluso gramática contemporánea. Pero en última instancia, tal y como afirma Margot, nada —corroboró Oscar.

—¿En plan lo que dice Margot? —preguntó ella burlándose de su hablar refinado.

—Tal y como afirma nuestra colega Margot. *Apologízomai.*

Todos rieron.

—Cortesía de Griego Clásico de primero de carrera. —Brindaron por su antigua universidad.

Raúl no entendía bien por qué reían todos, pero dejó pasar el asunto. Se limitó a añadir que, si les apetecía, él estaría encantado de llevarlos a Cumas, uno de los lugares donde Eneas se detuvo en sus viajes de vuelta de Cartago. Allí, por cierto, se encuentra la entrada al Averno, el paso al mundo de los muertos, en el lago Averno.

—¿Ha estado allí? —preguntó Margot.

—Sí, pero nunca solo.

—¿Y eso? A mí me gustaría ir —terció Paul.

—A mí también —dijo Angelica.

—Es de esas cosas que a Fellini le habrían encantado, un grupo de amigos intentando abrirse camino por un pasaje escarpado rumbo al inframundo, donde, según cuentan, corre el Estigia, el río sagrado. Allí podréis ver los *lugentes campi*, los campos de los que lloran —explicó Raúl—. Ahí es donde todos los corazones rotos le cuentan sus desdichados relatos de amor a cualquiera que pase y se molesta en escuchar: Fedra, que se suicida por amar a su hijastro después de sincerarse con él; Dido, que hace una hoguera y se lanza dentro mientras Eneas la ve arder desde su barco rumbo a su patria; Prócride, a quien su amado mata con una jabalina por error; y la pobre Cénide, que, tras ser violada por un dios, suplica que la conviertan en hombre para que no vuelvan a violarla. Que levante la mano a quien no le hayan quemado, ensartado o violado el corazón alguna vez…

—Sin comentarios —dijo Oscar, lo que hizo que todos estallaran en risas.

Nadie respondió, sin embargo.

—O sea, que les ha pasado a todos —observó Raúl.

—A todo el mundo le han hecho daño, pero yo sigo sin creer que la gente pueda realmente matarse por amor. Es muy maniqueo, muy

exagerado.

Eso lo dijo Margot.

—Yo una vez casi lo hago. O por lo menos lo pensé muy muy seriamente —admitió Emma—. Pero no quería nada violento, ni tampoco pastillas, así que decidí que me mataría de hambre. Y casi lo consigo. Hasta que un día vi a alguien comiéndose un pan de pueblo con un queso triple crema y bebiéndose una copa de vino y me dije: ¡Hasta aquí hemos llegado!

—No puede ser más Emma que te salve el queso —bromeó Oscar.

—Yo tampoco me veo en los campos *lugentes* —interrumpió Claire, la más reservada de la pandilla, que era profesora de instituto —, pero bien que me pasé dos años allí, obsesionada con una mujer que nunca sabrá lo mal que lo pasé por ella.

—¿Marisol? ¿Ya estamos otra vez con Marisol? ¿Por qué no me extraña? Claire, supéralo, por favor, llevas años dándonos la chapa con ella.

Otra vez hablaba Margot.

Pero su amiga no parecía escucharla.

—Siempre se sabe cuando alguien nos ama, incluso aunque no queramos su amor, y Marisol lo sabe. Yo sé que lo sabe. Pero ¿qué nos cuenta usted, Raúl? ¿Ha atravesado alguna vez los *lugentes campi*? —preguntó Claire.

El caballero no respondió en el acto. Tras una pausa, sin embargo, dijo:

—Sí, así es. Nunca nos recuperamos. Si nos magullan, se nos queda una marca para siempre. ¿Nos recuperamos alguna vez de nuestros padres? ¿O de la crueldad de nuestro primer profesor de cálculo? ¿O de un amor de la adolescencia? Puede que hagas lo posible por recuperarte, y muchos nos convencemos de que lo hemos conseguido, hasta que nos damos cuenta de que seguimos cometiendo los mismos errores una y otra vez, no porque no paremos de elegir a la pareja inapropiada o porque no sepamos amar, sino porque los nuevos amores no van a ayudarnos a sanar de esa única herida antigua. A lo más a lo que llega el nuevo amor es a enmascarar la herida…, y hay quien se contenta con eso.

—¿Tanto le hicieron sufrir? —preguntó Margot.

—Sí, en una ocasión. Pero solo en una.

—¿Y?

—Nunca hablo de ello.

—O sea, que nunca se ha recuperado —dijo Margot, claramente encantada de anotarse un tanto a expensas del caballero peruano.

—Fue el destino quien me hizo sufrir, no ella. Pero volvamos al Averno —dijo, tratando a todas luces de cambiar de tema—. Si visitan el emplazamiento de la entrada al inframundo, verán donde vagan las almas de los muertos, quejándose de esto o lo otro, algunas con remordimientos, otras penando en el corazón, todas y cada una a la espera de que se las convoque para dar su opinión sobre quién querrán ser cuando las resuciten, sin darse cuenta de por qué la mayoría sigue eligiendo mal cada vez que vuelve a la vida. Regresamos para corregir nuestra vida porque la mayoría la vivimos de manera imperfecta.

—¿Por qué siguen eligiendo mal?

—¿Por qué? Porque nadie quiere aceptar quién es realmente. Todo el mundo pide la que a su entender es la mejor versión de sí mismo, con la esperanza de que lo amen por quien no es y nunca podrá ser. Y el milagro diminuto de la vida, el milagro más diminuto y a la vez más imponderable, es cuando damos con gente que nos ve por quienes somos y nos quiere solo por lo que somos…, y estos son a los que más desdeñamos, a quienes dejamos entrar en nuestra vida a regañadientes, con desprecio y con una apatía infinita, a veces incluso con odio. Pero, en cuanto dos individuos se aman por quienes son realmente, el tiempo se detiene para ellos, y si no mueren los dos juntos, entonces el que se queda aquí nunca se recupera, nunca olvida, y sigue esperando a que vuelvan a encontrarse a saber dentro de cuántas vidas. Porque, como dijo el mismísimo Shakespeare, «entrambos el uno del otro son». La amada, el amado, siempre regresa. Siempre regresará. Pero la espera es extenuante… No aspiran solamente a vivir juntos, sino a morir juntos. Y es que la vida es lo provisional, no el amor. —El grupo se había quedado estupefacto ante las palabras de Raúl—. Lo que me gustaría es invitarlos a ir mañana por la mañana a los burbujeantes cráteres de azufre de Pozzuoli, junto a los cuales,

según nos cuenta el mito, Eneas entró al inframundo, donde Odiseo habló con el difunto Aquiles y luego, sin previo aviso, se encontró con su madre y le preguntó: «Entonces ¿tú también has muerto, madre?», y tras esto intentó abrazarla tres veces y tres veces solo apretujó aire.

»¿No hemos abrazado todos aire cuando lo que queríamos era apretujar contra nosotros a un ser querido que había desaparecido de nuestra vida? Nosotros también nos convertimos en aire, claro. Y piensen tan solo en toda la gente cuya existencia desconocemos, pero que nos abraza todas las noches en su vida imaginada. Somos aire para ellos del mismo modo que nosotros somos aire para aquellos a quienes amamos en secreto.

—Hace usted que el inframundo parezca de lo más real. ¿De veras existe un sitio así? —preguntó Paul.

—Existe en Homero.

—Y él nunca en su vida ha mentido —terció Margot—. Está usted tomándome el pelo, lo noto.

Entretanto, el camarero llegó para repartir otra ronda y de pronto un olorcillo indefinido se elevó de los martinis e inundó la pequeña estancia.

—¿Qué es ese aroma tan increíble? —preguntó Basil.

—Son solo los limones que se crían aquí en la costa amalfitana —les explicó Raúl—. No hay nada parecido en el mundo. No se sabe lo que es un limón hasta que se prueba uno de estos. Oiga —dijo para hacer volver al camarero, al que le pidió que le llevara un limón fresco y un cuchillo de mondar.

El camarero hizo lo que se le pedía y regresó con un reluciente limón y un cuchillo pequeño y afilado.

Raúl cogió el limón con la mano izquierda y empezó a cortar tiras de peladura, que fue repartiendo primero a Paul y a Angelica, luego a Basil, y luego a todos los presentes, incluidos tres turistas que habían escuchado de pasada su efusivo canto a los limones.

—¿Han olido alguna vez un limón así? —preguntó.

—No, nunca —fue la respuesta en coro.

Margot fue la última en tener el trozo de peladura y casi estuvo tentada de no cogerlo de la mano del peruano.

—Que no muerde —le dijo este.

Había comprendido que la joven era reacia a todo lo que tuviera que ver con los limones… o con él. Y, sin embargo, la hostilidad mal disimulada de la estadounidense no parecía afectarlo.

La joven olisqueó una vez la peladura y luego la dejó en el cenicero más cercano.

Los demás se quedaron oliendo su pequeña tira de peladura, sin soltarlas.

—Ahora ya saben por qué necesito volver a Italia todos los años —comentó Raúl.

—¿Para oler una peladura de limón? —Margot y su sarcasmo habitual.

—¿Por qué no? —contestó él—. A veces las mejores cosas no pueden ser más sencillas: el aroma del limón, unos cuantos compases de un cuarteto de Beethoven, el hombro ancho y reluciente de una mujer en bañador apoyado en una toalla de playa, una marina de Dufy, o simplemente la sonrisa en el rostro de un ser amado.

—¿Podemos añadir el Caol Ila escocés a la lista?

—Y las aceitunas griegas.

—¿O los mangos de la India?

—El *foie gras* francés.

—¡Sí, ya, y el oro del moro! —resonó la voz de Oscar.

Todos estallaron en risas.

Luego, de la nada, uno de ellos preguntó:

—¿Cuándo aprendió usted a sanar a la gente?

Raúl sonrió como si ya presintiera que la pregunta, aparentemente inocua, no era más que la volea de apertura para todo un interrogatorio.

—Seguramente aprendí el día que me caí y me puse la mano en la rodilla maltrecha. Todos nos llevamos por instinto la mano a la parte lesionada del cuerpo que tenemos cuando nos chocamos con algo. Así que yo ese día me toqué la rodilla. Cinco segundos después, ya no había dolor. Pensé que todo el mundo lo hacía. Cuando jugaba con niños de mi edad, cada vez que alguien se hacía daño en el parque o en el arenero, todos en el acto se llevaban la mano donde

les dolía. Un día vi a un niño que se tocó la rodilla herida, pero el dolor no se le iba y siguió llorando, así que, literalmente, le eché una mano, y al instante le desapareció el dolor.

»El niño se lo contó a su madre. Yo creí que la mujer vendría corriendo a darme las gracias, encantada… Pero en lugar de eso me advirtió de que no volviera a tocar a su hijo. *"Niente stregonerie, capisci!"*, con lo que me estaba llamando brujo. Me convencí de que había hecho algo que estaba muy mal, y a partir de ese día, cada vez que alguien se hacía daño, yo no intervenía y me quedaba viéndolo sufrir.

»Cuando mi madre tuvo una piedra en el riñón y una noche se despertó con una agonía tremenda, le pedí que me señalara el punto donde le dolía, pero no quise que supiera por qué le preguntaba, no fuera a ser que también ella creyera que yo era brujo. Me cogió la mano y me la puso donde le radiaba el dolor. Y en el acto, en lo que conté unos segundos, el dolor desapareció, al igual que su piedra, que era diminuta y que echó al cabo de unas horas. Negué haber tenido nada que ver, pero desde ese día lo tuve claro. Mi madre tampoco habló nunca del tema, aunque estoy convencido de que lo sabía. Años después, una vez que se le infectó el pie, me pidió que hiciera algo. Y, por supuesto, así lo hice y con el mismo resultado.

—¿Qué edad tenía cuando lo supo?

—Siete. Pero yo he sabido que tenía este don desde los dos años, puede que menos.

—¿De veras recuerda cosas tan lejanas en el tiempo? Nadie recuerda ni tener tres años.

Raúl clavó la vista en el martini con la peladura flotante y luego se quedó mirando el pequeño limón que se había quedado desnudo y cicatrizado junto al cuenco grande de cacahuetes. Todos los presentes en el bar notaron que algo serio le rondaba por la cabeza, pero que no estaba por la labor de hablar de ello.

—Yo me remonto en el tiempo —dijo por fin levantando la vista y cogiendo la copa como si buscara en ella consuelo y sostén, consciente de que tenía todos los ojos clavados en él.

—Se remonta —repitió Emma, que tras una pausa preguntó—: ¿Qué quiere decir con que se remonta?

Una vez más, Raúl miró la copa con pesar, en un claro intento por no tener que dar explicaciones. Partió un trocito de los *grissini* que habían traído con las bebidas y se lo llevó a la boca como si fuera un cigarro.

—Todo esto me está poniendo nerviosa —reconoció Claire.

—Vale, una última pregunta, y luego prometo parar —dijo Emma.

—Adelante —contestó él, de nuevo con esa sonrisa artera de quien lo ha escuchado ya todo muchas, muchas veces.

Cogió entonces la servilleta de papel, limpió el vaho que se había formado por el borde de la copa y, una vez satisfecho con el aspecto de la copa, le dio un sorbo.

—¿Qué ha querido decir con eso de «remontarse»? —preguntó Emma.

Raúl repasó una vez más la mesa con la mirada.

—No quiero molestar ni incomodar a nadie, ni tampoco quiero sonar más críptico de lo necesario, pero responderé a esa pregunta y luego, por favor, ¿podríamos cambiar de tema?

—De acuerdo.

—El caso es que todos nos remontamos en el tiempo. Nos remontamos hacia atrás más de lo que creemos. Lo llamamos fantasear, lo llamamos soñar, lo llamamos de mil formas distintas, pero todos nos remontamos atrás, cada cual a su manera. Muy pocos conocemos el camino, la mayoría nunca encuentra la puerta, y muchos menos la llave de esa puerta. Avanzamos a tientas en la oscuridad. Algunos tal vez sintamos que no somos ni del planeta Tierra, sino que vinimos de otro mundo y estamos aquí fingiendo ser terrícolas normales. Aunque quién lo es. Podríamos venir de Marte tranquilamente o, como en mi caso, de un lugar, o planeta, muy lejano llamado Perú, que tal vez ni siquiera exista ya para mí. Algunos saben cómo volver y otros nunca lo sabrán.

—¿Y entonces qué clase de terrícola es usted? —preguntó Margot, quien claramente había estado escuchando y había dejado de hacerle caso al joven que la había abordado y se había unido a la cuadrilla en el bar.

—A veces conozco el camino. —Luego, al ver que nadie reaccionaba, añadió—: Y a veces puedo abrir camino.

—Un momento, un momento, ¿qué es eso de «abrir camino»? —preguntó Emma.

Raúl se puso serio de pronto.

—Significa que puedo llevar a sitios que se conocieron hace mucho mucho tiempo.

—¿Mucho cuánto? —preguntó Emma, cada vez más impaciente.

—Antes de que tú nacieras. Hasta yo llego a eso —irrumpió Margot.

Pero Raúl se lo estaba viendo venir. Después de escuchar algo así, nadie en la sala se resistió a pensar en las preguntas que le gustaría hacer, lo que explicaba el silencio repentino mientras todos lo sobrevolaban, como aves indecisas describiendo círculos en el cielo antes de aterrizar por fin en una rama.

—Lo diré así, si me permiten. Todos nosotros recordamos haber tenido otro ser. Lo que podría ser un espejismo, o un presentimiento pasajero de alguien que fuimos hace mucho tiempo, quizá en otro lugar… Llamémoslo un «yo subyacente», que sentimos menos efímero de lo que nos gustaría. Pero hay gato encerrado… —dijo interrumpiéndose a media frase para reflexionar y, de paso, dar otro sorbo a la copa.

—¿Y qué gato es ese? —preguntó Margot, como si fuera incapaz de soportar el silencio y estuviera decidida a mostrarse irascible, quizá para demostrar de una vez por todas que el caballero peruano estaba inventándoselo todo.

—Este otro yo nuestro tal vez no sea un ser pasado, sino un yo que vive en otra parte incluso mientras nosotros estamos aquí tomándonos unas copas en este preciso instante en este hotel fabuloso.

—¿Se refiere a un universo paralelo o algo así?

—Llámelo como prefiera. Pero quizá haya más yoes ahí fuera: algunos aún sin brotar, como diminutas células de óvulos sin fertilizar todavía; algunos ya liberados; y otros esperando el final. Cada uno de nosotros es una constelación de yoes; algunos de estos no están siquiera alojados en nosotros, sino en otras personas, que es por lo que a veces reconocemos a algunas personas al momento: porque son nosotros en el cuerpo de otro. —Raúl cogió unos cuantos

cacahuetes del cuenco y empezó a masticarlos con cada vez más parsimonia—. ¿Cuántos de esta mesa no han llamado por lo menos una vez a su antiguo teléfono? —Ninguno de los presentes reconoció haberlo hecho, pero todos respondieron con una risita pasmada a la pregunta—. Ninguno ha querido admitir que lo ha intentado, pero todos han reído, con lo que se demuestra lo que decía: todos han llamado a un número antiguo. ¿Y qué le dicen a la persona que coge el teléfono, si es que alguien responde? ¿Hola, soy tu yo del futuro, saludos y besos? O podría ser al revés: soy tu yo que todavía no ha llegado a ser.

»O permítanme entonces que lo formule de otra manera: ¿cuántos han pasado por delante de un piso en el que vivieron tiempo atrás y han mirado hacia arriba para ver si la persona que era seguía allí con las luces encendidas? —Otra ronda de risitas pasmadas—. ¡Exacto! ¿Y cuántos hemos intentado localizar a un viejo amor para comprobar si el amante que fuimos antaño sigue vivo dentro de nosotros, tan solo para sorprendernos enormemente cuando nos vemos casi dispuestos a empezar de nuevo con alguien cuyo apellido no podríamos recordar ni aunque nos fuera la vida en ello? —Ninguna respuesta—. Tal vez no seamos ya la persona que fuimos, pero ¿y si esta persona no murió necesariamente, sino que prosiguió su vida en la tierra a la sombra de la nuestra? Y así podría decirse que nuestra vida está llena de los yoes sombra que siguen acompañándonos y haciéndonos señas desde todas direcciones incluso mientras vivimos nuestra vida…, con todos estos seres clamando por tener voz, por tener tiempo, una vida, ¡ojalá les hiciéramos caso y nos rindiéramos a ellos!

»¿Y si de vez en cuando intercambiáramos los papeles, y nos volviéramos el yo sombra de la persona que éramos hace dos minutos? ¿Y luego, al poco, marginar a ese nuevo ser en beneficio de un tercero o un cuarto? ¿Y si no somos más que un perpetuo montón de tres cartas de yoes subyacentes «rebarajados»? Traficamos con yoes sombra. El antiguo, el nuevo, el yo sombra, el ser número siete, el once, el ser que siempre supimos que éramos pero nunca llegamos a ser, el ser que dejamos atrás y nunca recuperamos, el ser que pudo ser y nunca fue pero podría todavía

ser, aunque ambos tememos y deseamos que algún día aparezca y nos rescate de la persona que nos hemos visto obligados a ser todos estos años.

»Pero como decía, no es solo el pasado lo que nos persigue. Lo que nos persigue y nos atormenta en la misma medida es lo que todavía no ha ocurrido, pues hay yoes sombra y vidas sombra esperando siempre entre bastidores. Nos vemos constantemente retrabajando y reinventando tanto el pasado como el futuro. A veces estamos en la calle o en un autobús lleno y lo sabemos sin más: que la persona con la que cruzamos una mirada o en cuyo camino acabamos de cruzarnos es otra versión de alguien que sabemos que quisimos en el pasado y que todavía tenemos que volver a querer. Esa persona, sin embargo, podría ser perfectamente nosotros mismos en otro cuerpo. Y lo bonito de todo esto es que ellos lo sienten tanto como nosotros. ¿Es esta persona nosotros o es alguien destinado para nosotros al que, a cada vida, nos empeñamos en pasar por alto? Nosotros en otros, ¿no es así acaso como se define el amor? —Oscar hizo un amago de preguntar algo, pero se lo pensó mejor y se quedó callado—. Así que terminaré con esta idea si me lo permiten, porque tengo su atención, pero quizá estén ya soberanamente aburridos. Lo importante no es saber si hay o había o tal vez haya otro nosotros en otra parte. Lo importante, amigos míos, es entablar contacto. Simplemente conectar. La cosa más difícil del mundo.

»¿Creen que ha sido casualidad que su barco haya tenido que parar aquí, o que a Mark le doliera el hombro o que estemos aquí todos pasando una velada realmente estupenda y peculiar? Puede que sí o puede que no. Y, hablando del tema, brindemos con otra ronda de martinis. A esta invito yo. —De pronto, sin embargo, al recordarlo exclamó—: ¡Llamen a Malcolm!

—¿Es que no tendría usted que saber ya lo que ha pasado? —llegó la pregunta ladina de Margot.

—Es que lo sé, pero quiero que lo oigan todos de boca de él.

Basil no se lo pensó y sacó el teléfono para llamar a Nueva York. En cuanto Malcolm descolgó, puso el teléfono en altavoz:

—No sé por qué me ha dado por seguir el consejo de un personaje que os habéis encontrado en la playa, pero decidle que si le diera el diez por ciento de lo que he conseguido rescatar gracias a él, se haría millonario.

Raúl rio por lo bajo ante lo de «personaje».

—Díganle que no me debe nada y que encantado de ayudarlo. Pero si lo prefiere, podría hacer una generosa donación a alguna institución para personas sordas. Un amigo al que quería mucho era sordo…

Al escuchar la voz de Raúl, Malcolm comprendió que lo habían puesto en altavoz.

—Perdone, amigo. Y muchísimas gracias. Tengo que dejaros. Si tiene más consejos, soy todo oídos.

A todos los agradó saber que Raúl se había anotado una victoria.

—¿Así que se remonta usted en el tiempo? —preguntó Margot.

—Así que me remonto en el tiempo.

—¿Y puede llevar a gente?

—¿Como si fuera una especie de guía turístico para viajeros en el tiempo?

—Si lo quiere expresar así…

—Así lo he expresado.

—¿A quién se llevaría, si pudiera elegir?

Raúl repasó con la vista a los ocho del grupo.

—Me quedaría con Oscar.

—¿Por qué yo?

—Ahora lo entenderá. Oscar necesita recordar que en otros tiempos vivió en Amberes y se llamaba Christoffel Loewen —empezó a contar Raúl—. Este Christoffel tenía una madre muy enferma que, a pesar de su enfermedad, vivió una vida muy larga y, como necesitaba cuidados constantes noche y día, su hijo no encontró nunca esposa. O al menos eso es lo que él quiso que se rumoreara… Lograba liberarse dos o tres horas al día para escribir cartas por encargo de gente que no sabía escribir o a la que le encantaba su caligrafía y prefería dictárselas a él, pero el resto del tiempo lo dedicaba a leer y escribir cartas (cartas a numerosos individuos de Europa, Rusia, América del Norte y del Sur, siempre en un francés

impecable, pues lo había aprendido en la escuela y lo dominaba a la perfección). Tenía una pluma ingeniosa y todos sus destinatarios respondían sin falta: escritores, compositores, filósofos, próceres, incluido el conde de Cavour, Luis-Felipe, la emperatriz Eugenia, Iván Turguénev, Franz Liszt. Cuando, años después, su madre murió, él ya era un anciano con una única pasión, la de escribir cartas y atesorar una enorme colección de sellos, con sus misivas y sobres originales. Una colección de inestimable valor. Un sobrino lejano se enteró de su existencia y, al heredar el patrimonio de Christoffel, planeó venderla a un marchante de su confianza, pero su muerte unos días antes truncó el negocio. Nadie sabe que la colección sigue existiendo.

—¿Y dónde está?

—En el desván donde la guardaron.

—¿Y el edificio sigue en pie?

—¿Pregunta si no lo arrasó un incendio o lo bombardearon en la guerra? No, ahí sigue.

—¿Y por casualidad sabe la dirección? —indagó Oscar.

Raúl rio.

—Sí, la sé y se la voy a dar. Lo único que tiene que hacer cuando se presente en la puerta es decir que es el nieto del sobrino de Christoffel Loewen y que ha ido a recoger un paquete que dejó para usted. La anciana dueña de la casa, que llegó a conocer al sobrino, no pondrá ningún inconveniente. A mi entender, es usted el propietario legítimo. Con el don de la labia que tiene, seguro que encandila a la mujer. —Oscar estaba sobrecogido y no sabía si creer algo de todo aquello—. Lo importante, como le digo, es entablar contacto. Como muchos médiums le dirán, de vez en cuando se producen aperturas entre una capa de tiempo y otra, que no son más gruesas que una piel de cebolla. Luego la rendija se cierra y hay que esperar generaciones, siglos, milenios, si me apuras, hasta la siguiente oportunidad.

—¿Me va a merecer la pena hacer el viaje?

—Uh, sí, y tanto —dijo Raúl—. Cambiará su vida y le permitirá dejar su trabajo, pagar sus deudas universitarias e irse a surcar los

mares con el joven marinero que le prestó su gorra hace dos noches.

—Da usted miedo —contestó Oscar prorrumpiendo en risas.

—Lo sé —dijo sonriendo el caballero peruano, que parecía bastante satisfecho consigo mismo.

—Me imagino que se lo pedirán continuamente, pero ¿me haría un favor? —preguntó Angelica.

—¿El qué?

—¿Hablarnos de nosotros, de Paul y de mí?

—¿Es que tiene la impresión de que lo suyo es solo amor? De verdad, es que he estado observando cómo se miran el uno al otro y es casi como si su vida estuviera en la de él y la de él en la de usted. Son amigos desde la universidad y han salido con a saber cuántas personas más… Usted incluso se casó con un hombre muy rico al que le tiene cariño pero al que jamás en la vida amará. La decisión sobre qué hacer está totalmente en sus manos. Aun así, si algo he aprendido en esta vida, es que ni espere ni se rinda, ahora ya no. Tras su amor de hoy hay vidas enteras de encuentros fallidos y cruces fortuitos. En una ocasión, usted vivía en Baltimore y él en México y coincidieron en un barco que iba ni más ni menos que a Anchorage, «anclaje», en la remota Alaska. Ambos lo supieron, lo supieron al instante, pero uno iba en primera clase y otro en segunda, y usted bajó del barco y él siguió camino, y no volvieron a cruzarse.

»Pasados muchos años y una vida después, él trabajaba en una ferretería cuando usted entró con su hijo para comprarle un regalo a su marido, y una vez más los dos lo supieron, pero ninguno se atrevió a hacer nada. ¿Alguno de los dos recuerda la tienda?

Angelica y Paul se miraron.

—No, no nos acordamos —respondió uno.

—Claro que no. Aunque…

—¿Aunque…?

—La tienda estaba en Helsinki, casi lindando con un muelle. Piénsenlo entre los dos. No diré más.

Raúl siguió hablándoles de los *lugentes campi*, donde aparcan a todos los amores frustrados, a la espera, espera que te espera.

—La mayoría vivimos nuestra vida aguardando a que todo se alinee; pues la vida no es otra cosa que una sala de espera. Pero hay que compadecerse de los muertos, que se llevan al inframundo lo que han estado esperando y siguen aguardando allí a regresar a la tierra, a que les den vida de nuevo y a esperar un poco más. Así que mejor una hora pasada haciendo cosas de las que nos arrepentiremos que toda una vida esperando a que el Cielo nos toque la vida.

Los aspirantes a amantes se miraron como adolescentes que estuvieran descubriendo a tientas los misterios de la vida, como preguntando qué debían hacer ahora. Recordaron la primera vez que se habían visto, haciendo la matrícula en Nueva Inglaterra…, pero Helsinki, ¿en serio? Recordaban perderse mutuamente en la facultad.

—Yo me fui distanciando con la esperanza de que tú vinieras en mi búsqueda, pero no fue así.

—Tú te distanciaste porque no querías que te buscara.

—Y tú conociste a otras.

—Tú sabías que era todo una farsa.

—Me costó un tiempo darme cuenta.

—¿Por qué no lo intentaste por lo menos?

—Lo intenté.

—Pues yo no me enteré.

—¿Pensaba en ella? —le preguntó Raúl a Paul.

—Todo el tiempo.

—¿Y usted lo sabía? —le preguntó a Angelica.

—Sí, lo sabía, pero perdí la fe. Él lo llevaba con mucho secretismo. Pero no había, y sigue sin haber, ni un solo día en que no me vea deseando que él piense en mí.

Margot, que había estado escuchando junto a Oscar, no pudo evitar intervenir:

—¡Helsinki! ¿Qué estabais haciendo vosotros dos en Helsinki en una vida anterior?

—¿A mí me lo preguntas? Pregúntale a él.

Por fin llegó la tercera ronda de copas y los encontró a todos y cada uno deseosos de que les llegara el turno de preguntarle por lo

suyo a Raúl.

—Pero ¿no te pone triste el paso del tiempo? —le preguntó Claire a Angelica—. Haber vivido esta última década con alguien que quizá sea el hombre equivocado… ¿No te enfada?

—Sí, me pone muy triste. Pero lo que me pone más triste aún es que tal vez no haga nada, da igual que Paul o yo lo hayamos reconocido. Quizá decidamos llevar la vida equivocada porque nos hemos acostumbrado.

—No, no —dijo Claire—. Esta noche parece casi el sueño de una noche de verano. Se abren espacios, se reparan errores, se desenredan destinos y todo puede enmendarse.

—¿Así ve este sitio? —preguntó Raúl—. Bueno, miren este bar. Gracias al parón del barco todos hemos salido del espacio-tiempo. Hemos dejado atrás los problemas, y con las celebraciones apenas iniciadas, está cantado que algo bueno ha de ocurrir. Y con estas, damas y caballeros, les deseo una buena noche. Si no, mañana al amanecer seremos un cuadro.

3

A Raúl no se le vio el pelo en los dos días que siguieron.

Y luego, de pronto, allí estaba, como si nunca se hubiera ido y las tres mujeres que subían descalzas por los vetustos escalones irregulares que llevaban de la playa al hotel simplemente no hubieran reparado antes en él. Angelica, Margot y Emma. Esa mañana el caballero peruano llevaba un sombrero de paja de ala ancha, unas bermudas manchadas y una camiseta que había visto mejores días. Estaba de rodillas con un desplantador en la mano, ayudando al jardinero a desmalezar el borde del camino empedrado que llegaba a la logia. Cuando las vio, se incorporó y se restregó la mano polvorienta contra los pantalones, pero, al comprender que sería imposible deshacerse de la mugre, la apartó con una sonrisa de circunstancias.

—Estaba usted perdido —comentó Margot.

—Tuve que pegarme un salto a la isla para ir a la notaría y al final decidí hacer noche allí. —Esa mañana se lo veía de un talante risueño y, mientras las miraba, sonrió más veces de lo que había sonreído en aquel primer almuerzo cuando se habían conocido—. Pero estaba aquí intentando terminar este tramo antes de comer —dijo inspeccionando el trabajo que llevaba hecho, claramente satisfecho con lo que había conseguido ese día—. Para mí, es la mejor terapia del mundo. Se sorprende uno casi hablándole a la tierra, a estas piedras, a algunas de estas malas hierbas que tengo que arrancar, y a las propias lombrices, a las que es mejor no molestar, y la verdad, es un silencio tan intenso y espléndido… Es el placer que a la gente le procura la pesca, si es que les gusta a

ustedes pescar; yo lo odio, la verdad. Me gusta el calor cuando no es tan húmedo. ¿Y de dónde vienen las señoritas?

—Hemos ido solo a darnos un baño. Aunque es gracioso que lo pregunte —contestó Margot.

—¿Y eso?

—Yo creía que lo sabía usted todo… ¿O se le ha olvidado? —El dardo dio en el blanco.

—Hacía un tiempo tan estupendo que nos hemos tendido en la playa —terció Angelica, en un claro intento por suavizar el pequeño dardo de Margot—. Luego hemos estado nadando una eternidad y nos hemos subido a la plataforma flotante.

Raúl se ajustó el sombrero, pensando quizá algo que decir, y, al no encontrarlo, se quedó mirando a Margot.

—Creo que la he molestado, Margot.

—Querrá decir Marya… —dijo la joven con cara pícara, como si le costara contener una sonrisa.

—No sea cruel conmigo. Solo intentaba presentarle mis disculpas por lo del otro día.

—Las acepto —contestó.

Había respondido con tanta presteza que Raúl vio en ello un perdón por compromiso a la par que un intento por rehuir formalismos. Les preguntó a las tres si querían comer con él a las dos en punto. Emma dijo que ella iba a volver a la playa, mientras que Angelica alegó que había quedado poco después para tomar un aperitivo ligero con Paul.

—¿Por qué a las dos en punto? —quiso saber Margot.

—A esa hora la terraza del restaurante se despeja un poco y se está más tranquilo.

—¿Se refiere a cuando los jóvenes yanquis se van de la terraza y todos los demás están durmiendo ya la siesta?

—Algo así.

La joven se pensó la invitación algo más de lo que se considera habitual.

—Acepto —dijo al fin.

—¿Le importa que encargue la comida para los dos ahora? Normalmente pido lo que hayan pescado ese día por la mañana.

Ella se quedó mirándolo y sonrió.

—He dicho que acepto.

—Entonces ¿paz?

—Eso ya lo veremos.

—Venga, diga que sí. —La sonrisa que ella le dedicó estaba pensada para transmitir un tibio «vale», pero él decidió tomárselo como un rotundo sí—. Ahora tengo que seguir desmalezando o, de lo contrario, el jardinero me va a despedir.

A las dos en punto Margot llegó vestida con una camisola de lino blanco, unos pantalones holgados a juego y un pañuelo celeste también de lino. Las sandalias rojas dejaban entrever unos pies delgados que lucían menos bronceados de lo que a él le habían parecido poco antes, cuando iba descalza por el camino empedrado y con las chanclas en la mano.

—¿Llego tarde? —preguntó presintiendo que él llevaba allí ya un rato; Raúl, sin embargo, la miró fijamente, le sonrió y se limitó a negar con la cabeza, dando a entender un «¿por qué cree que ha llegado tarde?»—. Siempre me agobio.

—¿Por qué, es que siempre llega tarde?

—No, nunca, pero aun así me agobio. Mi ex era siempre todo lo contrario.

—¿En qué sentido?

—Él solía llegar antes de la hora y así yo siempre tenía la impresión de haberlo hecho esperar. —Luego, pensándolo mejor, añadió—: Pero ¿por qué le estoy contando todo esto?

—No lo sé, ¿por qué?

De pronto, con la misma cara inquisitiva y pícara de un par de horas antes, ella no pudo resistirse a contestar con otra pregunta:

—Eso ya debería usted saberlo, o ¿es que no lo sabe todo?

—Ah, ya veo —dijo él, justo cuando traían los lomos de pescado crudo que había encargado dos horas antes.

El camarero pasó a explicarles de qué pescado se trataba, cuándo lo habían pescado y qué aceite de oliva había utilizado el chef. El aceite tenía un punto a pimienta, pero nada que pudiera echar para atrás a nadie.

—¿Me permite que me disculpe de nuevo? —preguntó Raúl ignorando al camarero, que estaba a punto de explicarles el aliño de la parrillada de verduras, pero decidió en cambio dejarlos en paz.

—No hace falta.

—Pero a mí me gustaría.

—¿Por qué?

—No sé por qué. —Ambos tuvieron que reírse—. Al contrario de lo que usted pueda pensar, no lo sé todo. A veces las cosas me vienen sin más y no siempre consigo morderme la lengua. Pero, por favor, dígame por qué se sintió tan molesta.

—Yo tampoco lo tengo claro.

—¿Es que no quería escuchar la verdad sobre su nombre o su cumpleaños, o lo que la molestó fue solo que hurgara en hechos íntimos como lo del gemelo de Basil?

—Puede que ambas cosas. Sea como sea, me dio miedo que tuviera usted toda la razón sobre cosas de las que nadie sabía nada y que quienes sí las conocían habían olvidado del todo. Me asustó, sobre todo lo del gemelo canibalizado. O puede que simplemente no quisiera escuchar nada de eso.

—Lo siento mucho. —Alargó el brazo y puso la palma derecha sobre la mano izquierda de ella, que no la apartó; él sí retiró entonces la suya—. Le prometo que este pescado va a estar riquísimo —dijo cambiando de tema.

—¿También lo sabes todo sobre pescado? —le preguntó ella, tuteándolo de pronto mientras cortaba un trozo.

Aquello, se dijo él, era una pulla tácita. Pero le gustó.

—Desde luego que no. De hecho, no sé nada de cocinar.

—¿Nunca te haces de comer?

—Casi nunca.

Después del entrante de pescado crudo, llegó otro plato, esta vez de pescado a la brasa. Tomaron una ensalada, seguida de un postre, todo ello regado por uno de los mejores blancos de la región. Al final de la comida les pusieron una copita de grapa.

Rondaban ya las cuatro de la tarde cuando decidieron pedir otra grapa. Después de que el alto camarero septuagenario terminara de

servirles, Raúl por fin le confesó lo feliz que lo hacía que ella hubiera aceptado su invitación a comer juntos.

—Momentos así son muy escasos en la vida. Solo espero no estar robándole tiempo con sus amigos

—Anda, tutéame ya, por favor. Y no me estás quitando tiempo de mis amigos —dijo devolviéndole sus propias palabras para poner un punto de humor—. Aunque en realidad tú ya sabías que yo esta tarde la tenía libre, ¿no?

—Conozco los hechos, o el contorno general de los hechos, pero no los sentimientos ni lo que le pasa a la gente por la cabeza. Razón por la cual no siempre he tenido suerte en la vida con las personas. No sé yo si realmente he aprendido a calar a la gente.

—No tienes cara de no saber calar a la gente ni tampoco de no haber tenido mucha suerte en la vida.

Raúl contestó con un gesto inconsciente, a medio camino entre un encogimiento de hombros y un sí.

—He tenido suerte en la vida, cierto. Pero insisto: afortunado con los hechos, afortunado con las cosas, pero no en lo más importante.

Margot dejó de beber de su copita de grapa y la dejó suspendida en el aire.

—¿Te refieres en el amor?

—Exacto.

—Pero ¿acaso hay alguien que haya sido afortunado en el amor?

—Unos cuantos, no muchos. Pero conozco a algunos que sí —dijo con la duda perfilándole todavía los rasgos, con lo que se deducía que no estaba del todo convencido, razón por la que los dos acabaron riendo.

—¿No estás casado? —preguntó ella entonces.

—Lo estuve. La primera vez a los treinta y pico y la segunda hace once años. Y he estado con otras entre medias, pero, cuando vuelvo la vista atrás, me doy cuenta de que nunca he amado a ninguna de las mujeres con las que he vivido.

—¿Ni a una?

—Bueno, a una sí.

—¿Hace poco?

—No, cuando tenía veintipocos años. A las que la precedieron no las recuerdo en absoluto, y las que la sucedieron no eran más que parches, repuestos, rellenos. Cuando vuelvo la vista atrás… —empezó a decir, pero dejó la frase sin terminar.

El silencio que medió entre ambos en aquella templada tarde no resultó incómodo. Ella echó la cabeza hacia atrás para disfrutar más del tiempo que hacía y de la luz de la tarde, o quizá fuera solo su cuerpo mostrando lo contenta que estaba de pasar así una sobremesa tranquila. Al bajar la vista, él vio que ella se había quitado las sandalias rojas y tenía los pies sobre la cálida gravilla; oía los pies remover los guijarros, suave, lentamente. Cuando apuraron la bebida, Raúl propuso dar un paseo, tampoco muy lejos del hotel. Ella no se negó. Él se caló entonces el sombrero de paja y, antes de salir al camino de tierra que partía del hotel, se detuvo un momento.

—Me encanta cómo suena.

—¿El qué?

—El silencio total. Las tórtolas muy muy lejos, el clamor de uno o dos niños jugando en la orilla, algún que otro cortacésped zumbando quedamente en una agradable tarde de verano mientras todo el mundo duerme aún la siesta. Yo nunca duermo siesta.

—Yo tampoco.

—Ya, lo sé. —Margot asintió—. ¿Me has perdonado ya? —le preguntó él entonces.

Ella le sonrió.

—El jurado aún está deliberando —contestó, pero luego, pensando que él pudiera malinterpretarla, añadió—: Claro que te he perdonado. ¿Ves lo que puede conseguir un almuerzo simple pero estupendo?

Sin esperar una respuesta, ella se calzó las sandalias y se levantó por fin de la mesa.

—Vamos —le dijo él—. Daremos un paseo corto.

Ella creyó que él la llevaría por la orilla, pero en cambio salieron del recinto del hotel y luego subieron por un repecho a la sombra de pinos piñoneros. La pendiente seguía por una estrecha vereda de tierra que al cabo se abrió camino hasta lo que parecía un bosque.

Estaba extrañamente silencioso y destilaba un intenso aire de paz y tranquilidad que ella rara vez había encontrado. Se quedaron mirando el paisaje sin decir una palabra. Ninguno de los dos parecía incómodo por el silencio compartido.

—Celestial —dijo ella.

—¿Verdad? —corroboró él, que también se detuvo para inhalar la ligera brisa vespertina—. Unos cuantos metros más y ya estamos.

Cuando llegaron a la linde del bosque, alcanzaron un terreno plano: «el melonar», lo llamó él. Allí el aroma era abrumador y de una atrayente dulzura y provocaba una desconcertante sensación de apetito, que jamás saciaría el acto de comer, al igual que, dijo él, algunos jabones perfumados despiertan las ganas de morderlos, a pesar de que todo el mundo sabe que no debe hacerlo.

Llegaron por último a un exuberante jardín lleno de plantas exóticas que no se criaban en ningún otro lugar de Europa.

—Hace más de un siglo el hijo del dueño original —le explicó Raúl — fue por mar hasta el Lejano Oriente y trajo semillas, que plantó aquí en secreto, contra la voluntad de su padre. Por eso el jardín está escondido en el bosque. Se pasó años plantando estos frutales a escondidas, hasta la muerte de su padre. Pero para entonces el jardín había florecido y ya no podía mudar de sitio, y por eso quedó aquí oculto. Muchas plantas perecieron, por supuesto, pero algunas sobrevivieron y se dieron muy bien.

¿Le interesaban a ella las plantas y los jardines?, le preguntó.

—En absoluto —respondió Margot—. ¿No lo sabías ya?

—Lo sospechaba —replicó él sonriendo para hacerle ver que sabía por dónde iba la insinuación de ella—. Aun así, quería enseñarte una cosa.

Después de abrir una cancela que rechinó con fuerza contra el suelo antes de permitirles el paso, Raúl se volvió para dejarle contemplar una vista de la otra bahía, cuya existencia ella desconocía. Bajo el embrujo del sol vespertino, parecían hallarse a más de un kilómetro por encima del mar.

—¿Esto es lo que querías enseñarme?

—No. Esto de aquí es el jardín de las especias…, que no tiene interés alguno para quienes no tienen interés en la jardinería —

añadió después de agacharse y de restregar la mano en una planta que le llegaba a las rodillas; después le acercó la palma a la nariz—: Huele esto.

—¿Qué es? —dijo Margot retirando bruscamente la cara.

—Huélelo primero.

—Vale, pero ¿qué es? —insistió en preguntar antes de consentir olerlo.

—No te fías de mí, ¿verdad? Toma, frótate las manos en estas hojas y huélelas.

Por fin cedió y pareció sorprendida.

—Yo este olor lo conozco. Me recuerda a algo, pero no sé a qué.

—Es una maravilla, ¿verdad? —Luego, tras dejarle un tiempo para reflexionar, añadió—: Muy parecido al limoncillo, sin serlo, y a la lavanda, sin serlo. Y aun así me apuesto algo a que nunca lo has olido pero te provoca una especie de recuerdo, sin serlo. Le remueve a uno el sistema límbico, ¿no te parece?

—Pero sí que me recuerda algo. —Margot se inclinó y arrancó una ramita de la planta para llevársela—. Me encanta el aroma.

Siguieron caminando por el suelo embarrado hasta llegar por fin a una pequeña caseta donde había un jardinero sentado en un taburete, reparando un rastrillo.

—*Commendatore* —lo saludó el hombre poniéndose en pie.

Raúl lo saludó a su vez y le dijo que quería pedirle prestada la pértiga larga para coger unas frutas del árbol para la *signorina*.

—¿Aquí todo el mundo te conoce? —preguntó Margot.

—Vengo todos los veranos. Quienes se criaron en esta zona no emigraron y todos han conservado sus trabajos de siempre. Aquí el tiempo se detiene. De hecho, cuando vengo, no hago nada. Me gusta no hacer nada. Antes me has visto trabajando en el jardín del hotel. Pues eso es lo más que hago.

El jardinero entró en la caseta y salió con una pértiga vieja que le tendió a Raúl, aunque al punto añadió que no tenía problema alguno en sacudir las ramas para desprender las frutas. El otro, sin embargo, dijo que él mismo lo haría, que llevaba haciéndolo desde pequeño.

—Quería que me dijeras qué te parecía. No es fruta de la pasión, pero tiene un punto a fruta de la pasión y a granada, puede que a guayaba. Como nadie sabía cómo se llamaba, le pusieron de nombre «*frutta dell'ira*», aunque no se sabe por qué, seguramente porque al dueño de la finca no le hizo ninguna gracia que su hijo hubiera sembrado tantas plantas y árboles exóticos y se pasó la vida reprendiéndolo. O puede que porque la fruta tiene unas excrecencias que parecen carne de gallina y granitos muy gordos y se pone así de roja en esta época del año. —De camino al árbol, a Margot le pareció ver que algo se movía—. Hay todo tipo de pájaros por aquí, aunque son muy tímidos y silenciosos. Sígueme. —Cuando por fin llegaron ante un árbol alto y esbelto, Raúl señaló en lo más alto del árbol lo que parecían unas peras pinchudas de un color rubí rebosante de vida—. De ahí lo de la pértiga. De pequeño venía y robaba toda la fruta que podía.

Dicho esto, empezó a varear uno de los frutos hasta que este se liberó del todo de la rama y bajó dando tumbos por los tallos y las ramas. Raúl consiguió cogerlo con ambas manos antes de que cayera al suelo.

Acto seguido, hundió los dos pulgares en el fruto, lo abrió y liberó gran cantidad de pepitas negras diminutas que parecían caviar o semillas de guayaba.

—A veces tiene unas larvas pequeñitas, pero este no tiene nada de nada. ¿Quieres probar cómo sabe?

—¿*Frutta dell'ira*? —Margot cuestionó el nombre.

—*Frutta dell'ira*. Mi madre la pelaba, le apartaba las semillas y luego le sacaba la pulpa y la metía en zumo de limón. Era muy dulce en sí misma y por eso ella le añadía sal. Tengo unos recuerdos increíbles de esa macedonia. Pero desde que murió ya nadie hace ese postre.

—¿Te criaste aquí?

—Solo los veranos. Tenemos una casa al otro lado de la colina. A ver si te llevo un día.

—¿Cuándo?

A Raúl lo sorprendió lo repentino de la pregunta. La miró y sonrió.

—Mañana mismo si tú quieres.

—¿También vamos a comer juntos?

—Si te apetece, por supuesto.

—¿Y pedirás exactamente lo mismo?

—Sí, podría ser. Pero ¿no me encuentras aburrido?

—No.

—¿Un poquito tal vez?

—Bueno, sí, sobre todo cuando me preguntas estas cosas. —La joven saboreó la fruta, la paladeó y luego terminó su mitad mientras él mordía la suya, sin quitarle los ojos de encima—. Granada, sin ser granada. Puede que a guayaba, sin ser guayaba.

Raúl se quedó mirándola desconcertado. Le costó un momento comprender que ella bromeaba al utilizar las palabras que él mismo había usado hacía unos momentos.

—¿La habías probado antes? ¿Te trae algún recuerdo?

—Muy muy vagamente. Pero no sé de qué. Es bastante dulce.

Sin esperar a que ella se lo pidiera, y con la ayuda de la pértiga, liberó otro fruto. Pero no soltó la pértiga a tiempo y el fruto cayó a plomo y estalló desperdigando su contenido por la tierra.

—Una pena.

Repitió entonces el intento y esa vez fue ella quien atrapó la fruta. Hizo lo mismo que le había visto hacer a él y la abrió con los dedos a presión. Luego partió una ramita de uno de los árboles para apartar con ella las semillas.

Le gustaba esa fruta.

—La macedonia que dices no tiene que ser muy difícil de hacer. Me pregunto por qué la llamarán *frutta dell'ira*.

—Anda, yo creía que no te interesaban las plantas ni los jardines. —Ella le contó que la cocina se le daba bien—. Sí, lo sé —dijo él, que al punto se reconvino—. Volvamos —añadió.

—Entonces ¿comida mañana? —preguntó Margot.

—En el mismo sitio, a la misma hora.

Deshicieron el camino andado y se separaron a la entrada del hotel, donde a ella estaban esperándola sus amigos para ir a darse un baño.

—Mañana vente con bañador. Te quiero enseñar la bahía de Montesacro, un lugar que nadie sabe que existe.

Margot se despidió con la mano y estaba ya quitándose las sandalias cuando le dijo:

—Y gracias por la comida.

Él se encogió de hombros, dando a entender que no había nada que agradecer, que se dejara de formalismos varios, sin compromiso, al fin y al cabo, por él, encantado de la vida.

4

Cuando llegó, se encontró a Margot ya sentada a la mesa. Se quitó las gafas de sol y le alegró reparar en que ella le había cambiado el sitio, seguramente para que esa vez le tocara a él la sombra.

Ella llevaba un sombrero de paja, el bañador y una falda encima.

—Te he hecho caso.

Él llevaba bermudas, una camisa de lino holgada, un jersey de algodón con las mangas enrolladas al cuello y, al igual que ella, sombrero de paja.

—Aun así, qué bonita sorpresa.

—Creía que habíamos quedado en esto.

—Sí, lo sé, pero igualmente estoy muy contento de que vayamos a comer juntos otra vez.

A esas horas casi todas las mesas estaban ya montadas para la cena y no quedaban comensales.

—He pedido exactamente lo mismo que ayer.

El mismo vino blanco, la misma ensalada de pescado crudo y, en cuanto al pescado principal, cocinado como el día anterior, pero con la pesca del día.

—Pero probaremos un postre distinto —anunció.

—¿No será helado de *frutta dell'ira*?

—¡Que más quisiera yo! —Le gustó que ella lo recordara, le gustó que no disimulara que se acordaba del nombre—. Disfruta del vino, porque en un día así es lo más alucinante del planeta Tierra.

—Desde luego.

—Cuando acabemos, te quiero llevar a un par de sitios que los turistas nunca ven.

Llegaron los entrantes. Margot se comió su bollito de pan entero y luego fue atacando el de Raúl hasta que acabó comiéndoselo también todo. Él disfrutaba de verla comer. Consciente de que la miraba, ella no dijo nada hasta que no pudo contenerse:

—Me miras mucho.

—Sí, es verdad.

Ella esbozó una sonrisa queda, indefinida, y luego siguió cortando el pescado.

—¿Por qué?

—Porque me gusta que seamos amigos.

Ella asintió pensativa y dijo:

—A mí también.

—La mayoría de la gente no lo reconocería.

—Pero yo sí.

Cuando hubieron terminado y estaban ya levantándose de la mesa, él se fijó en cómo ella metía los pies sin ayuda de las manos en las mismas sandalias rojas que había admirado menos de veinticuatro horas antes.

Caminaron por la *strada bianca*. Salvo por los pocos dependientes que se dirigían a paso ligero a sus tiendas de regalos, la calle estaba totalmente vacía bajo el intenso sol de la tarde. Margot tuvo que detenerse un momento, por una piedrecita que se le había metido en la sandalia y estaba fastidiándola. Se apoyó en el hombro de él para quitarse la sandalia, no logró dar con la china y luego sacudió el zapato un poco más antes de volver a ponérselo. Él se fijó en que la sandalia le había dejado una fina equis de piel más clara en un pie por lo demás moreno.

—¿Está lejos? —quiso saber Margot.

—Qué va.

Ni diez minutos después habían llegado al final de una calle que enlazaba con la nacional.

—Ya casi estamos —anunció Raúl.

Y, efectivamente, al poco pasaron por encima de una vieja valla de madera caída y deteriorada que daba acceso a la playa, para luego seguir bajando hasta un delgado brazo de tierra que atravesaba la bahía hasta el fondo y se curvaba después hacia dentro, creando

casi un semicírculo, lo que explicaba por qué no llegaba a la orilla ni una pequeña ola. No había ninguna señal de civilización, como si ni los griegos ni los romanos ni los pobladores originarios de la zona hubieran tocado nunca aquel trozo de tierra donde incluso los vetustos olivos, que por el resto de la península italiana crecen en formación de falange romana, estaban desperdigados de cualquier manera y no parecían atendidos por nadie. Como por toda la zona, el coro infatigable de cigarras y el gemido de las tórtolas. Era el lugar más sereno de la tierra, y el mar, bajo la lánguida luz de media tarde, estaba tan tranquilo y límpido como un bonito par de ojos morenos y almendrados que nunca derramaban lágrimas.

—¿Aquí viene la gente a bañarse?

—En otros tiempos sí. Pero ahora todo el mundo prefiere las playas abarrotadas de los hoteles. ¿Quieres probar el agua? —Margot asintió—. Yo sigo viniendo aquí por las mañanas. Nunca hay nadie, ni un alma. Y si quieres sombra, los olivos milenarios están encantados de ofrecer sus servicios. Detrás hay también higueras, y puedes coger higos de agosto a septiembre sin coste alguno.

Margot tenía ganas de caminar por la orilla y meter los pies en el agua.

—Este es mi sitio —dijo él, que empezó a desvestirse hasta quedarse en bañador.

Ella vaciló unos instantes, pero entonces él se dio la vuelta y la dejó desvestirse tranquila. Se quitó hasta el reloj y el collar, que lanzó sin más sobre la ropa. Siguió mirando nerviosa alrededor, como si dudase de que estuvieran realmente solos, hasta que salió corriendo hacia el agua.

A esas horas del día la luz del sol estaba más difuminada y no brillaba con tanta fuerza, y en cuanto ambos llegaron nadando hasta donde no hacían pie, se mantuvieron a flote moviendo las piernas, inundados por una sensación de plenitud y de puro júbilo.

—Mira detrás —le dijo él señalando hacia la orilla.

Cuando Margot se volvió para mirar, la bahía le pareció de pronto muy lejana y más desierta y paradisiaca de lo que había imaginado.

—Aquí no hay nada que desear —dijo él.

—No puedo estar más de acuerdo.

—Según cuenta la leyenda, es posible que esto fuera el país de los lotófagos.

—¿Te refieres a los compañeros de Odiseo que se negaron a volver en barco a Ítaca? No me extraña, ahora que lo veo —dijo restándole valor una vez más a su educación universitaria.

—Me encanta venir andando hasta aquí, quedarme leyendo a la sombra de un árbol… y luego la vuelta la disfruto igual, con la arena todavía en las sandalias, algo que me devuelve a la infancia, cuando odiaba que se me quedara la arena atrapada en las sandalias y prefería caminar descalzo. Venir aquí me recuerda que amo el planeta Tierra, que me gusta estar vivo, que podría hasta gustarme a mí mismo.

—¿No siempre te gustas?

—No —contestó, casi demasiado veloz—, ya te lo he dicho. No conozco a nadie que se guste. Algunos lo fingen, otros intentan a toda costa engañarse, pero a nadie le gusta quién es realmente, salvo por rachas. Cuando siento el sol en la piel y el agua cerca y coincide que me gusta donde estoy, hago todo lo posible por atesorar esa sensación. Las únicas otras cosas que se le acercan, para mi gusto, son la música de cámara y el tenis.

—¿Y nada más?

—A veces eso también. Pero no siempre. —Decidieron nadar más allá—. ¡Nadas muy bien! —dijo.

—Mis padres. La natación venía en el pack con las clases de tenis y las de piano. Tú también nadas bastante bien.

—Esta era mi playa hace mucho tiempo. De pequeño venía con mi madre, y luego cogí la costumbre de venir solo, y ya luego con alguien especial.

—¿La gran y única?

—La gran y única.

—¿Cuánto me pagarías por no hablarles a mis amigos de este tramo de playa?

—No se lo vas a decir.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó ella antes de sumergirse y resurgir al punto lanzando el pelo hacia atrás y pasándose ambas palmas por la cara y la nariz.

—Porque este es nuestro sitio, ahora es de los dos y de nadie más —contestó antes de apartar la vista hacia el lejano brazo oriental de la bahía.

—¡Vaya, qué territorial te pones!

—Puede ser. Sí.

Él le preguntó entonces si alcanzaba a ver la punta de la extensión de tierra que tenían delante. Ella le dijo que sí. Él le contó que allí había habido una edificación y le preguntó si tenía alguna idea de qué pudo ser. Llevaba varias décadas desmantelada ya.

Margot se quedó un momento pensando antes de decir:

—Supongo que un faro. Seguramente abandonado hace por lo menos siglo y medio.

—¿Por qué abandonado?

—No sé, una corazonada. De todas formas, ¿qué pintaba ahí un faro?

Él estuvo de acuerdo. Ambos pensaban que debió de ser pequeño.

—A rayas blancas y negras, ¿no crees? —aventuró Raúl.

Ella lo sopesó.

—No. Yo diría que se parecía más a una caseta achaparrada hecha con rocas apiladas y coronada con una extraña estructura redonda, tipo desván, que proyectaba escasa luz para advertir a los marineros de rocas y escollos. Pero dudo de que girase siquiera, como en cualquier otro faro.

—Cuando era niño, había una edificación como la que dices, pero ya estaba totalmente abandonada por entonces. Mi madre me contó una vez que los alemanes la utilizaron durante la guerra. Nunca me dejó ni acercarme, por miedo a que hubiera minas sin detonar en el suelo. Pero si sigues y vas a nado hasta la roca a la que nos dirigimos, puedes ir caminando por el mismo filo de tierra y llegar al faro. —Siguieron nadando hasta alcanzar la gran roca—. De adolescente, venía aquí solo. Era como estar en otro planeta y escapar totalmente del tiempo. Una sensación maravillosa de pura quietud y pura unión con el mundo.

—Nunca me había bañado en un agua tan maravillosa —comentó ella—. Me gusta hasta cómo sabe.

—Bienvenida al mar Tirreno.

Raúl trepó por la roca y se acomodó en el que a todas luces era su sitio habitual. Luego alargó las manos para ayudarla a subir.

—¿Siempre traes a mujeres aquí?

—Nunca.

—¿Menos a la gran y única?

—A la gran y única sí, pero eso fue hace cuarenta años y dos meses.

—¿Y cuántos días?

—Si quieres saberlo, te lo puedo decir. —Ella no respondió—. Nos veníamos con un poco de fruta y nos quedábamos aquí como estamos haciendo nosotros ahora.

—Uvas negras, apostaría yo.

—Sí, el agua del mar y la fruta tienen algo. Me di cuenta luego de lo que era: la sal hace que la fruta sepa más dulce.

—La próxima vez hay que acordarse de traer. ¿*Frutta dell'ira*, por ejemplo?

—Era la favorita de ella. Nos pasábamos las horas aquí en la roca, sentados como nosotros ahora. Y charlábamos, charlábamos sin parar, y reíamos casi más que hablábamos. —Se detuvo un segundo —. Pero me alegro de que estés tú aquí.

—¿«Pero»? —preguntó al instante.

—Me refiero a que me alegro de que seas tú la que está aquí.

Ella no supo bien qué añadir, o si había comprendido realmente aquella respuesta. Hizo una pausa.

—La cosa es que siento… siento unos extraños celos de ella, de vosotros dos, y ni siquiera sé por qué.

—Éramos tan jóvenes por entonces. Nada nos paraba. —Él se descubrió cambiando de tema, como si algo los sobrevolara y ninguno de los dos quisiera mencionarlo—. Desde aquí podemos ir nadando hasta el brazo más oriental de la bahía. —Margot asintió—. Y luego volver andando o a nado adonde hemos dejado la ropa. Nos secaremos en la arena. Con este calor te secas en nada.

Visitaron el sitio donde había estado el faro y donde los alemanes habían montado un puesto improvisado, para luego volver nadando hasta la orilla. Esperaron un rato breve y volvieron entonces andando hasta la valla caída, donde, ya secos, se vistieron.

Él le prestó su jersey de algodón, que ella se pasó por la cabeza y se ajustó de las mangas. Le gustó cómo olía, y eso la sorprendió.

—Ha sido una maravilla, la verdad —comentó—. ¿Qué va a pensar la gente cuando me vea llegar con tu jersey?

—Que piensen lo que les parezca.

Todavía con las sandalias en la mano, para arrastrar los pies por la arena y que se les secaran antes, llegaron a la punta del brazo oriental, que de pronto parecía más un espigón que se alejaba bien dentro en el agua, hasta la luz del sol.

Seguían caminando cuando él se agachó un momento para coger una piedra pómez y ofrecérsela a ella.

—En la vida había visto una piedra pómez real, así en la naturaleza. Gracias. Las que venden ahora en mi país tienen unos agujeros tan pequeñitos que a los ojos y al tacto parecen de trozos de cemento recortados justo para caber en la mano. —Jugueteó con la piedra y pareció fascinada por lo ligera que era—. ¿Quieres que vayamos volviendo? —preguntó entonces.

—Ya mismo. Quiero llevarte por un atajo. Es al otro lado de la colina, mucho más bonito.

El atajo que Raúl tenía en mente estaba a espaldas de la costa y atravesaba la calle principal del pueblo vecino. Conforme se acercaron, Margot vio que se trataba de un hervidero de turistas y veraneantes que se paraban en una tienda de lujo tras otra, con aquí una *gelateria*, allá una enoteca, algo más adelante una cafetería.

—Aunque parezca increíble, esto antes era una aldea de pescadores pobres como las ratas… Ahora es un pueblo Potemkin con la cara lavada. En otra época aquí siempre encontrabas frutas, verduras y pescado frescos.

Raúl entró en un bar, compró dos botellines de agua con gas y le tendió uno a Margot.

—¿Cómo has sabido que estaba muerta de sed?

—¿Por qué no has dicho nada?

—Pues porque ni lo he pensado.

Se detuvieron un rato para beber.

—Esto es como cualquier pueblo turístico en ambas costas de Italia. Una boutique tras otra y la tienda de cerámica de rigor, con dibujos y motivos regionales que en realidad se fabrican y se pintan en otra parte.

—¿Ninguna de estas tiendas estaba antes?

—Ni una sola.

—¿Qué había entonces aquí, un apeadero de autobuses?

—¿Y qué más? —Margot miró a su alrededor, incapaz de imaginarse cómo debía de ser aquel pueblo en sus tiempos—. Intenta averiguarlo —la urgió él.

—¿Un taller? ¿Un cine? —Pero entonces se corrigió—. ¿Un matadero?

—¿Qué te ha llevado a adivinar que había un matadero?

—Ni idea. —Miró a su alrededor y vio una placa en la que ponía *Piazza del Macello*—. A lo mejor porque he leído antes esa placa sin darme cuenta.

—¿Tú sabes lo que significa *macello* en italiano?

—No.

—Entonces ¿cómo va a haberte ayudado a adivinar lo que era esto?

—No lo sé. ¿A qué viene el tercer grado?

—¿Te estoy molestando?

—Un poco, sí.

—¿Por qué?

—No sé por qué, pero me molesta.

Él le explicó que solo quería enseñarle cómo aquel pueblecillo de poca monta había pasado a ser, de la nada, un hervidero de tiendas de lujo.

—Mira el cine este de tres salas donde ponen la misma película de superhéroes en las tres. En mis tiempos no había ni cine.

—¿Qué había allí? —Margot se quedó mirando el cine, en un esfuerzo por visualizar lo que él recordaba.

—Cualquier niño te lo habría dicho.

—¿El qué, un apeadero para uno de esos autobuses diminutos que recorren de arriba abajo la costa?

—¿Y al lado del apeadero?

—¿Cómo voy a saberlo…? ¿Una bodega? Otra vez poniéndome a prueba.

—No, no es verdad.

—Sí que lo es.

—Vale, un poco sí. Este edificio totalmente nuevo, que está pensado para que parezca gótico, era otra cosa muy distinta en mi época. Aquí ponían una improvisada feria, enorme y caótica, que abría solo unas semanas en verano. Mis padres solían traerme. Hasta que de pronto los palos y las carpas y los carruseles y los coches de choque desaparecían hasta el año siguiente.

Recorrieron una estrecha calle empedrada que formaban arcos en el suelo. Cuando llegaron a lo alto de la cuesta, encontraron una bonita tetería con mesas y sillas llenas, donde se tomaban un descanso los compradores. Pasada la tetería, vieron una gran mansión decimonónica de planta rectangular, rodeada por una frondosa vegetación y un jardín floral, junto al cual se elevaba otra casa similar, pero mucho más pequeña, construida para que pareciera la hermana pequeña de la primera. Ambas tenían tejados abuhardillados y no se asemejaban a ningún edificio del sur de Italia.

—Esto parece Normandía —comentó Margot.

—Y con razón: el hombre que las mandó construir fue un francés que se empeñó en tener una casa francesa con vistas al Tirreno. Por cierto, lleva directamente, si se baja la colina, a la playa donde hemos estado nadando. Ven, que te la enseño.

—¿Has entrado alguna vez?

—Muchas más de las que recuerdo. Aquí es donde pasábamos las vacaciones. La pequeña era la casa de invitados y, para los niños, nuestro refugio, porque aquí es donde se quedaban todos los hijos de los amigos de mis padres.

Subieron el repecho y llamaron al timbre. Se escuchó a unos niños jugando en el interior.

Por fin se oyeron unos pasos y una señora les abrió la puerta. La mujer exclamó al instante el nombre de Raúl y lo abrazó cariñosamente. Intercambiaron sus chistes de siempre: «¡Nunca vienes!», «Ya sabes que no te soporto», «Pero nosotros te

queremos», «Además, tu comida está malísima». Se volvió hacia Margot para explicarle que Doriana era chef por el Cordon Bleu. Se hicieron las presentaciones, la mujer insistió para que tomaran el té. Margot dijo que no era necesario. Doriana presionó y Margot cedió.

—Eres peor que él —dijo Doriana mientras Margot y Raúl entraban en la casa—. Y yo creía que eso era imposible.

—Quería enseñarle la casa a Margot. Nos quedaremos para tu té y tus galletas malísimas.

Y con estas, Doriana se fue brincando a la cocina, dando gritos a los niños, que se amontonaron a su alrededor en cuanto oyeron la palabra «galleta».

—El otoño que viene se van todos de vuelta al internado, y ya no tendré que lidiar con ellos y podré terminar mi libro sobre el terrible fin de Masaniello. —Luego añadió mirando a Margot—: Es que soy historiadora.

—Ven, que te enseño la casa —le dijo Raúl.

La condujo por el pasillo, siguieron por el comedor, que daba a una amplia terraza desde la que, una vez abiertas las amplias venecianas, podía contemplarse el mar. Era una vista extensa y cautivadora del azul tarde noche. Los dos lograron distinguir la playa así como la roca en la que se habían echado un rato, con una clara visión de la franja de tierra que se adentraba en el mar, como el gesto de adoración e indolencia de una bailarina.

Raúl cerró entonces las ventanas y la llevó hasta el salón.

—Habría jurado que aquí había un piano —dijo Margot.

—¿Aquí? —preguntó.

—No, allí.

—No lo sé. Podría ser. A lo mejor lo movieron.

—Sí, porque ¿dónde si no iban a poner el silloncito barroco de madera oscura con una cabeza de león tallada en cada reposabrazos?

—¿Qué reposabrazos, qué cabezas de león? Yo debería saberlo, me crie en esta casa.

—Son solo imaginaciones mías.

Raúl la condujo entonces hasta la biblioteca. Los libros no se habían movido de sitio en más de un siglo.

—¿Ves esa marquesa de allí? —preguntó él señalando el mueble —. Ahí me ponía yo a leer. Mi pequeño universo: Stendhal, Forster, Hardy…, y mis favoritos, Tucídides, Heródoto y Jenofonte.

—¡Una marquesa toda para ti!

—Esta habitación era mi reino. No ha cambiado ni una pizca. Ni la marquesa, ni los jarrones, ni las feas estatuillas de mármol, ni los recuerdos que se iban acumulando. Deja que te enseñe ahora la planta de arriba.

Sin embargo, cuando estaban subiendo las escaleras, ella se quedó paralizada de pronto, se volvió y, con la mirada puesta al otro lado de la ventana salediza de la biblioteca, dijo sin más:

—Sé que he estado aquí antes.

Él no le contestó y se quedó en cambio mirando el relumbre vespertino sobre las escaleras antes de musitar para sí:

—Ya lo sé.

5

Doriana los llamó para que bajaran a tomar el té en la galería cubierta.

—Es una casa preciosa —le dijo Margot.

Doriana la miró y le sonrió.

—A Raúl le costó lo suyo decidirse a dejarnos vivir aquí —dijo señalándolo—. Hicimos unos cambios mínimos, salvo en los cuartos de los niños. Hasta la vajilla de porcelana es la misma, resquebrajada y desportillada, como todo lo que hay en la casa. Aunque a nosotros es que nos gusta así… Mira este plato —añadió —. Porcelana de Limoges auténtica, pero desvaída por culpa del lavavajillas. Y mira que nos lo advirtieron, que se llevaría los colores y lo volvería todo borroso…, pero ¿hicimos caso?

—Tú sí que te llevas los colores de la barriga de la gente con esa forma que tienes de cocinar —bromeó Raúl.

—Él nunca viene, da igual las veces que lo invite.

—Y con toda la razón —repuso él.

Margot cogió su taza y la sostuvo entre ambas manos; luego se quitó las sandalias rojas y remetió los pies en el travesaño del sillón de mimbre de Raúl.

—Aquí se está en la gloria —dijo por fin.

—Pues tú puedes venir cuando quieras… ¡Pero él no!

—No te fíes de ella. Un día te hará de comer y, cuando menos te lo esperes, ya no soportarás la cocina de nadie más, ni la tuya propia. Es una Circe de los fogones. En cuanto pruebas su pollo a la Marengo, ya no quieres comer otro pollo. ¡Por no hablar de su *tarte Tatin*! Te destroza la vida.

Siguió un compás de silencio mientras los tres bebían de las tazas y contemplaban el sol poniente, que arrojaba colores iridiscentes por el horizonte.

—Qué tranquilidad reina aquí —comentó Margot—. Lo raro es que se me hace todo muy familiar, como si hubiera estado antes en esta misma galería.

—Bueno, la casa la diseñó un arquitecto francés que construyó tantas iguales siguiendo el mismo modelo que no me extrañaría que hubieras estado en otra. Tiene casas por Polonia y Hungría.

—No, he estado aquí, en esta casa, en esta misma galería.

Margot juró que allí abajo había un piano y un banco de madera con los cojines hundidos, así como con dos reposabrazos labrados en forma de cabezas de león.

—Además, estoy casi segura de haber estado en la biblioteca, y sobre todo, escalera arriba y abajo por la tarde. Pero la cosa es que sé que es la primera vez que vengo. De hecho, no había estado nunca en el sur de Italia.

—¡Un *déjà vu*! —exclamó Doriana masticando una galleta.

Margot le devolvió la sonrisa, pero de pronto se puso tensa en el sitio. Apartó los pies del sillón de Raúl, dejó la taza en la mesa de forja con hojas metálicas puntiagudas, miró a su alrededor y, con la vista puesta luego en Raúl, dijo:

—Si creyera en hechizos, diría que me han echado uno. ¿No me habrás hechizado tú?

—Pero ¿la gente sigue creyendo en hechizos? —preguntó Doriana —. Me recuerdas a mi abuela.

—Entonces ¿qué está pasando? Ahora hasta reconozco los dibujos de la porcelana, da igual lo desvaídos que estén.

—Pero vajillas de porcelana como esta tiene la gente por todo el mundo, te las encuentras en cualquier tienda.

Margot volvió a coger la taza, pero la devolvió enseguida a la mesa.

—Sé dónde está el baño. Y conozco esta casa. Sé incluso dónde estaba antes la máquina de coser. —Se volvió entonces para mirar a Raúl y le dijo—: Explícamelo. —Y al ver que él vacilaba, insistió—: ¡Pero ya!

Doriana, sintiendo la tensión que se había hecho, se excusó y salió de la estancia. Para Raúl, era el momento que más había temido. Los pasos previos habían sido divertidos, entrañables incluso, pero ahora estaba siendo un auténtico suplicio.

—Empecemos por el faro —comenzó a decir—, y luego seguiremos por el apeadero de autobuses, el matadero y por último la feria. Podemos hasta incluir la *frutta dell'ira*.

—Muy bien, ¿y?

—Ha sido increíble, no te has equivocado en nada. Ni cuando estábamos en la roca.

—¿Qué dije?

—Hablaste de uvas.

—¿Qué pasa con las uvas? —La irritación nublaba la cara de Margot.

—¿Me dejas que te lo explique?

—Sí, adelante, explícamelo. ¡Eso estoy esperando!

—Vale, pero permíteme que lo haga a mi ritmo —le dijo dedicándole una mirada tan glacial como fugaz.

Raúl se levantó entonces, se acercó a una librería y sacó de ella un grueso libro de fotografía con instantáneas en blanco y negro tomadas por Luigi Alberti.

—Todas las familias de la zona tenemos este libro porque plasma el paisaje de la posguerra más inmediata.

Abrió el libro hasta el pueblecito que acababan de visitar. Aquí estaba el apeadero, aquí la feria, aquí el matadero, y por si le quedaba alguna duda, en la portada del libro había una fotografía, en sepia desvaído, del largo brazo de la bahía con una casita cuadrada en la punta.

—Justo como tú lo describiste: el faro —le explicó—. Pero déjame que te ponga en antecedentes.

Y así empezó a contarle la historia de un joven cuya familia veraneaba todos los años en el sur de Italia. El tío del joven, que vivía en Inglaterra, tenía una hija de veintidós años. El matrimonio estaba sumido en un proceso de divorcio tan amargo que le pidió a la familia que alojara a su hija unos meses en Italia, hasta que volviera a Oxford para seguir sus estudios ese otoño. La chica estuvo

encantada de ahorrarse el tumulto diario en casa de sus padres, donde las riñas, los insultos y los objetos lanzados por el comedor hacían la vida imposible.

La joven, sin embargo, tal y como todos descubrieron a los pocos días de que se instalara en la casa a finales de la primavera, no era mucho más soportable que sus padres. Era de una impaciencia inusitada y brusca con el servicio, y su forma de hablar y su conducta resultaban ofensivas para los demás, incluso para su tío, el hermano de su madre, que se tomaba con calma las maneras descaradas de la sobrina y aguantaba su insolencia cada vez que esta criticaba o desdeñaba su hogar. La joven cogió la manía de practicar con el violín en el salón durante varias horas seguidas, impidiendo así la vida familiar a partir de media mañana. Siempre se olvidaba el tentempié matutino a medio terminar en el salón y varias veces dejó surcos con la taza de café en un aparador de madera.

Pero lo peor de todo era su actitud con el joven de la familia. Lo contradecía y discutía todo lo que él decía, sin esforzarse en ningún momento por disimular el desdén que le inspiraba. Una noche, a los pocos días de llegar a la casa, lo vio entrar en el salón para darles las buenas noches a sus padres. Iba a salir a cenar en casa de unos amigos y se había puesto un traje nuevo. Ella lo miró por encima del hombro, soltó una risita burlona y le dijo que se notaba que el traje no era hecho a medida. La corbata no le pegaba con la camisa, la camisa era demasiado brillante y tenía las mangas demasiado largas y la chaqueta le quedaba ancha. ¿Es que se la había comprado con la idea de cuando engordara con los años?

El joven se sintió humillado.

—No ha mejorado mucho —le dijo ella después de que él hubiera corrido arriba a cambiarse el traje, la camisa y la corbata que le había ridiculizado.

Al chico cada vez le caía peor. Lo exasperaba especialmente lo encantada que estaba consigo misma y lo poco que lo disimulaba. Siempre que pasaba ante un espejo o un cristal oscuro, no se resistía a quedarse un momento mirándose, comprobando que tenía bien la camisa, el pelo, la cara. A veces, cuando hablaba con

alguien, se notaba que no tenía los ojos puestos en la persona con la que estaba charlando, sino en su propia cara en el espejo.

A ella, por su parte, le resultaba insoportable el aire esnob del joven cada vez que este intentaba hacerse el amo de la casa en ausencia de su padre. Todo el mundo tenía claro que, en cuanto aprobara los exámenes del colegio de abogados, se encargaría de los asuntos de su padre y, con el tiempo, heredaría el negocio. También estaba muy claro que la presencia de ella le desagradaba y que quería que tanto ella como su violín desparecieran de allí mucho antes de lo que la esperaban sus atribulados padres.

Ese verano estaba hincando los codos para entrar en el colegio de abogados y lo último que necesitaba era a una intrusa trastornando sus tranquilos rituales caseros con el chirrido perpetuo de su instrumento en el salón. Peor aún, tenía la horrible costumbre de tararear al mismo tiempo, y a menudo hasta cantaba al son del violín. Varias veces su madre intentó hablar con ella del ruido y le sugirió que ensayara en otro cuarto, más lejos de donde estudiaba el hijo.

Así que ahí estaba él estudiando leyes y ella canturreando, casi como si lo hiciera adrede. Por fin un día el chico decidió tomar cartas en el asunto y le pidió que parara de ensayar mientras él estudiaba. Ella le preguntó si él pararía de estudiar mientras ella ensayaba. Bueno, es que él tenía un examen, le respondió. Y ella también, replicó a su vez. Pues entonces que se fuera a ensayar a su propia casa, no en la suya. Tuvieron una pelea a gritos en la que él estalló y le dijo que no era su hermana y que aquella no era su casa.

—Además, ni siquiera eres hija de tus padres —añadió con la voz cargada de sarcasmo.

—¿A qué te refieres? —preguntó ella con un desdén que le desgarraba la voz.

—Me refiero a justo lo que acabo de decir. —La chica parecía perpleja—. Ah, entonces es que no lo sabes —dijo él por fin.

—¿Que no sé el qué?

El joven, que no era de morderse la lengua, le contó que sus padres y ella no compartían ni una gota de sangre; que sus padres,

que eran primos segundos, tenían más en común entre sí que con ella.

—A ti, bonita, te adoptaron. Nadie sabe quién te trajo al mundo, de modo que eres lo que normalmente se conoce como un chucho.

Aquello la dejó muda. De entrada, creyó que él estaba inventándoselo todo para hacerle daño, pero, como suele suceder con revelaciones inesperadas que de pronto colocan todo en su sitio, las palabras habían sonado a verdad y, sorprendentemente, ni siquiera la molestaron: como si siempre lo hubiera sospechado pero nunca hubiese tenido el tiempo, los medios o la voluntad de plantearse el tema y ahondar en él. Con todo, más sorprendente incluso que la propia revelación fue el alivio absoluto que vino de la mano de lo que acababa de oír, como si por fin hubiera encontrado una buena razón para deshacerse de unos padres de los que no había querido saber nada desde pequeña.

Siempre había tenido la extraña corazonada de que no encajaba con ellos, aunque, de dónde le había venido esa corazonada, no tenía ni idea. Eso, sin embargo, no significaba que pensara aceptar la noticia viniendo de él.

Chilló el «¡mentiroso!» más fuerte que se había escuchado nunca en aquel plácido hogar y, después de abofetearlo, le dijo que le enseñara siquiera un ápice de prueba.

—No necesitas prueba alguna. Tu rabia es prueba de sobra —replicó él.

Era la primera vez que lo abofeteaba una mujer. El acto traducía un repentino desamparo, y a él le gustó el haberlo provocado. Pero, a ella, verlo sonreír después de la bofetada la precipitó a un arrebato de rabia tal que estaba a punto de arañarle la cara cuando él le agarró a tiempo ambas muñecas y le preguntó si no era ya la hora de que se pusiera a tocar su violincito.

—Eres un monstruo, un gilipuertas. —La joven se serenó un poco antes de añadir—: Que sepas que no me has descubierto nada que no supiera. La única diferencia es que ahora tú eres el gilipuertas que ha dado las últimas puntadas. Y ahora sal del cuarto.

—No, te vas tú.

La chica salió del salón mascullando entre dientes un «¡animal!», que era lo que su madre siempre le decía a su padre, por mucho que ahora supiera que ninguno de los dos era su progenitor.

—Ahí te quedas —chilló antes de estampar la puerta tras ella.

Ese mismo día, algo más tarde, al pensar en lo que le había dicho a su prima, él comprendió que había ido demasiado lejos. Supo entonces que ella tenía razones de sobra para detestarlo; ya antes era consciente de que no podía ni verlo, por las muecas que hacía cuando él le leía versos en voz alta a su madre, o por cómo resoplaba cada vez que él se echaba crema solar en las manos, solo en las manos, antes de bajar a la playa. Se lo notaba en los ojos, o cuando refunfuñaba cada vez que él creía estar diciendo algo profundo mientras veían el telediario. Él era un estirado y un quisquilloso, y parecía saberlo y disfrutar de ser así, y por eso ella le había bajado los humos aquella noche que se había puesto un traje para ir a cenar con amigos. Ella aborrecía cuando él se ponía a balancear las llaves del coche en el dedo, o cómo sonaban sus zapatos por el parqué de madera; aborrecía incluso su risa. Aborrecía hasta la horrible manía que tenía de quitar la membrana de cada gajo de mandarina, naranja o pomelo, porque no le gustaba la piel de los cítricos, y se dedicaba a dejar la muda desnuda secándose en el plato, como la camisa de una cría de reptil; tenía incluso que pelar el tomate, e igual con las patatas y el pepino. No había nada de él que le gustase. Y ahora quería verlo muerto. Y él se lo veía a ella en la cara. Lo divertía, era como si quisiera que lo odiara, porque él también disfrutaba de odiarla.

Cuando su padre le pidió que se disculpara con su prima por algo que había dicho, él se negó y le contestó que jamás le pediría perdón a alguien como ella. Si respondió así fue porque antes de eso había escuchado al padre pedirle a ella que se disculpara por algo que le había dicho a él y que quizá le había herido en el sentimiento; la respuesta de ella, rotunda, había sido para enmarcar: «Yo no sé pedir perdón».

Así y todo, a pesar de las peleas de los últimos días —no pocas—, ambos procuraron ser discretos para que sus padres no llegaran a saber lo mucho que se despreciaban ni que él le había contado a ella

la verdad sobre sus padres adoptivos. En las comidas siempre se comportaban: «¿Me pasas la sal, por favor?». «Por supuesto, aquí tienes». Eso fue al día siguiente de llamarlo «animal». En el desayuno, que solían tomar en familia, se saludaban con un caluroso, en apariencia, «buenos días», y, cuando veían la tele en familia las noches que no salían, siempre se sentaban en el mismo sofá. Al cruzarse al entrar o salir de la casa o por el pasillo vacío, él susurraba: «Imbécil», a lo que ella respondía con «gilipuertas». En cierta ocasión, al cruzarse por las escaleras, él le dio sin querer un fuerte codazo y ella respondió pegándole en la espinilla con la punta de la deportiva. Él chilló de dolor. «Así aprenderás», le dijo ella. Cuando después la chica se tropezó con un bloque calado en el jardín, él no pudo evitar soltarle un: «Espero que te haya dolido bien».

Sin embargo, cuando la vio sangrar de la muñeca después de cortarse con una hoja puntiaguda que sobresalía de la mesa de forja del jardín, salió corriendo a buscar un rollo de gasa del botiquín y le echó bastante alcohol en el corte antes de darle tres vueltas a la gasa y apretársela con fuerza. No supo decir qué le había dado más placer mientras ayudaba a detener la hemorragia: si demostrar su valía en un momento de necesidad así como su habilidad para tratar heridas, o si ver la reacción de ella cuando el alcohol la escoció.

—Lo has hecho aposta —le dijo ella refiriéndose al alcohol.

Él sonrió sin dejar de aplicar presión sobre el corte con el pulgar mientras le ataba el nudo alrededor.

—Es verdad —reconoció él.

—No hacía falta echar tanto alcohol.

—Así por lo menos no te darán puntos.

—No soy tonta —dijo ella, dando a entender que hasta un idiota vería que no hacía falta suturar.

—Bueno, tonta sí que eres —dijo él, que la dejó en el jardín con el bote de alcohol y el rollo de gasa, para que lo devolviera ella al botiquín.

—Vale, vale —replicó—. No querría robarte más tiempo.

Pero él ya se había ido y no podía oírla.

Esa misma tarde estaba ella tendida en la playa cuando él pasó a su lado con una botella de cristal llena de agua fría.

—¿Me das un sorbo? —le oyó decir—. Se me ha olvidado traerme la mía.

Sin pensárselo, él le tiró la botella en la arena a su lado. A la joven no le pasó desapercibido lo desdeñoso del gesto, pero tenía demasiada sed para hacerle ver su enfado o decirle algo sobre sus modales. Se limitó a limpiar la arena de la botella, quitar el tapón y darle unos cuantos sorbos. Al ver que le había caído algo de arena en la toalla, la apartó con la mano y luego, levantando los ojos, miró al joven e hizo amago de devolverle la botella.

—¿Por qué me odias tanto? —le preguntó de repente.

No le daba tiempo de meditar una respuesta, así que soltó la primera que se le cruzó por la cabeza.

—No lo sé.

—Pero alguna idea tendrás.

El chico se encogió de hombros.

—¿Acaso tú sabes por qué me odias?

Ella negó con la cabeza, dando a entender que ni lo sabía ni le importaba.

—Entonces estamos empate.

—Supongo.

Ella le preguntó entonces si era normal que siguiera palpitándole la herida de la muñeca.

—Sí y no —contestó él, que dijo que le echaría un vistazo para asegurarse.

Ella se limitó a levantar en alto la muñeca para que él pudiera examinársela. Con cuidado, desenvolvió el vendaje que había hecho horas antes, comparó la muñeca derecha con la izquierda, dijo que no estaba ni hinchada ni roja y, cogiéndole la muñeca en la palma de una mano, le preguntó si le dolía un poco.

—Lo has hecho adrede —dijo ella al sentir una ligera presión en la herida.

Él no se permitió responder a esa acusación y en cambio le recomendó que se echara el ungüento antibacteriano que

encontraría en el botiquín del baño de invitados. Acto seguido, le soltó la muñeca, se levantó y se dispuso a alejarse.

—¿No quieres tu botella? —le preguntó ella.

—Quédatela. —Se lo dijo con su habitual inflexión displicente, la que usaba siempre que le dirigía la palabra.

—No tenías por qué hacerme daño, ¿sabes?

—No ha sido mi intención —contestó él.

—¿Por qué no me fío de nada de lo que dices?

—Mira, quizá sea un gilipuertas —dijo dejando escapar una risita burlona por utilizar el insulto de ella—, pero no soy un psicópata.

Ella se quedó mirándolo sin decir nada, aunque saltaba a la vista que estaba rumiando alguna contestación cruel y afilada a la disculpa superficial de él.

—No pillaré una infección, ¿no? —preguntó sin embargo al final.

—He visto cortes peores. —Él se ofreció entonces a llevarle el ungüento.

—No te molestes —dijo ella.

—Como quieras.

Y con estas se alejó.

A la mañana siguiente, en el desayuno:

—¿Cómo tienes la herida? —le preguntó.

—Mejor.

Y no dijeron más. Él se puso a leer el periódico, ella repasó la Chacona de Bach, él habló con su madre, ella habló con su tío.

Al mediodía en la playa, cuando ella estaba tomando el sol bocabajo sin la parte de arriba del bikini, él se le acercó y se arrodilló para pedirle que le enseñara el corte.

—No hace falta —le respondió ella de mala manera.

Él se incorporó de nuevo.

—Solo quería ayudar.

—Ya he visto yo que está mejor —contestó ella sintiendo que quizá había sido más borde de la cuenta con él—. Pero mírala si quieres.

—Te prometo que no te toco el corte.

—Vaya, y yo que estaba deseando que me pellizcaran la herida, o incluso que me la apretujaran…

—Ya te he dicho que no soy un pervertido.

—No, dijiste otra cosa.

—Yo solo estaba pensando en tu palabra: «gilipuertas». —Los dos tuvieron que reírse.

—En realidad, tampoco tenemos por qué odiarnos. Yo no soy mala persona y estoy segura de que tú tampoco. —Él decidió no discutírselo—. ¿Me harías un favor enorme? Aunque quizá con eso agotaríamos la ración diaria de caridad superficial.

—¿El qué?

—No puedo con la muñeca así. ¿Te importa echarme crema en el hombro izquierdo?

Él cogió el bote de crema y empezó a frotarle el hombro derecho.

—No es ese hombro —dijo ella.

—Ya lo sé. Te quiero echar en los dos para que no vayas haciendo el ridículo con un hombro más moreno que otro. Sé lo importante que es para ti la apariencia.

Pero mientras le extendía la crema solar por los hombros y luego por la espalda, se dio cuenta de que no le importaba tocarle la piel. Cuanta más crema aplicaba, más lento y parsimonioso se volvía el movimiento de sus manos.

—¿Qué haces? —preguntó por fin ella sintiendo un roce distinto.

—Nada, extenderte la crema —contestó él; pero entonces le pidió que se incorporara ligeramente y, sin pensárselo, empezó a echarle crema en el pecho izquierdo y luego en el derecho—. Para que no te quemes —dijo sonriendo.

Ella no dijo nada y se limitó a seguir con la mirada los movimientos lentos y templados de la palma de él mientras le acariciaba y seguía acariciándole los senos. Después, sondeando con la vista el bañador de él y con una voz de lo más sorprendida, se limitó a decir:

—Ah, vaya, ya veo.

Él no dijo nada y siguió acariciándole un hombro, luego el otro, de vuelta al primero y luego de nuevo los pechos, cuando ya la crema estaba extendida y empezaba a secársele en las manos. Luego cogió el bote de nuevo y empezó a echarse más crema en las manos y en

la nuca de ella, la espalda desnuda y el envés de los brazos, por las piernas, los talones y entre los dedos.

—¿Qué me estás haciendo? —volvió a preguntarle ella, aunque esa vez no obtuvo una respuesta rápida.

—¡Qué me estás haciendo tú a mí! —exclamó él por fin.

Ella volvió a mirar ahí.

Que es cuando de repente consiguió incorporarse, ponerse la parte de arriba del bikini lo mejor que pudo con una mano y hacer una bola con la toalla que había bajado de la casa. Se levantó e, inclinándose hacia delante, con las rodillas casi rozando el mentón de él, cogió las gafas de sol, las revistas y el bote de crema de las manos del otro y se encaminó hacia la casa. Pero sus palabras —«¿qué me estás haciendo?»— se apoderaron de él y le resonaron en la cabeza toda la mañana mientras yacía aturdido en la playa desierta. Imaginaba que la había molestado, pero a la vez sabía que, bajo el velo de reproche en sus palabras, que quería decir «¿cómo te atreves a hacerme esto a mí?», era posible que su voz abrigara también una inflexión de deseo, de asombro, de rendición incluso.

«¿Qué me estás haciendo?».

Ninguna mujer le había dicho nada parecido, y la tensión de aquellas palabras lo dejó hechizado hasta la parálisis ahí tumbado, incapaz de pensar, de leer o de concentrarse en las tranquilas olas de julio que rizaban la costa. Solo podía pensar en los pechos de aquella mujer a la que odiaba. Después, casi de golpe, comprendió lo que habían despertado en él las palabras de ella, pues no habían sido ni dóciles ni vulnerables, ni fruto de la rabia o siquiera la pasión: habían sido salvajes. Ella era salvaje, lo suyo no era ni indignación ni ardor. Esas maneras de enrollar la toalla y de ponerse el bikini pese al dolor de la muñeca, exponiéndose mientras tanto sin reparos, esa manera de volverle la cara después de mirarlo y de reír por lo bajo, habían sido repentinas, desvergonzadas y, sí, salvajes.

Mucho rato después, cuando llegó la hora de cenar, se la encontró por las escaleras camino del comedor.

¿De veras iban a empujarse como habían hecho hacía unos días? Ella hizo amago de dejarlo pasar pegando el cuerpo contra la pared curvada de la escalera, en un gesto que demostraba que estaba decidida a evitar otra ronda de empujones, pese a que ambos presintieron que empujarse, después de lo ocurrido en la playa, había quedado en el pasado. Pero él hizo justo lo mismo: echar el cuerpo contra la barandilla para dejarla pasar, dando a entender también que los insultos, por no hablar de los habituales codazos, ya no eran algo con lo que ninguno de los dos quisiera continuar. Interpretó el exagerado movimiento de ella contra la pared como otro ejemplo de su talante desmedidamente teatral, pues sabía que solo la movían las apariencias externas. La interpretación que hizo ella del movimiento de él contra la barandilla fue mucho más acertada. «Está nervioso —pensó—: eso es que le gusto».

—¿Por qué me has tocado antes en la playa? —le preguntó ella mientras bajaban ya los dos por las escaleras.

Esperaba una respuesta, pero recibió en cambio una pregunta:

—¿Por qué me has dejado? —A ella eso no le hizo gracia, y él presintió que iba a volver a sus crueldades, de modo que, con la idea de calmar la tempestad antes de que estallara, le preguntó —: ¿Es que vamos a ser enemigos siempre? —Había ensayado esa pregunta y creyó que era una manera como otra cualquiera de rememorar lo que había pasado entre ambos en la playa esa misma mañana.

—¿Acaso somos enemigos? —contestó ella, y, con esas, bajó corriendo a cenar.

El joven sintió cómo el corazón le aporreaba con fuerza el pecho. «No somos enemigos, y ella lo sabe».

Justo antes de entrar en el comedor, donde estaban ya un invitado y su mujer, él encontró un momento para decirle que no creía ni una palabra de lo que ella acababa de decir.

La joven sonrió.

—Ya lo sé.

Él no pudo contenerse.

—¿Qué es lo que sabes, que no debería creerte o que no te creo?

Ella se quedó mirándolo una vez más y repitió:

—Te he dicho que lo sé.

Nadie lo había descolocado tanto en toda su vida; toda la gente a la que conocía le parecía de lo más transparente, por mucho que intentara mostrarse esquiva.

—¿Tanto miedo te doy que tienes que hablarme con acertijos?

Ella calibró su respuesta antes de ir a saludar a uno de los invitados.

—No es de ti de quien tengo miedo.

—¿Y entonces de quién?

—¿Y entonces de quién? —lo remedó—. Es de mí de quien tengo miedo. De mí, ¿lo entiendes? —Él se quedó totalmente desconcertado—. Ahora ya lo sabes.

En toda la cena no cruzaron una palabra. Después ella consiguió alcanzarlo cuando él subía ya las escaleras.

—Voy a ir a tu cuarto.

—¿Cuándo? —preguntó él.

—No lo sé.

Esa noche el joven no pegó ojo. Cada vez que algo crujía en la casa, creía que era ella abriendo la puerta de su cuarto. Hasta que comprendió que alguien como ella no llegaría a hurtadillas, no recorrería la casa de puntillas ni abriría puertas con suavidad. Además, él había dejado la suya entornada, algo que nunca hacía, justo para hacerle saber que era bienvenida. ¿Por qué no había ido entonces? Tal vez le había hecho la promesa sobre la marcha y solo pretendía tomarle el pelo, sin pensar ni por un momento en cumplirla. O quizá él había dicho algo después de cenar que la había hecho cambiar de parecer. ¿O se había quedado dormida y se le había olvidado?

Presintiendo el plantón, se decidió a obligarse a soñar con ella, y puede que lograra soñarlo, aunque no fuera exactamente un sueño, pero lo sintiera como tal, cuando lo único que hizo fue revisitar una y otra vez lo que ella había querido decir en la playa con el «¿Qué haces?» y momentos después, una vez que le hubo masajeado los pechos y empezó a masajearle los pies, el talón, el arco y luego los dedos y entre cada dedo de cada pie, había escuchado el «¿Qué me estás haciendo?». Y en el sueño, él solo respondía con un «Tú sabes

perfectamente lo que estoy haciendo, lo sabes muy bien, siempre lo has sabido». Y luego llegaba el momento que más saboreaba, pero que no paraba de postergar cada vez que lo veía asomar al borde de su mente dormida, y que disfrutaba retrasando todo lo posible para alcanzarlo tras muchas demoras: el momento que él sabía que había ocurrido cuando ella de pronto se había girado antes de levantarse para irse de la playa. Sí, sí, ella lo había visto, claro, y a él le había gustado que lo viera, cómo no iba a verlo, porque había otra cosa cierta sobre ambos: se tenían en tan poca estima que no albergaban ni vergüenza, ni reparos, nada que los refrenara, y por eso él la había tocado y ella lo había dejado y ella había visto y él se alegraba de que lo hubiera hecho.

—Anoche al final no viniste —le dijo él a la mañana siguiente.

—¿Acaso dije que lo haría?

—Bueno, me habría gustado.

—Yo nunca pido perdón.

Él se negó a contestar. Cuando bajó a la playa ese mismo día más tarde, se puso bien lejos de ella, subrayando la distancia.

Una mañana, sin embargo, después de haber decidido no pensar más en ella, se despertó y se la encontró sentada en la silla de su escritorio, mirándolo fijamente.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—Un rato.

—¿Mirándome dormir y ya está?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque se aprende mucho de una persona viéndola dormir.

—¿Y qué has aprendido?

—He aprendido que puedes ser un hombre muy dulce, pero que no tienes un sueño feliz. Aprietas la mandíbula y a veces pareces enfadado, como si lucharas contra tus demonios.

—Entonces a lo mejor estaba pensando en ti. —Al comprender lo que acababa de decir, tuvo la sensación de que debía añadir algo—: No hago otra cosa que pensar en ti. Me acuesto pensando en ti, sueño contigo, y me despierto «así». —Había querido escandalizarla, pero ella ni se inmutó.

—¿Es eso cierto?

—Y luego un día abro los ojos y te veo en mi cuarto. —Se deslizó hacia el borde de la cama y volvió a levantar la sábana, en una clara invitación a que se le uniera.

—No —dijo ella, que no supo por qué había dicho ese «no» tan brusco, pero igualmente disfrutó de rechazarlo de esa manera.

—¿Es que no te fías de mí?

—Ya te lo dije, que no es de ti de quien no me fío. —Y dicho esto, salió del cuarto.

Unas noches después, no obstante, él no tuvo que pensárselo mucho para decidir colarse en el cuarto de ella. Sin saber qué ponerse, decidió ir en bañador. La ropa de ella ocupaba la silla, de modo que se sentó en un mueblecito de madera bajo que contenía la máquina de coser de la familia y se limitó a observarla dormir, a pesar de que al amanecer empezaba ya a refrescar.

—¿Qué haces ahí? —le preguntó ella cuando por fin abrió los ojos.

—Hoy me tocaba a mí.

Ella no dijo nada y se limitó a mirarlo, a él y su bañador.

—¿Tenías pensado nadar en mi cuarto?

Ambos rieron.

—No lo sé todavía. Pero tengo frío y a estas horas este bañador es de lo más ridículo. No sabía qué ponerme.

—¿No tienes frío?

—Estoy congelado.

Con la ayuda del pie, ella apartó la sábana y dejó a la vista su cuerpo desnudo.

—Yo he estado pensando en ti.

No tuvo que añadir más. Él se quitó el bañador y, temblando, se metió en la cama. Ella lo abrazó, lo hizo entrar en calor con el peso de su cuerpo y, colocándole una mano a cada lado de la cara, le dijo:

—Me alegro mucho de que hayas venido.

A partir de ese momento, como presas de un embrujo, se volvieron más inseparables que Tristán e Isolda.

Ninguno de los dos reparó en que la hiel y el veneno y el desprecio que sentían el uno por el otro era justo lo que les ofrecía

una intimidad instantánea, sin presentir, y menos aún sospechar, que ya estaba dada. Ni floreció ni germinó; simplemente les salió al paso aquel día en la playa, cuando él le tiró la botella de agua y luego le masajeó la piel. Porque ninguno pensó siquiera, y menos aún deseó, que fuese a surgir algo entre los dos, dejaron que quienes decidieran fueran sus cuerpos, no el corazón, ni la mente, ni siquiera la emoción de ocultarlo a todos los de la casa. Hasta donde sabían, aquella noche juntos únicamente sucedería una sola vez. Pero como no esperaban nada, ni siquiera placer, fueron incapaces de desengancharse el uno del otro. Esto, como ella, que era estudiosa de Bach, le explicó un día, era intimidad *contrario motu*. Cada uno entró en la vida del otro por la puerta de atrás y se pasaron el resto del verano haciendo el amor a cada ocasión que tenían. Nunca se preguntaron por qué hacían el amor, pero lo hacían sin refreno, porque, al menos al principio, a ninguno parecía importarle lo que el otro pensara, sintiera o necesitase. Lo que les despejó el camino no era amistad; los había confundido la antipatía.

Duraron cuatro meses, hasta octubre. Ella quería renunciar a Oxford, él quería acompañarla. No eran tontos, sabían que nada es para siempre, y menos aún la pasión fogosa: pero yacían desnudos en la roca todas las mañanas, hacían el amor por las tardes y por las noches, y a veces acababan yendo al cine, sin más interés por nada ni nadie que no fuera el otro. No se separaban para nada. En una ocasión ella le preguntó a él si todo aquello era real.

—¿Es que no te parece real nada de esto? —contestó él.

—No.

—Entonces ¿por qué preguntas?

—Porque tenemos que preguntarnos, tenemos que saber, porque me temo lo peor.

—Si te vas a Inglaterra, quiero ir en el mismo avión que tú. Si te subes a un barco, me monto contigo. Incluso si solo tienes que cruzar la calle, te acompañaré.

Ella murió en un accidente de coche a menos de diez kilómetros del pueblo. Acababa de cumplir los veintidós. Aquella noche la visibilidad era pésima, las sinuosas carreteras que ribeteaban el acantilado resbalaban y se cernía sobre ellas una niebla cerrada. Él debería haberla retenido. Algo se lo dijo, sin embargo, en cuanto recordó que nunca, ni una sola vez, habían utilizado la palabra «amor». Fue así cómo supo de golpe que algo no iba bien; de lo contrario no le habría venido ese pensamiento. Pero no confió en sí mismo y decidió pasar por alto las señales.

—Puedo hacer muchas cosas —dijo Raúl—. Puedo curarle el dolor de espalda a quien sea, disolver cálculos renales hasta hacerlos desaparecer, provocar tempestades, evitar que un barco navegue. Cuando era pequeño, hacía que el autobús del colegio llegara tarde, que aparecieran plazas donde aparcar para que mi padre no se agobiara, incluso que nos tuvieran la comida lista mucho antes de entrar en un restaurante o de haber pedido. Pero aquello pudo conmigo. —Se quedó un momento callado—. «Un día», le dije a ella, «perderemos el interés en lo que sea esto que tenemos y volveremos a odiarnos… a empujarnos por la escalera». «Pero entonces», dijo ella, «yo me haré daño y tú me curarás el corte y antes de que nos demos cuenta, te colarás en mi cuarto con el bañador puesto, me pedirás que te dé calor y nadaremos hasta nuestra roca y haremos allí mismo el amor hasta que nos sorprenda el amanecer y estemos congelados de frío».

—¿Te recuerdo a ella? ¿Has estado pensando en hacerme el amor antes, cuando hemos estado juntos en la roca? —preguntó Margot.

—No lo entiendes.

—¿Qué no entiendo?

—Que ya hicimos el amor en la roca…, solo que…

—¿Solo que qué?

—Solo que hace cuarenta años. Ella se llamaba, como seguramente hayas adivinado ya, Marya. Pero al echar ahora la vista atrás, fui yo quien murió, no ella, yo quien he estado muerto toda la vida, solo que…

—¿Otra vez «solo que»…?

—Solo que ella eres tú, y tú estás más viva hoy de lo que yo lo he estado nunca.

Margot escuchó esas palabras y sintió que se le erizaba el vello. Hacían que toda su vida pareciera un fraude, que su vida como Marya, si es que realmente había sido una vida previa, tuviera prioridad sobre todo lo que ella había vivido, conocido, hecho. No estaba preparada para aceptar la condición de yo sombra, dijo.

—Por favor, no te enfades conmigo. No era mi intención minimizar tu vida actual, ni pedirle a la anterior que compita con ella o la absorba. Lo único que quería era estar contigo: unas horas, unos días, eso es todo. —Hizo una pausa—. Antes de irnos de esta casa, donde quizá no quieras volver a poner un pie, al menos conmigo y desde luego mientras yo siga con vida, quiero enseñarte algo.

—¿El qué? —preguntó Margot, cada vez más inquieta y hostil.

Raúl no le dijo el qué y en cambio la condujo escaleras arriba hasta la primera planta.

—Esta es la famosa escalera —dijo antes de proseguir hacia la segunda planta, donde abrió la puerta de un cuarto pequeño.

—Yo conozco el olor de este cuarto —declaró ella—. Conozco este olor.

—Fue tu cuarto en otros tiempos. Tú sabes lo que había aquí, justo en este punto. —Él supo que ella ya lo había adivinado o, más bien, que siempre lo había sabido; ella no tenía ni por qué admitirlo —. Correcto. Y quiero que veas esto —dijo abriendo un armario—. Al principio lo guardamos de recuerdo. Pero yo lo he conservado a sabiendas de que algún día volverías para verlo. —Lo sacó de la caja y luego apartó la funda de fieltro.

—¿Puedo? —preguntó pidiendo permiso para tocarlo.

—Es tuyo. Te lo puedes llevar ya si quieres.

—¿De veras? —quiso asegurarse mientras pasaba la palma con suma delicadeza por su reluciente envés de arce.

—Y tan de veras.

—Pero yo nunca he tocado. —Él sonrió—. ¿Por qué ibas a dármelo a mí?

—Es la única prueba que tengo de que tú eres quien eres, de que has vuelto. De que, en fin, no moriste, solo te fuiste.

—No puedo aceptarlo.

—Bueno, piénsatelo, ¿me lo prometes? Es tuyo. —Margot asintió —. También quería enseñarte otra cosa.

—¿Otra?

Él ignoró el tono y abrió la segunda puerta del armario, que ocultaba unos estantes con ropa blanca. Metió la mano bajo la fina tela que forraba uno de los pequeños anaqueles llenos de manteles doblados y servilletas de colores y sacó un sobre cuadrado de debajo. Abrió el sobre sin sello y extrajo una instantánea en color de dos jóvenes en bañador. Ambos sonríen abiertamente y tienen los ojos entrecerrados, seguramente porque les da el sol de frente. A lo lejos se ve la roca. Ella aferra una bolsa de plástico e intenta esconderla detrás de su espalda. Lleva el pelo corto, los dos están muy morenos.

—¿Marya? —preguntó Margot.

—Marya —contestó él.

—Se me parece.

—Es que eres tú.

—Tenemos hasta las mismas rodillas y los mismos pies.

—Y los mismos codos —añadió él, a lo que ella levantó los codos para vérselos mejor: tenía razón.

—Os parecéis mucho también entre vosotros —comentó ella.

—Lo sé. A veces teníamos la sensación de ser la misma persona.

—Veo que has guardado esta foto…

—Claro que la he guardado. Es la única que tengo de los dos.

—¿Quién os la hizo?

—Alguien.

—¿Qué hay en la bolsa de plástico que está intentando ocultar de la cámara?

—Ya lo sabes. Fruta. Acababa de enjuagarla en el agua del mar. —Margot se quedó mirando de nuevo la fotografía—. Quédatela.

—No puedo quedármela, es tuya.

—Para mí significaría más si te la llevaras tú. Además…

—Qué rabia me da que hagas eso. ¿Además qué?

—Hay una razón por la que quiero que la tengas tú. —Dejó pasar unos segundos—. Quiero que recuerdes la cara del joven de la foto.

—¿Por qué?

—Lo conocerás cuando tengas mi edad.

—Haces que el resto de mi vida parezca un camino ingrato, totalmente inútil. —Reflexionó sobre lo que acababa de decir—. Llévame de vuelta al hotel.

Salieron del cuarto y bajaron juntos la vieja escalera.

6

Margot caminó mucho más rápido a la vuelta que a la ida, bien con prisa por volver al hotel, bien empeñada en demostrar que estaba guardando las distancias. Raúl no se sorprendió. Ella dijo que tenía que ducharse y cambiarse. Sus amigos pensaban salir por alguna discoteca de las colinas. Él le deseó buena noche y se separaron en el vestíbulo cuando ella subió al ascensor… Pero la puerta volvió a abrirse de pronto y Raúl se hizo toda clase de ilusiones al verla salir así de veloz, creyendo que la había malinterpretado por completo. Con un simple gesto, sin embargo, ella se quitó el jersey de los hombros y se lo devolvió antes de volver corriendo al ascensor.

Más tarde, cuando él bajó a la terraza del restaurante, a su mesa habitual junto a la piscina iluminada, los amigos de Margot le hicieron señas para que se acercara.

—Malcolm estaba preguntando antes si tenía usted más consejos —le dijo Basil.

—Esta noche no tengo ases en la manga. Preséntele mis disculpas.

Oscar le enseñó la gorra nueva que llevaba.

—Mi última conquista.

Raúl le dio la enhorabuena.

—¿Y el hombro? —le preguntó a Mark.

—Mejor imposible.

Ella no lo saludó y siguió charlando con Angelica; tampoco se volvió siquiera para mirarlo, aunque él sabía que era plenamente consciente de su presencia a la mesa, donde hacía apenas unas horas él había disfrutado de una de las comidas más felices de los

últimos años. Qué raro, se dijo él, antes ella no charlaba mucho con los demás y ahora estaba efusiva y animada, hablaba con Oscar, con el de enero, con la de mayo, con el de noviembre, en la otra punta de la mesa. «La he perdido. Por segunda vez en la vida, la he perdido». Había habido un momento en que habían estado tendidos en la roca juntos, como los más íntimos amantes, amigos, almas gemelas. Sabía que ella también lo había sentido igual, ese momento. Pero la vida es capaz de coger el día más perfecto y cargárselo. Y si no es la vida la que lo hace, ya nos encargamos nosotros mismos. Estaba convencido de que todo se había echado a perder sin remedio.

Cuando iba a salir ya de la terraza, ella se pasó por su mesa y se paró justo al lado de la silla en la que había estado sentada a mediodía. Con ella, él no quería saber ni anticipar lo que iba a decir y deseaba en cambio que se sentara a la mesa y siguieran por donde lo habían dejado en el almuerzo. Pero Margot se le quedó delante e incluso puso una mano en el mantel, sin decir nada. Tenía el gesto tan contraído que él supo que estaba rumiando cómo hacerlo trizas con una ráfaga de palabras hirientes.

Sin embargo, de momento no decía nada: estaba esperando a que los demás salieran del restaurante para hablarle, aunque ni cuando estos se fueron alcanzó a hablar. Raúl se quedó contemplando sin más aquel bello rostro; tampoco él tenía nada que decir.

—Podrías haberme avisado de lo del coche aquella noche, podrías haberme advertido. ¿Por qué no me dijiste nada?

—Porque no creía que pudiera pasar. Porque creí que estaba siendo poco razonable, un paranoico. Porque simplemente no quería ni imaginármelo.

—Que no querías ni imaginártelo… Qué excusa barata, Raúl —le contestó, golpeando con los nudillos sobre la mesa un par de veces, como para recalcar su afirmación, aunque sin irse todavía—. Pues, para tu información —añadió—, todavía me acuerdo del accidente. Recuerdo el sonido del coche y cómo me crujieron los huesos al romperse uno tras otro, y recuerdo también que no morí en el acto. —Él guardaba silencio—. Ah, y otra cosa. No fue ni la carretera, ni la niebla, ni los remolinos de lluvia que no paraban de azotar el capó

del coche. Tu chófer estaba borracho. Tú contrataste a un chófer borracho. ¿Por qué no me lo habías dicho?

—Ojalá hubiera muerto contigo aquel día en el coche. Nos habríamos ahorrado todo esto. Ahora tendremos que esperar.

—¡Venga, anda! —Con esas, ella se puso el cortavientos que llevaba y, oyendo la llamada de sus amigos, que habían pedido tres coches, estaba a punto de irse cuando se volvió y le dijo—: Bueno, y ahora ¿qué me dices? ¿Es seguro que me monte en el coche? ¿Cómo lo ves?

Él le sonrió.

—Sí, es seguro.

—Pues entonces, buenas noches.

—Buenas noches —repitió él, aunque no entendió del todo qué pretendía ella al preguntarle por lo del coche.

¿Estaba tomándole el pelo y riéndose de sus poderes proféticos? Ni siquiera era capaz de interpretar la palabra «entonces» tal y como ella acababa de utilizarla. ¿Era un entonces cordial y conciliador que llegaba como un codazo amigable después de unas palabras fuertes? ¿O enfatizaba la nube fría e irónica que se había cernido sobre ellos y, como siempre en ella, una hostilidad y un desdén irremediables?

Ya había salido del comedor con una urgencia imperiosa, pero hete aquí que, instantes después, volvió a la carga.

—Y otra cosa te digo: si tú tienes algo que ver con lo de nuestro barco, ya puedes estar liberándolo.

Margot había estado dándole muchas vueltas a todo lo dicho por él. Y no se le había pasado desapercibida la mención a los barcos que él había soltado de pasada al hablar de cálculos renales y dolores de espalda. «Entonces lo has entendido todo», pensó en decirle ahora. Hasta que escuchó entonces que los coches partían del hotel y temió no volver a verla más.

Esa noche hizo lo que había hecho tantas otras noches. Sacó un cigarro del bolsillo, se cambió de mesa y de silla, pidió una bebida contundente y se sentó a fumar. Nada que leer —no quería que nada lo distrajera—, nada que escuchar —la música le nublaría el pensamiento—. Lo único que quería era pensar en el joven que había entrado en bañador en el cuarto de una chica y se había

quedado allí, esperando a que ella se despertara para recibir el calor de su cuerpo.

Le llevó una eternidad fumarse el cigarrillo. Luego, en algún momento, decidió apagarlo, se terminó la copa y se decidió a andar un rato por la orilla. Se dejó las gafas en la mesa, se quitó los zapatos, se arremangó las perneras del pantalón y se dispuso a pasear por la playa. ¿No es esto lo que hacen quienes están a punto de quitarse la vida, cuando dejan una nota en los zapatos al borde de un río? ¿Por qué diantres la gente se quita los zapatos pero no los calcetines, pensó, y qué pasaba con las carteras, los relojes…? ¿Por qué castigar un reloj que te ha sido fiel toda la vida?

Estos pensamientos le dieron ganas de reír y hasta se le escapó una risita por lo bajo.

No llegaba a comprender por qué el enfado de ella había ido a más conforme él la acercaba a la verdad. Cuanto más la convencía de que era Marya, más arisca se volvía. El violín era de ella, de modo que ¿por qué no se lo había llevado, ahora que sabía que él no había mentido, ahora que recordaba el accidente, incluso el sonido del coche dando vueltas, el de su cuerpo quebrándose, y el chófer muerto, cuyo cuerpo, o al menos eso dijeron, cayó no solo del coche sino que se precipitó al mar y se perdió para siempre? *Se l'hanno mangiato i pesci,* se lo comieron los peces, dijeron. Pero él no podía olvidar el momento en que ella se había acercado a la mesa, había plantado la palma de la mano en el mantel y le había preguntado por qué no la había advertido del accidente, como si todo hubiera sido culpa de él, y, para recalcarlo, había golpeado dos veces en la mesa. Nunca olvidaría ese gesto, seguido de aquel sonriente «entonces», como si no quisiera herirlo, como si la paz nunca se cuestionara entre ellos, como si la guerra y la paz, a fin de cuentas, fueran una pareja bien avenida.

Hubo también otro instante, cuando ella había nadado con él hasta la roca y él la había ayudado a subir. Qué momento más bonito: hasta los dioses debieron de sentir envidia de ellos.

Envidia y con toda la razón.

Esa noche, el paseo por la orilla lo llevó al sitio donde se levantaba antes el viejo faro. Ya no lo vio como lo recordaba o como lo había plasmado Alberti menos de una década después de la guerra, sino como lo había descrito ella: «una caseta achaparrada hecha con rocas apiladas y coronada por una extraña estructura redonda, tipo desván, que proyectaba escasa luz para advertir a los marineros de rocas y escollos». Lo dicho por ella. Justo como en la foto. Más tarde, de vuelta en la habitación del hotel, no paró de zumbarle un pensamiento extraño en la cabeza. Estaba contento de haber pasado tiempo con ella, aunque, pensándolo bien, ahora que habían estado juntos, a él le quedaba poco por hacer. Tanto tiempo esperando aquel momento, y había pasado en un visto y no visto… «Visto y no visto», se repitió para sus adentros.

«Visto y no visto», susurró mientras se lavaba los dientes un rato después, «visto y no visto» mientras leía unas páginas antes de sentir que el sueño le vencía, «visto y no visto», cuando estaba ya a punto de apagar la luz de la mesilla y pensaba en su propia vida, seis décadas que habían pasado en un visto y no visto. «Y por qué no —pensó—. Y por qué no».

Y entonces oyó que llamaban a la puerta.

«Lo sabía, siempre lo he sabido», pensó.

—Pasa —dijo.

Ella iba vestida con la misma ropa que llevaba cuando se había plantado ante él y había puesto una mano en su mesa. La misma blusa, el mismo jersey, el mismo collar, el mismo peinado. Solo el carmín se le había desdibujado.

—Acaba la historia —le pidió ella, que se quitó el chal de lino y se sentó en el sillón que había al lado de la cama.

Él hizo ademán de encender la luz de arriba, pero ella le pidió que no lo hiciera.

—La historia —empezó Raúl con una sonrisa melancólica—. No me dejaron ver su cuerpo. Pocos días después llegaron a la casa y quisieron llevarse sus cosas y su ropa, pero no lo permití.

»Todo lo de su cuarto se quedó tal y como ella lo había dejado. Cuando vuelvo al pueblo en verano, siempre me empeño en subir y entrar en ese cuarto; me siento en la cama, pienso en ella. Ha

habido veces que he tomado un vuelo desde Perú solo para dormir en su cama. Y fueron las únicas noches de mi vida que he dormido profundamente. A veces le hablo, a veces imagino lo que diría. "Estoy viejo", le digo. "Sí, estás viejo y se te nota, querido caballero mío", responde ella. Y le pregunto si recuerda la roca, o el corte de la muñeca, o la máquina de coser, y ella me dice que todavía se acuerda, claro que sí. Y aun así nunca utilizamos la palabra "amor".

—¿Y por qué?

—Puede que porque fuera algo más que solo amor, o puede que fuera otra cosa. Pero nunca se fue, y nunca he querido que desapareciera. Todavía hoy esa frase suelta que me dijo hace unos cuarenta años («¿Qué pensabas, nadar en mi cuarto?») me trae una sonrisa a la cara y a la vida.

Raúl no le veía la cara porque se había sentado algo por detrás de él, aunque no le disgustaba; hubo un momento incluso, dado el silencio que de pronto se cernió sobre ellos, en que creyó que quizá ella se había escabullido y había salido del cuarto, o que ni siquiera había estado allí.

—¿Por qué has venido esta noche? —le preguntó entonces.

—Porque tú lo estabas deseando. Porque en realidad no quiero que nos distanciemos. Porque me he dado cuenta de que no eras feliz, sobre todo después de un día tan bonito.

—O sea que ahora tú también lees la mente.

—He tenido un buen maestro. Pero acaba la historia —le pidió, y él oyó cómo ella acercaba el sillón a la cama.

Raúl le contó que siempre había estado pendiente de ella desde que era pequeña; que, aunque había procurado no entrometerse, había sabido dónde vivía, a qué escuela iba, en qué universidad aspiraba a entrar, con quién se juntaba o con quién compartía cuarto. Siempre había tenido la esperanza de que estudiara violín, pero no se había dado el caso.

—Y, si te soy sincero, parte de mí esperaba a que te hicieras mayor.

—¿Mayor que Marya?

—Sí, de lo contrario dudo de que me hubieras hablado, y mucho menos que hubieras comido conmigo.

Se giró en el sitio y la vio sacudiendo ligeramente la cabeza, como si le reprochara algo para lo que no tenía palabras y aquel gesto fuera lo más que cabía esperar.

—¿Por qué no me dejaste ir, por qué no olvidarme y dejar pasar todo esto?

—¿Me crees capaz? Y menos después de hoy… ¿Tú lo serías?

—Quiero intentarlo.

—¿Y te piensas que yo no lo he intentado? ¿Tienes alguna idea de lo feliz que me has hecho? Lo mío no era un duelo, yo no estaba llorándote. Ni siquiera estaba triste por tu muerte. Lo que pasaba era que echaba en falta la mitad de mi cuerpo, la mitad de mi vida, puede que toda. Acabé viviendo la vida de otro, no la mía. Yo ya no era yo. Y aun así he dominado el arte de disimularlo delante de todo el mundo. Durante años, cada vez que me quedaba a solas (en la ducha, al vestirme, o en la cama, o en la cocina cortando verdura un domingo por la noche), murmuraba en voz alta tu nombre: «Ma-ra-ya», y me sentía de lo más ridículo, pero a la vez seguía feliz de que ese nombre hubiera entrado en mi vida, que pudiera decirlo, y al decirlo incluso hablarle, como estoy hablándote ahora. En algún momento comprendí que solo tenía que verte. No para revivir lo ocurrido cuatro décadas atrás; no, lo único que quería era tenerte conmigo, una hora, un día… nunca soñé siquiera con aspirar a más.

—¿Y?

—Podía haber esperado algo más, como llevo haciendo tanto tiempo, haber dejado pasar otras cinco semanas, cinco meses, cinco años. Pero el tiempo que yo mismo tengo está a punto de cumplirse, y esto es ahora lo más duro para mí: contarte lo que me tiene reservado el destino. Para mí este asunto tendrá muy pronto su resolución. Me río de lo que me espera: nuevos padres, nuevas escuelas, nuevos hermanos, y años y más años hasta que se crucen nuestros caminos y nunca se detengan, o, en contadas ocasiones, volver solo para echar un segundo vistazo y seguir viaje porque no es nuestro momento, todavía no, nunca es nuestra hora.

—¿Cuántos años, Raúl?

Era la primera vez que ella lo llamaba por su nombre. A él le gustó y lo conmovió.

—¿Cuántos? No quiero decírtelo.

—¿Por qué no?

—Demasiados.

—Dímelo, anda.

Él vaciló un momento antes de decir:

—Trescientos veinticuatro. Dieciocho veces dieciocho años.

—¿Seguiremos echándonos de menos?

—Un día, cuando seas una anciana de pelo cano, verás a un joven bajándose de un coche o entrando en el vestíbulo del hotel o en una sala de conciertos y te dirás: yo lo conozco, este es el hombre con el que me topé hace años en aquel hotel del sur de Italia y que se empeñaba en decirme que me conocía de otra vida. Será el joven que aparece en la foto, que es por lo que te he insistido para que te la quedaras tú. Yo también seguiré cruzándome contigo una y otra vez, pero seré demasiado mayor o joven, y tú serás demasiado mayor o joven. Pero el día llegará, eso te lo juro, aunque no alcanzo a visualizar cómo será nuestro planeta por entonces.

—Odio las despedidas, sobre todo después de hoy. Me haces temer los años de soledad que me aguardan. O, peor aún, que mi vida y dieciocho generaciones de ella no signifiquen nada. ¿Qué hago con esas vidas? Nadie es capaz de esperar tanto.

—Todos estamos condenados a la soledad, todos y cada uno de nosotros. Tú moriste sola. Yo moriré solo. Tú chillaste mi nombre cuando el coche cayó, yo te llamo por el tuyo todas las noches de mi vida. Llegará el momento en que el destino realineará nuestros calendarios y, con suerte, viviremos setenta años juntos y luego nunca más. —Se supo al borde de las lágrimas y tuvo que hacer una pausa—. ¿Tienes idea del privilegio que ha sido almorzar dos veces contigo, andar contigo al sol, nadar contigo y permitirme soñar que vuelvo a ser joven, comiendo fruta en la roca junto al viejo faro que ya ni siquiera está ahí?

—¿Qué creías que pasaría entre nosotros? —le preguntó ella.

—Nada. Yo solo quería que amaras al joven que fui en otros tiempos. Quería que me miraras y que me dijeras que no habías olvidado nada, que habías sufrido más de cuarenta años sin saber

que sufrías, que me estabas infinitamente agradecida de que te hubiera traído de vuelta aquí.

—¿De verdad tuviste algo que ver con lo que le pasó a nuestro barco? —preguntó.

—Sí.

—¿Lo vas a dejar ir?

—¿Para cuándo quieres que lo haga?

—El viernes. Eso nos daría dos días…

—Dos almuerzos más, dos paseos más hasta nuestra playa, la roca, quizá la casa de nuevo… —dijo, pero entonces, porque tenía que preguntarlo, preguntó—: ¿Estarás en el barco cuando lo deje ir?

—No lo sé. Sí. No. No lo sé.

—Tienes que estar. Pero mañana, bien temprano, tengo pensado que me acompañes a hacer algo pendiente.

—¿Algo pendiente?

—Quiero llevarte al cementerio, quiero que veas su tumba. Y, como en el poema, le llevaremos un ramo de acebo verde y de brezo en flor…

—Porque…

—Porque será mi forma de cerrar el círculo. En el último minuto volverás con tus amigos y quizá no creas una palabra de lo que pasó aquí y, cuando eches la vista atrás, dirás que fue todo el farol de un viejo, una fábula de abuelo. Pero ver su tumba me grabará a mí para siempre en tu corazón. Solo te he amado a ti y seguiré amándote mucho, mucho después de haber desaparecido. En años venideros me gustaría que volvieras, y lo más seguro es que lo hagas con tu marido, tus hijos, o que vengas sola… Sí, ven sola. Yo no tengo descendientes, de modo que la casa te la dejo a ti. Hice el testamento hace tres días. Solo quiero que me prometas una cosa: entiérrame a su lado. —Se volvió para mirarla y le preguntó—: ¿No tienes frío?

—Estoy congelada —contestó ella.

Él recordaba esas palabras.

Llevaba toda una vida esperando oírlas en su boca.

Habitación frente al mar

Lunes

Él estaba leyendo el periódico. Ella leía una novela. Él la miró de reojo. Ella no le devolvió la mirada. Ella tenía el pelo claro, peinado hacia atrás, y, por cómo cogía el libro y lo apoyaba en la rodilla de su pierna cruzada, parecía tener manos de pianista. Él intentó ver el título de la novela, pero no consiguió distinguirlo. Cuando ella pasó la página, él volvió a intentarlo una vez más sin éxito. Momentos después, hizo un último intento.

—Es *Cumbres borrascosas* —le dijo ella en un susurro para no molestar al resto de los presentes en la gran sala.

Parecía hacerle gracia la curiosidad de su vecino, y a fin de demostrar que la novela no era un secreto, le dio la vuelta al libro para que él mismo leyera la cubierta, quizá pensando que con toda seguridad no le sonaría de nada. Él no tenía claro de dónde le venía esa necesidad de saber qué leía aquella mujer, más allá de porque no lo conseguía, o porque, sin querer reconocerlo del todo, estaba intentando sacar conversación. Con todo, una vez que le enseñó el título de la novela, ella siguió leyendo y pareció incluso más enfrascada en la lectura.

—Anda, pues yo lo he leído dos veces —comentó él—. En el instituto lo llamábamos «Cumbres bochornosas». —A ella le hizo gracia y dejó escapar una risa queda y entrecortada, más por educación que porque fuera muy divertido—. Es un chiste muy trillado —añadió él—, pero aguanta el tipo la primera vez que te lo cuentan.

Esa vez ella le dedicó una sonrisa de pasada, no dijo nada y siguió leyendo. Él volvió a su *Wall Street Journal*.

Ella iba vestida con lino ligero y llevaba los hombros al aire en aquel caluroso lunes de verano, aunque había echado una rebequita de algodón por si ponían demasiado fuerte el aire acondicionado de la sala de espera principal. Resultó, sin embargo, que la climatización no funcionaba en aquella sala, donde al menos doscientas personas aguardaban apelotonadas a que las seleccionaran o no como jurados. Al final, a las nueve y media, el auxiliar judicial tomó el micrófono, dio la bienvenida y, con un deje jubiloso en la voz, se disculpó por la climatización y recordó a los presentes que el calor era igual de insoportable para los funcionarios que trabajaban en el edificio que para los jurados en potencia. Todo el mundo pareció agradecer el humor y una ola de risitas quedas barrió la sala.

Entretanto, el hombre dejó el *Journal*, se quitó la chaqueta a rayitas azules de lana peinada y la dejó, bien doblada en dos, sobre el asiento que los separaba. Se planteó aflojarse el nudo de la corbata y desabrocharse el cuello de la camisa, pero al final decidió quedarse así. Tras hacer su comentario de pasada sobre *Cumbres bochornosas*, había empezado a sacar de los ojales los gruesos gemelos de oro, en forma de ancla, que ahora le colgaban de los puños de la camisa. Llevaba unos brogues negros relucientes, un tipo de calzado que el marido de ella jamás se pondría. Los calcetines no se le bajaban; a su marido sí. A Jonathan le daba igual que los calcetines se le quedaran enrollados en los tobillos, mientras que este hombre atildado seguro que llevaba ligas en las pantorrillas. Ella lo caló de pe a pa: Wall Street, Park Avenue, Ivy League; o lo que es lo mismo, arrogante, pagado de sí mismo, sin duda clasista y a mucha honra.

Ambos permanecieron absortos en la lectura hasta que a él lo llamaron por su nombre: Paul Wadsworth. Por supuesto, de rancio abolengo, pensó ella. Le ordenaron que subiera en el ascensor hasta la sección 73.

—Que disfrute de la novela —le dijo él mientras cogía la chaqueta y se abrochaba los gemelos de nuevo, con la visible soltura de quien, al contrario que Jonathan, jamás había necesitado ayuda para

ponerse unos gemelos—. Emily Brontë le gana de calle al *Journal* —añadió.

—Totalmente de acuerdo —respondió ella.

Sin duda de izquierdas, se dijo él, una progre acérrima y desdeñosa del Upper West Side que aborrecía a la gente como él.

Dejó la sala de espera principal y se dirigió a la sala de vistas, donde se acomodó en un banco y esperó a que lo llamaran. Los abogados hablaban de distintos asuntos entre ellos. Entretanto, se abrió la puerta que tenía detrás, y al volverse vio que hacían pasar a otro grupo de jurados. Ella incluida. Reparó entonces en que no tenía el pelo rubio ceniza, como le había parecido en la sala de espera, sino de un bonito gris lustroso. Ella lo pilló mirándola y se le acercó con paso diligente al ver que había un sitio vacío tras él.

—¿Sabe usted alguna forma de librarse? —le preguntó ella inclinándose hacia delante.

—Creo que sí —contestó él.

—Cuénteme cómo, por favor. No puedo permitirme perder el tiempo con esto. ¿Algún consejo?

Él se levantó, cogió el periódico, se abrió paso por el pasillo y se sentó en un sitio libre al lado de ella.

—Dos cosas —empezó a decir bajando la voz—: lo que más irrita a los abogados cuando entrevistan a un posible jurado es que les responda con monosílabos, sí o no a secas, ni una sílaba más. Se imaginan que o eres abogado o tienes cierta experiencia legal y temen que sepas verles el juego. Este traje que llevo es de abogado, y ellos saben por qué, y saben que yo sé por qué. En resumidas cuentas, ellos sabrán que soy abogado y no quieren picapleitos que manipulen a los demás jurados durante las deliberaciones. En cuanto a usted, no se extienda sin que se lo pidan. Limítese a sí o no.

»Por lo demás, como estamos en un tribunal penal, seguro que van a preguntarle si ha sido víctima de algún delito. Quizá le permitan extenderse sobre ese particular. Yo antes les decía la verdad, que no he tenido experiencia directa con ningún delito, pero entonces añadía que a mi madre sí que la habían atracado a punta de pistola cuando hacía cola en el supermercado. Eso en principio puede gustarle a la fiscalía, pero entonces yo le recuerdo al juez que

la policía no hizo caso alguno a lo dicho por mi madre cuando los agentes se personaron en el lugar de los hechos. Como ella tenía acento italiano, los agentes fueron tan desconsiderados que ella les perdió el respeto y se negó a presentar la denuncia. "¿Es usted capaz de ser imparcial?", me preguntará el juez, a lo que yo le diré: "Si le soy sincero, señoría, no lo sé, pero haré todo lo posible". Me ha funcionado dos veces en los últimos tiempos. Ni la defensa ni la fiscalía lo tenían claro conmigo y prefirieron no tenerme como jurado.

Resultó que, efectivamente, llegado su turno, él hizo tal y como le había contado a ella y consiguió que lo descartaran en bloque y lo mandaran de vuelta a la sala de jurados central. Una vez allí sacó su ejemplar del *Wall Street Journal* y retomó la lectura por donde la había dejado antes de entrar a la sala de vistas. Cuando, tras más de una hora, la mujer seguía sin volver, se imaginó que habría metido la pata con sus respuestas a uno o a los dos abogados y que, en consecuencia, la habrían seleccionado para formar el jurado.

Pero no. Al cuarto de hora de que él la diera por perdida, sonó la campanita del ascensor y apareció ella en la sala de espera principal. Echó un vistazo a su alrededor y, en cuanto lo localizó, fue directa hacia él.

—¡Ha funcionado! —exclamó, sonriendo como una cría.

—No le diga a nadie que se lo conté yo.

—Claro que no.

—Es un secreto muy bien guardado —apuntó él mientras apartaba la chaqueta del asiento vacío que tenía al lado para hacerle sitio—. ¿Sabe? Una vez le hablé a alguien del hotel en el que me quedaba siempre que iba a Nápoles para ver a un cliente importante. El hotel no era especialmente bonito, pero había una habitación en concreto que era una maravilla. «Pida la 68B, no acepte ninguna otra», le dije yo. Pues nada, a partir de ese día, el rumor debió de correrse como la pólvora entre los de mi gremio, porque ya no pude volver a reservar esa habitación. Con el tiempo acabé encontrando un hotel mejor con unas vistas más bonitas de la ciudad…, y de la costa y del Vesubio. Pero ahora punto en boca.

—Los de mi gremio sabemos guardar secretos.

—¿Qué gremio es ese? —preguntó, con la sensación de poder ya adivinarlo.

—Soy lo que algunos llamarían una «comecocos» —respondió con una risita y un punto de docilidad rayano en la disculpa por su oficio.

Lo de «comecocos» parecía la gracia final de un viejo chiste que se ha contado tantas veces que no necesita presentación. Pero entonces, con un punto de arrojo que casi lo pilló desprevenido, ella le preguntó:

—Entonces ¿cómo se llama el hotel?

—Se llama Albergo Secreto, o sea, Hotel Secreto.

Ella se quedó pensativa.

—¡Ah! —exclamó por fin—. O sea, ¿que no piensa decírmelo? —Lo preguntó afectando un leve puchero en la voz.

A él le gustó que fingiera hacerle un reproche sin pretenderlo.

—Se lo diré, pero solo si antes me cuenta qué le ha dicho al juez.

Resultó que no había tenido que inventarse ninguna historia para su señoría. Habían atracado a su hija a plena luz del día en la avenida Columbus, en compañía de su nieto de cuatro años. No había dudado en llamar en el acto al 911, y cuando se personaron los agentes le pidieron que describiera al atracador. Como lo había vivido con tantos nervios y tanto miedo por su hijo, apenas se había fijado en el delincuente y fue incapaz de describírselo a la policía. Le pidieron que fuera a la comisaría a presentar la denuncia. «Pero para entonces el atracador habrá desaparecido», protestó su hija. «Señora», le dijo uno de los agentes, con una sonrisa descarada y sabihonda en la cara, saboreando ya lo que iba a decirle: «Su atracador hace ya *horas* que desapareció». A su hija lo de «su atracador» le sentó fatal y, al igual que la madre de él, se negó a presentar la denuncia. Acabó más cabreada con los policías que con el atracador.

Cuando terminó de contar la historia, eran ya casi las doce y media y a los jurados potenciales se les permitió un descanso de hora y media para ir a comer. Tenían que estar de vuelta a las dos y cuarto en punto, según pidió el auxilio por la megafonía.

Así que los dos se apresuraron a salir. Él comentó que conocía un restaurante chino cerca donde servían rápido y tenían una comida

más que decente. A ella le pareció muy buena idea. Uy, dijo entonces, reculando casi, ¿le importaba a él que ella lo acompañara? Desde luego que no. ¿Era de verdad abogado?

—Sí. ¿Por qué lo pregunta?

—Por su aspecto —respondió ella acariciándole la solapa de la chaqueta con la palma y prácticamente riéndose de que vistiera un traje de lana en un día con semejante calor.

Por lo visto, llevaba un año jubilado, pero todavía no se había hecho a la vida de exletrado de bufete. Seguía teniendo un despacho en Pearl Street, aunque estaba cogiéndole cada vez más el gusto a lo de trabajar desde casa.

¿Le gustaba lo que hacía?

—Sí. En general. A veces. Sinceramente, no mucho —admitió él, que rio por primera vez ante su propia revelación.

A ella le gustó su risa. No era el analista financiero estirado que se había imaginado. Sabía reírse de sí mismo…, sin pasarse, pero lo justo para aprobar el test provisional de sentido del humor que ella aplicaba cuando quería formarse un juicio sobre algún paciente o cualquier persona en general.

¿Y qué había de ella, quiso saber él, le gustaba lo de matar cuerdos?

—«En general. A veces. Sinceramente, no mucho» —dijo en un eco de lo dicho por él, y quizá también para tomarle el pelo; pero entonces, temiendo haberse excedido, añadió—: No, ya en serio, sí que me gusta el trabajo de analista. —Sin embargo, un tono de indecisión empañó esa supuesta defensa; con un tácito «tal vez» en la voz, añadió que a veces albergaba dudas sobre el oficio, y más a esas alturas de la película. Había llegado a plantearse la posibilidad de jubilarse—. Pero ¿qué iba a hacer yo todo el día? —Además, nunca le había confesado eso a nadie, y menos aún a un desconocido—. Así que no sé por qué se lo estoy contando.

—Puede que precisamente porque soy un desconocido y es usted libre de decir lo que le plazca.

Ella comentó que él no le daba la impresión de ser el típico abogado combativo.

—Es que en realidad los pleitos y lo contencioso no son lo mío. Yo nunca voy al tribunal: mando a otros. Tengo muy buena vista para valorar los casos, pero siempre hay una parte de mí que teme equivocarse. La jubilación ha sido mi mayor logro como abogado. Piénseselo.

A ambos le gustó que ninguno de los dos pretendiera sonar muy satisfecho con su carrera profesional. También hicieron lo posible por no hurgar en la vida personal del otro. En consecuencia, el paseo juntos adquirió un halo ligero, desenfadado y tranquilo del que ambos disfrutaron.

—Nos podíamos tutear, ¿no? Y, por cierto, me llamo Catherine.

Él no lo pudo evitar:

—Pues entonces tú llámame Heathcliff.

Ambos reían cuando entraron en uno de los varios restaurantes chinos concurridos que había a menos de diez minutos del juzgado.

El almuerzo fue rápido y ameno. No tenían ni idea de los gustos del otro. ¿Le molestaba a ella el cilantro?, le preguntó él. A ella no, pero su marido no podía con él.

—No soporta el sabor.

—Qué raro, a mi mujer le pasa lo mismo. Leí no sé dónde que hay gente que no soporta el cilantro porque le recuerda al jabón Ivory. En casa nunca pedimos comida china.

—Nosotros tampoco.

—Qué cosas.

—Vaya, qué cosas, y nosotros dos aquí a punto de pecar.

Ambos rieron de nuevo, aunque también se preguntaron para sus adentros si reían por lo mismo. Quizá hubiera sido por ese hurgar involuntario y tácito en la vida que llevaban, si bien podía deberse asimismo a algo tan simple como la mera coincidencia de tener cónyuges con papilas gustativas gemelas.

La sopa estaba exquisita y los raviolis a la plancha eran los mejores que ella había probado en años, mientras que los platos principales de gambas y de pollo con anacardos, que ninguno tuvo problema en compartir, estaban para morirse. Pollo de ayer y sopa de anoche, pero ¡qué más da!, comentó él. Ella estuvo de acuerdo. Las sobras no identificadas, ese secreto culinario sin par, añadió ella.

¿Cocinaba él? Antes sí, siempre. ¿Y ella? Rara vez. Su marido era muy melindroso con la comida y además no le gustaba verla rondar por la cocina mientras preparaba la cena, así que había aprendido a no entrometerse, aunque sí que le gustaba cocinar. ¿Cocinaba él con su mujer?, le preguntó. Su mujer se quejaba de que él ensuciaba demasiadas ollas y platos para lo poco que acababa preparando, sobre todo ahora que ya solo eran ellos dos, pues sus hijos estaban casados y se habían independizado.

La vida…, dijo él con una risita queda. Vaya, la vida…, repitió ella.

Cuando salieron del restaurante, les quedaba media hora larga hasta volver a la sala de espera principal.

—¿Un café? —sugirió él.

—Por supuestísimo.

Fue un paseo de tres minutos. El bar-cafetería-enoteca Da Pirro, por el que, según contó él, se pirraban todos los abogados jóvenes de su bufete, estaba hasta arriba. Tuvieron que hacer cola, escuchar los enrevesados pedidos de cafés varios de los clientes previos y, una vez que les llegó el turno, tardaron más en cobrarles que en ponerles el café.

—Cualquiera diría que estamos en una cuenta atrás, es raro.

—Ya. Nos queda un cuarto de hora menos los cinco minutos del control en el detector de metales, y luego subir por los ascensores lentos como caracoles.

Él comentó que le gustaba tomar el café caliente cuando hacía calor… ¡Manías! Ella odiaba que le echaran trozos de hielo demasiado gordos en el suyo.

—¿Podríamos no estar de acuerdo en algo, por favor? —le preguntó él, a sabiendas de que a ella le haría gracia.

—Seguro que, si volvemos a vernos, algo encontraremos —bromeó ella, aunque entonces, al temer que él malinterpretara su respuesta, añadió algo para dar a entender que quizá el servicio de jurado se alargaba más de lo que ambos tenían pensado.

No podía estar más de acuerdo, dijo él.

—En otros tiempos, si eras abogado, te descartaban nada más verte. Y ahora sigue siendo así, pero antes de mandarnos a casa nos

hacen cumplir condena, como a todo el mundo. Esta vez, la verdad sea dicha, ha sido muy agradable.

Ella coincidió con él y, cuando salían ya al sol cegador del mediodía con el café para llevar, se volvió para mirarlo y le dijo:

—Para mí está siendo un día muy bueno.

Él asintió para hacerle ver que la había escuchado y tomaba buena nota de lo dicho. Se quedaron esperando a que cambiara el semáforo, pero, presintiendo un silencio incómodo entre ambos, ella añadió:

—A veces se da un momento fortuito y entonces comprendes que venía envuelto por una fina aura. —Esta vez él la miró a la cara y volvió a asentir, lo que le permitió a ella seguir—: Bueno, solo he querido decirlo así a las bravas, sin florituras, antes de que la cosa resulte incómoda y se desbarate y prefiera esconderse. Así que gracias.

—Ha sido un placer —contestó él, una frase que había dicho infinidad de veces después de dispensar consejo legal; sin embargo, al tener la sensación de que «ha sido un placer» podía parecer demasiado insustancial después de lo dicho por ella, fácilmente intercambiable por un insípido «gracias», añadió—: Si nos ha parecido especial, seguramente sea porque no había nada planeado. Tú también has ayudado a darle esa aura.

—¡Venga, acepta el cumplido! —le reprochó ella con una risa liviana—. Yo me habría comprado un triste *bagel* con queso de untar, me habría sentado como una viuda en un banco del parque y me habría puesto a espantar a las palomas.

—Con un poco de suerte, mañana podemos repetir.

—Con un poco de suerte.

Los separaron a los cinco minutos de volver. A ella la mandaron a la sección 81 y a él a la 66.

Cuando él cogió su chaqueta y se la echó por el brazo, no pudo evitar decir:

—Quizá no volvamos a vernos.

—Lo sé.

Sin saber por qué, ambos sintieron cierto abatimiento ante la perspectiva de separarse. No se lo esperaban, y por eso ninguno tuvo tiempo de disimularlo.

—La vida… —dijo él una vez más al tiempo que se encogía de hombros con filosofía, aunque no le quedó claro si ella lo había escuchado; no pasaba nada.

Camino del ascensor, sin embargo, de pronto se acordó de que él no se llamaba Heathcliff, de que había sido una broma, una broma tonta, un chiste tonto. ¡Qué imbécil!

«Qué hombre más encantador», pensó ella. Y se arrepintió entonces de no habérselo dicho a él. Le gustaba que se hubiera sincerado al hablar del trabajo y luego, de pasada, hubiera confesado que su mujer se quejaba de que ensuciaba demasiados platos cuando cocinaba. «Aun así, seguro que son de esas parejas que se toman un vino juntas por la noche mientras cocinan. Nosotros ni eso».

En la entrevista que tuvo con el abogado de la defensa él metió la pata con las respuestas, incluso le discutió al letrado lo apropiado o no de la pregunta, y el juez que presidía lo reprendió, pero al final la defensa lo recusó en bloque. Sin pretenderlo, había hecho el papel de loco. «Un tonto no molesta a nadie en el estrado del jurado, pero a un loco no lo quieren ni en pintura», pensó.

Cuando volvió a la sala de espera principal, vio que habían ocupado sus asientos y que ella ya no estaba. «Así aprenderás a no utilizar nombres falsos». Sabía que no tenía sentido intentar buscarla. Seguro que esa vez ella se las había arreglado para que la escogieran. Volvió con su periódico, no lo había tocado desde que se habían puesto a hablar.

Si la habían cogido, al día siguiente almorzaría solo. No le importaba almorzar solo. No era algo que lo hubiera molestado nunca, siempre y cuando no tuviera al lado gente que sorbiera la sopa o hiciera mucho ruido mascando. «El nuestro ha sido —pensó— un episodio diminuto y fugaz en un restaurante chino cerca de los juzgados». No, ni siquiera un episodio, solo un bonito momento fugaz… No sabía cómo describirlo. Un momento. Entonces se acordó y sonrió. Una fina aura, lo había llamado ella.

Estaba todavía leyendo los titulares del periódico cuando escuchó por detrás:

—¿En qué piensas?

No reconoció la voz al punto. ¿Una amiga, una antigua compañera de trabajo, la amiga de una amiga, alguna vecina que estaba también en servicio de jurado?

Se volvió para ver quién era.

—Vaya, qué rápido nos olvidamos —le dijo ella reparando en el diestro y apresurado disimulo de lo que había sido una mirada inexpresiva nublándole los rasgos.

Él se dio cuenta de que, sin querer, se había tendido una trampa a sí mismo. Se había negado a creer que la persona que estaba hablándole era justo a la que quería volver a ver. Estaba encantado y se lo hizo saber.

—Poco más y me pego de cabezazos contra el ascensor por haberte dicho esa tontería del nombre —dijo.

—¿Tan tonta me crees? Ya sabía que no te llamabas Heathcliff. Te llamas Paul Wadsworth. Cuando lo dijeron esta mañana por la megafonía, te levantaste y te fuiste.

Él, en cambio, no se había quedado con el apellido de ella. Catherine Shukoff, le dijo sentándose ya a su lado.

Ninguno pensaba leer. Tenían muchas cosas que querían decirse, aunque con la sorpresa del reencuentro no se les ocurrió ninguna. O quizá ya habían desplegado toda la artillería en la comida y no les quedaban ya sino magros remanentes que apenas les durarían un par de minutos. Las reflexiones adicionales se volvieron superfluas ante el repentino anuncio por la megafonía, una disculpa por el intenso calor tanto fuera como dentro del juzgado.

—¿Y? —preguntó alguien de entre los aludidos en la sala.

—Pues que son libres de irse por hoy —contestó la persona de la megafonía, no sin dejar entrever una risita—. Pero mañana quiero verlos aquí a las nueve y media en punto —añadió—. Ya me imagino que estarán todos muy chafados.

Las risas resonaron por la sala. En cuestión de segundos todo el mundo se puso en pie y vació el sitio en un visto y no visto, como

alumnos de instituto liberados por el anuncio de las vacaciones de verano.

—Mañana traigo café para dos —dijo él.

—Y yo los cruasanes.

—Mejor: nos vemos mañana directamente en Da Pirro antes de que abran los juzgados. Aquí no nos van a dejar entrar con café.

—Perfecto.

Él iba a ir andando a su despacho, ella iba a coger el metro en la Octava Avenida rumbo al Upper West Side, la Meca del Diván. Le pareció gracioso cómo habían salido todos disparados de la sala en cuanto habían escuchado lo de que seguro que estaban todos muy chafados. Paul soltó algo parecido a una risa.

Luego se despidieron.

En qué estaban pensando.

Un paseíto por el SoHo habría sido buena idea, se dijo ella.

Un napoleón en el Caffè Reggio, antes de tirar en metro para el norte, ¿por qué no? En realidad no tenía ninguna necesidad de ir al despacho.

«En qué estaba pensado», se dijo él.

En qué estaba pensando yo, habría contestado ella.

Martes

Como no habían concretado la hora a la que habrían de verse a la mañana siguiente, ambos llegaron con una hora de antelación para no faltar a su cita, ataviados esta vez con ropa más fresca: ella vestía camiseta, pantalones de lino color vainilla y pañuelo también de lino; él, chinos, camisa celeste con el cuello abierto y mocasines. Los calcetines verde malaquita no se le enrollaban en los tobillos, notó ella.

Verse un cuarto de hora antes de la selección del jurado habría supuesto llegar a la sala de espera principal con el tiempo justo, sobre todo con las colas que se formaban en los detectores de metal y el atasco luego en los ascensores. Media hora antes habría supuesto esperar cola en la cafetería. Una hora antes daba para coger mesa, comerse un cruasán tranquilamente y pedir, por qué no, incluso un segundo expreso para tomarlo de camino al juzgado.

Que ambos llegaran tan pronto a Da Pirro les dijo lo que no habían querido reconocerse mientras se vestían esa mañana.

—Si me escogen, a lo mejor no me dejan salir para comer. Tendremos que quedar para un café después.

—Pero ¿y si te secuestran para siempre?

—No nos adelantemos a los aconte… —dijo ella.

—Ni nos los inventemos.

Ambos supieron por instinto que el humor del día anterior había vuelto y paladearon cómo iba asentándose entre ellos con el café y los cruasanes. Sin dar explicación alguna, ella sacó el móvil y se pasaron los números. Fue un gesto espontáneo, y los dos tuvieron la vista suficiente para no sacar demasiadas conclusiones al respecto.

—No quiero volver a sonar pesimista, pero da la sensación de que nos estén racionando el tiempo a cuentagotas.

Paul coincidía; sentaba bien saber que estaban en sintonía.

Sugirió que se escribieran por el móvil según se fuera desarrollando la cosa.

Sí, según se fuera desarrollando la cosa, repitió ella con un retintín socarrón.

Ambos rieron, y se dieron cuenta de que, sin pretenderlo, seguramente sonaban como un par de atracadores de los de antes, sincronizando relojes antes de hacer volar la pared de la cámara acorazada.

En ese rápido café con cruasán antes del juzgado, ella se interesó por sus hijos. La primera idea había sido preguntarle por su mujer. ¿Era acaso abuelo?

Dos hijos varones, tres nietos. En los últimos tiempos disfrutaba de dedicarle más horas al tenis, a los conciertos de música de cámara, a la lectura, las clases en el gimnasio y el cine de arte y ensayo. Tenían una casa en la playa en East Hampton, aunque casi nunca iba nadie. Sus hijos la habían disfrutado mucho de pequeños, pero ahora ambos vivían todo el año en una misma granja cerca de Woodstock.

—Están muy unidos. Y a nosotros no hay quien nos saque de la ciudad. ¿Y tú?

Catherine tenía muchos pacientes y, como todos los de su gremio, estaba deseando que llegara agosto. Tenía una única hija, un nieto, un marido, ninguna casa en la playa, ninguna casa en el campo. Preferían hacer viajes de un mes por el mundo, con alguna escapada más corta en Navidades y primavera. Su marido también era analista, de modo que agosto suponía cantidad de viajes y toda la planificación que eso conllevaba… Proyecto de él, no suyo, añadió con un deje de sarcasmo. Ella tenía la cabeza demasiado dispersa para planear algo tan sencillo como un viaje al extranjero. Ese año todavía no tenían nada planeado, no sabía qué le pasaba a su marido. El año anterior habían ido a Marruecos, el anterior a Guam, la primavera pasada a la Toscana, aunque ni se acordaba ya de las veces que habían estado allí; las mismas ciudades, los mismos

alquileres, los mismos paseos, siempre algún pueblo vetusto encaramado a un cerro toscano, con sus viñedos y sus quesos artesanales sin pasteurizar, su célebre retablo de la Virgen bajo una bóveda de iglesia podrida que había que restaurar sin que ningún pueblo pudiera permitírselo. Con el tiempo se hace cansado, dijo. Ese agosto no iban a viajar. Antes alquilaban una casa en Rhinebeck, y como todo el mundo, echaba de menos los placeres mundanos de Villa del Patio y Puerto Porche.

Él rio con la ocurrencia.

—Es un chiste muy trillado, pero aguanta el tipo la primera vez que te lo cuentan —dijo ella sonriendo ya al remedar las palabras dichas por él el día anterior.

A Paul le gustó que ella las tomara prestadas y se las devolviera con un ligero giro; y le gustaban la impertérrita candidez y los rápidos fogonazos de humor de ella.

—Tienes unos ojos muy bonitos —le dijo mientras comían todavía.

La gente solía decírselo, aseguró ella, pero cuando intentaba vérselos en el espejo, no sabía a qué se referían.

—Es como intentar verte los ojos en blanco cuando te miras en el espejo. ¡Imposible! Conocernos a nosotros mismos tal vez sea una misión igual de imposible, ¿no te parece? Nos pasamos la vida mirando a otra parte.

—Venga, acepta el cumplido.

Ella sonrió.

—Tranquilo, que lo he aceptado.

A él le gustó cómo había sorteado también aquello.

Y aparte de eso, prosiguió ella, prácticamente se dedicaba a su mantenimiento: clases de pilates, *spinning*, yoga, lo típico.

Él le preguntó si podía cogerle un trozo de cruasán cuando se acabó el suyo. Ella le confesó que ya había desayunado antes. ¿Qué solía tomar?

—Semillas de cáñamo, lino, pipas de girasol o de calabaza, gachas de avena, pistachos, pasas rubias y almendras laminadas.

—Vamos, un revuelto de frutos secos de toda la vida. ¿No te cansa?

—¡Ya te digo! Pero no puede ser más sano. A veces le robo un cuenco de Cheerios de miel a mi nieto y me lo como de pie en la cocina.

—¿Y el temita del cilantro? —preguntó él de repente, intentando llevar la conversación hacia el marido para que ella abundara en el asunto.

—El temita del cilantro… —murmuró ella mientras cavilaba la respuesta; luego, rehuyendo una contestación directa, se limitó a añadir—: Supongo que no muy distinto al tuyo.

Él soltó una risita por lo bajo, ella hizo otro tanto. Eludir esa cuestión delicada decía mucho más que una respuesta elaborada.

—¿Complicado? —preguntó él, que seguía tratando de engatusarla para que soltara prenda sobre su marido.

—Es como en el chiste del divorcio —respondió ella, que, por su parte, seguía desviando el tema sin realmente hacerlo—: tenemos dos perros muy mayores. No lo soportarían.

—En mi frente, perros no tenemos, pero lo mismo da.

—¿Ya estamos otra vez hablando en clave?

—No es tan en clave cuando ambos sabemos de lo que estamos hablando…

—¡Cierto! —exclamó ella subrayando la palabra—. Claves abiertas. Es casi como cuando te susurran algo en el cine de adolescente: en realidad no sabes qué te han dicho, pero te haces buena idea de lo que quieren. —Paul tuvo que reírse—. Espero que no nos escojan y nos liberen pronto —añadió ella cambiando de tema.

—En realidad, yo no tengo problema con un par de días así. Mientras no nos seleccionen, esto tiene todos los visos de unas vacaciones improvisadas en un lago de montaña, solo que en medio de un Manhattan asfixiante.

—También es verdad. Yo lo estoy disfrutando. Unos cuantos días más como ayer y hoy podrían ser… —Dejó la frase en suspenso porque no encontraba un adjetivo que no la comprometiera demasiado.

Paul tuvo un vago presentimiento de por qué ella no había explicitado lo que quería decir, aunque a la vez vio que a ella le daba igual lo que él dedujera.

—Bueno, cuéntame algo más sobre ti —le pidió ella.

—¿Está hablando la *comecocos*?

—En parte, pero no del todo. ¿Es verdad que no estabas muy contento con tu trabajo?

—No siempre, pero hubo temporadas realmente aburridas. Malgasté demasiados años y, aunque se me daba bien lo que hacía, y desde luego no puedo quejarme del dinero y otras ventajas, no me dejó tiempo para lo que siempre había querido desde que estaba en la universidad. —Ella lo miró inquisitiva—. Quería estudiar Historia. Ahora me dedico a leerla y sigo interesado por los grandes historiadores de la Antigüedad y he releído a la mayoría. Pero ¿soy feliz? No lo sé. ¿Qué me espera? Tampoco lo sé. ¿Hay otro capítulo después de la jubilación? A mí que me registren… —Hizo una pausa —. ¿Te he contado más de lo que pedías?

—Para nada. De hecho, ¿qué es lo que todavía no me has contado? —preguntó Catherine en calidad de comecocos.

—Puede que a estas alturas me mantenga vivo por si surge algo insospechado. Llámalo Jubilación Prémium. Bueno o malo, me da igual, siempre que sea un capítulo nuevo. Mi sueño: ir a Grecia e Italia, pero más que nada para visitar los enclaves históricos que mencionan Tucídides y Tito Livio. Quiero ver el lago Trasimeno con mis propios ojos y comprender por qué tantos romanos perecieron tan innecesariamente a manos de los cartagineses, o ir a Platea, una polis que le plantó cara a Esparta durante un tiempo, pero a cuyas mujeres acabaron vendiendo como esclavas, mientras que a sus hombres los ejecutaron cuando ninguno de ellos supo responder a la pregunta de qué había hecho para servir la causa de Esparta en su larga guerra contra Atenas. Y quiero ir a Siracusa, para ver el lugar donde dieron muerte al general ateniense Nicias. Estas cosas no desaparecen porque pasaran hace más de dos mil años. Nada desaparece; ni siquiera, como empiezo a comprender, las cosas que deseábamos que ocurriesen pero no ocurrieron. Esos resquemores y esas espinitas en el corazón siguen ahí, y si yo fuera terapeuta, diría que siguen hostigándonos incluso cuando estamos convencidos de haberlos superado. Pero, bueno, ese es tu oficio, no el mío. ¿No quieres ir tú a Viena o a Londres, donde Freud veía a sus pacientes?

—Ya he estado, aunque no me importaría volver. Es como la terapia. Siempre sale algo a la superficie cuando ves el diván de Freud, el escritorio de Freud, su colección de cachivaches.

—Yo nunca he ido a su casa de Londres.

—Me encantaría enseñártela, es fascinante. A Jon no le gustan nada las casas museo.

—Y yo te enseñaría a ti el sitio donde mataron a Arquímedes. Nunca se lo he enseñado a nadie.

—Me encantaría verlo. —Luego, reconviniéndose, apuntó—: En otra vida.

—Sí, esa otra vida —murmuró él—. ¿Tú siempre quisiste ser analista?

—No, en realidad primero hice Bellas Artes. Quería ser pintora. Pero luego empecé a ir a terapia en la facultad (relación tóxica, padres entrometidos, ausencia de amigos verdaderos) y acabé sacando más conclusiones sobre mi analista que él sobre mí. De hecho, me animó él a cambiar de carrera y hacer Psicología. Luego estuvimos saliendo un tiempo…, pero la cosa acabó mucho peor que con el novio por el que fui a su consulta. Así que lo dejé y volví a mi vida solitaria, que no estaba tan mal y duró solo unos años antes de conocer a Jon. Y el resto…

—Háblame de tu trabajo.

—Me gusta lo que hago. Me gusta guiar a mis pacientes, darles el empujoncito y ayudarlos a decir lo que quieren decir a pesar de los obstáculos que ellos mismos se ponen. Yo procuro no adivinar cuáles son esos obstáculos; solo sé que están ahí, y a veces me fascinan mis instintos detectivescos, y por momentos ese suspense, esa sorpresa, es lo que me enamora de mi trabajo. Aun así… —empezó a decir, pero no terminó el pensamiento.

—¿Aun así?

—¿Cómo lo has llamado tú antes? Jubilación Prémium versus Jubilación Paquete Básico. Tengo que decidirme.

Él nunca había ido a terapia.

—¿Y eso? —preguntó ella.

—Pues o porque nunca he luchado con quién soy, o por miedo a lo que pudiera descubrir y que acabara luchando con todo.

—Bueno, ahí lo tenemos: la aspirante a pintora y el proyecto de historiador.

Hablaron de las series que les gustaban. Libros que disfrutaban releyendo. Cenas con amigos.

—Entonces ¿eres feliz? —preguntó él.

—No infeliz. ¿Y tú?

—Igual, no infeliz.

Pero entonces rieron, comprendiendo que ambos habían aplicado la misma pátina satinada a sus vidas. ¿Y si, pensó Catherine, ella había quitado una capa de brillo solo por él? Le recordó a cuando por las noches se desmaquillaba ante el espejo, se quitaba la base, se limpiaba los poros y se lavaba la cara una última vez antes de quedarse mirando su aspecto real, y antes de aplicarse la crema de noche y un ungüento especial para las bolsas de los ojos. A Jon no le gustaba nada cómo sabía la crema de noche las pocas veces que hacía algún intento por hacerle el amor. Y quizá por eso ella usaba la crema. Siempre se las arreglaban, decía él, para tener una capa de algo entre ambos. Solían pelearse antes del sexo, así nunca llegaban a hacer nada. ¿Es que quería que pareciera vieja antes de la cuenta?, preguntaba ella. No, vieja no, pero sin ungir, contestaba él. Sin ungir…, pero ¿quién usaba una expresión así con su mujer? A veces uno de los dos acababa durmiendo en el sofá. Luego los años pasaban.

«No infeliz», había dicho ella.

Lo de él no era mejor. En realidad, no podía quejarse de nada. Le encantaba la vida con su mujer, le encantaba cómo veía ella muchas cosas, siempre apreciaba sus consejos, incluso cuando no tenía claro si estaba de acuerdo. Él era un compañero ejemplar, para nada beligerante. Se encargaba de la cena casi todas las noches, había hecho los deberes con los niños cuando eran pequeños, les había leído, les había revisado los trabajos cuando ellos se los mandaban desde la facultad los domingos a última hora de la tarde, cuando le pedían que tuviera las correcciones para el lunes por la mañana como muy tarde, o sea, el domingo por la noche. Cuando eran pequeños, él los había ayudado a montar un corralito para los dos hámsteres; los corralitos de los demás se rompían en cuanto

soltabas al roedor dentro, pero el suyo no. El secreto eran las cerillas de madera que había usado para reforzar cada vallita de la cerca. Cuando se lo contó a su mujer, ella lo llamó suerte. Podía haber sido suerte, pero requería además sabiduría ingeniera, por así decirlo, ¿no le parecía? A ella ni le pareció ni le dejó de parecer, se limitó a salir del cuarto, y a dejar a padre e hijos mirándose boquiabiertos, con esa complicidad tácita y pícara que el tiempo desgastaría y haría desaparecer una vez que los hijos se hicieron mayores y se independizaron.

«Igual, no infeliz», fueron las palabras de él.

Aquello podía haber terminado su pequeña conversación durante el desayuno improvisado.

—Todavía no hemos explicado lo del cilantro —dijo ella por fin.

Él la miró y se limitó a decir:

—Gracias. —Porque estaba agradecido de que ella hubiera captado todos sus arteros giros—. ¿Quién va primero? —preguntó.

—En realidad, tampoco hace falta. Ya lo sabemos, y además tenemos otros planes. Chino para almorzar. Quiero que comamos justo los mismos platos, en el mismo sitio y a la misma hora. No quiero que nada se altere ni se cambie. El más mínimo trastoque podría desbaratarlo todo y lanzarnos a un pliegue temporal.

—Nos vemos a las doce y treinta y cinco en el vestíbulo de abajo.

—No tenemos ni que sincronizar los relojes. Si te surge algo, me escribes.

—Según se vaya desarrollando la cosa —dijo él citándose a sí mismo, con un destello irónico en el rostro.

—Sí, preparados, listos, ya. —Otro cliché para acompañar al de él.

Su idiolecto les hizo reír de nuevo y se sintieron animados.

A las doce y treinta y cinco, sin embargo, no se encontraron abajo como habían planeado. Se encontraron en cambio en el ascensor, camino del vestíbulo. No pudieron disimular el entusiasmo, ni tampoco lo intentaron.

—Esto nos ahorra tres minutos —dijo él.

¿De verdad que no quería probar otro restaurante?

—No, de verdad —contestó ella.

El mismo era ideal. Les pusieron la sopa al momento. Siete minutos para la sopa, dijo él. Otros siete para los tres raviolis por cabeza, y ni se te ocurra tocar los míos, le dijo ella. Si todo iba según el plan, les daría tiempo hasta para un expreso en Da Pirro.

—¿Por qué sopa en un día tan caluroso? —preguntó ella.

—Ritual —explicó él con la sensación de que las mentes de ambos iban por vías paralelas y esa única palabra cementaba la comprensión tácita de lo que, con otros, habría requerido una explicación más larga y cansina.

—Ritual —repitió ella confirmando que ciertamente pensaban por caminos idénticos y no necesitaban decir más; y saber eso los hizo muy felices.

—¿Cómo lo has visto? —le preguntó Catherine en cuanto salieron al calor del mediodía desde el restaurante.

—Perfecto todo. Saciado y satisfecho —contestó él—. Un día más así y nos cambiará la vida, nos haremos mejores personas, trataremos con bondad a los adversarios, nos mostraremos tolerantes con quienes no soportamos, y quizá hasta descubramos las mejores cosas de la vida antes de que sea demasiado tarde.

—Bien dicho. Saciada y satisfecha. —Repitió las palabras de él sin hacerle saber que esas dos palabras significaban lo mismo—. Así es justo como me siento.

—Un café vendría de perlas.

Entraron en la misma cafetería en la que habían desayunado.

—¿Están ustedes en la selección de jurados? —les preguntó el joven barista, que les explicó que la gente que vuelve continuamente (y aquella era la tercera vez de ellos en veinticuatro horas) solían ser jurados potenciales con una cara de andar perdidos que no podían con ella.

Sí, lo eran.

—Si me juzgaran por matar a alguien, los querría a ustedes como jurados.

—¿Y eso?

—Tienen cara de ser felices y salta a la vista que no van a mandar a nadie al trullo.

—Nos quedan siete minutos para tener que irnos.

—Lo sé, lo hago lo más rápido que puedo —contestó el barista.

La barba de marinero y el acento italiano obligaron a Catherine a preguntarle de qué parte de Italia era.

—De Nápoles —contestó el joven.

—Nápoles —repitió ella con un suspiro.

—Ya —dijo él de pronto con cara apesadumbrada, porque no hacía falta ser un genio para interpretar el suspiro de su clienta.

¿Hacía cuánto que no iba?, se interesó.

—Tres años. Mi madre, que murió. ¿Y usted?

—Hace dos pascuas.

—¡Sí, Nápoles! —Ahora fue el barista quien suspiró—. Si no llevara esta vida, ahora mismo me iba al aeropuerto, me subía al primer avión a Fiumicino, me cogía luego un tren de Termini a Piazza Garibaldi y ya estaba en casa: Posillipo, Sorrento, Marechiaro, ¡ese es mi paraíso!

—¿Quién no querría estar en Nápoles? —terció Paul—. Mi madre nació allí. Nunca volvió, a pesar de que siempre juró que volvería. Me enseñó un par de cancioncillas napolitanas. Soy capaz de cantar unos cuantos compases, pero ni idea de lo que estoy diciendo.

Le dejaron una generosa propina al barista. Luego salieron, llegaron a tiempo al juzgado y los hicieron pasar a la sala de espera principal, donde el auxiliar judicial dio sus múltiples disculpas por el aire acondicionado que estaba, dijo, todavía escacharrado y quizá decidiera quedarse así el resto del verano. Los acompañaba en el sentimiento.

—¡Pues déjenos irnos a casa! —gritó alguien.

—Más quisiera yo… —contestó el auxiliar.

—Si para las tres… —empezó a decir en voz alta Catherine.

—Si para las tres sigue igual, podrán irse a casa. Se lo prometo.

Para las tres estaban liberados ya.

—¿Metro? —preguntó él, que, al ver entonces la cara que había puesto ella, añadió—: Lo pregunto porque daba por hecho que tenías cosas urgentes que atender cuando llegues a casa.

—No, no tengo ninguna prisa.

—¿Un napoleón en el Caffè Reggio? Sé que tú, con tus frutos secos saludables, vas bien, pero te va a gustar y pediremos dos

capuchinos y a lo mejor, a lo mejor, podemos fingir que estamos en Nápoles.

—Madre mía, qué buenísima idea. ¿Siempre se te ocurren estas ideas tan estupendas? Restaurantes chinos, café en Da Pirro, napoleones, capuchinos, y no nos olvidemos de los cruasanes de esta mañana…, y ahora todo ello rematado por un espejismo de Italia.

—Es raro que digas eso. Yo casi nunca sugiero nada, siempre dejo que decida mi mujer.

—¿Y eso?

—Ahí estaríamos entrando en el escabroso terreno del cilantro…

—Venga, anda, responde.

—A ella siempre se le ocurren mejores ideas.

—O puede que no quieras arriesgarte a sugerir ideas malas. Es muy corriente en la mayoría de las parejas. Algo le hiciste hace tiempo que le sentó fatal y saliste escaldado y ya no has querido volver a salir escaldado.

—Podría ser. Pero no tengo ni idea de qué hice ni de a qué tengo miedo. Además, en tu gremio, la culpa es siempre del paciente, ¿no?

Y con esas, él paró un taxi y le pidió al taxista que los llevara a la esquina de la Sexta con Minetta Lane. Ella se fijó en el tono lapidario y cortante con que él le habló al taxista —de letrado, pensó ella—, pero no quiso dejar que eso la afectara. Era la primera vez que oía el nombre de Minetta Lane y se preguntó dónde estaría.

Se hizo un silencio incómodo entre ambos. A ella no le hizo gracia y quiso que se disolviera, igual que quería que arrancaran el viejo y sofocante edificio de los juzgados de la ventanilla abierta. No le gustó ni el aire asfixiante de fuera ni el de dentro del coche. Estaba claro, se dijo, que el taxista no quería poner el aire. Ella no pensaba decir nada. Paul tampoco.

Para romper el hechizo de silencio que estaba ya asentado entre ambos, no se le ocurrió otra cosa que tenderle la mano.

—Me llamo Catherine, ¿cómo está usted?

Lo dijo con un deje humorístico en la voz, imitando la cadencia británica. A él de entrada le vino la risa, pero se quedó en cambio mirándola en silencio, sin saber de qué iba el juego.

—Te toca —lo urgió ella con un punto juguetón e insistente, como si estuviera acabándosele la paciencia.

—Ah, y yo soy Paul.

—Bien. Ahora ya lo sabemos.

Esta vez los dos estallaron en risas. Era su forma de celebrar aquella amistad en ciernes y de permitir que adquiriera un halo más cálido que el que había impuesto la sala del juzgado.

—¿Has ido muchas veces a esa cafetería? —preguntó Catherine.

—Llevo años yendo. Una vez, cuando tenía dieciocho o diecinueve, me dieron plantón allí y, si te soy sincero, nunca lo superé y es posible que luego se lo hiciese pagar a varias chicas.

—¿Incluida tu mujer?

—Puede que incluida mi mujer.

—Lo que podría explicar por qué ella te mandó a la silla de pensar aquella vez. A lo mejor sentiste que te lo merecías, que te plantaran en el Caffè Reggio, igual que a lo mejor sientes algo extrañamente familiar que te hace volver a tus orígenes cada vez que te echan la culpa de algo, te riñen o te critican. Puede que la reprimenda sea tu forma de identificar un sustrato íntimo y transcendental en la historia de tu vida, una mancha que nada parece limpiar porque, como decimos en el gremio, «no te lo has trabajado».

Él se la quedó mirando de hito en hito y no pudo por más que exclamar:

—Uau, Catherine, ¡en toda la diana!

—Eso no ha sido más que arañar la superficie. Corre por cuenta de la casa. Todo el mundo tiene dentro un niño herido y sollozante. Incluso los abogados de éxito. He conocido a unos cuantos.

—Lo curioso es que, cuando se lee la historia de mi vida, lo único que lo une todo es la lista de lo que los franceses llaman las innumerables *rendez-vous manqués*, mis citas fallidas, mis oportunidades perdidas, encuentros perdidos, grandes errores y todos esos momentos que casi ocurren pero nunca ocurrieron y que siguen planeando y no se rendirán hasta mucho después de que lo haga yo. El Caffè Reggio es un buen ejemplo.

El taxi voló hacia el norte y se detuvo a la entrada de Minetta Lane.

—Esta tarde parece que estamos en Italia —dijo Catherine mientras se sentaban en la oscura sala barroca, que recordaba esos viejos locales en penumbra del sur de Italia donde el olor a pasteles y café molido endulza el aire mientras al otro lado el sol de primera hora de la tarde castiga las aceras vacías—. Me gusta este sitio.

—¿Te gusta de veras?

—Sí. ¿Por qué te sorprende tanto? —Él comprendió que ella ya lo había adivinado y no dijo nada—. Entonces ¿dónde estabas sentado cuando te dieron calabazas?

Él quiso reír pero se limitó a sonreír.

—Justo donde estamos ahora.

—¿Y entonces la vas a pagar también conmigo? —preguntó ella; él no supo qué responder y se limitó a menear la cabeza—. Te has puesto colorado, Paul.

—Ya.

—Qué mono.

Sus capuchinos llegaron en el juego de porcelana blanca y naranja típico del local. Luego llegó el postre magno, como lo llamó ella en cuanto vio el tamaño. Cogió el tenedor y dividió el milhojas en dos partes iguales, mientras comentaba que llevaba siglos sin tomar «un pastel de estos».

—Además, hace una eternidad que no me siento a tomarme un café y un dulce con alguien que no esté relacionado de un modo u otro con mi trabajo. Como mucho, con mi hija, o con mi madre antes de la demencia o, si te soy sincera, desde que estudiaba. —Se quedó pensándolo unos instantes—. Mi mentor en la facultad me dijo una vez que la mayoría de los pacientes no quieren cambiar; lo que quieren es volver a ser quienes creían ser antes de una crisis, antes de perder el control y sentir que su vida ha dado un mal giro y los ha lanzado a la deriva. Es posible que también me lo pueda aplicar yo. Hay veces en que me gustaría volver a ser quien era antes.

—¿Antes de la facultad? ¿Antes de tu hija?

—Podría ser.

—¿O antes del cilantro? —Ella no contestó, pero comprendió que él entendía por qué no respondía y agradeció que no la presionara

—. Pero a lo mejor tu mentor se equivocaba —siguió Paul—. Yo no creo que la gente quiera echar marcha atrás y ser quienes fueron o volver a un tiempo en el que las cosas parecían mejores. Quiere otra cosa, un nuevo yo que ha estado siguiéndolos como una sombra pero que no reconocerían ni aunque llamara a su puerta o les pegara en toda la cara. Lo que queremos es quizá tomar prestadas cantidades enormes de la vida que sabemos que se nos debe y luego morir antes de que nos pidan que rindamos cuentas. Morir endeudados.

—A la que dejaría endeudada esa actitud sería a mí: me dejaría en el paro y me obligaría a jubilarme. Puede que lo que quieras no sea un nuevo yo, sino simplemente escapar del yo al que dieron plantón y que no se ha movido desde entonces y todavía desea redimirse.

—¡Otra vez en toda la diana, doctora!

—Cortesía de mi mentor y director de tesis. Volver atrás y seguir adelante son en última instancia la misma cosa: el juego de la oca, con sus puentes y sus pozos.

—A eso voy a tener que darle una vuelta.

Su silencio repentino arrancó una sonrisa de Catherine, lo que a su vez se la provocó a Paul, a quien le encantaban las ideas nuevas, sobre todo cuando venían de alguien que te miraba con esa candidez mientras te veía procesar lo que acababa de decir.

—Otra opción: pedirle poco a la vida, Catherine. Servicio de jurado, capuchino, almuerzo en un bar cutre de Chinatown y medio napoleón, visto que hoy la merienda está racionada.

—Perdona, pero ¿es que pensabas zamparte todo esto tú solo?

—No, me ha gustado mucho lo que has hecho con el tenedor.

Cogió el suyo e imitó el gesto de cortar. Le había gustado la pose decidida y grácil de ella al partir en dos el milhojas, el afán que había trasmitido. Pero luego comprendió que ella lo había conmovido al partir el dulce con el tenedor por algo más que su gracia o su afán. Ella irradiaba una bondad, una atención y una disposición altruista que llegaba hasta él, como si ella hubiese pretendido tocarle la mano, pero hubiera decidido que mejor no. La palabra que le vino esa noche mientras repetía en su cabeza el gesto de ella en el Caffè Reggio fue «ternura». Recordó cuando se habían dado el

apretón de manos, un gesto en el que había habido humor y concordia a partes iguales. Él también había querido cogerle la mano en ese momento, pero se había contenido, pensando que ya se daría un momento mejor, aunque a la vez sintió que no lo habría, y de hecho no lo hubo.

Se tomaron el capuchino con calma mientras contemplaban la escena en una calle MacDougal vaciada. Hacía mucho calor, y el asfalto, que relucía quedamente bajo el sol de la tarde, debía de haberse ablandado con el calor. Si algo echaba de menos Paul en esas gloriosas meriendas, dijo, era la presencia del mar, a lo lejos siquiera, o incluso en uno de esos frescos baratos que se ven en tantas pizzerías del mundo. Ella contraatacó recordándole que debería aceptar lo que la vida le ponía en la mesa y no quejarse de lo que faltaba. Pero entonces cambió de opinión y le dijo que tenía razón; un mar cercano habría sido un buen plus. Caminar por la orilla… No terminó el pensamiento. Comentaron que, aparte de la pareja callada que había fuera en la terraza de la cafetería, ataviada con sombreros y camisas sueltas, dentro el local estaba totalmente vacío salvo por el hombre que preparaba las bebidas tras el mostrador cuando llegaba una comanda y la joven camarera que fumaba abstraída en el umbral.

—Me fumaba yo otro —dijo él.

Ella sonrió.

—No te digo yo que no.

Resultó que ambos habían dejado el tabaco hacía años.

—¿Lo echas de menos? —le preguntó ella.

—No. ¿Tú sí?

—No. Pero fumar era un plus, aunque nunca sabré qué sumaba.

—Es posible que sumara una especie de aureola por el borde de las cosas, como una vida de alquiler, a la que entramos y en la que nunca nos quedamos el tiempo suficiente para saber cómo es vivir allí. Así que nos fumamos otro cigarro y vemos cómo se consume, y a cada vez volvemos al rellano de nuestra mejor vida, como cuando sales de un cine por la puerta lateral un domingo por la noche y acabas en un callejón lleno de bolsas de basura que esperan apiladas la recogida del lunes por la mañana. Me gustaba quién era

cuando fumaba. Sabía que era malo para la salud, pero me engañaba pensando que cada cigarro me llevaba de vuelta a mi verdadera vida en tecnicolor. Como pedirle al acomodador que hay justo a la salida que me deje entrar de nuevo, y querer que las luces vuelvan a apagarse y que la película empiece otra vez y que te den otra oportunidad. ¿Tú crees que existe eso de una mejor vida?

—Soy analista, no me queda más remedio. A veces bregar es lo único que tenemos en la vida. Y la verdad sea dicha… —dijo con una risita cortada—, es lo que nos da trabajo a muchos.

Ambos sintieron que la conversación empezaba a divagar.

—¿Te gusta andar? —le preguntó él entonces por cambiar de tema.

—¿No ves que voy con zapatillas?

—Se me ocurre que, para bajar este napoleón, que estaba bien servido de azúcar y crema, andemos un poco y veamos un par de galerías, si es que eso es algo con lo que disfrutas.

—Para ser un hombre sin ideas, te salen por las orejas.

—Mi nuevo yo —bromeó él.

—A lo mejor es el que está atrapado dentro del paquete de tabaco, que intenta salir. ¿Qué marca fumabas?

—Kent. ¿Y tú?

—Qué casualidad, yo también.

—¿Crees que podría significar algo?

—No es más que una coincidencia.

—Pero a lo mejor yo no quería que fuera una coincidencia.

—¿Lo dices porque Freud no creía en coincidencias?

—No, no es por eso.

Paul creyó entender por dónde iba ella, pero no tenía claro si quería seguir ahondando, así que le preguntó si se sabía el de la analista y el picapleitos que entran en un bar.

—No, no me lo sé. —A Catherine le estaba viniendo ya la risa floja.

—Los dos presumen por turnos de lo vital que es su oficio para la humanidad. Yo protejo el espíritu de la gente, dice la analista, y yo protejo sus derechos, contraatacó el abogado. Sí, pero yo puedo darle la vuelta a un alma, bufó ella, y yo puedo doblegar la ley a mi

antojo, espetó el abogado. Al final, el barman, que se había hartado de la grandilocuencia de ambos, les recordó un rasgo deleznable que ambos compartían. ¿Y de qué se trata?, preguntaron. A ambos os pagan por escuchar las mentiras de la gente, contestó.

—¿Te lo acabas de inventar?

—Sip. Creo que tú y yo nos dedicamos al tráfico de mentiras. Comerciamos en el país de las sombras, donde las verdades a medias hacen buenas migas con las mentiras por omisión. La gente cree que nos está contando la verdad, pero no es así. Afirman querer la verdad, pero no es cierto. Llega un punto en que ya no sabemos qué es la verdad, o peor, si la verdad siquiera importa. Especulamos e interpretamos, pero esa no es la verdad.

—Puede que tengas razón, pero no lo reconocería delante de nadie más.

—¿Se lo dirías a tu chamán maestro de comecocos?

—¡En la vida! ¡Jamás!

Apuraron el capuchino, pagaron y dejaron propina. Paul no pudo resistirse y le dijo a la camarera que le recordaba al acomodador del cuadro de Edward Hopper.

La chica conocía el cuadro y estuvo encantada con la comparación. ¿Qué le había llevado a pensarlo?

Por cómo estaba junto a la puerta, dijo, pensativa, casi ausente, pensando seguramente en el novio.

La chica sonrió y dijo sin más:

—El novio no, la novia.

—Perdona, estoy chapado a la antigua, qué le vamos a hacer —se disculpó.

La camarera sacudió la cabeza ligeramente para dar a entender que no importaba, no pasaba nada, no se ofendía: el tipo de perdón que se le extiende a un abuelo chocho al que no le queda mucho tiempo y que de todas formas no lo entendería.

—Típico de la juventud: primero te apuñala y luego retuerce la hoja.

Apresuraron el paso, atravesaron la Sexta Avenida y siguieron caminando un poco más hacia el oeste. En el breve tramo que había entre las calles Carmine y Bleecker, ella le contó que había un cuadro famoso de John Sloan que plasmaba el tren elevado justo a su paso por ese trecho de la Sexta.

—Al parecer, cuando quitaron las vías, nadie quiso la chatarra salvo, por lo que cuenta la leyenda, los japoneses, que importaron el acero y construyeron con él los aviones que acabarían bombardeando Pearl Harbor.

¿Cómo lo sabía ella?

Lo había leído en alguna parte.

Cuando llegaron a Abingdon Square, le tocó a él contarle que, unos años antes, se había pillado locamente por una mujer que lo hacía sentir por lo menos diez años mayor que su padre.

—¿Apuñalado y retorcido? —le preguntó ella con una sonrisa burlona.

—No me lo tomé muy mal, que es lo mismo que decir que seguramente nunca me recuperé.

—¿Cuántas veces no te has recuperado?

Él vio por dónde iba ella.

—Si me remonto hasta la guardería, cientos. ¿Acaso se recupera uno alguna vez?

—Yo debería saberlo, ¿no? No creo que lleguemos a recuperarnos del todo. Vamos amontonando una capa tras otra de traumas y mal de amores, más profundos o más superficiales, y antes de darte cuenta, los que están en la superficie se hunden hasta el fondo y parecen desaparecer, mientras que los que están abajo del todo resurgen, como en una lámpara de lava. De hecho —dijo, pero se detuvo para pensar antes de proseguir—, yo tenía una lámpara de esas y me inspiró para la tesis: cada vez que olvidaba de qué estaba escribiendo, solo tenía que mirar la lámpara de lava y allí lo tenía, guiñándome el ojo, mi tema. Somos, todos, lamparitas de lava, bamboleándonos por ahí mientras intentamos averiguar quiénes somos, qué queremos, adónde vamos. —Volvió a detenerse para darse un momento—. ¿Sabes? No he hablado así en años. —Hizo otra pausa.

—¿Ni con tu marido, que es de tu mismo ramo?

—Yo diría que con mi marido menos todavía. En la facultad comentábamos cosas así sin parar…, tanto que decir, tanto que aprender. Puede que incluso nos casáramos por eso. Él me llevaba tres cursos, así que yo siempre lo tuve a él de referente, cosa a la que pronto se acostumbró y que ya nunca cambió. Ahora, a veces le llevo la contraria cuando no tiene razón, y se sorprende, se enfada, así que yo me repliego en una especie de docilidad forzada para mantener la paz. Lo irónico del tema es que la gente se distancia justo por familiaridad. Repetimos las mismas cosas hasta que nos quedamos sin maneras nuevas de decirlas, y luego nos hartamos de decirlas y de oírlas decir y entonces el silencio prudencial se convierte en una forma de vida, hasta que acabamos a la deriva como dos barcos de vapor sin timón y con los motores apagados. Confundimos familiaridad con intimidad. Eso no es intimidad. Es costumbre, ni más ni menos… Y la costumbre es un atajo hacia el silencio.

»Hablamos poquísimo —prosiguió Catherine—, como si el silencio no solo se hubiera convertido en una forma de vida, sino en una manera de retenernos para no decir las dos o tres palabras que podrían deshacerlo todo. "Silencio" es el apodo que le hemos puesto a la hostilidad velada. Para que una conversación se despliegue entre dos personas se necesita una base de afinidad. Las personas con ideas totalmente dispares e intereses incompatibles, a poco que compartan un mínimo de afinidad y calidez, pueden pasar horas hablando. La gente con intereses idénticos, pero sin afinidad, vive en silencio. Además, es seco y brusco conmigo. Y lo entiendo. Así que para compensar y para mantener nuestra gabarra a flote, me degrado un poco, pero entonces él utiliza mis supuestas inseguridades para degradarme aún más, lo que explica por qué les ve fallos a las facturas que envío cada mes a mis pacientes, o por qué asegura que tengo que aprender a hablarle a nuestro nieto, y anoche mismo bromeó con que yo pudiera ser jurado de nada. Yo se lo permito. La cosa es que a veces la costumbre necesita nuevos filtros, incluso obstáculos, igual que las casas viejas necesitan renovar los setos y los árboles. Con los desconocidos, la intimidad

surge de una forma tan repentina justo porque estamos con la guardia baja y todavía no se han establecido costumbres. Me vienen a la cabeza dos desconocidos en concreto…».

—¿Te refieres a esos dos que se conocieron en la sala de espera del juzgado y que comieron en un restaurante chino y que no pueden parar de hablar y están empezando a sincerarse demasiado…?

—… ¿y tienen miedo de que todo esto termine después del servicio de jurado?

—Tú crees que podría… morir, ¿no?

—Ojalá que no, pero quién sabe.

—¿Estás contenta de que nos hayamos conocido?

—Sí, mucho. ¿Y tú?

—Muy mucho.

Y sin planearlo, él le llevó la palma a la cara y le acarició la mejilla.

A ella no pareció importarle. Pero, mirándolo directa a los ojos, le preguntó:

—Perdona, pero ¿estás intentando ligar conmigo?

—Yo creía que estaba contándote cosas en confianza.

—Sí, contándome tus cosas, pero rayando en algo distinto…

—Y te parece un horror, ¿no? —preguntó él con el sarcasmo colándosele en la voz.

—No lo sé. Todavía ni se sabe quién es el jurado. ¿De verdad te has leído *Cumbres borrascosas* dos veces? —Quería hacerle ver que ella también sabía pegar un volantazo en la conversación.

—Pues la verdad es que lo he leído más de dos veces, pero si te lo hubiera dicho, te habrías creído que era un auténtico tarado, de esos que se te quedan mirando en el vagón del metro, intentan sacar conversación como te vean un mínimo destello en los ojos y luego te acorralan de por vida.

Cuando entraron en una primera galería de arte, se encontraron con una exposición de arte abstracto y la vieron con un grado de curiosidad que nunca pasaría por deleite. Salieron sin despedirse.

En la galería vecina, vieron un cuadro pequeño que los enamoró. Dieron la vuelta por toda la galería y luego regresaron ante el mismo cuadro, vieron otras obras del mismo artista y volvieron una tercera

vez. Era un cuadro de una marina vista desde un balcón de Niza o de Colliure o algún otro punto del Mediterráneo, y seguramente desde una habitación de hotel. Y mientras ambos lo contemplaban, él dijo:

—Me quedaría a vivir en esa habitación con vistas al mar.

Qué cosas dice este hombre, se dijo ella, que de pronto lo entendió: él no era feliz.

—A lo mejor es la vista desde tu famoso hotel Segreto.

—Podría ser, podría ser perfectamente. —A él nunca se le habría ocurrido, pero ella tenía razón.

La joven de la galería se dio cuenta de lo mucho que les gustaba el cuadro y se acercó para explicarle quién era el pintor, dónde lo había pintado y qué lugar ocupaba dentro de su extensa obra. Había vivido en San Sebastián y en Antibes, para luego mudarse al sur de Italia. ¿Podían sacarle una foto con el móvil? Sí, por supuesto, dijo la dueña de la galería, que, presintiendo una posible venta, había llegado al rescate de su ayudante, claramente novata.

Paul sacó una foto, y Catherine hizo otro tanto.

¿Estaría interesado alguno de los dos en comprarlo?, se preguntaron cuando salieron y siguieron contemplándolo en las fotos del móvil.

—A mí me encantaría, así en un impulso, pero el problema es que… ¿dónde lo pondría? —preguntó Paul.

—¿Quizá en la habitación de tu hotel secreto de Nápoles? —bromeó ella.

Él captó la indirecta, pero no contestó. Lo que más le gustaba era lo bien que ella interpretaba cada curva sinuosa de su personalidad, y no solo porque fuera terapeuta, sino porque penetraba en él y les tomaba el pulso a sus pensamientos, a sus sentimientos, a sus esperanzas y deseos, hasta a sus faltas, y por supuesto a sus pesares. Y eso lo tenía entusiasmado, bien porque le había pasado muy pocas veces en la vida, bien simplemente porque provenía de ella. Si Catherine veía sus defectos, a él no le importaba; le gustaba.

Entraron en una tercera galería, hicieron un reconocimiento, fingieron admirar las instalaciones, pero, al ver que era la última de ese tramo de calle, decidieron volver para visitar de nuevo su cuadro

favorito. La segunda vez los impresionó más incluso. Había adquirido cierta familiaridad, como si ya les perteneciera y lo hubieran quitado de su pared y, por cosas del azar, hubiera acabado en esa galería diminuta de Chelsea. Si era de ellos, pensó él, entonces estaba claro que ya vivían juntos.

—¿Y qué pensaría don Cilantro? —preguntó él por fin mientras iban camino de la entrada a High Line.

—Don Cilantro frunciría el ceño, iría acostumbrándose a él, fingiría que le encanta, pero siempre quedaría esa sombra residual de desprecio. ¿Y doña Cilantro?

—Claire. A ella no le diría ni fu ni fa, y también se resistiría en un principio, aunque acabaría cogiéndole cariño.

—Deberíamos comprarlo y, al contrario que el niño de Salomón, partirlo por la mitad, así cada uno colgaríamos nuestra mitad en el espacio privado de nuestro hogar en la sombra —dijo Catherine.

«Conque tenemos un hogar tú y yo, ¿eh?», quiso decirle él.

—Conque tienes un hogar en la sombra, ¿eh? —dijo en cambio.

—¿No lo tiene todo el mundo?

—Supongo.

—La gente no suele reconocer que lo tiene, pero por unos segundos todos los días sin falta, de manera inconsciente, todos nos escabullimos en nuestra vida no vivida, algunos mientras se duchan, se hablan y se cantan, o incluso bailan con una música que sale de otra habitación. Hay quienes lloran en la ducha, esperando que no los oigan, otros ríen en voz alta por ocurrencias que les siguen pareciendo divertidas, pero que tienen la prudencia de guardarse cuando están acompañados.

—Así que —dijo él—, algunos fumamos tabaco para arrebujarnos en nuestro cubículo imaginario unos minutos, mientras otros se quedan ahí y se lavan.

—Exacto. Otros (y no se te ocurra citarme) me pagan por horas para estar solos consigo mismos.

—Dicho así, haces que parezca trivial.

—Créeme: hay gente que considera que mi oficio no es muy distinto a la profesión más antigua del mundo.

Ambos rieron.

—Bueno, hace unos años esta zona de noche habría sido el barrio perfecto para la profesión más antigua —comentó Paul, que entonces, con el pie ya puesto en la escalera para subir a High Line, se volvió y le preguntó si quería dar un paseo.

El parque en las antiguas vías del tren elevado estaba a rebosar de turistas que hablaban en todas las lenguas imaginables. Babel. Avanzaron un poco y se quedaron viendo a un músico callejero que tocaba el saxo tenor, para luego, tras dejar atrás el pasaje taponado en uno de los caminos asilvestrados, pararse no muy lejos de un anciano sentado en un banco, que miraba abstraído la estación de Hoboken al otro lado del Hudson, con cara de extravío y desamparo.

—A saber qué día ha tenido el pobre… —comentó ella.

—No muy feliz. Y lo más triste es que seguramente crea que el día no va a mejorar.

Incapaz de resistir el impulso, Catherine se acercó al hombre, se sentó al borde del banco y le preguntó qué le rondaba la cabeza.

—Nada bueno —contestó el hombre, totalmente dueño de sí mismo y del idioma.

Ella le preguntó por qué.

—Mi mujer ya no me reconoce, no sabe siquiera quién es ella y me habla en croata. Yo soy húngaro, así que solo hablábamos en inglés, pero está perdiendo el inglés palabra a palabra y ahora, como un fantasma, se ha ido por la ventana de su vida, lo que significa que también se ha perdido todo lo que teníamos, y eso me convierte a mí también en un fantasma, y yo no quiero serlo.

—¿Está sola en casa?

—No, tiene a una cuidadora, y esta tarde vendrá mi hijo con mis nietos a hacerle compañía.

—¿Cuánto tiempo llevan juntos ustedes?

El hombre levantó la vista y le sonrió.

—Desde que nos conocimos hace casi sesenta años.

—¿Buenos años?

—Sí, bastante buenos, pero ¿de qué nos sirve ahora? Ya no podemos hablar. Se ha borrado todo. Y yo estoy harto de su estado. Estoy harto de las cuidadoras, de mi hijo y mis nietos, harto de todos. Quiero estar solo. Y por eso vengo aquí.

—Y yo aquí molestándolo… —Se disculpó.

—No hay por qué disculparse, por favor. Pero gracias por hablar conmigo. Es tan poco habitual hablar con una desconocida que lo entienda a uno.

—Soy analista —reconoció Catherine—: si no lo comprendo yo, ¿quién lo iba a hacer?

—Qué curioso —dijo mirándola unos instantes sin decir palabra—. Yo fui psiquiatra en otros tiempos, hace mucho. No debería haberlo dejado, pero lo hice.

El anciano caballero se levantó entonces y se estrecharon la mano e intercambiaron nombres. No volvió al asiento y en cambio se alejó, hasta que lo vieron salir del parque.

—Triste —dijo Paul.

—Mucho.

—Supongo que así acaban las cosas, es inevitable.

Ambos supieron qué había querido decir ella, pero ninguno quiso ahondar en el tema ni aclarar el significado.

Volvieron sobre sus pasos por la antigua vía y tomaron la salida que bajaba hasta la calle Treinta y Dos por dos tramos de escaleras. Estuvieron un rato deambulando sin más, de cháchara, hasta que se dieron cuenta al ir andando de que estaban dirigiéndose hacia sus respectivas paradas de metro. Ella iba a coger la línea C hacia el norte en la Octava Avenida, y él la Lexington Local también hacia el noreste. Paul haría una escala breve en el Eataly para comprar algo de verdura fresca, dijo. Pero cuando pasaron por delante de las torres de London Terrace, ella le contó que se había criado en uno de esos pisos y que había vivido allí mucho antes de conocer a su marido. Luego sus padres se mudaron a Florida y le dejaron quedarse en el piso mientras estudiaba en la NYU.

—No me lo puedo creer —dijo Paul.

Él también había vivido allí. Cuando compararon fechas, descubrieron que solo habían coincidido en dos de los años que ella vivió allí, en el 78 y el 79. Se preguntaron qué edad tenían por entonces, cosa de la que casi se arrepintieron, pues era una forma involuntaria de revelar su edad.

—Seguro que nos cruzamos —dijo ella.

—Es lo más probable. En esa época yo estaba haciendo mis primeros pinitos como abogado y acababa de mudarme a Nueva York al terminar la carrera.

Se quedaron aún más alucinados cuando descubrieron que ambos habían vivido en el mismo edificio de los catorce que había, en el número 405.

—Entonces seguro que nos cruzamos.

—Yo estaba empezando a pasar consulta y era todavía muy progre e izquierdosa, aunque había superado el hipismo y llevaba mallas siempre, y eso que nunca bailé. En esa época todo el mundo llevaba mallas moradas.

—Y yo era un joven abogado muy estirado, pura arrogancia, todo el día entrando y saliendo del bufete con la bolsa del gimnasio y la raqueta de *squash*.

—Seguro que nos encontramos en el supermercado de abajo, o en la lavandería, o en la piscina o en los buzones. O simplemente en el ascensor. Es muy posible que nos cruzáramos en el ascensor.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó él.

—¿Es que tiene que significar algo? —preguntó ella a su vez, con esa manera velada tan propia de terapeuta que anunciaba que se disponía a hurgar en secretos confinados en el pasado.

—Tú sabes que sí.

—¿Te refieres a algo de nosotros en aquella época?

Paul vaciló antes de decir.

—No.

—Puede que nos convenga separarnos aquí —dijo ella al llegar a la parada de la Octava Avenida, sin asomo de reproche en su tono.

Esas palabras, comprendió él, estaba diciéndoselas también a sí misma.

—¿Mañana por la mañana? —preguntó ella.

—Por supuestísimo.

Miércoles

Al día siguiente se vieron antes incluso. Ella no llevaba ni pañuelo ni maquillaje, solo un chándal turquesa claro y unas zapatillas distintas, con hombros y brazos de nuevo a la vista. Él llevaba sombrero de paja, una camisa blanca con el cuello abierto, los mismos chinos y una mochila de lona ligera. Parecía que iban a la playa.

—No vamos muy formales. Podríamos estar gafándolo. Podríamos estar forzando la mano del destino dando por hecho que no nos van a seleccionar. La superstición puede conmigo —admitió Catherine.

—¿Pese a ser analista?

—Creo en el pensamiento mágico, ¿vale? No se lo digas a mis pacientes, es un vicio que tengo.

—¿Uno de muchos?

—¡Algún día!, ¡algún día! —dijo y repitió ella, sugiriendo que quizá algún día se lo contaría.

—Esperaré.

Tomaron asiento, deseando charlar durante el poco tiempo que sabían que tenían.

—Esto es mucho más divertido —dijo ella en cuanto les llevaron a la mesa los dos cruasanes, o *cornetti*, como los llamaba el barista, acompañados por los dos expresos dobles.

Aun así, tanto que decir y tan poco tiempo.

—¿Y bien? —preguntó por fin Catherine, sin saber por qué lo había dicho ni a qué se refería.

Paul también estaba notando que la tensión aumentaba.

—¿Pensaste en mí anoche? —se oyó preguntar por fin.

Era solo una pregunta inocente con la idea de retomar el hilo por donde lo habían dejado el día anterior, pero ese «anoche» que había lanzado en el último momento había sonado innecesariamente atrevido, y le preocupaba más la posibilidad de incomodarla que la de revelar sin filtro pensamientos que de todas formas ella habría deducido con facilidad.

—Lo siento, creo que la pregunta ha sonado rara… ¿Podría la jurado borrarla de la transcripción?

—Yo creía que los abogados nunca preguntaban nada sin saber la respuesta de antemano.

—A lo mejor no estaba metido en el papel de abogado, a lo mejor solo le he hecho una pregunta normal de persona a persona.

Ella se quedó mirándolo y arrancó entonces la punta recortada del cruasán.

—¿Qué esperabas que te dijera?

Como ya no había vuelta atrás, Paul admitió:

—Quería que me dijeras que sí.

—Entonces sí.

El tono de la respuesta parecía deliberadamente evasivo, chocante incluso, y no lo dejó tranquilo.

—Vale, entonces lo preguntaré de otra forma: ¿pensaste en mí anoche?

—Claro que sí. ¿Por qué, es que tú no pensaste en mí?

—¿Te refieres a anoche?

—Sí.

—Se me olvidó. —Estaba intentando contener la risa, pero no era capaz—. Bastante, de hecho. —Luego, como si le acabara de venir la idea, añadió—: Deseé que estuvieras en mi clase del gimnasio, deseé que fuéramos a quedar para cenar, deseé tantas cosas. No me había pasado en años.

—¿Otra vez ligando conmigo, Paul?

—Si te soy sincero, no lo sé.

—Entonces seguramente lo estés.

—Pues entonces será eso.

—Una nunca sabe contigo.

—La verdad es que yo tampoco sé nunca conmigo.

Ninguno tuvo claro quién bromeaba y quién no, razón por la cual ella finalmente los acusó a ambos de hacer el payaso.

Al verlos reír tan calurosamente, el barista los interrumpió y los invitó a otro cruasán. Les contó que los hacía él.

—Este sitio es otra puerta a Italia —dijo Paul cuando el camarero volvió tras la barra—. Tú, yo, estar aquí, madrugar con ganas. Parece que lo hemos mandado todo a paseo y estamos esperando a la sombra de nuestro cafecito italiano antes de aventurarnos en el calor para ir a coger un autobús turístico a Caserta, donde por cierto nunca he estado…

—Bueno —lo interrumpió ella de pronto—, ¿le has dicho a tu mujer por qué te escabulles tan temprano por la mañana?

—¿Te refieres a que si le he hablado de ti? No. ¿Y tú?

—¿Que si se lo he dicho a mi mujer? —bromeó Catherine—. No. Háblame de ella, nunca hablas de ella. ¿A qué se dedica…, Claire, no?

—Es redactora jefa de una revista de moda. Trabaja hasta tarde muchas noches, viaja mucho, le encanta.

De vuelta a los nietos, ¿los veía a menudo?

—No mucho. Mis hijos se pasan la vida trabajando y no vienen nunca a la ciudad. Cuando íbamos a verlos, no tenían tiempo ni para pasar más de media hora con nosotros. Así que dejamos de ir. Hablo con los nietos por Skype. Pero muy poco. ¿Y tú? —preguntó.

—A todas horas.

Su nieto era el niño de sus ojos. Solo pensar en él le dibujó una sonrisa expansiva en la cara.

Paul sonrió a su vez, tanto a modo de reflejo de la alegría de ella como para bajar la guardia y expresar, sin decirlo, que él también sentía debilidad por sus nietos.

Luego se levantaron y salieron de Da Pirro. Atravesaron la calle y retomaron sus asientos en la sala de espera del vestíbulo principal.

No habían pasado ni cinco minutos cuando llamaron a Catherine por la megafonía. Él le deseó buena suerte.

—Lo mismo te digo. Y no te pierdas, por favor. Hay tantas cosas que quiero saber.

—Yo igual. Nos vemos luego aquí.

A las doce y cuarto quedó claro que algo pasaba. Él había estado leyendo y empezaba a inquietarse. O la habían escogido o se había librado pero había decidido irse a su casa. Reconoció ese cosquilleo de angustia cuando uno empieza a desesperar y está casi decidido a rendirse pero sigue esperando. Justo habían hablado de eso en el Caffè Reggio. Esto, pensó, podía acabar perfectamente al fondo de la lámpara de lava, y si alguna vez rebotaba y subía, quizá fuera dentro de años. O a lo mejor se olvidaba de ella pronto y ya está. Parlotear con una perfecta desconocida no era desagradable, y la cosa empezaba a ponerse algo seria, quizá lo mejor fuera separarse ya. Seguro que ella se había hecho esas mismas cábalas. Además, no le costaría convencerse de que en realidad no había contado con volver a verla. «Tuvimos nuestro momento», pensó recordando la palabra que él mismo había utilizado el día anterior. Ella era mejor que nada, igual que él era mejor que nada. Aun así, una pena.

Pasaban pocos minutos de la una cuando por fin apareció ella.

—¡Qué caraduras! —Llegó sin aliento, bien porque venía corriendo, bien porque estaba alterada después de la disputa verbal con el ministerio fiscal.

—Cuéntamelo despacio —le pidió Paul.

—Había un chico que acababa de cumplir los dieciocho y la policía lo había acusado de atracar una tienda y, sinceramente, él irradiaba más inocencia que el agente, que parecía una salchicha gigante llena de grasa, veneno y racismo. Dije que sería imparcial solo si el policía se sometía al detector de mentiras. ¿Lo ha hecho? No. Pero el chico sí… ¿no?, le pregunté. ¿Por qué tengo que fiarme de un poli que parece un bruto, mascando chicle en un tribunal?, me dije yo. Me han recusado en bloque. Pero he mirado con muy mala cara al agente y al fiscal. Estaba muy indignada. ¡Y luego dicen que esto es un juicio justo!

—¿Querías ser jurado en el caso?

—No.

—Entonces has actuado como una histérica y eso suele funcionar. Lo malo es que tendremos que saltarnos la comida. No nos da

tiempo a ir y volver antes de que nos llamen otra vez.

Esa mañana ella había echado en el bolso una bolsa de M&M's.

—El almuerzo —dijo blandiendo la bolsita marrón sin abrir.

Él llevaba unos Tums masticables en la mochila.

—Vamos a tener que echarle bastante imaginación —concluyó él.

—Un M&M's rojo para mí, uno azul para ti.

—Los azules no me gustan —protestó él.

—Vale, entonces dos amarillos para ti y yo me quedo con mi rojo.

—¿Por qué dos amarillos?

—Porque un amarillo vale por medio azul. Lo sabe todo el mundo.

—Ajá.

Luego ambos se dieron cuenta de que en todos sus años nunca habían contado cuántos M&M's venían en una bolsita normal de las marrones.

—Es gracioso, nadie los cuenta nunca. Todo el mundo se los come a puñados.

—¿Ganas si tienes tres de un mismo color y dos de otro, como en un *full*?

—Sí, ganas a no ser que el otro tenga cuatro del mismo color. Lo sabe todo el mundo.

—Yo quiero uno amarillo, por favor —pidió Paul, que, sin mirar dentro de la bolsa, que ella sujetaba abierta para él, procedió a meter la mano.

—¿Subes la apuesta o no vas? —preguntó ella.

Rieron cuando al final él consiguió sacar uno amarillo sin mirar.

—Qué divertido —dijo Paul.

—Lo sé.

—Pues yo sé otra cosa —dijo él mirándola a los ojos.

Ella le devolvió la mirada para darle a entender que ya lo había adivinado.

—No lo digas.

—Pero lo sabes.

—Creo que sí.

—¿Sería pasarse de la raya?

Se quedó pensativo.

—Me estás poniendo en un aprieto.

—Ya —dijo Paul, que, comprendiendo que quizá se había sobrepasado, añadió—: ¿Acaso he sugerido algo que no sea verdad?

—No pienso responder a eso.

—Pues entonces acabas de hacerlo.

Se comieron los M&M's que quedaban.

Mediaron unos compases de silencio.

—Antes me he asustado —confesó él.

—¿Antes cuándo? —¿Estaba pensando en los M&M's o hablaba de otra cosa?—. ¿El qué te ha asustado?

—Creía que ya no venías.

—Te habría mandado un mensaje, te habría avisado. ¿Asustado cómo? —protestó ella.

Aquello lo conmovió. «Lo sabes perfectamente», quiso decirle, pero guardó silencio. Entretanto, en la sala hacía tanto calor que una vez más la megafonía anunció que podían irse todos a su casa y volver a la mañana siguiente a las nueve y media en punto.

—¿Hambre? —preguntó él.

—No mucha. —Se le había quitado el apetito.

Paul solo lo había dicho por pasar un rato más juntos, pero tampoco tenía hambre.

Catherine comentó que le apetecía un agua con gas bien fría. Él quería otra. Estaba animado por que no fueran a separarse tan pronto.

De vuelta a Da Pirro, a la cola.

—¿Hoy no hay jurado? —preguntó el simpático barista napolitano.

—Nos han mandado a casa. Por el calor —le explicó ella; cuando pidió los dos botellines, le preguntó—: ¿Cuál es tu sitio favorito de Nápoles?

—Cualquiera es bueno. —Y con esas, se puso a entonar, con una voz increíble, una letra en italiano—. Es una canción que compuso un boloñés, no un napolitano, pero habla de Caruso, de cuando volvió para pasar sus últimos días de vida en un hotel de Nápoles.

Una pareja que había en el local le pidió que cantara el estribillo otra vez, y el barista, tras demorarse unos instantes, estuvo encantado de complacerla, hasta que:

—Me viene de llorar —dijo calcando el italiano; y ciertamente, tras cantar varios compases, se quitó las Ray-Ban de sol que llevaba, cogió una servilleta del dispensador de la barra de cristal y se enjugó los ojos—. ¿Y adónde vais vosotros dos? —les preguntó a Catherine y a Paul desde su puesto tras la barra.

—No lo sabemos.

—Te voy a decir una cosa —dijo señalando a Paul—: tú te pones este delantal, te pasas aquí detrás y me dejas llevar a la señora a dar un paseíto.

No quedó claro si estaba bromeando, pero, para sorpresa de Paul, ella respondió:

—No puede ser. Él está conmigo y yo estoy con él.

—En ese caso, *ce verimmo mañana* —dijo mezclando el napolitano con el español—. Está claro que no me quieres.

Catherine se acercó a la barra y le dio un beso en la mejilla.

—Me llamo Pirro.

—Yo soy Catherine.

—¿Y eso no ha sido ligar? —le preguntó Paul mientras salían con sus botellines de agua fría.

—Podría ser. Pero hoy estoy contenta.

Les llevó menos de media hora a paso ligero llegar a los pies de High Line. El ambiente estaba cargado y caluroso, pero a ninguno le importó. El parque elevado estaba en plena floración y atestado de turistas.

—Si cierro los ojos, en menos de dos segundos podría estar en Italia —dijo Catherine, casi retomando la conversación donde la habían dejado el día anterior en el Caffè Reggio.

—Yo igual. ¿Qué es lo que te gusta de Italia? —quiso saber él.

—Todo. El verano, las ciudades, los pueblos, las caras, el agua, la gente, el temple, ese anhelo vitalista por buscar atajos, la comida, los vinos, las señoras ancianas, los niños, la indiscreta amabilidad, incluso su temperamento frívolo y desatado cuando se enfadan. Nunca han olvidado lo que significa ser humano.

—¿Crees que aquí sí lo hemos olvidado?

—Por lo que me cuenta la gente que viene a mi consulta está claro que algo hemos perdido. Puede que yo también.

Paul se quedó pensando un momento y no dijo nada.

—Tengo una idea genial —dijo de pronto—, pero es una locura. Tenemos que volar a Italia juntos.

—¿Crees que aguantaríamos más de dos días juntos?

—Puede que sí, puede que no. Con mi mujer no es nada fácil viajar.

—Ah, si es ahí adonde quieres llegar, yo ya no tengo claro que sea fácil apreciar nada de mí, y ni hablamos de soportarme. A veces me da la sensación de que ya no estoy para compartir mi vida con nadie más. O de que no tengo nada que ofrecer. O digamos que ya no comprendo por qué la gente se quiere, o para qué están los demás. Tal vez, como nuestro viejo amigo húngaro, es mejor quedarse completamente solo que sentirse solo con alguien. La Italia que imaginamos podría acabar en calamidad.

—Si te sirve de consuelo, para cuando hayamos vuelto a casa esta noche habremos cambiado de opinión y pensaremos que lo del viaje es un auténtico disparate. —Paul rio por cómo él mismo estaba rechazando su propia propuesta.

Ella asintió, sí, estaba claro que era un disparate.

—En realidad ninguno de los dos queremos ir al extranjero —prosiguió ella—. Tú mismo lo dijiste, que la intimidad entre desconocidos es rápida y fácil. Además…

—¿Además?

—No somos más que dos personas corrientes y solitarias que casualmente están casadas y que a estas alturas quizá no tengan muchas ganas de andar moviendo muebles.

—Sí y no. Puede que nos sintamos solos, que seamos incluso corrientes, pero al conocernos nos hemos sentido más felices y emocionados de lo que yo he estado en mucho tiempo. Llevaba años sin sentirme tan aceptado por ser quien soy ni tan interesante como me he sentido en estos últimos días. Había olvidado lo que es estar con alguien que desea reír contigo, saber cómo eres, qué piensas, y con quien me muero de ganas de hablar todos los días.

—Mira —dijo ella, y solo con esa palabra él sintió un punto de frialdad en la voz de Catherine—: cada uno está disfrutando a su manera de estos aires de cambio en su vida, pero también sabemos

que no puede interferir en nuestra otra vida. Me gustas, Paul. Hablamos de cosas serias combinadas con puras sandeces. Nos gusta quiénes somos juntos. Yo tampoco quiero que esto se acabe y si tenemos que estar comiendo chino a mediodía en las semanas y meses venideros, no seré yo quien se niegue. Espero que nuestra amistad tenga vida más allá del servicio de jurado. Y si me permites que te sea totalmente sincera, no tengo a nadie más en la vida. Tú tienes tu música de cámara, tu cine de autor, tus libros de historia, el despacho y a saber qué más que no me has contado. Yo tengo a mi nieto, a mi hija, a mis pacientes y, en los últimos días, a ti.

El sol empezaba a reflejarse en una esquina, cegando a todo el que miraba el Hudson de frente. Los turistas hacían visera con la mano para distinguir la Estatua de la Libertad a lo lejos. Se preguntó cómo recordarían aquel momento quienes visitaban Nueva York.

—Para muchos Nueva York es el centro de un universo imaginario… Todo lo demás parece en los márgenes, y poner el pie en la isla es un momento de lo más milagroso y revitalizante, como tocar por fin el santo grial de las ciudades. Cuando vuelvan a Arezzo, a la fría Ruan o a la lluviosa Brighton, lo tendrán grabado en el alma y seguirá irradiando allí durante años. Pisamos Nueva York, dirán. Estuvimos en High Line y vimos a un hombre y a una mujer caminando por las antiguas vías del tren haciendo equilibrio, aunque no se armaban de valor para cogerse de la mano.

Ella detuvo el paso.

—¿Por qué has dicho eso?

—¿Por qué? Hace quince o veinte años habría sido tan fácil, tan evidente. Ahora me veo aquí temiendo que pueda llevarnos donde no queremos ir ninguno de los dos. Así que estamos siendo muy muy sensatos. ¿Me equivoco?

Ella le dedicó una mirada nostálgica y atribulada que no le había visto antes, y él se imaginó que así miraba a sus pacientes cuando por fin se atrevían a hacerle una pregunta personal sobre su vida. ¿De verdad creía ella que estaba equivocado?

—No, no creo que te equivoques. —Podría haber dicho perfectamente: «Sí, te equivocas», pero no lo había hecho.

—Yo no sé lo que es esto —siguió Paul—, pero llevo tanto tiempo que ni siento ni padezco… Y simplemente es bonito saberme todavía capaz de sentir cosas. El restaurante de Chinatown, el bar de Pirro, ese hombre mayor que dijo que lo único que quería era estar solo, el napoleón partido como lo partiste tú en dos, la galería, ponerme de los nervios cuando creo que te han seleccionado para el jurado o temer que te hayas librado pero te hayas ido a tu casa y ya no vayas a aparecer… No paro de repetir esta lista, que cada vez es más larga porque no quiero olvidarme de nada nunca. Me gusta sentirme así. Me levanto por la mañana y estoy deseando tomarme el primer café no en casa, sino contigo, y tengo la corazonada de que tú vas a salir de la tuya sin tomarte ese desayuno tuyo tan enrevesado para comerte en cambio un pequeño cruasán dulce conmigo. Y pensar todo esto, por mucho que esté totalmente equivocado, reviste toda mi vida de un aura, como dices tú.

Una pareja de jóvenes pasó entre ellos dos, tan cerca que la chica sonrió y se disculpó.

—Rusos —dijo él—. No, polacos.

Fuera por ver a esos dos amantes pasar y envidiarlos, o por el tenor que había adquirido la conversación, el caso es que él cogió la mano de ella entre las dos suyas y, sin dedicarle un pensamiento al gesto, se la llevó a los labios.

Ella no retiró la suya, ni tampoco pareció recelosa ni sorprendida.

Él estaba sosteniendo la que en su momento creyó que era una mano de pianista.

—¿Por qué? —preguntó ella unos momentos después, refiriéndose claramente al gesto de él.

—Déjame que lo haga, por favor. Estoy tan agradecido por estos tres últimos días…, no te haces una idea. Te lo explicaría, pero quedaría totalmente en ridículo.

—¿Por qué?

—Si preguntas es porque no lo entenderías.

—Claro, porque me caí ayer del guindo, ¿no? —Se quedó mirándolo—. Ven —dijo ella, que de pronto lo rodeó con los brazos y, en el abrazo, apoyó la cabeza en el hombro de él.

Fueron los suyos gestos menudos, forzados, tímidos y, para sus adentros, probablemente sintieron que eran afortunados ya solo por haber encontrado a alguien con quien hablar y ser ellos mismos, conscientes de que aquello podía acabar en cuestión de minutos.

—¿Mejor ahora?

Él asintió con la cabeza antes de decir:

—Eres distinta cuando te abrazo.

—Sigo siendo yo. Tú también eres distinto. Podríamos perfectamente rebobinar y volver a ser buenos vecinos que retoman el contacto después de años, una noche al subirse en el ascensor del mismo bloque de London Terrace. Lo que, por cierto, me lleva a preguntarme —añadió Catherine con un brío creciente en la voz que anunciaba un toque de humor mientras se soltaba por fin del abrazo —: ¿nos acostamos en aquella época?

Él sonrió y fingió embarazo.

—La verdad, no me acuerdo.

Los dos estallaron en risas.

—Vamos a sentarnos un rato —propuso Catherine señalando un banco que acababa de dejar libre una familia de turistas.

Madre, padre e hija adolescente estaban demasiado embrujados por Manhattan para reparar en la pareja que se sentó en el banco, plenamente enfrascada en una conversación. Siguió un compás de silencio.

Él se dijo que quizá ella querría pensar las cosas mientras observaba el reguero de gente que desfilaba por las antiguas vías del parque. Decidió callar y no entrometerse en sus pensamientos. Pero ella se volvió para mirarlo.

—Di algo, Paul.

Este sacudió la cabeza lentamente, no para negar, sino para indicar más bien que simplemente no tenía palabras.

Ella se encogió de hombros, como diciendo: «Di lo que sea, de verdad, me da igual».

Sin embargo, al ver que él no decía nada, fue ella la que habló.

—Yo vivo con el silencio, Paul, y lo odio. El silencio es como mirar a los que te rodean desde un ataúd abierto y preguntarte por qué no te habla nadie. Tú los escuchas, así que ¿por qué ellos a ti no? Y

entonces te das cuenta de que tú tampoco quieres hablar. Por eso se muere la gente, cuando no hay más que decir. No se habla ya, no se toca, no se abraza. —Se tomó un segundo antes de decir—: Abrázame, por favor.

Y él volvió a estrecharla entre sus brazos, y a recordar lo que era abrazar y desear que alguien te abrace.

—Me gusta esto —reconoció Catherine—. Pero lo que más me mata de irnos cada uno a nuestra casa, como Cenicientas que vuelven corriendo para barrer el aroma de su idilio en High Line, es el miedo a la facilidad con la que podríamos desaparecer el uno para el otro en cuanto volvamos a nuestras vidas venidas a menos, como personajes amargados que se quedan mirando por la ventana con la vista perdida y no son capaces de distinguir si de quien están deseando tener noticias es de una persona o de la ventana. Dentro de unas semanas, nos parecerá tal engorro, o nos resultará tan disparatado siquiera quedar para tomarnos un café y tener que atravesar Central Park, que lo iremos dejando estar. Somos muy sensibles y timoratos los dos, tú y yo.

—¿Qué crees que dirán esos turistas que nos han cedido el banco cuando vuelvan al país de donde han venido?

—Dirán que vieron a una pareja de sesenta y tantos, sesenta y largos años, que todavía se abrazaba tras cuatro décadas juntos.

—Dos aspirantes a amantes que intentan volver a un pasado que nunca existió.

—Le temo a la selección del jurado de mañana. Es como jugar a la ruleta rusa y saber que solo nos faltan dos recámaras que despejar. Así que ahora las apuestas no están a nuestro favor. Nos queda tan poco tiempo.

—A Catherine y Heathcliff tampoco les quedaba apenas tiempo. ¿Qué pensarían ellos? —preguntó intentando aligerar la solemnidad de lo dicho por ella.

—Ellos tenían la vida eterna y un pasado imborrable. Los analistas no entendemos de vida eterna y, respecto al pasado, seguimos aprendiendo cómo rascar bajo su superficie.

Al ver que eran ya casi las seis de la tarde, decidieron moverse de High Line.

—Es gracioso —dijo ella—. Estamos aquí imaginándonos qué les dirán esos turistas a su familia sobre Nueva York, y ni por un segundo hemos pensado que este hombre y esta mujer que se cogen de la mano y se abrazan en este parque tienen justo la misma fantasía, pero al revés: la de ellos está ambientada en Nueva York, y quieren ser estadounidenses, comer comida de aquí, hablar el inglés de aquí, mientras que nosotros estamos deseando ser italianos.

Al igual que la tarde previa, bajaron por la salida de la calle Veintitrés, con la idea de volver a pasar por las torres de London Terrace. En el último momento, sin embargo, fueron en sentido contrario y pusieron rumbo a la galería de arte. Les hizo gracia darse cuenta de que, sin mediar palabra, ambos habían actuado seguidos por el mismo impulso.

Entraron, saludaron y fueron directos al cuadrito que habían visto el día anterior. Les encantaban las venecianas abiertas, la barandilla de forja y la vista del mar, con ese color y el sillón naranja desvaído, les encantaba todo.

—Quizá un día vengamos juntos —dijo Paul—, en una fría mañana de enero, y descubramos que hace tiempo que vendieron el cuadro y, con suerte, todavía estaremos juntos, todavía comiendo a toda prisa y cruzando cuatro palabras con el barista italiano, los dos esperando eternamente a que nos seleccionen en lo que hace tiempo que se ha convertido en un jurado fantasma.

—O —añadió ella— volveremos en el frío glacial del invierno y, cuando entremos en la galería con el corazón encogido, veremos que el cuadro sigue aquí, sin venderse, aguardándonos todavía, como la mejor parte de nuestra vida no vivida.

Jueves

—*Eccoli*, ya están aquí —exclamó Pirro a la mañana siguiente—. Sabía que volveríais. —Le pidieron dos cafés y dos cruasanes—. O sea, ¿lo de siempre, no?

—¿Te acuerdas de lo de todos tus clientes? —preguntó Catherine.

—Tú, querida, eres especial, y a ti te invita la casa.

Ella intentó negarse. Por supuesto, no lo consiguió, pero, cuando estaban saliendo, le tendió al barista una generosa propina.

—¿Se la merecía? —preguntó Paul.

—Nos ha hecho sentir jóvenes. Ha sido una tontería, pero por un segundo lo hemos creído…, y esa mentirijilla dejará una huella duradera. —Se puso colorada—. Las analistas no nos sonrojamos —dijo reprochándoselo con humor.

Rememoraron la tarde anterior.

—Qué bonito fue el paseo otra vez por High Line. Me pregunto qué habrá sido del anciano hastiado que miraba la vieja torre del reloj de la estación Erie Lackawanna al otro lado del río.

Ella no respondió. Parecía ausente y sumida en pensamientos lejanos e indefinidos.

—Me gustó que habláramos otra vez de Italia —dijo entonces en un tono confiado e imprevisto—. Y me encantó ver otra vez nuestro cuadrito y que luego nos abrazáramos y me besaras en la parada del metro.

—La última vez que besé a alguien de esa manera, a las puertas del metro, debía de tener, ¿qué, doce o trece años?

—¿Pensaste en mí anoche? —lo interrumpió ella con la pregunta.

—Solo de pasada. ¿Y tú?

—Apenas.

Ambos rieron.

—Estaba deseando quedarme solo para pensar en ti.

—Yo igual. Pero entonces ¿qué edad tenemos ahora?

—Doce para diez.

—Dentro de poco descubriremos que lo que nuestros padres hicieron una noche nueve meses antes de nacer nosotros fue una cosa asquerosa y repugnante.

Paul tuvo que reírse.

—Anoche pensé en ti y estuve despertándome cada tres minutos. Tú me mirabas fijamente y yo te miraba igual y no decíamos nada. ¿He respondido a tu pregunta?

Ella se hacía cargo, asintió.

—Yo también quería verte. Temía que no volviéramos a vernos después de hoy, y eso no me hacía ninguna gracia.

—Una pregunta antes de que digan nuestros nombres y vuelvan a llamarnos. Pero ¿prometes contestar con sinceridad?

—No te lo puedo garantizar.

—Buena respuesta. ¿Cuándo fue la última vez? —preguntó él mirándola a los ojos.

—¿La última vez que qué? —preguntó a su vez, aunque, como era ya habitual, ella sabía perfectamente qué estaba preguntándole él—. Si te soy sincero, ni me acuerdo. ¿Y tú?

—Tampoco me acuerdo.

—¿Y de quién es la culpa, tuya o de ella?

—Mía seguramente. Lo cierto es que ninguno recuerda ya qué fue lo que nos impulsó a la intimidad en su momento. Los hombres suelen quejarse de que es la mujer la que deja de querer, pero yo sé que estuve mucho tiempo descuidándola, y un día ella hizo las paces con el tema y a mí nunca me lo perdonó.

—¿Y alguna vez has tenido… algún desliz… con otras, por así decirlo?

—La última vez fue con aquella que me hizo sentirme más viejo que su padre. Por supuesto, no la culpo a ella —añadió—. Era joven, deseable y podría haberle despertado la libido a un muerto, pero cuando nos quedábamos a solas no teníamos nada que decirnos.

Comer en un chino habría sido un martirio, y andar por la High Line, un aburrimiento supremo. ¿Y tú?

—Hace años, sí. No duró mucho. A lo mejor un día que quedemos para comer te cuento esa indiscreción.

Luego, cambiando de tema, él quiso saber: ¿Había traído M&M's por si acaso se repetía el contratiempo? A ella se le había olvidado por completo.

—Entonces tendremos que racionar los Tums que nos quedan. ¡Tums con el estómago vacío! Mal asunto.

Pero se encontraron para almorzar tal y como tenían planeado. Estuvo todo tan bien sincronizado que, cuando salieron del restaurante chino, se dieron un paseo tranquilo.

—¿Da Pirro?

—Por supuestísimo.

Cuando entraron, Pirro estaba desbordado, con la cafetería más llena que nunca.

—Me habéis alegrado el día —les dijo, y luego, dirigiéndose a Paul —: ¿Seguro que no quieres hacer de barista esta tarde? Es una vida maravillosa.

—¿Para qué, para que me la robes?

—Por supuesto.

—¡Estos italianos…!

No tuvieron ni que pedir. El barista ya sabía lo que querían y, para rematar, les puso cuatro *biscottini*.

—Y hoy *niente mancia*, eh, nada de propina, *capito?*

—*Capito* —le aseguró ella.

—*E il bacio*, ¿qué pasa con el beso? —le preguntó señalándose la mejilla.

Tal y como había hecho el día anterior, Catherine se inclinó por encima de la barra y lo besó en ambas mejillas barbudas.

Alguien sacó el móvil para hacerles una foto, pero llegó tarde. Pirro le pidió entonces al joven que esa vez tuviera la cámara preparada.

—Otro, por favor —le pidió a Catherine, que prestamente le concedió otro beso.

—Creo que estamos poniéndolo celoso —dijo ella volviéndose para mirar a Paul y dedicarle una sonrisa tierna.

—Mejor me lo pones —dijo Pirro.

Paul se alegró por la mirada de ella y, seguramente para demostrarle al barista que lo del beso le daba igual, le preguntó a este cómo se llamaba la canción del día anterior.

—¿Cómo es que quieres saberlo? —le preguntó en su habitual inglés italianizado.

—Porque me la quiero bajar. Es que no puedo parar de pensar en Nápoles.

El napolitano les dijo el título de la canción.

—Si al final vamos de verdad a tu tierra, ¿qué podemos traerte? —le preguntó ella.

—Qué podéis traerme… Si acaso un *panzerotto*.

—¿Qué es eso?

—Una especie de empanadilla, muy parecida a un *calzone*, pero más pequeña. Me harías un rey. Aunque, si te soy sincero, yo me los hago en casa y me saben aquí mucho más ricos que en Nápoles. Aunque también es verdad que ¡hasta mis *panzerotti* me dan morriña!

Los dos se levantaron por fin y se dirigieron al juzgado.

A los pocos minutos de sentarse en la amplia sala de espera principal, ese día algo menos llena, vieron que el auxilio judicial cogía el micrófono de la megafonía y anunciaba que podían irse todos ya a su casa si querían. Se les pagaría por su tiempo, pero no debían salir disparados sin antes recoger el certificado.

—Si vuelven a citarlos antes de los dos años, el certificado será su única prueba de que ya han participado como jurados. Aquí no guardamos copia.

Empezaron a llamar por su nombre a quienes tenían que recoger el papel. Por fin dijeron el de Catherine por la megafonía. Se puso nerviosa y contenta y fue corriendo a por su certificado, como si fuera un diploma de algo. Volvió a su asiento; no pensaba irse hasta que le dieran el suyo a Paul. Esperó a oír su nombre por el altavoz,

pero, para cuando terminó la lista, lo que llevó entre cinco y siete minutos más, seguían sin nombrar a Paul.

—¿Crees que habrá algún error? —preguntó ella.

—No lo creo.

—Pero ha dicho que nos podemos ir todos, todos los que estamos aquí.

Él bajó la mirada como si se examinara los zapatos.

—¿Me perdonas?

—¿Por qué?

—Ayer me mandaron a casa. Nadie quiere a un picapleitos entre el jurado.

—O sea, que me mentiste.

—Sí, se podría decir que sí.

—¿Y te has quedado aquí pasando calor y esperándome, comiendo Tums conmigo cuando podrías haber comido de verdad en uno de tus restaurantes refinados de Wall Street?

—Quería estar contigo.

—Querías estar conmigo… —repitió ella calibrando despacio las palabras—. ¿Por qué?

—¿Quieres la verdad? Pues porque quería hablar contigo, oírte contarme todo sobre tu vida, tus padres, tus pacientes, sobre el hombre con el que hace años me dijiste que tuviste una «indiscreción» —dijo Paul empleando la palabra que había usado ella —. Además, me encanta estar deseando verte por las mañanas en Da Pirro. Pienso mucho en ti.

—Pero ya nos hemos quedado sin forma de vernos. Ya no podemos seguir viniendo aquí, ni al chino, ni al Da Pirro…, ¿no lo entiendes?

—Sí, claro que lo entiendo —replicó él—, pero eso no quiere decir que nos hayamos quedado sin opciones. Anda, salgamos de aquí antes de nada. Conozco un bar donde ponen unos refrescos italianos riquísimos. Fresquitos y no muy dulces.

—¿Cómo se llama el bar?

Paul no pudo contener ya la risa:

—Da Pirro.

Salieron juntos de la sala de espera principal.

—Esta es la última vez que venimos aquí —dijo ella.

—¿Ya lo echas de menos?

—La sala en sí no.

—Bueno, no tiremos la toalla todavía. Tenemos varias opciones. Podríamos cogernos un avión a Nápoles y ya está. Hotel Segreto. Ese es el plan A.

Ella sacudió la cabeza.

—¡Demasiado fantasioso!

—Vale. Tenemos también el plan B, que podría implicar decir una mentirijilla inocente.

—¿Como cuál?

—Como que todavía no te has librado del servicio de jurado, y tienes que venir mañana otra vez. Yo lo he hecho, y como ves, tampoco ha sido tan difícil ponerlo en práctica. Seremos los dos unos pilletes. Podemos hacer un pícnic en el parque. Conozco un sitio muy bonito, cerca de las pistas de tenis, pero tampoco demasiado pegado. Allí podríamos hacer pícnics todas las veces que queramos. Nuestra alcoba secreta lejos de todo y de todos.

—¿Un pícnic, de verdad? —Parecía decepcionada, como si incluso desdeñara la idea.

—Bueno, también tenemos el plan C: te recojo en coche y nos vamos a la playa. Nadie utiliza ya la casa, podemos comprar algo de camino y te prometo prepararte una comida de categoría… Podremos estar juntos y ya vamos viendo.

—¿Qué es lo que vamos a ir viendo?

—Eso sería el plan X. En otra época el plan X le ganaba al A y al B y a todas las letras del alfabeto. Tú echa solo el bañador y yo te recojo con el coche.

—Suena bastante sórdido.

Estaba en lo cierto. Él incluso se arrepintió de haber dicho algo así, con la sensación de que lo que acababa de proponer lo había propuesto el fantasma de una antigua voz que ya no era la suya y que surgía de hacía al menos una década. Así y todo, plantear el tema no pareció forzado ni los incomodó a ninguno de los dos, sobre todo después de que ella lo interrumpiera bruscamente y le preguntara:

—Bueno, ¿y qué pensaste anoche cuando pensaste en mí?

A él le encantaba la candidez de ella, sobre todo teniendo en cuenta el tema.

—Pues, ya que lo preguntas, te diré que anoche te abracé y tú me abrazaste, igual que en High Line, y luego me besaste. No osábamos hacer ni un ruido ni movernos un ápice, está claro que había alguien más en la cama con nosotros, pero no nos quedamos dormidos, y quizá hasta yo estaba medio dormido, y nos miramos y nos miramos, sin decir una palabra, y yo no podía pensar en otra cosa que en cómo sería mi vida si nunca te hubiera conocido, si no te hubiera preguntado por el libro, ¿y si este era el nuevo capítulo que llevo tanto tiempo rehuyendo? ¿Y si tu mano estaba cogiendo la mía y no la soltaba porque ya estábamos haciendo el amor al ritmo del rompeolas al otro lado de mi habitación de hotel en Nápoles?

—¿Qué crees que pasaría si hiciéramos el amor? —preguntó ella.

—¿Qué pasa si el día en la playa se convierte en noche en la playa?

—¿Qué pasa si para el sábado por la mañana comprendemos que nos gusta quienes somos juntos y no queremos ya cambiarlo por nada?

—¿Te refieres a si a nuestros cónyuges les sorprendería cuando por fin se lo contáramos? La respuesta no puede ser más sencilla: ya lo saben. ¿Tan tontos te crees que son mi mujer y tu marido? Y si no lo saben todavía, no los pillará de nuevas. Sospecho que estarán deseando que les llegue el turno en nuestra sala de espera del juzgado. ¿Tú te pondrías celosa si él conociera a alguien y llegaran a gustarse?

Catherine no tuvo que pensarse la respuesta más de un segundo.

—Cero celos. Pero te diré lo que va a pasar como tú y yo estemos tan locos como para hacer lo que sugieres. Lo haríamos una vez y no volveríamos a vernos. ¿Y sería eso mejor? —Qué razón tenía ella, se dijo Paul; tenía razón por la parte que le tocaba a ella y también por la de él—. El problema con la gente de nuestra edad es que hemos vivido o imaginado tantas variantes de la misma escena que sabemos adónde lleva la mayoría; sabemos que deberíamos afirmar saber menos de lo que sabemos; sabemos que incluso es mejor no

expresar nuestras dudas, y menos aún a quienes no deberían escucharlas, no sea que cambien de opinión sobre nosotros.

—Así habló la comecocos… Y así de bien. Bueno, resulta que una noche, volviendo yo del club de *squash* y tú de vuelta de la biblioteca, puede que nos encontráramos en el ascensor.

»¿Tienes plan para cenar?

»Todavía no me ha dado ni tiempo de pensar en cenar.

»Puedo apañar cualquier cosa en un momentito… ¿una tortilla y algo de picoteo?

»¿Incluye vino?

»Incluye vino.

»¿Puedo contestar con un quizá?

»Claro que sí, pero la próxima oportunidad es dentro de cuarenta años.

»Puedo esperar.

»Todos podemos esperar. Pero qué desperdicio».

—Hemos tenido buenas vidas, Paul.

—Sí, pero ¿por qué no nos conocimos entonces?

—No nos conocimos porque lo que nos hizo tan especiales, tan felices de conocernos, fue envejecer. ¿Es que no lo ves?

—¿El qué no veo?

—Que necesitábamos estar al borde del precipicio y casi exangües para recibir con los brazos abiertos aquello que nos pueden arrebatar muy fácilmente, como bien sabemos. ¿Somos perfectos? No. ¿Nos conviene estar el uno con el otro? Quién sabe. ¿Es esto algo más que amistad o es el amor entre ruinas del que habla Browning? No te sé decir. Esto es lo que hay. Tu despacho, mis pacientes, los hijos y, por supuesto, nuestras parejas… ¿importan o no? Pues claro que sí. Pero por encima de ellos sobrevuelan Heathcliff y Catherine, mucho mayores y con sus tarjetas del Medicare y sus tarjetas de transporte para mayores de sesenta y cinco.

Pirro llevó dos latas de refresco a la mesa, una de naranja sanguina y otra de limón. Cítricos fríos era justo lo que necesitaba Nueva York en un día con semejante calor, dijo Paul.

—Mañana a estas horas no quedará ni un alma en la ciudad. Cerraré temprano, me iré con mis amigos y no quiero saber nada de nadie hasta el lunes. ¿Qué planes tenéis vosotros?

—No lo hemos decidido.

—En días así, a mí me encanta la playa, y Nápoles fue mi playa en otros tiempos. Ahora voy a Fire Island, pero solo cuando me invitan mis amigos. Bueno, ¿cuándo os vais a Italia?

—Tampoco lo hemos decidido todavía.

—¡Venga, hombre! Pensadlo: compráis dos billetes, veis unos cuantos bodrios en el avión y dormís de aquella manera, pero a las ocho horas o así estáis en Nápoles y cogéis un taxi y os vais directos a vuestro hotelito en Santa Lucia. Ya estoy oliendo la playa, con ese aire terso y limpio…, bueno, limpio casi siempre…, y antes de que os deis cuenta es hora de comer tarde en una de esas *pizzerie* antiguas del casco antiguo. Después de comer, os compráis una *sfogliatella*, una para ti —dijo señalando a Catherine—, otra para él…, porque ¿qué clase de hombre es un hombre sin *sfogliatella*?, y por supuesto otra para mí, y luego os vais andando a cualquier café del paseo marítimo. Lo demás ya es cosa vuestra. Memorizad el itinerario. Id, por favor. Aunque os estoy viendo las caras y me temo que estáis empezando a recular y no lo vais a hacer. Como os vuelva a ver aquí el lunes, sabré que nunca iréis. Y eso sería muy muy triste.

Justo cuando Pirro terminaba su itinerario, Paul recordó lo que había dicho Catherine sobre atravesar el parque para verse un día y cómo la mera expectativa de encontrarse sería tan inmanejable e incómoda que casi nada, ni siquiera el deseo más vivo por verse, podría superarlo… Salvo por esa otra cosa, de la que algunos tienen de sobra y a otros casi no les queda nada: la fe.

—¿Tú confías en que mañana nos veremos?

—Que si lo espero, sí. ¿Que si confío? No lo sé.

—¿Podemos al menos prometer que lo intentaremos? A nuestra edad ya no sabemos si el corazón y la cabeza, por no hablar del cuerpo, están en buenos tratos.

Habían estado bebiéndose despacio los refrescos y casi los habían terminado cuando se dieron cuenta de que apenas habían prestado atención a lo que bebían.

—Esta noche quizá incluso decidamos tomárnoslo todo a la ligera y convencernos de que ya no albergamos confianza alguna; contaremos en casa que hemos conocido a un barista napolitano muy loco que nos ha recomendado con mucha insistencia un viaje a Nápoles. «Nápoles, ¿por qué Nápoles?», nos preguntarán. Porque nos ha metido la idea en la cabeza el barista loco y era más fácil seguirle la corriente que discutir. «Habrá que verte a ti de turista por Nápoles», dicho con ese pellizco inconfundible de crueldad y burla que distancia a tantas parejas.

Ella lo escuchó y se sintió angustiada por las mismas cosas que él.

—No quiero ir a casa todavía —le confesó ella entonces.

—Yo tampoco quiero ir a casa.

Lo que añadió Catherine los hizo reír a ambos:

—Siempre podemos volver a la sala de espera principal.

—¿Crees que yo te habría gustado si nos hubiéramos cruzado aquella noche en el ascensor?

—Sí. —Algo en lo rotundo y firme de aquella respuesta rápida pilló desprevenido a Paul.

—Entonces ¿qué pasó?

—Que nunca cogimos el mismo ascensor.

—¿Te imaginas si lo hubiéramos cogido?

—El destino tenía otros planes.

—Me niego a estar de acuerdo.

Ella se lo quedó mirando.

—En realidad, yo también me niego.

Esa noche a última hora él pensó en el hotel Segreto. Llegarían justo como había anticipado el barista. Abrirían las altas venecianas, saldrían al balcón y tendrían de pronto ante ellos el Vesubio y el mar y la luz cegadora que baña Nápoles, y se quedarían allí bajo un sol de justicia, con los codos apoyados en la balaustrada de piedra ardiente, contando los segundos para volver al interior, eufóricos de estar allí. Habría tal silencio a esa primera hora de la tarde que lo único que se oiría serían los gorjeos de los periquitos y los chillidos de las gaviotas sobrevolando los tejados. Los dos tendrían que

asearse y buscar una buena taza de café para quitarse el gusto del brebaje almibarado que les habrían servido horas antes en el vuelo o en el tren. Luego vendría la caminata por el paseo marítimo sin fin, hasta el monasterio de Santa Chiara, porque de pequeño su madre le cantaba una nana en la que se nombraba. Caminarían hasta quedar exhaustos, para luego, mucho más tarde, sobre las siete o así, mientras él recordaba sus numerosos viajes a Italia, tomar la tan esperada *aperi-cena* en la terraza con alcaparras encurtidas antes de ir a cenar a última hora.

Ella estuvo pensando más o menos lo mismo, sin tener claro ya si imaginaba lo que podría ocurrir en un futuro viaje juntos o si recordaba el Nápoles de una estancia anterior con Jonathan. No se lo pasaba bien al viajar con su marido, que siempre se quejaba del tiempo, de la suciedad, de que nadie hablara inglés, de lo inadecuado, viejo, inhóspito que era todo, y de que la gente no fuese más que a ratear y a engañar.

En el camino de vuelta a casa, coqueteó con la idea del plan C y se sorprendió ensayando incluso lo que le diría a Jonathan. Hallaría la manera de decirle que quizá no volviera esa noche, que no se preocupara ni se quedara despierto esperándola…, como si a ella lo que le preocupara fuera que él se angustiase. Si hubiera planeado quedarse a dormir en casa de sus amigos de siempre, le diría los nombres. Pero no pensaba decir ni quién ni dónde, y él era bastante buen analista para saber encajar las piezas y averiguar el resto sin que mediara palabra. Y no tendría que mentir sobre el servicio de jurado. Por la mañana Jonathan y ella desayunarían juntos. Él le pondría un café de la cafetera italiana como siempre, ella rellenaría dos cuencos con el cereal enrevesado, uno para él y otro para ella, se lo tomarían todo tranquilamente, luego ella cogería el bañador, lo metería en su bolsa de escapadas cortas y, cuando estuviera a punto de salir, se daría la vuelta, se despediría con un beso y le pediría que no se preocupara si no volvía al día siguiente.

Si esa mañana él le preguntaba adónde iba, ella le diría: alguien a quien había conocido del antiguo edificio de sus padres, muchísimo antes de conocerlo a él en la facultad. ¿Dónde se habían reencontrado?, preguntaría Jonathan. En la sala de espera principal.

Esa era la verdad o, a esas alturas, su fantasma o su sombra.

Viernes

«Dime que no te arrepientes», le escribió él a las siete de la mañana siguiente. «En absoluto», contestó ella al instante, como si llevara con el teléfono en la mano toda la noche. «¿Y tú?», preguntó a su vez. «Ni loco —contestó él—. Nos vemos en la 81 con Central Park West. 8:30? Un SUV verde botella».

Ella no respondió en el acto. Quizá no pensaba acudir. Quizá había cambiado de opinión. Quizá tantas cosas. ¿Por qué debería sorprenderlo? Ella titubeó a la hora de confirmar el mensaje de él y, por esos segundos de más que le llevó contestar, él supo que la respuesta no auguraba nada bueno y tal vez lo desbaratara todo, aun cuando ella afirmara no arrepentirse.

Pero: «¿Verde por qué?». Él tuvo que reírse. Le gustaba su sentido del humor. «Es mi color. ¿Y el tuyo?», quiso saber él. Ella no tenía ninguno, le dijo. «Aunque a lo mejor sí que lo tengo y nunca lo he sabido». Después, tras una pausa: «Habla la analista».

A lo mejor estaba nerviosa, o todavía indecisa. A Paul le costó unos segundos comprender que también él lo estaba, nervioso e indeciso.

Había ocurrido todo con tanta facilidad y tanta rapidez el día anterior. No le había salido de la cabeza, sino del pecho o justo de debajo. Paul no sabía en qué punto de su cuerpo, pero sabía que le venía de él, y eso le gustó, algo que no había sentido en mucho tiempo, pero que dejaba de lado tantas inhibiciones que perfectamente podría haber compartido con ella.

Cuando Catherine le dijo que no quería irse todavía a casa, él sugirió tomar una copa por Chelsea. No conocía ningún bar en concreto, pero, cuando vio uno, ambos coincidieron en que ese

mismo les valdría. Dentro escaseaba la luz y, sin reconocerlo el uno delante del otro, les gustó que el revestimiento de madera le diera a la sala un aire de penumbra y recogimiento.

—Se me va a subir el vino a la cabeza —comentó ella—. Hace horas que comimos.

—¿Una copita entonces? —preguntó, con la idea de minimizar el efecto del alcohol de una sola copa de vino.

—Venga, pero entonces mejor de blanco —dijo ella como si estuviera haciéndole un favor.

Él se pidió un *gin-tonic*. Pero entonces ella cambió de parecer y le pidió al camarero que tachara el vino y apuntara otro *gin-tonic*.

—¿Sigues sin querer irte a casa? —Ella lo miró pensativa y se limitó a asentir con la cabeza—. Yo tampoco quiero que te vayas todavía.

Mientras esperaban las bebidas, el camarero les llevó tres cuencos, uno con cacahuetes, otro con almendras garrapiñadas y un tercero con revuelto picante. Estaban tan hambrientos que ni esperaron a que llegaran las bebidas. Él sugirió que no se atiborraran de aperitivos. Luego, sin pensar realmente lo que iba a decir, añadió que por qué no cenaban juntos esa noche.

—¿Te parece buena idea? —le preguntó ella mientras cazaba un pistacho que se había colado en el bol de cacahuetes y empezaba a descascarillarlo con las uñas y luego los dientes.

—Me parece una buenísima idea.

Ella sonrió cuando por fin liberó el pistacho.

—Es una idea maravillosa.

Y, como ella había hablado con tanta espontaneidad, él no pudo resistirse a secundarla con algo más atrevido e igual de espontáneo.

—Te digo lo que sería mejor idea todavía: vamos a cenar ahora mismo.

Ella no respondió al momento y se quedó unos segundos pensando.

—¿Y qué pasa con las copas? —preguntó entonces.

—Nos las saltamos. Las copas se las apañarán solas.

—Ya veo, otra gran idea del hombre que no planea nunca nada.

El camarero, entretanto, justo estaba trayendo los *gin-tonics* a la mesa. Paul pagó con la tarjeta de crédito. Ni habían tocado las copas y ya estaban saliendo del bar y parando un taxi.

—Ya nos las tomaremos en otra parte.

—¿Dónde?

—Ahora verás.

Pero el restaurante de su club social, prácticamente vacío, tenía un aire viciado y un aspecto anticuado y lúgubre. Paul sugirió ir al restaurante de enfrente, que presumía de una comida mucho mucho más rica, no como la carta de platos trillados que servían allí.

—Tengo una idea mejor —dijo entonces Catherine.

—¿Ajá?

Ella lo miró a los ojos.

—Servicio de habitaciones.

Esas tres palabras sonaron tan repentinas y desenvueltas que pillaron a Paul con la guardia baja. Se quedó vacilante, o totalmente descolocado, o conmocionado, no tenía claro qué.

Su respuesta surgió de un lugar que le recordó el ardor que había sentido antes bajo el pecho esa misma tarde al decir lo primero que le vino a la cabeza y sugerir las copas, consciente de que estaba trastocando totalmente la habitual vuelta a la realidad de cuando se separaban a las puertas del metro de la Octava Avenida. Quiso conservar la sinceridad y la vulnerabilidad que había sentido entonces.

—Necesito cierta preparación, me pillas «despreparado».

Primero rio ella y luego los dos.

—Yo tampoco voy mejor. Pero podemos estar juntos, como deberíamos haber hecho hace décadas.

Catherine aguardó en el vestíbulo del club mientras él pedía una habitación. En el ascensor no intercambiaron ni una palabra, ni una mirada. Una vez dentro de la estancia, ella le pasó las manos por debajo de la chaqueta y lo besó en la boca.

—Quise abrazarte así cuando estábamos en la galería. —No se soltaron hasta que ella empezó a desabrochar la camisa de él—. «Despreparados», vaya dos —dijo mientras se besaban y se quitaban las ropas.

En ese momento, como impulsados por un inesperado pudor, se metieron rápidamente bajo las sábanas, a la luz del sol de poniente.

A ninguno se le ocurrió encender la única lámpara de noche que había. A él le gustaban las largas horas del verano; a ella también, dijo. Ambos sabían por qué se habían metido corriendo bajo las sábanas y los hizo sonreír.

—Pero así te puedo abrazar mejor —dijo él—, y puedo tocarte toda.

Se apretujaron el uno contra el otro mientras se besaban sin parar, tal y como él había descrito su fantasía con ella en la cama de él la noche anterior, mirándose a la cara, como hacían ahora, con alegría, y sabiduría incluso, y la voluntad de claudicar aún más, mucho más quizá de lo que lo habrían hecho siendo jóvenes.

—Estoy tan oxidada —comentó ella.

—Yo igual.

Ambos sabían que no iban a pasar allí la noche.

—Solo quería saber cómo era tocarte.

—Espero que esto no sea flor de una noche.

—No va a ser flor de una sola noche —repuso ella, que, a renglón seguido, incapaz de aguantar la risa, añadió—: Esto no es más que el ensayo general.

Pidieron que les subieran la cena y una botella de vino y, en cuanto acabaron, se abrazaron con más fuerza todavía.

El SUV verde botella de Paul la esperaba en la esquina noroeste de la Ochenta y Uno con Central Park West.

Ambos se saludaron formalmente, pero, en cuanto ella se abrochó el cinturón y pusieron rumbo al sur, él dijo:

—Bueno, allá va la pregunta.

—Oh-oh —dijo ella preparándose para lo que venía, aunque sin dejar entrever que preveía algo bastante serio y debía ponerse en guardia.

Él vaciló, sin embargo.

—¿Y la pregunta? —lo azuzó ella.

—¿Has borrado los mensajes que te he mandado?

—¿Querías que los borrara? —Contestó a la pregunta con otra—. No, no los he borrado. Ni los de esta mañana ni los de anoche.

—Yo tampoco. Pero sé por qué no lo he hecho.

—¿Por qué?

—No porque no quiera molestarme en ocultar nada, sino porque no quiero olvidar nunca las cosas que nos hemos dicho.

—¿Ya estamos creando recuerdos?

—Te lo dije: soy supersticioso. —Hizo una pausa—. ¿Lo sabe él?

—Se lo imaginará. ¿Y Claire?

—Conociéndola, se lo habrá imaginado al oírme hablar anoche con la asistenta para pedirle que rellene la nevera. Le dije que seguramente pasaría el fin de semana en la playa. Ni ella me preguntó con quién ni yo le dije nada. Mi silencio lo dijo todo. Y el suyo igual.

Paul había llevado una bolsa de tela grande en la que había echado dos botellas de vino y comida de sobra para picar por el camino. Quería llegar a la casa antes de que los pillara el tráfico del fin de semana, dijo. Era un comentario para disipar el jirón de tensión y retraimiento que planeaba en el interior del coche. Poco a poco, no obstante, la tensión fue diluyéndose, aunque no del todo.

—¿Estamos un pelín incómodos?

—Un poco, sí. Pero es normal. —Ambos disfrutaron de la franqueza compartida.

Fue entonces cuando él le pidió que mirara dentro de la bolsa de tela que había detrás de su asiento. Ella se volvió, la localizó y sacó una bolsita de M&M's. Aquello los puso de buen humor.

No era una situación violenta, pero todo el montaje y la logística parecían dignos de una cita oficial, distinto al encuentro casual e improvisado que les permitía una total naturalidad cada vez que el sistema judicial los reunía por obligación.

Pensándolo ahora, incluso las escasas horas que habían estado en el club la noche anterior habían tenido un punto más relajado. Mientras él conducía, consiguieron hablar de todo un abanico de temas: sobre lo dejada, fea y decaída que estaba la zona de la High Line antiguamente, cuando la veían al pasar, a tiro de piedra de los bloques de London Terrace. Ella recordaba haberse alegrado de

dejar la calle Veintitrés al casarse y mudarse al edificio Saint Urban. Él le contó que seguía jugando al tenis en Central Park. Desde donde se ve el Saint Urban, por cierto, apuntó.

—¿Ves?, el destino no paraba de decirnos algo, pero nosotros nada, ni caso —añadió.

Ambos rieron. A veces, le contó ella, paseaba a los perros hasta las pistas de tenis o llevaba por allí a su nieto cuando sus padres le dejaban malcriarlo un rato.

—Nos encanta ver a la gente jugar —dijo.

—A lo mejor nos cruzamos allí.

—Esa fue nuestra *rendez-vous manqué*.

A Paul le gustó que utilizara su expresión. Comprendió que también estaba tomándole el pelo, pero viniendo de ella lo disfrutaba, porque esas bromas eran, para ambos, una forma de azuzarse mutuamente con una inofensiva mezcla de malicia, picardía y chanzas que les recordaba a ambos que ninguno se sentía solo en compañía del otro.

—¿Alguna vez has tenido la sensación de que para todos la vida no es más que la crónica de innumerables *rendez-vous manqués*, de punzantes «qué hubiera pasado si» que siguen persiguiéndonos y que, salvo en contadas ocasiones, quedarán para siempre sin resolver?

—La vida de todos no sé…, pero sí, la mayoría de esas cosas quedan sin resolver. Si fuera una cínica diría que en gran medida me he ganado el pan gracias a eso.

—Y por eso la jubilación es tan necesaria. Necesitamos alejarnos del mismo cuento de siempre y empezar a leer un capítulo nuevo.

Ella caviló sobre lo dicho.

—¿Intentas decirme algo, Paul?

—Desde luego que sí.

Ella cambió entonces de tema.

—¿Y Nápoles? —preguntó, interrumpiendo así un tema que a su entender se estaba tornando delicado.

No era consciente, sin embargo, de que tenían delante el eslabón perdido entre la jubilación y Nápoles. Ninguno supo si ella se refería con nostalgia a su viaje imaginario o si Nápoles se había convertido

en una metáfora de las fantasías indefinidas y pendientes que había avivado en ellos la fortuita visión del cuadro de la galería.

Se quedaron un rato callados mientras Paul sorteaba las calles hasta salir de la ciudad. Ella metió la mano en la bolsa de tela y, tanteando el interior sin mirar, sacó una chocolatina Lindt.

—¡Chocolate blanco! —exclamó sorprendida—. Me encanta el chocolate blanco, pero nunca lo compro. ¿Te parto un trocito? —Él asintió—. Por si no te has dado cuenta —dijo mirándolo a la cara—, esta ha sido la mejor semana que he pasado en años. Había olvidado lo que era estar con alguien y disfrutar de ese alguien. Me he vuelto a sentir joven y esperanzada…, y todo para darme cuenta de que he pasado demasiado tiempo sin sentirme joven y esperanzada. No paramos de repetírnoslo el uno al otro, pero es que es tan cierto… Esa es la bromita que el tiempo nos gasta: nos roba el recuerdo de lo que fuimos y de lo que éramos capaces de sentir. Como tú dices, vivimos con otras personas, pero hemos olvidado por completo por qué hemos elegido vivir así. El tiempo y la costumbre nos borran las razones. Hay semanas enteras en que olvido para qué es otro ser humano, qué supone abrazar, por no hablar de lo otro…

Ambos rieron de nuevo.

—¿Has venido más preparado?

—Vengo totalmente *despreparado*. ¿Y tú?

—Ídem —dijo, y luego, pensándolo mejor, añadió—: Y te diré una cosa que ya te he contado: lo que me cuesta últimamente es ser quien soy, quien quiero ser, en quien puedo convertirme. Me he vuelto reticente y retraída, desprendida de tantas cosas que no me interesan, civilizada hasta decir basta, pero me siento engañada, confundida y, creo, tocada. Eso también es culpa del tiempo. Es posible que me quede muy poco que dar.

—Tú me diste ayer más de lo que yo te di a ti.

—No, no, anoche me diste muchísimo, Paul. Sí, ya te lo digo yo.

Él se volvió un segundo para mirarla y le puso la palma en la mejilla.

—Me siento tan agradecido de que nos hayamos conocido.

—Pero ¿y Nápoles?

Él no dijo nada, o estaba tomándose su tiempo para responder.

—Me encantaría ir contigo a Nápoles —contestó por fin.

Pero la respuesta sonó evasiva e indecisa, y aunque ella sabía que se habría mostrado igual de evasiva de haberle planteado él lo mismo, le dio pena ver lo fácilmente que podía disolverse y quedar relegada al olvido su pequeña fantasía compartida.

—¿Se convertirá Nápoles en nuestra *rendez-vous manqué*? ¿Con qué cara miraré yo a mis pacientes el lunes por la mañana, cuando esté más triste y me sienta más vaciada que ellos en cualquiera de sus sesiones conmigo? ¿Y qué me dices de ti el lunes, Paul? ¿No echarás la vista atrás y recordarás con pesar esta semana cada vez que rememores cuando me preguntaste qué estaba leyendo o cuando te pregunté tu nombre y me dijiste que te llamabas Heathcliff?

—¿Cómo olvidarme?

Ella se quedó mirando los largos terrenos a la derecha de la nacional. Él también volvió la vista hacia allá por un momento y tendió la mano para que ella se la cogiera, cosa que hizo.

—Tienes manos de pianista —le dijo Paul.

—¿Ah, sí?

Él asintió.

—¿Habrías pasado la noche entera conmigo si te lo hubiera pedido?

—Sí, pero no me lo pediste. —Se quedó pensando un momento—. Y, si te soy sincera, me alegro de que no lo hicieras. Hay tantas cosas en juego; puede que la mayoría muy precarias y frágiles a estas alturas, algunas directamente insignificantes. Pero hemos construido la vida con ellas y son lo que somos, en quienes nos han hecho convertirnos, a veces incluso contra nuestra voluntad. ¿Dónde estaríamos sin ellas? O por preguntarlo con menos palabras: ¿cambiará algo hoy?

—No estoy de acuerdo —dijo él.

Ella lo miró y sonrió:

—Estaba deseando que no lo estuvieses.

Les gustaba pensar en términos parecidos, llenos estos de vacilaciones, réplicas y vueltas a versiones más recientes de incertidumbres descartadas.

Si no lo habían pensado hasta entonces, desde luego en ese momento lo vieron bien claro: se gustaban, y esas perpetuas idas y venidas, que pasaban fácilmente por pequeñas riñas en ciernes, no eran más que una manera subliminal de hacer el amor.

—Quizá dices las cosas de un modo que me lleva a disentir, por mucho que esté dispuesto a coincidir y pensar como tú. Todavía no estamos muertos y tampoco estamos tan tocados. Heridos, sí, pero no atrapados como esa gente que se rinde en la vida sin siquiera intentarlo. Será un tópico, pero yo hay cosas que sigo queriendo. Quiero retomar el latín y el griego; nunca he visto en directo ni *Lohengrin* ni *Parsifal*. Tengo que aprender a conducir con marchas; quiero aprender las canciones napolitanas que me cantaba mi madre; quiero hacer cosas nuevas y desconocidas y quiero hacerlas contigo, y solo contigo. Sin ti, se hundirían sin más en la bahía. El almuerzo en un restaurante chino me cambió la vida. Pero ¿y abrir las ventanas del balcón del hotel y ver el sol levantarse sobre el Vesubio?

—Precioso, sí, pero pura fantasía, querido. Si disfruto de pensar en Nápoles es también porque es irreal y no muy distinto de tu sala de cine en tecnicolor. —Se quedó mirándolo y volvió a sonreír—. Puede que tema el cambio, por mucho que yo también lo anhele. Aunque también… ¿es cambio lo que quiero a estas alturas de mi vida? ¿Acaso queda tiempo para el cambio?

—El tiempo es lo de menos. ¿Alguna vez el tiempo ha hecho algo por nosotros? ¿No hemos vivido bajo la dictadura del reloj, tú con tus sesiones de cuarenta y cinco minutos, y yo cobrando por hora, y ambos dejándonos mentir y teniendo que fingir que nos tragamos las mentiras cada vez que activamos nuestros respectivos cronómetros? El joven que jugaba al *squash* por la noche está pidiéndole a la joven de la lámpara de lava que tengan por fin esa cita. Él sigue siendo el mismo, ella la misma. No hay un «quizá la próxima vez». No hay más próxima vez. Esta es la próxima y última vez. —Silencio—. En la bolsa hay dos cruasanes, uno con chocolate y otro sin nada. Los compartimos.

—¿Sabes lo que me gustó del cuadro de la galería? —preguntó ella cuando le dio la mitad del cruasán sin nada—. El momento en el

que te quedaste mirándolo y dijiste «Podría quedarme a vivir en esta habitación con vistas al mar», mientras yo pensaba para mis adentros: «Qué hombre este. Yo sí que podría perfectamente vivir con él en esa habitación con vistas al mar». Quise que me abrazaras y quise abrazarte. Quise vernos en la misma habitación, dondequiera que estuviese. Pero tú eras un caballero a la vieja usanza. Yo sabía que me gustabas, pero no sabía adónde podía llevarnos todo esto.

—¿Y ahora? ¿Ahora sí tienes la impresión de que pueda ir a alguna parte?

—Ojalá tuviera el sí fácil. Pero yo, en cuanto digo que sí, empiezo a retractarme. Seguro que te has dado cuenta.

—¡Menuda analista! —dijo Paul.

Recordaron el cuadro entre ambos. El balcón estrecho con la baranda de forja, las venecianas abiertas, el mar azul reluciente.

—El golfo de Nápoles —dijo él—. Nos gustó porque retrata lo que podría ser nuestro, el lugar donde estaríamos casi con los pies metidos en el Mediterráneo a poco que bajemos y atravesemos la calle, antes de que la playa se llene de bañistas jóvenes y vendedores tunantes. ¿No ves que nuestra vida se quedaría *manquée* si no fuéramos? —Era incapaz de creer que estuviera diciendo aquello—. Y por eso mismo significa tanto. Cada vez que vemos esa habitación con las venecianas abiertas, sabemos que deberíamos estar allí; yo siempre estoy solo en mis cuartos imaginarios, pero en este estoy contigo.

—Pero ¿eres capaz de sobrellevar arrepentimiento después de quemar puentes? —preguntó Catherine.

—¿Que si me arrepentiré? Puede, pero ¿qué otra alternativa hay? ¿Y tú qué me dices?

—Puede que mientras estoy aquí contigo en el coche, no. Ojalá pudiera irme contigo a Italia, ojalá te oyera cantar la canción de tu madre mientras te duchas y ojalá hubiéramos encontrado una pequeña habitación en London Terrace donde quizá hicimos el amor hace tantos años. En cuanto a nuestro Nápoles, no solo tiene la rúbrica de Pirro, sino la mejor que podríamos concedernos mutuamente. Deseo cosas en el pasado, y las deseo en el futuro. Pero me siento atrapada en un presente que ni siquiera es ya mío.

Soy igual que el anciano húngaro, cuyo pasado es como un pueblo fantasma y cuyo futuro es una tierra en sombras llena de promesas que pretende cumplir, pero que seguramente no cumpla.

—Yo no quiero convertirme en un espejismo en tu vida —replicó Paul.

—Ni yo en la tuya.

—Dame la mano. —Ella se la dio y él la besó y no se la soltó.

—No quiero acabar con lo que tenemos, pero no sé qué hacer —reconoció Catherine.

Mientras atravesaban Long Island, él regresó al banco del húngaro.

—En cuanto al anciano, tal vez tu mentor tenía razón. Quizá, cuando dijo que quería estar solo, el anciano se refería a volver a un tiempo antes de conocer a la mujer que ya no puede hablar con él, a un tiempo antes del hijo y los nietos, antes incluso de haber estudiado inglés o Medicina, antes de abandonar su patria y venir aquí. Allí sentado en el banco no estaba pensando en el final o en llorar por cómo estaba su vida; por absurdo que pueda sonarnos, lo más probable es que estuviese fantaseando con una nueva vida que no se atrevía a confesarle a nadie. No estaba tirando la toalla, había cosas que seguía deseando. En cierto modo, intentaba volver a un momento en el que no había doblado por ningún ramal concreto de su vida y, a pesar de su edad avanzada, se planteaba cómo retrasar la hora en el reloj y vivir una vida totalmente distinta durante el tiempo que le quedara.

—Puede que tengas razón, pero en estos momentos a mí me gusta lo que me rodea. Me encanta ver a lo lejos el mar bajo el sol de la mañana, igual que me gustó admirar el Hudson y contemplar la vieja torre de la estación de Erie Lackawanna contigo. Me encanta que estemos juntos aquí y ahora. Solo necesito tiempo. Tal vez lo que tengamos no sea suficiente para ninguno de los dos. O quizá esta visión de una vida nueva tampoco sea para nosotros. No lo sé… De todas maneras, Nápoles no va a irse a ninguna parte. Ni tampoco está tan lejos. Tenemos tiempo. Pero ¿me esperarás?

—Pues claro que te esperaré. Yo quiero esperar. Y ahora estoy esperando otro bocado de chocolate.

Llegaron a la casa de East Hampton antes del mediodía. Paul comprobó que la asistenta había comprado todo lo necesario y lo había guardado en la nevera. Huevos, leche, pan de masa madre, etcétera. Incluso les había comprado tres latas de atún. Le había dicho a la mujer que le dejaría el dinero en el sitio de siempre, en la mesa de la cocina, bajo el mortero.

Catherine le vio remeter los billetes allí.

—Bonita antigüedad —comentó.

—No es ninguna antigüedad, perteneció a mi madre. A ella le gustaba mucho venir, y un año incluso pasó todo un verano aquí sola. A saber para qué quería el mortero con la maja, pero le había dado por traérselos de Italia. Es una de las poquísimas cosas que se trajo en la maleta.

Para el almuerzo, Paul improvisó algo sencillo y delicioso, añadiendo un poco de vodka y de nata a la salsa de tomate. Rememoró cómo a veces su madre le hacía de comer cuando iba a verla directo desde el trabajo los viernes. Comía con ella y luego se volvía a la ciudad. Lo haría de nuevo sin pensárselo si ella siguiera con vida.

—A mi madre le gustaba estar aquí. Creo que era por el mar.

Después de comer, y de hacer lo que ella llamó el mejor café del mundo, él propuso dar un paseo por la playa. ¿Se había traído sombrero? Se lo habría traído. ¿Y crema? Crema también. Perfecto, porque en la casa no quedaba crema solar.

Ninguno de los dos quiso plantear si se ponían el bañador. Ella lo dejó a su criterio. Él lo dejó al de ella. Catherine se echó a reír y él hizo otro tanto, porque comprendió al instante qué la había hecho reír.

—Dejamos el paseo para más adelante —dijo él.

—¿Y vamos viendo según se vaya desarrollando la cosa?

Aquello le provocó a Paul una sonrisa repentina que se le expandió por la cara.

—Me tienes loquito, Catherine.

Era media tarde cuando decidieron salir de paseo. Habían conseguido incluso echar una cabezada y estaban de un humor excelente.

—Bueno —dijo ella cuando ambos tenían ya los sombreros puestos y la crema echada y paseaban de una duna a otra que, según le contó él, era muy reciente, hasta que por fin alcanzaron la orilla; el «bueno» de ella, que parecía dicho como si tal cosa, sugería un solemne «dejemos preguntar ahora a la analista»—. Bueno, cuéntame más cosas de tu madre napolitana.

Él la miró con una sonrisa de «creía que no ibas a preguntármelo nunca».

—Mi madre… —empezó él.

Y en el acto, con los pies lamidos por el agua, supieron que alargarían el paseo, sin prisas. Él empezó hablándole de los años de la guerra, cuando a su padre lo acuartelaron en Nápoles, donde conoció a una lugareña a la que no hacía mucho habían contratado en la base americana. Ella sabía lo justo de mecanografía cuando se ofreció a suplir a una secretaria que se había puesto mala esa semana, pero a él le conmovió la cara que se le quedó a ella ante la Remington gigante que le habían plantado delante; ella confesó en el acto que no había visto en su vida ni la k, ni la x ni la w. Comentaron el tema un momento, pero, cuando ella por fin levantó sus vivaces ojos para explicarle que en italiano no existían esas letras, él supo al instante que aquellos ojos morenos y perplejos podrían parar en seco camiones del ejército. Así y todo, con la máquina de escribir delante y sus delgadas manos de muchacha apoyadas delicadamente en el regazo, ella se volvió y dijo: «Capitán Wadsworth, entonces ¿qué va a querer que le escriba?». Su padre contaba a menudo la historia de cómo se conocieron y que cuando ella le preguntó qué tenía que escribir, a él lo único que se le ocurrió decirle fue: «Me tienes ya enamorado y ni siquiera sé cómo te llamas». La fresca con la que le respondió ella mientras volvía a ponerle la tapa a la máquina, decidida a irse de la oficina, fue un simple «*un altro!*». ¡Otro igual!

Él la convenció para que se quedara al menos ese día. Luego se quedó una semana. Y luego, temiendo no volver a verla a la semana siguiente porque se reincorporaba la mujer que había estado de baja, él hizo algo osado que supo que, de una u otra forma, le cambiaría la vida: le pidió que lo invitara a cenar a casa de sus

padres. Él se encargaría de llevar todo lo necesario del economato. «Pero antes tengo que preguntarles a mis padres», dijo ella. «Mientras no haya otra razón para que no quieras», aventuró él. «No hay otra razón», sentenció ella. Era la primera vez que la veía sonreír y esa noche la joven preparó la cena para el capitán Wadsworth.

Él no volvió a ser el mismo. Mientras ella ayudaba a su madre en la cocina, él la escuchaba desde el comedor cantar una canción con voz grave y no conseguía concentrarse en nada de lo que le contaba el padre. Se levantó, puso cualquier excusa y, de puntillas, se dirigió a la cocina. Esperó en la puerta a que acabara la canción y, cuando ella terminó de cantar, él le preguntó cómo se llamaba la canción. «*Dicitencello vuje*», dijo ella, como preguntando qué otra canción iba a ser si no. ¿Volvería a cantarla para él? ¿El qué, la canción?, preguntó sumamente sorprendida ante una petición tan simple. Sí, la canción.

Y en cuanto arrancó de nuevo a cantarla, ella le clavó la vista con tal intensidad que él no pudo evitar que se le saltaran las lágrimas delante de ella y de sus padres. Ha sido mi regalo, le dijo ella cuando él estaba en el umbral a punto de irse, mucho después de la cena. ¿Puedo venir mañana?, preguntó él a sabiendas de que no era en absoluto lo apropiado. Ella no le dijo que sí, sino que respondió con un *a domani* que le cambió la vida a su padre. Con los años, él seguiría pidiéndole que le cantara, y ella le cantaba en voz baja en el dormitorio; cantaba en los cumpleaños de todos; le cantó en su lecho de muerte porque él quiso oír aquella voz por última vez.

—Si el capitán Wadsworth no se hubiera atrevido a decirle tan abiertamente lo que sintió por dentro nada más verla, si ella no lo hubiera invitado a cenar a su casa, mi madre no habría salido de Italia, yo no habría nacido, nunca me habría sentado a tu lado en la sala de espera principal y nunca me habría atrevido a preguntarte qué leías.

—¿No te diste cuenta?

—¿De qué no me di cuenta?

—De que me alegré de que me lo preguntaras.

Llegaron andando hasta donde algunas de las casas se convertían en mansiones, hablando sin parar sobre infinidad de cosas.

—¿Era guapa?

—Mucho, incluso de mayor.

—¿La querías?

—Una barbaridad. Como todos, en realidad. Era una mujer muy querible. A veces hablo con ella.

—¿Y eso?

—No sé, pero ella me vuelve. Bromeamos, yo me quejo de cosas, «te lo advertí», me dice ella siempre, y bien que me advirtió de cosas toda su vida. No te lo he contado, pero cuando iba a Nápoles era siempre por trabajo, y nunca hice por ir a ver la casa en la que ella se crio, nunca intenté localizar a ningún pariente, y eso que creo que bastantes viven todavía. Puede que no quisiera saber nada. No me veía con fuerzas yo solo.

—No te veías con fuerzas tú solo —repitió ella, aunque lo había comprendido en mayor profundidad que él.

¿Cuándo había sido la última vez que había hablado sobre su madre?, le preguntó.

La repuesta, más que desconcertarla, la dejó preocupada.

—Hace décadas, muy pocas veces —contestó; luego, como para encubrir su turbadora respuesta, añadió—: Es raro, ¿no?

—Más que raro, triste. Quizá todavía deberías plantearte ir, y esta vez no por trabajo.

—Me encantaría…, pero no solo.

Siguieron caminando por la orilla mientras él iba cogiendo conchas y lanzándolas lo más lejos que podía en el mar. Decidieron dar media vuelta. Cuando por fin llegaron al punto donde se había elevado la duna nueva, ella le dijo que le apetecía sentarse un rato en la arena.

—¿Y eso?

—Para ver el sol de la tarde contigo. Hoy me has hecho el amor. —Las palabras de ella lo conmovieron hasta tal punto que se le atoró en la garganta lo que se disponía a decir y enmudeció; ella añadió entonces—: Quiero ver muchas más puestas de sol contigo. —Y al ver que él no decía nada, le preguntó entonces—: ¿Es que tengo que decirlo con todas las letras?

—Como verás, a lo mejor soy yo el que se cayó ayer del guindo.

—Eso parece.

Él la había comprendido perfectamente, pero no daba crédito. Como ya había hecho, dejó la mano en la arena junto a la de Catherine para que ella se la cogiera, cosa que, una vez más, ella hizo.

—Estamos recuperando rápido las cuatro décadas, ¿no te parece? —comentó Paul.

—¡Bah, qué son cuarenta años…! Pero sí… —respondió Catherine, que con voz vacilante le preguntó entonces—: ¿Podemos no volver a la ciudad, por lo menos hoy? No me apetece.

—Pues nada, nos quedamos. Así de fácil.

—Solo faltaría una cosita, y los dos sabemos de qué hablo.

Él puso cara de no entender. Estaba claro, pensó ella, que él no tenía ni idea de por dónde iba ella.

—Es sobre agosto.

A él le costó un poco.

—¿Así de locos estamos?

—No nos va a quedar más remedio.

—¿Se alegrará Pirro?

—Segurísimo que sí.

Sonrieron, pero ninguno quiso reír.

—Creo que la que se alegrará también será tu madre.

—¿Tú crees?

—Claro que sí. —Medió un silencio breve—. ¿Cómo se llamaba ella?

—Todos la llamábamos Ginny, pero su nombre era Ginestra.

—Ginestra…, qué nombre más bonito.

—Es el nombre de una planta. Dicen que crece en el Vesubio, que sobrevive a las peores erupciones. Pero yo nunca he visto ninguna. Mi madre recitaba un poema sobre esa flor.

—¿Todos estos años…? —empezó a preguntar ella.

—Todos estos años —contestó él.

Todos estos años queriendo conocer el mundo de su madre, el mundo de sus canciones, sus parientes, la vieja Nápoles y los viejos utensilios de cocina que recorren toda esa distancia para sobrevivir

varias vidas, en este lado y en el otro, vidas que no había conocido y que ahora estaba deseando conocer, aunque no solo, porque él ya sabía que lloraría y no quería llorar, no solo, por mucho que quizá fuera bueno llorar en ese mundo de balcones soleados y de caras soleadas, y de voces impresionantes capaces de dormir a un niño, avivar el amor de un marido y, ya de mayor, mandarlo al otro mundo con tan solo gracia y plenitud en el corazón, un mundo en el que la propia luz del sol perdona y olvida y donde la dicha es una promesa, incluso aunque esta no se cumpla.

—Cómo me gustaría que mi madre te hubiera conocido.

Catherine asintió, de acuerdo.

—Pero te he conocido a ti —dijo.

—Deberíamos habernos conocido hace cuarenta años.

—¿Por qué no damos por hecho que nos conocimos? No éramos quienes somos ahora.

—¿Tan distintos éramos de quienes somos ahora?

—Hablas de hace dos generaciones. Es mucho tiempo, Paul. Yo no quiero ser la que era entonces, y sospecho que tú tampoco. Vamos, que tu café está más bueno que el de Pirro.

Se levantaron de la arena.

—¿Eso ha sido tu manera de pedirme otro café?

—Sí, pero empiezo a preguntarme también por las copas y la cena. Recuerda que me debes una tortilla y algo de picoteo, con vino incluido.

—¿Cómo iba a olvidarme?

Mariana

Relato

Tú lo sabías.

Claro que lo sabías.

Lo sabías desde el minuto uno.

Y yo igual, solo que no quería saberlo.

Porque temía horrores tener que saber cómo sería un solo día sin ti.

Porque mentiste, o casi. Que fue igual que ver cómo te creías tus propios embustes, una vez que yo misma me los creí, o fingí creérmelos.

Todo en ti era mentira.

Hay días en los que pienso que me tuviste siempre engañada. Desde que entraste con un abrigo de lana empapado que te quedaba grande a la recepción de bienvenida para los nuevos residentes de la academia, hasta que te pusiste en pie y el abrigo pareció demasiado ancho y pesado para alguien tan desgarbado. Era un abrigo de mujer, me sorprendí diciéndote. «¿Tú crees?», me preguntaste. Tenía los botones a la izquierda. Te quedaste un segundo pensándolo, pero no dijiste nada y entonces me contaste lo que te había costado y supe al instante que mentías. «¿No lo has heredado?», te pregunté. «No es heredado», soltaste con una ráfaga de risa. Pero supiste perfectamente que yo lo había adivinado.

Esa sonrisa. La sonrisa del embustero que sabe que lo han pillado en un renuncio.

Intenté creerte, pero a mí no me engañabas. Ni siquiera se te daba bien mentir. Me limité a dejarte mentir durante las semanas

que estuvimos juntos. Porque era más fácil. Porque no quería disgustarte. Porque no conocía a nadie capaz de mentir tantísimo. Porque sabía que te irías corriendo si te señalaba siquiera una fracción del farol; y eso me habría dejado exactamente en la misma posición en que me encuentro ahora: sola, poniendo a buen recaudo recuerdos al azar una tarde de domingo, igual que el monje que atesora los harapos y los huesos de quienes tal vez un día sean santos.

No soporto los domingos por la tarde, sobre todo a principios de invierno, como ahora que he cerrado la ventana y me he quedado viendo cómo la luz empieza a desvanecerse sobre el agua. No soporto haber permitido que convirtieras mi vida en un deprimente domingo sin sol que pide a gritos que se haga de noche, porque la oscuridad presagia una cena apresurada en el comedor, una semana nueva, el telediario tal vez, algo de charla con los compañeros que vuelven tarde de su fin de semana fuera, dormir luego. Solo voy a estar aquí dos meses; para ti es el segundo año de residencia, tú conoces a todo el mundo. Siempre me paso sola los domingos.

Qué voy a hacer con mi vida, con quién voy a quedar o siquiera hablar, adónde ir en este pequeño pueblo fantasma donde apenas conozco un alma y temo cruzarme contigo a poco que salga del recinto, a sabiendas de que creerás que te persigo, cosa que, asumámoslo, estoy haciendo, porque daría cualquier cosa por verte aunque sea fugazmente, ahora que has decidido evitar el comedor. Solo un mínimo atisbo, solo uno más, como sigo repitiéndome; siempre estoy igual con el uno más, esa es mi perdición: no soy capaz de pasar página, ni siquiera cuando sé que debería y que quiero hacerlo. Ojalá hubiera nacido estúpida, así por lo menos no habría sabido mirar en mi interior y no habría visto hasta el último rincón ulcerado de mi subconsciente expuesto de esta manera, pidiendo sufrir. Soy consciente de que una parte de mí disfruta con el mal de amores. Es tan tangible este pesar, diría que es incluso puro, leal… ¿Cuándo fue la última vez que sentí algo tan real? En la guardería. Aunque ¿acaso saber todo eso me hace menos estúpida?

Podrías llamarme dentro de diez años y decirme que quieres verme media hora escasa y, pese a todo lo que sé sobre ti y a las

defensas y baluartes que he levantado contra ti, seguiría diciendo: «Pasa, la puerta está abierta, estoy en casa, ven, por favor, no vayas a cambiar de opinión, tú ven y ya está». Recuerdo mirar escalera abajo desde la cuarta planta y verte con tu abrigo largo empapado subiendo en espiral y pensar: «Él está en mi vida. Está en mi vida. No diré una palabra, no haré preguntas, no pondré ninguna pega. Que haga lo que quiera, que diga lo que quiera, yo le sigo la corriente, está en mi vida».

Antes apagaba las luces por la noche. Ahora las dejo encendidas: ven cuando quieras, eres siempre bienvenido. Y si la luz de mi cuarto está apagada, tienes que saber que no es que esté durmiendo, solo finjo estarlo. Sigo esperando, pero no quiero que lo sepa nadie, solo tú.

Así que sí, te persigo, te acoso, y no solo en mi mente, porque te tengo todo el tiempo en la cabeza, sino también por las calles de este pueblucho de poca monta, esperando esa visión fugaz, a sabiendas de que siempre vas con otra nueva, y la acompañas al cine de la iglesia del pueblo, porque es barato, tú con tu café para llevar, tu abrigo, tu tabaco de liar, y la bufanda de cuadros amarillos que era mía, que es la única que te veo ponerte últimamente, y que espero que te recuerde a mí… Sí, claro, ¿se puede ser más ingenua?

Aun así, no quiero verte con otra nueva. Igual que no quiero que tú me veas sola. Los dos lo pasaríamos mal, y además sé que te reirías por lo bajo y que le dirías a ella, como me dijiste a mí la vez que salimos de una película un domingo por la noche, hace apenas un mes: «No mires, pero estuve saliendo con esa». Y por supuesto tu nueva novia se volverá para mirar, igual que hice yo entonces, cuando me reí de la pobre chica que iba con las compras de última hora, y que seguramente estaba usando la tienda como pretexto para dar vueltas por el pueblo un domingo por la tarde, con la esperanza de cruzarse contigo siquiera una vez más. Recuerdo tu risa cruel al pasar ella rápidamente de largo, humillada y con la vista clavada en la acera, como si esperase que se la tragase la tierra.

Ahora yo soy esa chica, ¿no? Yo soy esa que deja pendiente comprar cualquier tontería el domingo por la tarde, consciente de que aquí todas las tiendas de alimentación cierran salvo una, que es

por lo que sé que, tarde o temprano, acabaré cruzándome contigo. Y quiero. No me avergüenzo.

Así que aquí estoy en mi cuarto esta tarde noche de domingo, repasando una montaña de fruslerías que me retrotraen a los días que compartimos y que ahora me abochorna haber atesorado, como si ya entonces supiera que algún día se convertirían en recuerdos inestimables: resguardos de boletos, recibos de cafeterías, dos entradas para el teatro, dos billetes del *ferry*, la receta del aliño de la ensalada que me escribiste al paso, y, por supuesto, las dos fotos que me hiciste desnuda. Tú me pediste que posara para ti y yo te dejé hacerme esas fotos. ¿Por qué te lo permití? ¿Por qué me gustó? ¿Con quién voy a compartirlas sino contigo?

De ti no tengo fotos. ¿Por qué no me molesté en hacerte siquiera una instantánea rápida con el móvil? De ti leyendo, de ti con el abrigo largo de lana, de ti durmiendo con solo un pie asomando bajo la colcha. Y no es que no se me ocurriera, es solo que lo iba postergando y postergando, ya otro día encartaría mejor, y ese otro día se aplazaba a otro y a otro, igual que pospongo las lavadoras, porque mi reserva de calcetines y bragas limpias, como la reserva de nuestros días juntos, parece infinita. Pero nadie me había dicho mi fecha de caducidad. «Se te acabó el tiempo, querida, se te acabó». Lo que más me duele ahora no es solo la rapidez con la que me hiciste el vacío, sino la pura arrogancia mía de pensar que llegaría un momento más oportuno. Nadie me dijo que, tal y como había llegado, había desaparecido. Eso es lo único que nunca aprendo. Vivo con sombras, trenes que dejé pasar y souvenirs que envejecen: desde el retal de camiseta que te desgarraste al trepar a un árbol para liberar el globo de un niño hasta el bote de pelotas de tenis que olvidaste un día en mi cuarto. Yo no he jugado al tenis en la vida, pero me gusta cómo huelen, me recuerdan a ti, ahora son mías. Las guardo con la esperanza de que algún día vengas a recogerlas.

Lo atesoro todo, como un niño guarda las conchas de la playa para recordar un día especialmente bonito que espera que se repita pronto. No soporto estas sobras que me recuerdan tu existencia; preferiría verte muerto para poder llorarte tranquila, aunque ya no me hago ilusiones. Es la esperanza lo que me mata, lo que me hace

escribir sobre ti y aviva el espejismo de que, si esta noche no encuentras a nadie mejor, entonces por favor que me toque a mí, podría ser yo perfectamente, yo te dejaría entrar, yo te pondría ojitos, por mucho que luego no durase. Subirías corriendo los cuatro tramos de escalera, vacilarías nada más entrar, te quitarías el pesado abrigo de lana, acabarías colgándolo en el perchero inclinado junto a la puerta y sacarías del fondo de un bolsillo tu maquinita de liar tabaco.

Pero no vas a venir, ni por las pelotas de tenis ni por mí.

Estoy aprendiendo a vivir con un cráter en las entrañas. Soy como quienes están a punto de perder la vista, que aprenden a despedirse de todo lo que ven, un souvenir por vez, días tras día. Tú no me diste tiempo: un día me desperté y estaba ciega.

Pero entonces, hace unas cuantas noches, reapareciste y con tu sola presencia dilapidaste la magra resolución que yo había reunido. Todo lo que había hecho para vetar tu entrada a mi cabeza, todos los sacos terreros que había amontonado para desviar el más mínimo torbellino de deseo, se hicieron a un lado cuando no te oí subir por las escaleras y directamente te oí llamar a la puerta y solo pude tirarme a tus brazos, amortiguando en tu hombro la exclamación que espero que no escucharas: «¡Madre mía!». Arrasaste con todo, como una riada, y te dejé quitarme la ropa, y durante todo el tiempo que estuviste haciéndome el amor no paré de pensar: «No te dejes engañar, Mariana, se irá en cuanto se quede satisfecho».

Esos seis o siete minutos insustanciales me hicieron sentir como una alcohólica que está intentando dejar la bebida pero vuelve de golpe a la casilla de salida. Bebí, me emborraché, me odié a mí misma, y me volví a vestir, mientras todos mis inútiles mantras postizos quedaban tirados por el suelo. Empiezo de cero todas las mañanas.

Ahora estás con otra, siempre estás con alguien. Solo tienes que soltar una de tus bromitas insulsas y la tienes esa noche en el bote. Ya estabas en tu segundo año de la academia mientras que para mí era la primera noche, pero recuerdo la serenata de chistes de aquella velada. El primero no me hizo gracia, pero aun así me reí; el

segundo ya me lo sabía, pero me reí para complacerte. Estabas sentado a mi lado en un sofá estrecho del salón de recepciones y, mientras hablabas, no parabas de mirarme a los ojos como si intentaras decidir algo que yo no conseguía adivinar, hasta que me rozaste la frente para apartarme el flequillo. Y yo pensando todo el rato «es de esa gente que toca», mientras que yo soy de no darle la mano a un desconocido a no ser que me la tienda, y a veces ni por esas. Pero tú sí eres de alargar la mano y tocar y hacer eso con la palma en una frente ajena. Te salió tan natural y fresco que me llevó un momento comprender, no que fuera un gesto atrevido viniendo de alguien con quien cinco minutos antes no había hablado en la vida, sino que me gustó y que quería que volvieras a hacerlo.

Luego soltaste otro de tus chistes y esa vez sí que me reí porque quería reírme, lo que te hizo reír a tu vez, y entonces me pasaste una mano por el hombro, por la cintura, y al punto me acercaste suavemente hacia el costado en un movimiento que daba a entender que éramos colegas de toda la vida, lo que, por supuesto, ambos sabíamos que no éramos, pero te dejé creer que podríamos llegar a serlo y, además, nos estábamos riendo y yo lo más que pensaba era «no tengo que hacer nada, está todo en sus manos», y me encantó dejarme llevar de esa manera, dejar todo en tus manos, mientras yo iba echándome cada vez más sobre ti, porque quería, porque me parecía el colmo de lo espontáneo. Me encantaba que cualquiera de tus palabras pudiera convertirse en comedia y cómo exagerabas las cosas para realzar la gracia. Yo sabía que no había ni pizca de verdad en nada de lo que decías, pero lo acepté, diciéndome que eso es justo lo que cabe esperar en un cóctel de una residencia de artistas. Además, le veías la gracia a todo y eso a mí me gustaba. «El hombre que tienes al lado dice "Guth" en vez de "Ruth" —me dijiste—, se llama a sí mismo "Gobert". Pero imagínate si se llamara Rodrigo o Rodrick…», y me dio un ataque de risa cuando intenté decir «Godgüigo», y mientras intentaba recobrar el aliento después de partirme de risa, murmuré un «Godgüick». Era la primera vez que me burlaba de cómo hablaba alguien. A ti también te dio la risa, y, de repente, atrapada por el travieso hechizo que nos acercó aún más esa noche y que tiñó de una leve pátina frívola y cómplice toda

aquella velada, me reí contigo, quise reírme contigo, lo que te llevó a repetir «Godgüick» una vez más y a susurrármelo luego tres veces más a la oreja, cada vez más cerca, hasta rozarme con los labios, hasta que me tocaste, y también eso me gustó. La palabra se convirtió en el epónimo de lo que nos ocurría. Cada vez que lo veíamos después de eso, aquel hombre dejó de ser Gobert para llamarse Godgüick. El pobre dejaba su libro, por ejemplo, para levantarse a beber agua en la fuente del jardín y al momento tú me susurrabas: «Miga cómo bebe Godgüick», y yo otra vez que me reía, y entonces el hombre cogía el libro y tú: «Miga cómo lee Godgüick». Qué risa más contagiosa tenías siempre. Unos días después, cuando vimos una fotografía de los fundadores de Roma amamantados por la loba capitolina, no pudiste contenerte y exclamaste delante de todo el mundo: «Mirad, los mismísimos Gómulo y Güemo». Yo creo que todos supieron por dónde ibas.

Pero luego, justo cuando empezaba a sentirme cómoda con nuestro compadreo, pasaste de mí, y me vi de pronto preguntándome: «¿Por qué pasa de mí?». ¿Acaso había sido todo imaginaciones mías? Esa es la parte que no entenderé nunca. El descoloque. Siempre el descoloque contigo. De la nada, pasabas de la risa y el destello alborozado en la mirada a una cara de reproche invernal que me hacía temer haberme pasado de la raya, o que aquella camaradería instantánea nuestra fuera algo que no era, y por eso me rendí tan pronto ante ti, por temor a que hubieras cambiado de parecer, y por eso la sonrisa que te brotó enseguida después del descoloque dispersó la nube que habías interpuesto entre nosotros. Te dije que sí antes de entender de qué estabas hablando. «¿Dónde vives?». «Aquí», dije. «¿Aquí, aquí?». Otra vez con las bromitas. «No, arriba, en la cuarta planta». «Ah, arriba». «Arriba», repetí, consciente de que respondía a una pregunta que no habías hecho, mientras fingía que me limitaba a repetir una palabra que quizá no habías oído bien, dado el ruido reinante en la sala. «Arriba». Es increíble lo descarado que fuiste. Y lo descarada que me sorprendí siendo yo también. Nunca nadie me había hecho decir tan libremente lo que acababa de decir. Era tan fácil, parecía un juego; era un juego. Así que dejé que ocurriera, quise que

ocurriera, y por un momento me vi pensando que sería así de fácil con todos los hombres que conociera a partir de entonces, a no ser que…, a no ser que jamás volviera a ser tan fácil ni tan natural, porque tendría que pasar con alguien igualito a ti, con los chistes, la caricia en la frente, la falsa camaradería que nos unió, el olor a lana mojada del abrigo que acabé adorando. Dije «arriba» a sabiendas de que, en cuanto cerrara la puerta, me permitiría decir lo que no le había dicho antes a nadie. Quería algo sin ataduras ni trabas, y lo quería a lo burdo, sin cortarnos en nada, dime qué más te gusta y te diré qué quiero y me meteré desnuda en tu abrigo sin que te lo quites hasta que me asfixie con tu calor y sude con tu calor, haz lo que quieras conmigo, ayúdame solo a parar la cabeza. Hacía solo unas horas que había pisado la academia y allí estábamos los dos ya desnudos.

Tú me imaginabas como una buena chica católica de la América profunda. Yo solo quería ser una mujer.

No le has hecho daño a la chica cristiana: se lo has hecho a la mujer que no puede pasar una noche con otro hombre que no seas tú.

Lo he intentado. No sirve de nada.

El chico de mi misma planta que no pronuncia las erres. Tenías razón. No puede.

El hombre mayor que me encontré en la estación de trenes enana que hay aquí y que me pidió que lo ayudara a comprar el billete en la nueva máquina de autoservicio y después, cuando una cosa llevó a la otra, me invitó a cenar con él y luego a más, y no me negué porque quería una habitación en penumbra con un hombre, cualquiera, porque quería algo vulgar y burdo; pero en lugar de eso lo único que encontré fue bondad y atención, y yo no quería ni lo uno ni lo otro.

Incluso el camarero del bar de enfrente, pese a sus tatuajes por todo el cuerpo, a lo fiero, a lo tierno e infatigable, pero que no era tú.

En lo único en lo que pienso ahora es en ti y en tu abrigo colgado del perchero, y en querer abrocharlo hasta arriba contigo y conmigo dentro, desnudos y sucios, los dos, desnudos y empapados.

No tengo vergüenza. No nos reprimimos en nada. Lo que ahora echo de menos no es solo a ti. Es no reprimirme. Me echo de menos a mí, a ese yo cuya existencia desconocía y que tú me sacaste de dentro como un molusco deforme que sale por fin de su ridículo caparazón de vergüenza, porque a ti también te daba igual, y eso a mí me gustaba porque lo que yo necesitaba en nuestro pequeño mundo oscuro de la cuarta planta era que todo diera igual. Aquello no duraría, y nos importaba muy poco, era todo animal…, y yo me lancé de cabeza, e incluso presumí, en un correo a una amiga, de que no nos daba tiempo a dormir por la noche, de que nos sorprendía el alba y dormíamos al salir el sol. Yo había cobrado vida.

Hace ahora un mes, y ya siento que he muerto un poco por dentro. Vuelvo a tener la piel reseca, y estoy toda apática, no siento nada, se me marchitan las ideas, no tengo ideas. No consigo concentrarme salvo en lo que quiero decirte a ti. Quiero pelearme contigo, aunque ni siquiera sé qué te diría. No puedo pensar: todo se me antoja abotargado; ahogo con la voz palabras con las que una vez me hiciste gemir, y ay, Dios, cómo disfruté de gemírtelas, palabras ruines, jadeantes, breves y entrecortadas que me arrancabas con tanta soltura y agilidad como el que te pasa un brazo por el hombro. Yo rara vez hablo con nadie, pero eso no quita para que todos sean tan amables conmigo, tan considerados y conscientes de las magulladuras que saben que sobrellevo en silencio; todos lo han notado, pero nadie llegará nunca a conocer al sucio yo que extirpaste de mí en esta cuarta planta, el yo que lanzaste a las rocas bajo mi balcón semanas después, el yo al que le encanta decir tu nombre cuando no quiero estar sola.

Con solo tocarme tú, yo era otra persona, alguien a quien no reconocía, pero que sabía que llevaba años esperando entre bastidores, callada y dócil en el mundo en el que me crie. Puede que no sea nadie para ti, y puede que no te importe un comino, pero cuanto menos soy yo, más yo soy. Apagué la luz del cuarto porque seguía avergonzada y no quería mirarme a la cara, ni pensar en qué estaba haciendo contigo a oscuras, pero también apagué la luz porque no quería saber qué vendría, no quería pensar en la oscuridad, ni siquiera quería preguntar qué quería realmente de ti

pero no me atrevía a pedir. Quién podía saber, quién, yo desde luego que no, que yo pudiera ser tan aguerrida y firme en lo que quería de un hombre y que abandonaría esos asomos de decencia que todos habían visto a la hora del cóctel para convertirme en la persona más obscena con la que te habías acostado. Porque yo sabía que era una guarrada, porque tú eras un guarro, porque me gustaba guarrear, porque lo guarro me liberaba.

Hay quienes tienen la sensibilidad a flor de piel; yo no. Yo descubrí la mía a través de la mugre.

Tú me lo pusiste tan fácil que yo te lo puse aún más fácil a ti. Ninguno tuvo que pedir nada siquiera. Tú haz lo que quieras, Itamar, e imagínate lo que voy a hacer yo. No hicimos nada malo en la oscuridad. En la oscuridad ni siquiera sabíamos quiénes éramos. Tú me hablaste, yo te hablé, pero a saber lo que decías, lo que dijéramos importaba poco, éramos como sonámbulos a los que no se podía responsabilizar por lo que habían hecho en la noche más oscura.

Qué libre fui en esos días. Y tú igual. ¿Cuándo dejó de ser un juego? ¿Cuándo dejó de ser de tu agrado o te aburrió? ¿Y cómo pasó a ser esta cosa monstruosa que me reconcome de la vergüenza y me pesa en el alma? Me paso el tiempo pensando en ti, si es que a eso se lo puede llamar pensar. Me he vuelto una sombra. Ensayo las palabras que no tendré valor de decirte algún día. Rumio las cosas que temo llegar a hacer. Evito los espacios comunes de la academia, pero, aunque evitara al mundo entero, no sería más que una treta. Quiero que preguntes: «¿Ha visto hoy alguien a Mariana?». Y quiero que quienes saben por qué lo preguntas sientan que no deben decírtelo porque, sin tener por qué ponerse de mi parte, no les importaría verte preocupado y no quieren absolverte tan rápido. Intento desaparecer para hacerme la misteriosa; tú desapareces porque tienes a otra.

Mi amigo me escribe y me dice que al final arreglaremos las cosas. Le digo que no se engañe. «¿Por qué?». Porque reconozco el engaño cuando lo veo. Yo lo he tocado, lo he inhalado, he hecho el

amor con él, lo he vivido, y el peor de todos los engaños es el que se pone muchas caretas, y la mentira es la menor: la ausencia repentina que se niega a explicarse, ese hacerle el vacío delante de los demás, las mujeres que aparecen de la nada y al punto desaparecen, tan solo para reaparecer con un nombre distinto y rara vez la misma cara.

Sigo saliendo a última hora de la tarde los domingos para comprar cosas de comer que no necesito; doy vueltas por ahí cuando lo único que busco es a ti. Cuando por fin me cruzo contigo y vas con alguien, como sabía que pasaría, finjo ir con prisa, esperar una llamada de casa. A veces hasta te paras. «¿Estás bien?». «Estoy bien. ¿Y tú?». «Muy bien». Una sonrisilla ahogada e incómoda. «Emily, Mariana; Mariana, Emily».

Y yo aceptaré este pequeño interludio en lugar de nada, mi minuto de luz después del atardecer. Y lo irónico es que sé que veré algo esperanzador en la forma en que me presentes a Emily, Heather, Wendy o cómo se llame. Incluso captaré ese brillo en tus ojos que bien podría significar: «Preferiría mil veces estar contigo, Mariana», «Te llamo —dice de nuevo el brillo—, ¿te importa?», preguntando con el sibilino candor y fingido retraimiento de un macarra callejero que acosa a alguien que espera el autobús 17, y todo ello sustentado en un guiño pícaro que también podría significar que no hablabas en serio. Dime solo que ella no es mejor que yo. «¿Es mejor que yo?». Tú me mirarás de medio lado, te quedarás pensando y luego, con una mirada inexpresiva: «Quién sabe, Mariana, quién sabe», lanzado con un chulesco ladeo de cabeza y ese ya familiar «nos vemos cuando nos veamos».

Y con «cuando nos veamos» me basta y me sobra en una tarde noche de domingo, cuando todo el pueblo se va de puntillas a morir y el cine está a pique de cerrar y hasta la cafetería de la esquina se ha vaciado. El tácito «nos vemos cuando nos veamos» que me invento cada vez que imagino cruzándonos por la calle, porque me recuerda que, incluso en un cielo tachonado de nunca más, sigue habiendo una estrella polar llamada esperanza. Nunca más nuestra primera noche. Ni el bar de vinos de la segunda. Ni el día que te presentaste en bici sin avisar y la subiste los cuatro tramos de

escalera porque no querías tentar a ningún ladrón, y te plantaste al lado de mi cama y me dijiste «Quítatelo todo», y yo te hice caso a ciegas porque contigo no tenía normas, las tuyas eran las únicas normas, y aunque supiera que me limitaba a seguir la corriente porque aquello no podía tener importancia alguna, y quién iba a salir herido, a quién le importaba desperdiciar así media hora, media hora es todo lo que se merece, no es más que un pobre diablo, con ese abrigo, esa bici y el olor de sus axilas que me aparta de todo lo que me da miedo en la vida y me devuelve a la primera infancia, cuando la vida era tan segura, tan novedosa, tan fresca… Solo una axila, sin importar que a los veinte minutos ya estuvieses vestido de nuevo y te fueras gritando un «nos vemos cuando nos veamos», mientras yo volvía al escritorio, goteándote, Itamar, Itamar, Itamar, sintiéndome tan segura, tan fresca, tan renovada, lavada por lo que antaño había creído que era no menos que suciedad. Qué bien trabajé esa tarde.

¿Sabía yo cómo acabaría todo esto?

En absoluto. Y, aun así, por supuesto que lo sabía. ¿Cómo no iba a saberlo?

¿Y tú?

Dudo que siquiera te lo plantearas o te molestaras en planteártelo.

No habrá ya otro «cuando nos veamos». Esa es la parte que más me cuesta aceptar: la idea de que, en un futuro, quizá nunca volvamos a tocarnos. No consigo hacerme a la idea y creérmelo. Volverás a aparecer… no sería la primera vez. Pero esos veinte minutos apresurados de aquella tarde… quién sino los que tenían todo el tiempo del mundo podían haberlos malgastado con tan poca vista, sin ser más frugales o dejar bocaditos para los «días de vacas flacas». Y ahora incluso los días de vacas flacas han pasado para no volver, tu voz ha desaparecido y el olor de tu piel ha desaparecido. Sé cómo olías y reconocería ese olor en el templo más abarrotado de Goa, donde la gente no puede ni darse codazos y el olor de los cuerpos lo embarga todo; pero no recuerdo tu olor, ni soy incapaz de recrearlo, y nada ni nadie, ni cuando me niego a lavarme para oler mi propio cuerpo, puede devolverme el momento en que me dejaste dormitar sobre tu pecho bajo el sol, y solo inhalarte me hizo desearte una y otra vez, salvo porque, al saber lo cerca que te tenía

ese día, se me olvidó marcar el momento, la hora, el día, el mes. El año incluso.

Cuando vives el momento, olvidas el momento.

Y ahora empiezo también a olvidar tu cara.

El otro día cuando me llamaste, y yo seguía esperando que fueras tú, no reconocí tu voz. Me gustó no saber que eras tú porque eso era prueba de que había pasado página y de que incluso quizá hubiera superado lo nuestro, cosa que esperaba que te molestara. Pero al cabo de un minuto ya no había voz y me quedé sin recuerdo alguno. Y ante mi desdén, quizá lo que sentiste no fuera desaire sino alivio. «No le ha costado demasiado… ya por fin lo ha superado». Ni culpa, ni nudo inmanejable en el pecho, por mucho que a ti no te importe si vivo o muero.

Pero esta es la historia del nudo en el pecho que nunca se me fue. Porque todavía recuerdo aquella noche, también de domingo. Dijiste que vendrías y me quedé esperándote, la tarde entera, toda la noche, me lo habías prometido. Pero yo no era ninguna cría que pudiera hacer que papaíto cumpliera su promesa. Así que, bueno, no pasaba nada, él no iba a venir. Me hice una sopa de sobre y me dispuse a trabajar. «Se acabaron los jueguecitos, que le cuente sus chistes sórdidos a otra, que se rían juntos, yo tengo cosas más importantes que hacer». Pero no engañaba a nadie. Trabajaba a la ligera por si acaso aparecías, pese a que se había hecho ya muy tarde. Y era consciente de la espera, porque posponía la hora de ponerme la ropa de casa, mi chándal desvaído, mitad pijama y mitad jersey deshilachado, que todo el mundo lleva cuando está solo. Cada vez que oía un portazo abajo, me veía pensando que eras tú…, y a los pocos segundos me reprendía por atreverme a hacerme ilusiones, aunque seguía así pasada la medianoche. «Tienes vida, Mariana —me decía—, eres muy buena en lo que haces y te encanta tu trabajo». Pero no eran más que palabras, y, en las horas más intempestivas de la noche, las palabras se me posaban en el corazón como cráteres.

Pero entonces, justo cuando iba a rendirme, sonó un portazo abajo, reconocí el sello de tus pisadas corriendo hasta mi planta y la llamada a la puerta. Iba a ser la mejor noche de mi vida. Me alegré

de haberme dejado puesta la blusa mona. Me alegré de haber terminado el trabajo. Además, ese lunes no tenía nada por la mañana. Desayunaríamos juntos. Te tiraste en la cama con la ropa puesta, lo que me obligó a hacer lo mismo. «Ay, que me bese ya y se deje de tonterías», pensé. Me dijiste que querías hablar.

De pronto presentí cómo iba a acabar la cosa, y antes de poder hacer nada por alterar la trayectoria, cuando empezaba ya a quitarme la camisa, me dijiste: «No te quites nada», y yo volví a ponérmela, a abrocharme cada ojal mortificado, con la vista clavada en la tela, sintiendo que, por cómo me hablabas, ya no había en realidad vuelta atrás. Sentí un dolor, pero no tenía ni idea de su procedencia ni de qué dolor era exactamente, o quizá no fuera dolor, sino un seudodolor, pues seguía sin presentir las noticias que ibas a darme. Parte de mí quería saber cómo o dónde localizarlo, con la idea de que conocer la ubicación atenuara su impacto, pero no fui capaz de hacerlo, pues no lo había experimentado antes, ni sabía siquiera qué nombre ponerle. Sin embargo, cuando empecé a reparar en el inesperado viraje de la conversación, sentí que todo mi ser se hundía —cuerpo, entrañas, cerebro, alma, espíritu y corazón —, en gran parte porque no creía que lo que en realidad estabas tramando fuese ni más ni menos que un corriente y moliente darme boleto. Me quedé tan derrotada, tan desconcertada que ni siquiera me alteré ni se me saltaron las lágrimas porque seguía sin creerlo, y tampoco sabía con certeza cómo iba a acabar la cosa. Terminé de abrocharme la blusa, me incorporé en la cama y te pedí que no dijeras nada, que no te movieras, que no te fueras.

No sé muy bien qué pretendía, pero quería detener la trayectoria de lo que estabas a punto de añadir, a sabiendas de que sin duda convertiría esa noche, con los dos allí tendidos en la cama, vestidos de la cabeza a los pies, en la peor noche de mi vida. Si no malinterpretaba nada y la conversación ciertamente iba por esos derroteros, lo que de verdad estaba preguntando era: ¿podrías reconsiderar lo que estás a punto de decirme, Itamar, o dar un poco marcha atrás, empezar de nuevo, de nuevo pensar, cambiar el tono de voz, o quizá incluso de idea, Itamar, me harías el favor de cambiar de idea? Intentaba conservar el último trazo de dignidad en

la voz y en el comportamiento, pero sabía que estaba rogando, por qué no, suplicando, y a mi manera, tácita y tímida, tenía la esperanza de que recapacitaras, y entonces por fin me dedicaste esa mirada de perplejidad que tan bien saben afectar todos los mentirosos cuando al final los acorralan y están a punto de ser descubiertos, y dijiste: «Pero ¿cómo se te ocurre pensar una tontería así, de verdad, Mariana? Qué equivocada estás, ven aquí, anda, déjame que te abrace». Solo habías venido para decirme que te ibas dos semanas, el típico viaje corto para ir a desvelar un cuadro en Viena, añadiste con una risita ahogada, pensada para trasmitir lo insignificante de pegarse un salto a Austria para hacer un pequeño recado. Acto seguido, me desabrochaste la blusa y me reprendí por no haber sabido leer las señales de lo que de repente comprendí que era el peor de mis miedos: perderte. El dolor que había sentido, y que desapareció en cuanto alargaste los brazos y me abrazaste, era en realidad miedo. Para entonces, sin embargo, ni me acordaba ya de ello, no habría sabido decir ni dónde se había originado, cuánto había durado, o en qué parte del pecho creía haber localizado su paradero.

En tu ausencia, vi en las redes fotografías tuyas esquiando. No sabía si eran recientes o del año anterior, pero, al mirarlas con detenimiento, vi que en una llevabas puesta la bufanda amarilla que me habías cogido prestada. Me gustaron esas fotos. Quería ver más. No pensaba preguntar quién las había hecho.

Te habías afeitado la barba. Me gustabas más con barba, porque el hombre que conocí en la fiesta y que me llevó a mi cuarto tenía barba. El que eres ahora ya no eres tú. Confié en la máscara, no en la cara. Confié en el rufián, no en el gentil artista de rostro afeitado con esquíes en los pies.

Horas después, nuevas fotos en Instagram. Esta vez aparecías con más gente, había mujeres aquí y allá. Quizá las subiste para decirme algo. Pero dudo siquiera que pensaras en mí, yo sabía que apenas pintaba nada. Dolía igualmente. Y como dolía, era incapaz de dejarlo pasar y decidí en cambio que querías, que necesitabas que yo sospechara que las imágenes en las que aparecías con mujeres en el refugio alpino las habías publicado para que siguiera pensando en ti.

Yo sabía que te daba igual. Pero ese era mi último clavo ardiente, imaginario, por el que agarrarme a ti, a pesar de que no había clavo que valiese, y yo lo sabía.

Fue a última hora de una mañana de mediados de octubre. Aquel martes seguía haciendo muy buen tiempo, y yo tenía el resto del día libre, así que pensaba cogerme un libro y un café helado y ponerme a leer en el balcón. Ya lo había hecho otras veces y me encantaba la quietud del lugar, la intensidad de la luz del sol, las olitas justo a los pies del pequeño acantilado pequeño y el olor a crema solar de mi propia piel, tan poco habitual en esa época del año. A mi lado, mi querido franchipán. Pensaba saltarme la comida con los demás; en el almuerzo había siempre mucho bullicio, y un buen libro en un día así era el plan perfecto. Me había pasado la semana felicitándome por haber sobrevivido a tu ausencia en Austria. Incluso me había sorprendido darme cuenta de que apenas pensaba en ti, salvo con una renuencia rayana en alivio y una forma incipiente de aversión, como si parte de mí estuviera cansándose de ti pero no quisiera confesarlo, mientras otra retrasaba continuamente recordar lo que habíamos hecho juntos por miedo a descubrir que todavía te echaba de menos. Pero no recibía a mal ninguna de las dos cosas; yo sabía que me estaba alejando y no quería combatirlo. Era casi palpable cuánto prefería un libro un mediodía soleado de mediados de octubre mirando el mar a tenerte a ti en mi cuarto, sobre todo si pensaba en que te irías nada más hacer el amor. Sin embargo, y para mi sorpresa, cuanto más me alegraba por la facilidad con que este novedoso sentimiento de liberación me había inundado y parecía redimirme, más me obligaba a buscar en mí reconcomios y contriciones, como si la culpa fuera el precio honroso que debía pagar por esa repentina bocanada de libertad en mi vida. Era consciente de que ya estaba siéndote desleal, y de que quizá te había dado demasiadas facilidades para que te fueras dos semanas, que era a mí, y no a ti, a quien más le gustaba ser independiente, y que era yo la que necesitaba seguir siendo soltera, porque siempre lo había sido, y quería seguir siéndolo, sobre todo contigo. En el

pasado, nunca fueron los demás los que necesitaron alejarse de mí, sino yo la que siempre anhelaba la distancia. Estaba aprendiendo algo sobre mí misma que no estaba ni muy deseosa de aceptar ni muy dispuesta a cambiar.

Pero mi constructo de intricados sofismas se vino abajo tan solo unos días después, cuando, durante tu supuesta ausencia de dos semanas, me crucé contigo por la calle. Ibas con una de tus Ediths, Esthers, Evelyns. Andabais por la calle, ella por un bordillo muy estrecho y con tu mano en el hombro. Solo me dedicaste un gesto exiguo. Ni un saludo, ni una mirada de soslayo.

Lo supe entonces: me habías mentido.

Debería haber confiado en mi primer instinto la noche aquella que apareciste tan tarde, antes de irte a Viena, y me pediste que volviera a ponerme la blusa cuando empecé a desvestirme. Habías venido por una única razón, para decirme que se había acabado. Y aquí estabas ahora con alguien que vestía unas elegantes botas de cuero y tenía una larga melena rubia, y no te dignabas decirme ni hola.

Me di media vuelta. Tú no. Ese día más tarde quise llamarte; conseguí contenerme.

Paré en seco y subí corriendo las escaleras hasta mi cuarto.

Cuando ni llamaste ni apareciste a la hora de la cena, el mensaje quedó bastante claro: lo nuestro había sido una aventura pasajera.

A ver, me desmoroné por completo no solo a causa de tu comportamiento, sino de lo que me ocurría a mí al verte.

No me había sorprendido tanto, así que ¿por qué me sentía tan destrozada si no me pillaba desprevenida?

Tal vez porque finalmente me había entrado en la cabeza que nada de lo que me habías dicho era verdad. Nada era verdad. Lo que hubo entre nosotros… ¿acaso llegó a haber algo?

Siendo justa, tú nunca me dijiste que hubiera más de lo que había. Vivíamos vidas separadas en nuestras habitaciones separadas de la academia. Simplemente nos despertábamos en la misma cama y, aunque comíamos con los demás, siempre nos sentábamos juntos, y todo el mundo lo sabía. Nos oían por la noche, eso seguro.

Quizá ese fuera el problema; que, aunque ambos teníamos el presentimiento de que no iba a durar, tú me dejaste concluir que tal

vez sí, y yo te seguí la corriente, seguramente porque te creía más de lo que me creía a mí misma, por mucho que aquella conclusión fuera cosa mía, no tuya. Culpa mía, entonces, todo culpa mía. Debería haber tenido más vista.

Así y todo, ahora ya esa respuesta no me vale. Mi reacción al verte aquella mañana con esa chica no tenía solo que ver con la verdad. ¿Podía ser tan tonta como para subir corriendo cuatro pisos y tirarme a la cama solo porque llevaban un mes engañándome?

Sin embargo, quizá había algo tan pernicioso en todo engaño que este arrancó de cuajo mis creencias más profundas; creencias que me habían inculcado las personas con las que me había criado y a las que había querido, y cuyas palabras y rostros estaban viéndose mancillados por alguien que no valoraba la verdad, y sin verdad, ¿acaso podía haber confianza, podía haber algo? Recuerdo días enteros, todos los veranos, en la cabaña del lago en los que nadie parecía mentir, ni tener la necesidad, en los que hacíamos barbacoa cuando el tiempo lo permitía y, sin televisión, charlábamos ante la chimenea todas las noches cuando refrescaba, y a veces mis abuelos contaban historias de personas que habían muerto mucho antes de nacer yo, pero cuya vida parecía alargar la mano hasta la nuestra, con cierta ligereza y alborozo porque, por mucho que hubieran sufrido y hubieran sido estafados por charlatanes o se hubieran equivocado de camino en la vida, seguían emanando una decencia cándida que se sustentaba en un buen apretón de manos, una mirada confiada o una promesa dicha en señal de buena fe y sinceridad. Y tal vez, solo tal vez, estando allí sentada entre ellos, en la luz menguante de esos largos días de verano de la infancia, una parte de mí sospechaba que yo no merecía el amparo de la verdad y que me pasaría la adolescencia luchando por frustrar mi destierro gradual de un mundo que aun así seguía siendo mío. Contigo, sin embargo, había conocido a un compañero que bien me liberaría de los días de la cabaña, bien me lanzaría allí de vuelta para recordarme que, pese a algunos lapsus, en realidad nunca los había abandonado.

Debí de quedarme dormida, porque la respuesta me rondaba cuando desperté de la siesta y vi que era la hora del habitual cóctel

antes de la cena. Me había propuesto evitar ese ritual diario. No tenía ninguna gana de verte con aquella belleza, ambos arrellanados en el pequeño sofá en una punta del salón como dos tortolitos que habían ascendido de su camaradería de acera a nuestro salón pijo de oscuras cortinas adamascadas que parapetaban el sol del atardecer.

Tras pensármelo mejor, decidí cambiarme, y al vestirme me vi la cara en el espejo. Parecía enfadada y contrariada, nada descansada de mi siesta involuntaria. Y ahí fue cuando por fin me vino: se me veía en la cara. Lo que yo sentía no tenía nada que ver con la confianza, ni con la verdad ni el engaño y la duplicidad, ni tampoco con nuestra vieja cabaña a la que llevaba años sin ir. Tampoco tenía nada que ver con el orgullo. Todo eso no eran más que coartadas prácticas para evitar la única palabra que cabía utilizar: «celos». Nadie había llevado a engaño a nadie ni había mentido, nadie había coaccionado ni convencido a nadie de que concluyera nada. Nadie era culpable de nada. Lo que yo sentía —y contra eso nada podían ni la razón ni todos mis pertrechos de sofismas estrafalarios— eran celos. Tenía un nombre, un color, una lista de síntomas reveladores, y mi pobre yo embelesado, atontado, no sentía nada distinto de lo que llevó a Otelo a matar o a Swann a desesperar. Seguía sin saber de dónde procedía el dolor; no sabía qué hacer con él, cómo apagarlo o cómo esconderlo del mismo modo en que metemos ropa suelta bajo un cojín del salón si alguien llama a la puerta sin previo aviso. Ni siquiera podía quitármelo de la cabeza a fuerza de razonar; estaba allí sin más, escandaloso y grosero, e innegociable, como un luchador de sumo sentado encima de un niño pequeño. Te odiaba no solo por hacerme sentir que no era suficiente para ti, sino también porque no podía zafarme del peso de los celos. Te quería de vuelta, te quería para mí, quería que me quisieras a mí y a nadie más, daba igual que parte de mí siempre hubiera sabido que en realidad yo no quería tu amor. No estoy enamorada de ti, no estoy enamorada de ti, no lo estoy, no, no es amor, pues es posible padecer los ataques más agudos de celos sin albergar ni una pizca de amor. No quería vivir contigo, no quería tener que presentarte a

ningún conocido y menos aún a mi familia, ni tampoco quería que me quisieras o, peor aún, tener hijos contigo.

Y entonces, mientras bajaba las escaleras, por fin comprendí que lo que sentía era peor aún que celos.

Me habían abandonado.

Cada una de mis fantasías tácitas dio de pronto la cara, tan solo unos instantes antes de desvanecerse por el bochorno.

Navidades en París, echadas por la ventana. Alquilar un piso cerca cuando termine mi residencia aquí, fuera. El verano juntos si durábamos hasta entonces… ¿en qué estaba pensando? ¿La playa? ¿La costa amalfitana? ¿La cabaña del lago? ¡Ja!

Mientras bajaba las escaleras algo estuvo a punto de paralizarme en el sitio. Todo el mundo lo sabía. ¿Cómo iba a mirarlos a la cara?

¿Cómo presentarme a la hora del cóctel y no sentir todos los ojos clavados en mí?

Con todo, irrumpí a las bravas en el amplio salón. Entré luciendo una sonrisa, pero sin exagerar. No por exagerar habría engañado a nadie, y una máscara risueña habría dado que hablar más que una cara sombría.

Quería que todo el mundo supiera que me habías dejado por otra y que me importaba pero que, pese a todo, no estaba llorando por las esquinas. No era tonta.

Quería, en cambio, que pensaran: «Puede que la hayan dejado, pero ella no se ha dejado». Dejada sin dejarse.

Me dieron ganas de reír con aquel trabalenguas, lo que le dio a mi sonrisa postiza un sincero toque de júbilo.

Ante todo no quería que tú vieras cómo estaba yo.

Yo sabía que tarde o temprano aparecerías.

Pero no fue así.

Y lo agradecí. Solo me faltaba que me vieran reaccionar ante tu presencia en la sala, sobre todo si venías con aquella rubia.

Luego me olvidé del tema y terminé disfrutando del cóctel y esperando con ganas la cena. Quizá había exagerado mi reacción al verte con ella esa mañana. A lo mejor, a fin de cuentas, no me importabas tanto.

En el comedor conseguí disimular ante la gente y aparentar alegría, y me pasé tanto rato fingiendo que al final me alegré de verdad. Intentaba no mirar hacia la puerta. En cambio, mientras sonreía y socializaba con gente que me daba un poco igual, me sorprendí pensando en el día que muriera y en cómo me recibiría mi madre muerta, que está ahora con su madre y la madre de su madre. Hallé consuelo, placer incluso, en sentir lástima por mí misma, lo que me ayudó a dejarte atrás.

Sin embargo, solo cubría con un pequeño tapete al luchador de sumo y, si bien hacía reír a la gente e incluso reía yo también, era consciente de que una parte de mí estaba completamente hecha polvo. Así y todo, la compañía era buena, el tiempo seguía portándose, y durante la velada, más tarde, después del *vitello tonnato* que el cocinero llevaba días prometiéndome, decidimos ir todos a ver juntos una película en el cine de la iglesia del pueblo.

Tras la cena, cuando subí corriendo a mi cuarto para coger un jersey, intenté rebajar aquel arrebato de buen humor, parte del cual sabía que seguramente estaba afectando y que no duraría. Intenté rememorar lo atribulada que me había sentido durante el día y supe ya entonces que la angustia me volvería sin falta en cuanto me viera sola en el cuarto por la noche. Nunca había sentido nada así, nunca había tenido razones para desconfiar de nadie, nunca había estado celosa, que yo supiera…, o quizá solo un poco, alguna que otra vez. La mano de esa chica en tu hombro, no obstante, cuando ibais juntos por la calle, sorteando la alcantarilla, era el sueño de cualquier fotógrafo. Tú parecías una estrella de cine y ella era joven y guapa y te miraba incluso mientras hablaba. Era evidente que habíais estado juntos todo el tiempo que te habías ausentado.

Quise ser ella.

No quería ser yo.

Quería ir al cine contigo, y, por Dios, no verte allí.

¿Qué tenía ella para gustarte?

Lo que descubrí sobre los celos fue algo que no esperaba: que la persona que eras conmigo no coincidía con la que eras con ella, y que yo no conocía, y quizá nunca conocería, a ese otro al que no me había cruzado nunca; y que quería que él estuviera ahora conmigo,

quería conocer a ese otro: ¿y si me gustaba también, y si me gustaba más que la persona que eras conmigo? ¿Quién eras tú cuando no estabas conmigo? Eso era lo que me mataba. ¿Cómo eras con las demás mujeres, qué les decías que nunca me habías dicho, qué chistes, qué temas, qué hacíais juntos que no hubieras hecho conmigo y nunca harías?

De camino al cine, escuché a una amiga comentar que había llegado alguien de fuera, para visitar a alguien de la residencia. «¿Cómo se llama?», pregunté, sabiendo perfectamente lo que me hacía. «Ekaterina, es rusa». Tú me habías contado una vez que habías estado en San Petersburgo. Todo cuadraba. Una vez en el cine, me senté al lado de Robert, con Cornelia a la derecha y a su lado, Ralph. En un momento de tensión en la película, busqué la mano de Robert. Sabiendo él lo que yo sentía por ti, debió de pensar que le había cogido la mano creyendo que era la tuya. De ahí que no reaccionara apenas. Pero no se la solté, y en algún punto debió de comprender que realmente pretendía cogerle la mano a él. En las residencias artísticas es algo muy común. Una parte de mí deseó que estuvieras en el cine y lo vieras. Otra deseaba a otro esa noche, a quien fuera.

Robert resultó ser un buen hombre. No consiguió que te olvidara. Me hizo compañía y fue más que considerado. «¿Quieres que me quede a dormir?». «¿Quieres tú?», le pregunté. «Si tú de verdad quieres que me quede, me quedo». Un civismo de lo más inesperado después de acostarnos, sobre todo cuando me acordé de la risa que nos daba cada vez que decíamos «Godgüick». Nunca he conocido a un hombre tan entrañable. Hasta su forma de hacer el amor era entrañable. Pero no eras tú. Recuerdo cómo me cogías tú de la cabeza; nadie me había cogido nunca así, y me encantó que me cogieran la cabeza. ¿Cómo iba a saber él que eso era lo que yo quería, que eso era lo que tú me habías enseñado sobre mí misma?

«¿Es que no sabías cómo era yo?», me dijiste por fin cuando hice todo lo posible por cruzarme contigo unos días después, al salir del desayuno. Estábamos en la logia que daba al jardín de abajo, y

presentí que me habías visto llegar y pretendías dar media vuelta, pero no te dio tiempo y entonces hiciste como si te hubieras parado a esperarme. Yo tenía pensado hablar contigo, tan solo para retomar el trato: como antiguos amantes, antiguos amigos, antiguos lo que fuera. No para descargar la conciencia, ni plantarte cara o reprocharte nada, y menos aún para complacerte. Yo solo quería hablar, para que el silencio no enfriara las cosas entre nosotros y que a la semana estuviésemos evitando mirarnos, como desconocidos con tan solo hiel y veneno en los ojos.

¿Quería una amistad? No. ¿Una explicación? Ni siquiera eso. ¿Una disculpa? Ese tren ya había pasado. Y, sin embargo, nada más pararnos en la logia me salió del alma lo último que se me hubiera ocurrido preguntar: «¿Por qué?». No era eso lo que deseaba de ti, ni tampoco quería que me vieras como la llorica que le tiende una trampa a su antiguo amante y le pide un balance retrospectivo para escuchar por qué no es amada, qué ha hecho mal, qué debería aprender. ¿Acaso alguna vez hay una explicación? ¿Acaso alguna vez hay un porqué?

Así que, sí, comprendí cómo eras. ¿Me sorprendía? ¿Me asombró que mintieras? Tal vez me sentí herida, pero de asombrada nada. ¿No tendría que haber sido yo más lista y no acostarme con el primer desconocido que veía en la academia? Podía ser. Lo que me pilló totalmente desprevenida fue que después me buscaras, día tras día, noche tras noche, y que luego desaparecieras, regresaras, desaparecieras de nuevo y regresaras. Podría llenar libros de contabilidad con la de veces que me tuviste en ascuas.

Quedaba tan poco que decir, sobre todo ahora que por fin reconocías que nunca habías sido de fiar y que no ibas a cambiar. Pero entonces preguntaste —como si lo ocurrido entre nosotros les hubiera pasado a dos desconocidos que no tuvieran ni lo más mínimo en común— si sería tan tonta como para volver a hacerlo sabiendo quién eras y cómo iba a acabar la cosa.

Y allí —Mariana, alma de cántaro— te hablé tan en plata que te quedaste totalmente desconcertado y desnortado. «Sí —dije—, lo haría. Y sin pensármelo». Nunca en la vida había sido tan franca y directa, y quizá no volvería a tener la valentía de repetirlo, pero yo

no me quedé menos boquiabierta por tu pregunta que tú por mi respuesta. «¿Aunque fuera evidente que yo no iba a hacerte feliz? ¿Aunque supieras que yo deseaba a otras, a muchas otras? ¿Aunque te tratara como te traté? ¿Aunque alargara la hora para ir a verte y acabara yendo a una hora vergonzosa aquella noche y no hiciera falta ser un genio para saber lo que había estado haciendo antes?». «Sí, pese a todo eso», contesté. Y luego dije algo a lo que no doy crédito, pero sí que sé que lo sentía de corazón, al menos cuando lo dije, ya camino los dos del jardín: «Te daría todo lo que tengo por una noche como la primera que compartimos». No sé si estaba exagerando, pero me sentó de maravilla decirlo. Incluso te lo repetí, y me lo creí aún más cuando otra vez te lo dije. Sabía que me arrepentiría, y sabía que no lo olvidaría en la vida, y que me moriría de vergüenza si la gente de aquí se enteraba, pero en ese momento habría hecho cualquier cosa por ti.

Tú me escuchaste con lo que al principio creí que era incredulidad, luego con ojos compasivos, compasión por la pobre y desesperada Mariana. Pero lo que me dijiste me pilló por sorpresa: «Se me pone dura solo de oírte».

Yo sabía que me arrepentiría, pero no pensaba dejarlo pasar sin más. Me quedé aguardando algún parlamento dramático por tu parte. Te quedaste callado, sin embargo.

«¿Aquí y ahora?», dije.

«No, arriba».

Yo tenía clarísimo lo que quería.

Pensaba resistirme, ponértelo difícil, quería hacerte daño con los dientes, pensaba ser salvaje porque a eso me habías llevado, y pensaba pegarte, y si me devolvías el golpe, resistiría, porque yo única y llanamente quería que me cogieras la cabeza como habías hecho todas las veces, con ternura o furia, me daba igual lo uno o lo otro, siempre y cuando me la cogieras porque eso me haría cerrar los ojos y mandar todo lo demás a paseo, cómo era yo, cómo eras tú, por qué había ido, dónde me había criado, qué estaba haciendo ahí, por qué estaba tan cabreada. Solo necesitaba que me cogieras la cabeza y me preguntaras: «¿Por qué te resistes, Mariana?».

«Porque no quiero perderte».

Luego, como siempre, te fuiste.

Sin promesas.

Sin bien quedar.

¿Sin flores?

Sin flores.

Cuando te vi en el almuerzo unas horas después, me dedicaste una sonrisa tan esquiva que no llegaba ni a sonrisa. Llevabas la misma camisa, el mismo peto vaquero, las mismas zapatillas, como siempre sin calcetines. No te habías duchado. Yo tampoco. Yo sabía por qué yo no: quería quedarme días con hasta el último rastro de ti dentro de mí. No pensaba dejar ni que me lavaran las sábanas.

Esa es una de las razones por las que no podía apartarte de la cabeza. Tenía tu olor en las sábanas. La piel me sabía a ti. Me quedé dormida como había hecho el día anterior, de agotamiento, de rabia y vergüenza y una aplastante sensación de pura tristeza. El sexo había empeorado las cosas, así que quería más. Supe que se me estaba yendo la cabeza cuando me desperté ni cinco minutos después. Supe que era una locura. Pero aun así tenía que hacerlo. Esa tarde me levanté y me fui directa a tu cuarto en la segunda planta. «¿Qué pasa?». A mí me daba igual si tú querías o no, si estabas ocupado trabajando o si había alguien más en el cuarto. «Abrázame, tú solo abrázame». Y tú, como el pobre desgraciado que eres, me abrazaste. «Así no», dije. Tú lo sabías. «Tengo que olerte». «Pero es que estoy trabajando». «Dos segundos y sácate la camisa». Me salí con la mía y me froté la cara entera en una de tus axilas y luego en la otra. Eso era lo que quería, eso es todo lo que saqué de ti.

Estaba a punto de irme cuando vi a la rubia de San Petersburgo en tu cama. Estaba leyendo una revista, sin inmutarse en absoluto, casi como si estuviera disfrutando la escena, disfrutando de mi desesperación.

«Gracias», dije acercándome a la puerta, y luego, a ella: «*Da svidániya, habibi*».

«Este soy yo», habrías dicho tú. «Así soy yo».

Y por primera vez me pareció captar un punto de disculpa sincera en un hombre que de pronto se me antojó mucho mayor de lo que

era, aunque solo fuese porque por fin habías comprendido lo malnacido que eras. Pero con buen corazón, todo sea dicho; alguien que nunca había querido ser cruel conmigo.

Lo único que pasaba era que no estabas enamorado de mí; no te podía culpar por ello. Quizá, a tu manera torpe y poco acertada, incluso habías intentado atenuar el golpe para mí, como hace la mayoría de la gente, cuando al principio pusiste distancia sigilosamente, luego a hurtadillas y por último con mentiras. Ahora lo entiendo así. Razón por la cual, tras cerrar la puerta de tu habitación y quedarme mirando por la gran ventana del pasillo que da al jardín donde nos habíamos encontrado esa misma mañana después de desayunar, no solo comprendí que tenía que pasar página y dejar de pensar en ti, sino que también, con la puerta ya para siempre cerrada entre ambos, reconocí, quizá por primera vez, que estaba perdidamente enamorada de ti.

Una noche a última hora, no recuerdo cuándo, te llamé porque no me pude contener. Me dijiste que estabas muy borracho, y nos reímos los dos porque si te había llamado esa noche había sido porque yo también había bebido bastante. Yo no pregunté, tú no te ofreciste. Nos limitamos a reír por lo bajo, no como niños que se hubieran pasado de la raya, sino como adultos que ya no podían permitírselo. O eso pensaba yo.

Dos pensamientos; y no tengo claro cuál me vino primero ni qué tiene que ver el uno con el otro.

Uno es bastante evidente: «No quiero volver a vivir como vivía antes, volver a quien era antes».

Los días de la cabaña del lago se han ido para no volver. De hecho, no creo recordarlos realmente, o al menos han perdido su capacidad para conmover, su significado, aquel resplandor pastel colmado de aroma a alcanfor, madera de cedro, mermelada de mora y de cereza, y viejos tarareando viejas canciones, todos los referentes desde los que plantear el itinerario de una vida, como siguen haciendo mi hermano y mis primos cuando vuelven por unos días, cada dos veranos, para recargar las pilas. Pero después de ti,

soy otra persona y, como pasa en muchos dibujos animados, la gran cabaña de madera se ha plegado hasta quedar en un minúsculo taco de recuerdos, igual que plegamos y apretujamos montones de camisas viejas en un cajón que sabemos que no volveremos a abrir.

No quiero volver a como vivía antes, a quien era, ni en quien me he convertido después de ti. Quiero ser la que fui esa primera semana, en ese maravilloso puñado de días en que me obligaste, literalmente, a enamorarme de ti. Hubo algo tan repentino, tan salvaje y espontáneo, tan innato en lo que hicimos juntos. No teníamos ataduras, trabas, amos ni decoro: quizá porque nunca me fie de ti, era incapaz de tomarte en serio o no te tenía en gran estima. Eras mi compañero de cama, pero no eras parte de mi vida. No me enseñaste nada sobre mí que no supiera ya, ni me diste nada que no tuviera. Eras tan solo el agente, la espuela y el aguijón que me confirmaron que no estaba equivocada sobre mí misma. No sabía que realmente podía ser la persona que era cuando estaba contigo: la mujer que por fin llamó a tu puerta y te pidió que te sacaras la camisa del pantalón y que luego aplastó la cara contra tu cuerpo, como si ella fuera un cactus marchito y disecado que ansiaba saciar su sed con el sudor de un hombre; la mujer que te dijo «pídeme que me quite la ropa» la misma noche que nos conocimos, porque a ti no se te habría ocurrido solo, la mujer cuya cabeza sostuviste como si fuera una frágil bola de cristal y cuya alma, si querías, podías coger prestada, llevarte o robar porque esperaste, esperaste lo tuyo y me esperaste y me hiciste pensar… ¿qué me hiciste pensar que era yo, querido, querido mío? Si hubieras sido como los demás, no habría querido ni verte por la mañana, pero contigo me daban ganas de esconderme en el bolsillo de tu abrigo y acompañarte adonde fuera. ¿Es que ya me había enamorado de ti esa primera noche y ni siquiera lo sabía? ¿Estaba enamorada en cuanto te sentaste a mi lado con tu abrigo largo, y en lo único en lo que podía yo pensar era: «Lo huelo desde aquí»?

Ahora soy otra.

Pero ¿me gusto? No.

El otro pensamiento es más complejo. He estado pensando en mi muerte, y la muerte me ha puesto triste, no solo porque estaría

muerta o porque hay quien me lloraría —tú no, lo sé—, sino porque una vez que muera, no te tendré ya más en el pensamiento, ni siquiera te recordaré ni albergaré siquiera la esperanza de encontrarme contigo de una forma u otra, no solo ahora, mañana, el mes que viene, sino en años venideros. Una vez muerta, no quedará nada de ti en mí. Y esa idea me resulta insoportable. No puedo morir.

Esas son las dos cosas que he pensado. No quiero morir. No quiero perderte. No quiero volver a quien era antes. No te quiero conmigo. Pero no te quiero sin mí. Me repito, lo sé.

Estaba intentando pensar que algún día seré capaz de verte en otra parte —ni en la academia en los días y semanas que me quedan aquí, ni en otro punto de Europa—, lejos, muy lejos de aquí, y tentarte para tomar un café. «Ahora estoy felizmente casado. Y me he enterado de que tú también, ¿no?». «Sí, estoy casada». Y seguramente no quiera nada de ti para entonces. Lo único que me gustaría es decirte que, pese a todas las cosas que han pasado en todos estos años, pese a toda la felicidad que la vida me ha traído, pensar que no estás sobre la faz de la Tierra se me hace impensable. Quizá nunca intente retomar el contacto, pero necesito saber que estás aquí, aunque no vuelva a verte. Esto, y nada más, es lo que pido.

Ahora mismo es posible que acabe odiándote, aunque no quiero. Me he quedado sin maneras de perdonarte, por mucho que te perdone siempre. Me vienen a la cabeza ideas airadas, y para mis adentros no paro de despotricar contra ti, demostrando cosas que sé que no pueden demostrarse, reprochándote fechorías temerarias de las que yo misma he sido culpable con otros, y quizá vuelva a cometer. ¿Estás celoso? Eso espero…, aunque solo sea un poco.

Me gusta cómo me siento hoy. Pero sé que no durará.

He tenido mi pequeño momento de venganza —y además delante de tu novia—, pero ni siquiera eso durará, porque el placer de devolvérsela a alguien nunca dura lo suficiente; aparte, ese momento se entremezcló para mí con la humillación… Me porté como una histérica delante de ella. ¿Cómo se llamaba? ¿Ekaterina,

Ludmila, Natalia, Tatiana? ¡Y encima lee revistas! Vergüenza debería darte.

Algo en mí quiere verte sufrir, como te vi sufrir el día que trepaste a aquel árbol para rescatar el globo del niño y acabaste rasgándote la camisa y cortándote por encima del codo, y yo te curé el corte. «Te lo tienes merecido», pensé sintiendo un cosquilleo de placer al verte sangrar. Mi venganza por esas dos noches seguidas que me quedé sin saber dónde te habías metido. Luego, como siempre, me sentí mal por no apenarme al verte sangrar, y, en consecuencia, quise perdonarte por una ausencia que todavía hoy me escuece por dentro.

Me pregunto qué habréis hecho esta tarde cuando me he ido del cuarto. Yo he atravesado el pasillo a toda prisa porque no quería escuchar tus comentarios ni vuestras risitas a mi costa en cuanto se cerrara la puerta. Me la imagino remedándome: «Quítate la camisa, Itamar», y acto seguido te pegaría la nariz al pecho y luego a la axila. «Soy Mariana», y los dos estallando en risas. «Soy Mariana». «No, yo soy Mariana», dirías tú imitando mi voz.

Estaba tan furiosa cuando salí del edificio y me puse a dar vueltas por el jardín principal, pisoteando las flores de mi querido franchipán que los jardineros no habían barrido esa mañana, que al final decidí meterte una nota bajo la puerta. Quise decirte que eras un malnacido de campeonato, que me habías chafado la estancia aquí y el proyecto en el que estaba trabajando. Iba a decirte también que estoy decidida a no volver a hablarte, no volver a mirarte, y siempre que pueda me mostraré hostil contigo en público, sobre todo en el almuerzo y la cena, delante de los demás compañeros. A una parte de mí le gustaría maquillar la historia y decir que en mi primera noche en la academia me emborrachaste y me forzaste y que me costó dos días enteros recuperarme y sigo sin recordar lo que hicimos esa noche.

Pero, en cuanto entré en mi cuarto, las palabras que pensaba escribirte se tornaron más siniestras: «Gracias por la axila, lo necesitaba. Me quedan buenos recuerdos, pero no creo que una amistad sea ya posible, independientemente de lo que me diste a entender el otro día. Los amigos tienen sus riñas, pero lo que

acabamos compartiendo no llegó en absoluto a amistad. Los nuestros son mundos distintos, y no veo cómo podrían coincidir, aunque una parte de mí quizá lo deseó. Sería muy tonto y torpe por tu parte rendirte a apremios instantáneos, al igual que yo sería una imbécil si respondiera a los tuyos. Las cosas podrían haber salido de otra manera, y hubo momentos en que pensé que así sería; pero, a pesar de mis deseos más sinceros, amigo mío, tienes que andarte con ojo, igual que sé que yo debo hacer lo mismo».

Mi idea era que tu querida sirena rusa recogiera la nota del suelo al lado de la puerta mientras tú estabas en el baño y la leyera con su aleta y sus escamas escondidas bajo la colcha. Se enteraría así de que la mujer que había ido a oler tu cuerpo por última vez estaba haciéndote saber que se había hartado de ti más de lo que tú creías. Luego, cuando ella comprendiera que te había dejado alguien que no quería decirlo directamente, intenté imaginarme su resentimiento, del que esa vez tú serías el blanco, no yo. Imaginé que aporreabas mi puerta con golpes rápidos y bruscos y que, antes de poder yo contestar, la abrías de un empujón.

«¿Por qué me has mandado esta nota?».

«Porque alguien tiene que decir la verdad».

«Ah, ¿entonces eso era la verdad?».

«No, no del todo».

«Explícate».

«No hay explicación. Te la he jugado…, y has quedado como un tonto».

«¿Un tonto, dices? Dan ganas de escupirte».

«Venga, pues escúpeme, a ver qué pasa… ¿A qué esperas?».

«No puedo».

«¿Por qué? ¿No eres lo bastante hombre? ¿Quieres que te escupa yo a ti? Acércate un poco, que te voy a enseñar yo lo que significa escupir».

¿Por qué será que contigo no había nada prohibido? Amor no pudo ser, desde luego no el amor de los poemas y las canciones, ni el amor de la pescadera que yace en tu cama ahuecando las agallas mientras te mira con ojos de pez al descender a tu bajo vientre. ¿Por qué será que nadie más puede hacer lo que haces tú cuando lo

único que hiciste fue lo que hacen todos los hombres, y además tan penosamente? El de la estación, el camarero con tantos tatuajes que no se le distinguía la rodilla del escroto, o el bueno de Robert, que sigue siendo un buen amigo. Con ellos cerraba los ojos y me imaginaba que eras tú, y no me costó creerlo. Pero no lo eran. ¿Son quien eres tú antes de la hora de acostarse? ¿O una vez que nos hemos convulsionado hasta el orgasmo? Ni siquiera eso. Uno me dio muchísimo más antes del sexo; el otro se levantó en su pisito, desnudo en toda su redondez, y fue a traerme un vaso de limonada de la cocina porque le dije que estaba seca, y me lo trajo con un platito debajo, como hacía mi abuela. Ese hombre me trató bien. Tú no, tú me dijiste que me querías, sí, todos lo hacemos cuando nos acercamos al clímax. Luego cada uno encontramos la manera artera de retirarlo. Siendo justa, tú nunca retiraste lo dicho. Porque no significó nada, porque durante el acto hay quienes murmuran obscenidades y hay quienes sueltan patrañas sentimentales. No es que te creyera —nunca te creí—, pero sin saberlo abriste unas puertas que yo había tenido cerradas desde a saber cuándo. Tú ni te enterabas, y la verdad es que quizá yo tampoco hasta que ocurrió; hasta que comprendí la mayor verdad de esta vida: que jamás podría vivir contigo, que nunca tendría nada que decirte o hacer contigo, pero que sin ti la vida no era más que un erial donde las flores del franchipán al que tanto cariño le he cogido aquí podrían ser pisoteadas ricamente y nunca protestarían. Yo te deseaba —a saber por qué— todas las noches, no cada dos noches, no cada tres noches…, yo quería todo lo que tú tenías, y si lo único que tenías era un escupitajo, entonces un escupitajo es lo que quería.

No importaba lo que dijeras en la cama. Pudo ser mentira, un engaño, una especie de orgasmo bocal antes del auténtico. O simplemente una broma, igual que bromeas sobre cualquier cosa, incluso sobre mí con la mujer pez en cuanto salí de tu cuarto.

Las imitaciones son tu fuerte, y por eso aquí nadie se atreve a discutirte nada. Remedarías su forma de hablar, y se quedarían callados al instante.

Una noche te pusiste a imitar a todos los de la mesa hasta llegar a mí. Todos rieron, yo incluida. Captaste aspectos míos en los que

creía que nadie reparaba. Eran maneras de hablar y expresiones de la cara que no reconocí, pero que comprendí en el acto que ciertamente eran mías. Luego imitaste a Gobert, y dijiste su nombre así y el buen hombre se rio con su típica risa estentórea. Imitaste hasta al cocinero. Y luego a Luisa, una de las trabajadoras de la academia. Todos reímos. Menos ella, creo que la ofendiste. Porque, quizá sin pretenderlo, habías cruzado la raya entre el remedo y la burla.

Cuando la vi al día siguiente, le pregunté si se había molestado. Me sorprendió su respuesta.

«Él es así», me dijo. La pobre está enamorada de ti y seguramente ni te hayas dado cuenta. En tu imitación la pintaste casi como a una monja suplicante. Quizá por eso se ofendió. Y aun así, de todos los de la academia, ella es la única que te conviene, pese a que tú no le has dedicado ni un pensamiento.

Luisa me dijo que no has cambiado desde el día que llegaste el año pasado, y que con toda seguridad sigas así en el medio año más que te queda, mucho después de haberme ido yo, cuando para ti sea como si yo ya no existiera. Llegará el momento en que en mi habitación viva otra persona, y a saber lo que pensarás el día que te dé por subir a la cuarta planta.

Ahora que lo pienso, no sé quién estuvo antes aquí. Te lo pregunté una vez y me dijiste que no lo sabías. Se lo tengo que preguntar a Luisa.

Es extraño cómo he empezado a contar mis días, no con el calendario normal, que siempre me recuerda que mi estancia está a punto de acabar, sino por lo que yo llamo el Tiempo de Itamar. La Vida Antes, la Vida Después. La Vida Antes me importa muy poco en estos momentos. Tantos años sin tener idea, ni la más mínima intuición, de que todos conducían a ti. No me gustaría pensar que alguien como tú podría alterar la trayectoria de mi vida, pero cuando echo la vista atrás, los días y años antes de ti se me antojan tan manidos, nada premonitorios de lo que iba a venir cuando tú y yo callejeábamos por las estrechas aceras de este pueblecito y yo

pensaba para mis adentros: «Por fin todo tiene sentido para mí». Contigo no hubo ensayo general, con nosotros; ni premonición alguna de lo que vendría cuando aterricé en Malpensa y cogí el tren desde Milano Centrale hasta aquí, sin sospechar en ningún momento que la chica con *jet lag* de mi mundo de la cabaña del lago estaría, a las pocas horas de llegar esa misma noche, sentada al lado de un hombre con un enorme abrigo empapado, queriendo arrebujarse en él desnuda.

Ya no soy capaz de recordar los años previos a este viaje sin superponerles la vista desde este balcón que da al agua, contigo sentado y pintando al sol, yo leyendo, nuestros pies tocándose. Te gustaba mi balcón porque en tu cuarto no tenías luz suficiente, dijiste, y te gustaba subir aquí a dibujar. Estos días no es solo que formen parte de mi vida, es que la han trastocado por completo. La Vida Después de Itamar: cuando todo lo que hicimos juntos podría perderse fácilmente en el pasado y convertirse en una imagen etérea y parpadeante, no muy distinta a las que me había negado a hacerme cuando mandé la convocatoria de mala gana, porque yo en realidad había querido entrar en la Academia de Roma. Mes 1 después de Itamar, ¿dónde estaré? Mes 5, ¿dónde estaré? ¿Seguiré extrañándote en el mes 11? ¿Y qué hay del año 2, cuando esté lejos, muy lejos de la academia? ¿Hasta qué punto lo que tuvimos, si es que realmente hubo algo entre nosotros, me acechará en el recuerdo? ¿Recordaré este cuarto y esta cama desde la que escribo hoy y pensaré en todo lo de aquí igual que pienso en los domingos por la noche aquí, cuando el pueblo echa el cierre y la vida se queda vuelta del revés como un bolsillo vacío con nada salvo borra dentro? Así me siento, borra en el corazón: últimamente todo es borra. Tú eres el bolsillo vacío en el que se ha convertido mi vida.

Luisa es distinta. «Para nosotros es duro —dijo refiriéndose al personal de la academia—, porque les cogemos cariño a algunos de los residentes y luego tenemos que pasar página y pensar en los nuevos que vienen cada tantos meses».

Parecía una dedicada enfermera que se encariña de sus pacientes, jóvenes y viejos por igual. Una monja, como dijiste tú la otra vez. Todo caridad. Pero, pese a sus bromitas y sus chistes malos, dice Luisa, le cae bien a todo el mundo. Es evidente que ella ha intentado guardar las distancias, pero se nota que está loca por ti, y me resulta conmovedor incluso, admirable casi, porque no tiene malicia alguna, ni perfidia o asomo de rencor, como si estuviera dispuesta a hacer cualquier cosa por verte feliz, lo que seguramente sea una definición de amor que está muy por encima de todo aquello de lo que yo soy capaz, porque ella es infatigable en su desinterés y su abnegación. «A ti te gusta él», le dije al final, cuando quedó claro que estaba intentando apartar la conversación de ti. «Sí, a mí también me gusta». Aquel «también» me escoció. Lo sabe, me dije. Luego ella viró el timón. «Pero es demasiado peligroso para mí. Además, ni yo soy para él ni él es para mí».

«¿A qué te refieres con demasiado peligroso? ¿Porque está fuera de tu alcance o porque es alguien de quien no puedes fiarte?».

«¿No son lo mismo las dos cosas?», preguntó.

Son lo mismo, pensé para mis adentros.

Pareció apurada por mí, con los labios contraídos. «Se te pasará, Mariana».

Qué generosas y benévolas sus palabras. Tuve que preguntarle. Me respondió sin ambages: siempre te había amado.

La respuesta ni me sobresaltó ni me disgustó, ni siquiera sentí celos, quizá porque lo suyo era amor y lo mío no, o porque el suyo existía en un plano mucho más puro que el mío. ¿Por qué no había comprendido yo esto sobre nosotros? Ni yo soy para ti ni tú eres para mí. ¿Por qué me niego a afrontarlo?

Al final fueron su delicadeza y su tacto lo que más envidia me dio. En ningún momento se saltó sus cautelas; y, por mucho que intenté que me lo dijera, no llegué a averiguar si pasó algo entre vosotros. Puede que sí, pero tuvo vista suficiente para ponerle fin antes de salir malparada. Yo nunca tuve esa clase de previsión.

Me entraban ganas de contarle cómo me sentía esos días; otra forma, en realidad, de quejarme y de despejar el camino para ponerte por los suelos entre las dos. No me cabía duda de que ella

debía tener su propia letanía de agravios. Pero sacudió la cabeza y cambió de tema; no hablaba mal de la gente a la que quería. Qué noble por su parte.

Solo volvió a hablar de ti unos días después, una tarde que se presentó en mi cuarto para decirme que me habían echado en falta en la comida. «La gente empieza a murmurar». Le respondí que últimamente no tenía mucha hambre. «No, tú y yo sabemos que esto no tiene nada que ver con el hambre, pero tienes que comer».

«Además —añadió—, la rusa ya se ha ido».

No te la mereces, Itamar. Yo nunca podría hacerte feliz. Luisa quizá sí. Solo tienes que madurar.

Pero eso es lo más complicado. Eres la persona más querible de todo el pueblo, y tu capacidad para hacerles creer a los demás que ellos, y solo ellos, importan cuando les hablas es tu mayor atractivo. Además, eres guapo y tu sonrisa, que por alguna razón sabes manejar, es sin duda lo más desarmante de tu persona. Para la persona con la que hablas estás tan presente, y tan increíblemente disponible, que es imposible que no suponga que quieres que te pellizque ese hoyuelo de pillo que te sale en la mejilla cuando te ríes y poseerlo no solo por una noche, sino el resto de su vida. Te vi aquel día que fuimos al estanco a comprar un paquete de tabaco de liar y le sonreíste a la dependienta cuando le preguntaste por un mechero nuevo; no, el azul no, el carmesí, tu color favorito, le dijiste, lo que hasta una idiota habría comprendido que era tu forma de preguntarle a ella cuál era el suyo. O la vez esa en la que, al tomarnos una copa la segunda noche, apoyaste los dos codos en la mesita del bar que nos separaba y pusiste el mentón y las mejillas entre las palmas de las manos y me preguntaste por mis veranos de pequeña en la cabaña del abuelo con vistas al lago, y yo en lo único en lo que podía pensar era: ¿para qué hablar?, lo único que tengo son sus ojos y quiero que él se limite a mirarme… Hasta que de pronto comprendí que no oía ni una palabra de lo que decías… Me creía la mujer más especial de la faz de la Tierra. Habrá más gente enamorada, y sin duda nosotros no éramos distintos, pero en ese

momento, en nuestro bar de vinos, me hiciste creer que habías reinventado lo que era el amor: y pensar, no paraba yo de repetirme, que anoche mismo me miraba de esa misma manera y yo todavía no sabía ni su nombre y, menos aún, cómo se apellidaba. Ay, y luego aquella vez, otra noche, en la que me dijiste que fuera andando detrás de ti porque había dos cabezas rapadas que venían hacia nosotros con evidentes ganas de pelea. Te detuvieron, uno se paró delante mientras el otro amagaba con ponérsete detrás, y en eso le pegaste al primero tal puñetazo en la boca que cayó al suelo y el otro salió corriendo en el acto. Y de pie sobre el que yacía en la acera, que empezaba ya a sangrar por la boca y la nariz, sacaste el móvil, le hiciste una foto y le preguntaste si prefería que llamaras a la policía o a una ambulancia. Él descartó ambas opciones con un gesto de la mano. Tú llamaste a la policía, que al poco apareció y reconoció al tipo incluso de nombre. Lo que me gustó de aquella escena no fue tu valentía, o que me dijeras que me apartara y, después, que no me acercara mientras le hacías varias fotos al cabeza rapada caído. Fue la increíble antelación con que anticipaste problemas y que pensaras en lo que ibas a hacer mucho antes de que se nos acercaran. Cuando volvimos a la academia, me enseñaste la mano y tenías marcas de dientes en los nudillos del puño derecho, que te sangraba. «Imagínate su boca», dijiste. No era *krav magá*, pero las marcas se te quedaron varias semanas. Luisa se fijó en tu mano unos días después en la comida y se enteró rápidamente de lo que había pasado. Lo irónico es que no te lo preguntó a ti, me lo preguntó a mí. En ese momento yo creía que nadie se olía que estábamos juntos, pero resultó que lo sabía todo el mundo. Ella se puso como una furia: «Podrían haberte matado, podrías haber acabado en el hospital, habrían sido capaces de matarte y luego alegar defensa propia». A mí ni se me había pasado por la cabeza ninguna de esas opciones. Se me ocurrió entonces que ella se habría enfrentado a ellos, o al menos se habría interpuesto entre vosotros.

He aquí otra lección de por qué ella te conviene más que yo. Esa mujer pelearía con uñas y dientes por salvarte. Y por conservarte. De pronto me dio miedo que estuviera haciéndose amiga mía; debió

de dar por sentado que yo no importaba, que no tenía ninguna posibilidad, que no era nada. Solo una follamiga.

Poco a poco empecé a odiar que fuese tan solícita y le cogí manía, sobre todo una vez que quedó claro que tú y yo ya no nos hablábamos, que es lo que quizá ella había querido, incluso aunque no lo reconociera del todo. Luisa no ha hecho nada por instigar nuestro distanciamiento —no es de esas—, pero estoy segura de que se ha fijado en la frialdad que se cuela entre unos antiguos amantes condenados a desayunar, almorzar y cenar en el mismo comedor pequeño, por no hablar de la hora del cóctel diaria, y de tener que verse las caras días tras día sin nada más que decirse, y, lo que es peor, fingir que nunca pasó nada de enjundia entre ambos. Que dos personas puedan volverse unos desconocidos después de lo que tuvimos me supera totalmente. Ahora incluso hemos llegado al punto de evitar cruzar la mirada. Cuando yo miro, tú no me miras; cuando tú miras, yo aparto la vista. ¿Cómo hemos podido llegar a esto?

Una noche, de buenas a primeras, y sin que ninguno de los dos lo planeara, salimos a la vez del comedor. «¿Piensas ignorarme toda tu vida?». Yo no daba crédito a lo que oía. «¿No te parece que nos hemos intercambiado los papeles?». «¿Intercambiado en qué sentido?», me preguntaste. Odio cuando haces eso. Luego, de nuevo de la nada: «Están poniendo una peli alemana», «¿Y?», «¿Quieres ir?». Quise decirte que sí en el acto, y supe que iba a hacerlo, pero también quería que vieras que me lo pensaba. «Sí, va, por qué no». «Teresita viene también». Menuda encerrona me habías hecho. Así que te dije lo que pensaba: «Contigo a solas sí habría ido. Pero si va Teresita, te vas tú solo». «Es bailarina». «Serás muy feliz con ella». «Conque todavía me la tienes jurada, ¿eh?». Y de pronto lo vi cristalino: «Te la voy a tener jurada siempre». «Entonces todavía no lo has superado». «Entonces todavía no lo he superado». Me gustó utilizar tus palabras; fue como tocarte los labios, la boca y la frente con mis palabras. «Toda una sorpresa», añadí. Me daba igual reconocer que seguías importándome, por mucho que me hiriera en el orgullo, o lo que me quedara de él. «Entonces le digo a ella que he cambiado de opinión». «¿Para qué,

para ir solo conmigo? Ve con ella y ya está». «Vale, vale —dijiste—. Creía que las pelis alemanas eran tu rollo». «Bueno, da igual. Además, esa ya la he visto». Aun así habría ido contigo, podría haber añadido, pero no lo hice.

Cuando volví al comedor para prepararme una infusión allí en vez de hacérmela en el cuarto, me encontré con Luisa sentada a la cabecera de la larga mesa vacía, que no es donde suele sentarse; no había nadie más en la sala y ella todavía no se había ido a casa. Tomaba una manzanilla. Se la veía un tanto abatida. «¿Qué te pasa?». Sonrió —una de esas sonrisas distantes y cordiales— y luego sacudió la cabeza. «Ahora te toca a ti saber».

«¿Se lo has dicho a él?».

«Nunca».

Pasé en el acto de resentir su dulzura a dejarme inundar por admiración y caridad por ella. Yo allí soltándotelo a ti todo y ella viendo cómo cortejabas a una mujer tras otra. «¿Puedo ayudarte en algo?». No respondió en el acto. «Esto me ayuda», dijo entonces, refiriéndose a mi ofrecimiento, o puede que solo a la manzanilla. Qué mujer. Nunca he conocido tanta paciencia combinada con semejante pesar y fortaleza en una misma persona. Por fin se levantó, cogió la taza y el platillo y fue a dejarlos en la cocina. Se puso el abrigo, que tenía en el respaldo de la silla de al lado, y me dio las buenas noches. Momentos después la oí arrancar el coche.

Luisa está más enamorada de ti de lo que yo creía.

Más enamorada de ti de lo que yo lo estaré nunca.

Eso me consuela. Pero también me recuerda que quizá lo que yo he estado sintiendo todo este tiempo sea vacío. Una forma hueca de herida. Amor superficial, amor de borra. Me recuerda a esos jerséis de cachemira caros que se ven en las boutiques de lujo, todos relucientes en sus atractivos tintes y con un pelo de lo más suave, pero que después de ponértelos varias veces se te llenan de bolitas y pelusa. Para nada cachemira auténtica. Y quizá así sea yo: para nada auténtica. Y por eso te perdí.

A veces siento que la vida me invitó a vivir. Y yo acepté. Pero la vida cambió de parecer y aplazó la cita *sine die*. O puede que, sin siquiera saberlo, fuera yo la que pidió el aplazamiento, porque quería

más y mejor, y la vida se había quedado sin opciones. «Vuelve el año que viene», me decía.

Me han contado que te has ido esta mañana temprano. No te has despedido. Han dicho que ha sido por algo urgente. Yo no me lo creo; lo más seguro es que hayas usado lo de «urgente» para no disgustar al director, al que le da mucha rabia que la gente se vaya antes de acabar la estancia. No les costará mucho ocupar tu plaza con alguien de la lista de espera, sobre todo con las Navidades a la vuelta de la esquina. Me estoy pensando pasar aquí las vacaciones; seguramente esto se quede medio vacío: ya nos han amenazado con almuerzos escuetos y platos más ligeros en las cenas, y piensan apagar la calefacción de uno de los edificios anexos. Aun así, estoy deseando que se vayan casi todos los compañeros y nos quedemos los justos. Es curioso, llevaba ya un tiempo sin hablar contigo, y he procurado no pensar tanto en ti, pero ahora tu repentina desaparición ha revelado que seguramente albergaba ilusiones tácitas que se han visto truncadas sin que yo haya llegado siquiera a saber cuáles eran. Quizá una muy tibia reconciliación o una tregua cautelosa que no iría más allá de un «qué tal» de cortesía mascullado al cruzarnos por la escalera, desafecto y distante, aunque marcado por el recuerdo residual de algo perdido o guardado bajo llave.

Ahora no queda ni eso.

He subido a tu cuarto después de desayunar, he cerrado la puerta y me he acercado a las ventanas, donde me he detenido y he puesto los brazos en el alféizar. Tu espacio, tu mundo, tus vistas. Itamar. Qué raro: tu cuarto me ha resultado muy acogedor ahora que tú no estás. Ha sido la primera vez que he venido y no me he sentido azuzada para irme. Solo veníamos aquí cuando se te olvidaba algo, la cartera, las gafas, tu maquinita de liar. Pero nunca tuve ocasión de sentarme en una de tus sillas o de tenderme en tu cama; además, siempre dejabas la puerta abierta cuando entrábamos, como si estuvieras deseando que nos fuéramos. Hasta ahora no había visto adónde daba tu ventana: a la estación de trenes, a la vía gris y a la

fuente grande e insulsa en la que un instalacionista construyó una estrafalaria caseta de perro en forma de cruz. No te entraba mucha luz. Yo no entendía cómo le habían asignado esa habitación a un pintor; te lo dije una vez, pero tú me respondiste que te daba igual y pasaste del tema.

La cama seguía deshecha y te habías dejado en el suelo un ejemplar de bolsillo de una novela de espías. Qué cosas, tú leyendo novelas de espías…, quién lo habría dicho.

En pocos días el cuarto será de otra persona y no quedará ni rastro de ti. Las viejas perchas de madera en el suelo del viejo armario, desperdigadas como pichones víctimas del tiro al blanco que hubieran dejado allí para que los recojan otros. Muy propio de ti, ya vendrá alguien a recoger tus miserias. Así que yo misma las recogí. Una a una, tranquilamente, como ejecutando un acto de penitencia por alguien que no podía pasar más de mí. Es la clase de cosa que haría Luisa, recoger a tu paso, como cuando encontró varios calcetines tuyos en la lavandería y los emparejó, los dobló y luego los dejó en un montoncito ordenado. ¿Cómo sabía ella que eran tuyos? ¿Te los había visto puestos? No, eres la única persona de la academia que se los olvidaría en la lavandería y esperaría que alguien se los subiera a su cuarto bien dobladitos.

Encontré una última percha sobre la cama, la cogí y la colgué con las demás en la barra del armario. ¿Se te había olvidado algo? No. Seguía dándome pena lo oscuro que llegaba a ponerse tu cuarto…, una nube pasajera y se quedaba sin luz. Pero tú nunca te quejaste. Me acordé entonces de cuando me crucé contigo abajo hace una semana. Estabas charlando con el cocinero en la despensa y tenías una bolsa de papel con dos galletas de avena. «¿Me das una?», os interrumpí. «Encantado». Me diste una galleta entera. Luego te sentaste en una silla y nos pusimos a charlar. Las típicas bromas. La típica sonrisa. ¿Éramos amigos otra vez? No me atreví a preguntar, sin embargo. ¿Qué hacías dibujando en el *office*? Te gustaba ese sitio. Es tranquilo, relajante. Hablamos un poco más. Tú en tu taburete, con las rodillas separadas, y yo de pie delante de ti, casi como una suplicante, con una galleta en la mano que apenas mordí porque no parabas de hacerme reír. Me dijiste que podías conseguir

una tercera si yo quería más. ¿A medias? A medias. Volviste a la cocina, te camelaste de nuevo al cocinero y volviste a los segundos con otra galleta, que te dispusiste a partir en dos. Me diste el trozo más grande. «¿Por qué?», te pregunté. «Porque sí». «Porque sí», repetí. Y luego, sin preámbulos: «¿No te quieres venir arriba conmigo?». Te quedaste callado, se te aflojó la sonrisa. «Hay más luz —añadí al instante—. Puedes quedarte dibujando el tiempo que quieras». ¿Para qué me molesté? Sabía que aquello no iba a ninguna parte, y utilizar la luz de pretexto, qué tontería más grande. Comprendí que había metido la pata en cuanto abrí la boca y te vi la cara. Y lo más raro es que de pronto caí en la cuenta de que tú sabías que iba a pedirte algo así en cuanto te sentaste en el taburete. Entonces ¿para qué preguntártelo? ¿Porque no habría podido vivir conmigo misma de no haberlo hecho? ¿Porque te quería arriba conmigo? ¿Porque te quería para mí? Tu respuesta fue una estaca en el corazón de un vampiro: «Creo que no puedo».

Qué educada y benevolente tu respuesta. Y qué crueldad inexorable. ¿Estabas poniéndome a prueba, burlándote incluso, o tenías tantas ganas como yo de atajar un momento de incomodidad con lo primero que te vino a la cabeza? «Creo que no puedo», dicho en tono resignado, casi melancólico, que hablaba de pesar verdadero. Escoció porque, por una vez, casi habrías preferido decir que sí y lamentabas realmente no poder.

¿Tan desconocidos nos habíamos vuelto para que me sonrojara como me sonrojé?

Te di mi mitad de galleta y empezaba a volver a mi cuarto cuando me detuve, me giré, mascando claramente palabras cortantes, sin tener ni idea de qué te diría. «¿Me perdonarás alguna vez este momento incómodo?», te pregunté en cambio.

«Perdonado y olvidado». Dicho con tu habitual jovialidad de buen perdedor mientras terminabas mi mitad de galleta de avena y pasas.

Quise seguir disculpándome, pero las disculpas que me venían a la cabeza eran tan improvisadas y flojas que preferí callarme. De haber abierto la boca, seguramente habría dicho: «¿Puedo preguntártelo otra vez?».

De haberlo dicho, seguramente habrías aceptado.

Habría sido caridad.

Pero ni tan mal la caridad… «Perdonado y olvidado». Esa noche me llevé esas palabras conmigo a la cama.

Tú no recordarás nunca nuestra breve conversación en la despensa.

Fue entonces cuando caí en la cuenta: de pronto los hombres habían dejado de mirarme. El hombre mayor de la estación, el camarero, el bueno de Robert, a todos les daba lástima. Con cada uno, una sola vez, ni una más. Dos de habérselo pedido; nunca se lo pedí a ninguno. Los hombres no me miran cuando salgo del recinto de la academia para pasear. Soy la tórtola con el corazón roto. Volar puedo volar, y arrullo y trino como las demás, pero los tórtolos saben que no deben aparearse conmigo. Lo saben sin más.

Yo soy la tórtola que se quedó. Tu cuarto vacío, esa soy yo.

Después de decidir llevarme la novela de espías y cerrar la puerta de tu cuarto, seguía sin saber si lo que me había dejado destrozada aquella tarde en la despensa había sido tu negativa rotunda o el bochorno por haber confundido nuestra charla despreocupada con un renacer de la calidez entre nosotros. Lo que más dolió, no obstante, no fue tanto tu negativa como saber que te había perdido para siempre en cuanto te pedí que vinieras arriba. Las dos cosas son lo mismo, lo sé, pero van escalonadas, primero el puñetazo en la cara, luego la puñalada en la barriga.

Tendría que haberme callado.

Tendría que haber dicho cualquier otra cosa, pero no fue así. Después de aquel día no me quedaban ya caretas que ponerme. Tú me seguiste saludando porque yo ya no significaba nada; yo, en cambio, era incapaz porque para mí tú seguías siendo lo más grande.

Nadie supo nada de ti hasta que recibimos una postal de París. Acabé inspeccionando el matasellos porque ya no me creía nada. El problema es que, ahora que estoy intentando rememorar el tiempo que pasábamos juntos, veo que en realidad nunca me mentiste. En tus peores momentos fuiste reservado y evasivo. No querías hacerme daño, nada más. Así que pasabas de puntillas por la verdad.

Ayayay… ¡Perdonado!

He sabido siempre que nunca me habías querido; igual que a veces pienso que yo nunca te quise, ni siquiera al principio. Quizá no deseaba reconocérmelo a mí misma, igual que parte de mí sigue negándose a creer que sí que te quise. Todo pensamiento tuyo venía siempre entreverado con algo parecido a la negación o incluso el desagrado, pero en cuanto dijiste «creo que no puedo», lo único que deseé, a la desesperada, fue a ti, posiblemente porque por fin me habías cerrado la puerta en la cara y supe que nunca volvería a abrirse. Cuando conseguí abrirla, sin embargo, tú ya te habías ido. Puede que entrara para demostrarle a todo el mundo que se equivocaba, con casi la ilusión de pillarte allí todavía, durmiendo o tendido en la cama leyendo tu novela de espías. Fue como entrar en la habitación de alguien la mañana que ha muerto y esperar que siga allí, tomándose un café en la cama. Solo dos días antes de que muriera, yo le había estado dando un masaje en los hombros a mi abuelo. No hace ni un mes que tú y yo subimos a este cuarto para coger el móvil que se te había olvidado en la mesita de noche. Ahora la habitación solamente contiene perchas inertes e inútiles.

Por paradójico que parezca, ahora que te has ido para siempre ya no puedo seguir fingiendo que no te echo de menos.

¿Puedo siquiera imaginar cómo será la vida aquí, ahora que te has ido? ¿Cómo serán los domingos que me quedan en la residencia sin la esperanza de cruzarme contigo por la calle, esos recados desesperados de última hora para comprar comida en domingos moribundos, mi última carta antes de que se haga la oscuridad? A diario me acuesto pensando en ti, me despierto pensando todavía en ti; a veces intento dejar un ojo abierto porque no quiero dejar de pensar en ti, e incluso recibiría de buen grado una pesadilla siempre que aparezcas en ella. Lo único que quiero es estar entre tus brazos. Nada de sexo si tú no quieres, ni besos si mis labios no te excitan, quizá los dos vestidos de arriba abajo, tú con tu peto, yo con mi sudadera desvaída y mi blusa esta vez abrochada hasta arriba, solo en tus brazos, solo abrazando, quedándonos dormidos juntos. Si

esto lo estuviera escribiendo otra persona, diría que está engañándose. Y sin embargo yo lo único que quiero es estar entre tus brazos como estaba cuando hacíamos el amor. Sí, me atrevo a llamarlo «hacer el amor» porque así eras tú, herencia de tu madre en a saber qué pueblo anónimo de la isla de Itamaria, donde los niños campan libres y descalzos y vuelven a casa corriendo cuando sus madres los llaman para comer un guiso delicioso, para un abrazo, otro, y otro más, tesoro mío, porque te he echado de menos igual que sé que tú me has echado de menos a mí. Itamar rima con amar. Podías haberte mostrado indiferente conmigo, pero en cambio me mirabas como si murieras de hambre por lo poco que yo tenía que ofrecerte, y tanto tu hambre como tu gratitud relucían en tus ojos morenos cuando me mirabas así, y yo no sabía decir si eso era amor o algo muy parecido, o simplemente tu forma de decir: «Gracias, Mariana, eres la mejor».

Ahora estás conmigo mientras te escribo…, y no quiero parar de escribir. Escribo aquí todas las noches. Y es como estar contigo. Me quejo, gimoteo, protesto y culpo. Tú nunca respondes, me escuchas con atención, asientes. Has estado conmigo todo este tiempo. A veces me llevo el portátil a la cama y me meto entre las sábanas contigo. Escribo aquí todas las noches. Tú escuchas, asientes; con que asientas me conformo.

Una amiga me dice que no te mande esta carta, que la escriba para mí y luego la guarde. Pero eso sería como masticar una tarta rellena de natilla, pasas y fruta escarchada venida de los lugares más exóticos solo para negarse a tragarla; como beber los mejores vinos y hacer lo que hacen los catadores, escupir el vino en un vasito. Si la estoy escribiendo es para que la leas.

Pero qué mentirosa soy. En realidad no voy a tener valor para mandarla. Así que ¿para qué escribir? ¿Para estar contigo? ¿Para zarandearte? ¿Para molestarte? No lo sé.

Quizá no sea para denigrarte ni hacerte daño, sino para que te pongas en la piel de alguien que te quiso con tal ardor que quizá sea a través de la vergüenza y no de la empatía o de la compasión la

manera en que por fin lo entiendas, y al entenderlo, acabes echando de menos lo que yo estaba tan dispuesta a ofrecer. Pero ¿acaso no es esta la ilusión definitiva: desear que un día la persona que me echó a patadas de su vida se dé cuenta, al leer lo que pongo en negro sobre blanco —cuando ya sea demasiado tarde—, de que lo que yo tenía que dar, lo que estaba allí sin más al alcance de la mano, era justo lo que él más anhelaba y de que tan ricamente lo habría cambiado por todas sus fugaces Wendys, Elisas y Ekaterinas? Pero ahí está la ironía cruel: quizá yo llevaba razón al ofrecer lo que tenía, simplemente no era la donante adecuada.

Así que aquí estoy tendida en la cama con el portátil en la colcha y, en vez de investigar sobre una desconocida novela publicada en 1669, lo único que hago es pensar en ti. Lo hago por rachas, menos mal. Primero la mente se me va hacia otras cosas, luego siento un dolor y ahí estás tú, y lo único que hago es escribir sobre ti, hablar contigo, intentar en todo lo posible resucitar recuerdos de nuestro breve tiempo juntos. Hay días en los que sigo esperando una postal tuya. Me gusta aguardar una señal que sé que no llegará. Hay un joven compositor esloveno en la academia que recibe gruesos sobres por correo aéreo cada pocos días. Los lee con fruición y no puedes ni hablarle mientras los devora. Su madre, su novia, su pareja, a saber. Qué envidia. Ojalá me mandaras un sobre con un grueso acolchado para que yo también pudiera hundirme en uno de esos sillones vencidos de la sala del café y leer algo que sé que no será una disculpa ni una reconciliación, ni siquiera una invitación a ir a verte adonde sea que estés ahora. Aceptaría hasta la postal más protocolaria, un correo, un mensaje de texto. Lo único que quiero es contacto, por mucho que te sintieras obligado a recordarme que nunca habrá nada entre nosotros. Quiero contacto del mismo modo que lo único que quería en aquella aciaga tarde en la que me rechazaste era contacto. Solo tendernos juntos y que me abraces, eso es todo lo que quiero, te lo juro.

Dentro de un mes, de un año, ¿quién seré, cómo recordaré todo esto? ¿Seguiré dolida, seguiré queriendo ese dolor, habrá alguien

nuevo, o recordaré esta temporada en el infierno y diré estaba mejor entonces de lo que estoy hoy, en aquel momento estaba viva, ahora no lo tengo tan claro?

Sé que nunca mandaré esta carta. Pero no pienso tirarla. Si tengo un hijo, quiero que algún día la encuentre y vea tu nombre y se pregunte quién era el tal Itamar. Quiero que te localice o te escriba y te diga: «Mariana murió. Encontré su nombre entre las cosas de mi madre y he querido darle la noticia». ¿Por qué tendría él la necesidad de darte la noticia? Porque nada acaba. Si tú también estás muerto, quizá mi hijo localice a tus hijos y les diga: «He encontrado esto sobre vuestro padre y he pensado que a lo mejor queríais una copia. Me encantaría conoceros». Me imagino perfectamente a nuestros hijos de mayores contándose entre ellos, preguntándose quién fui yo y quién fuiste tú ese año, y todo para resumirlo con un resignado y simple: «Pobres, hace tanto de eso». Y de hecho, se me antoja ya tan lejano, pese a que tú acabas de irte… Con todo, me basta con escuchar el viento dando un portazo abajo para sorprenderme de pronto haciendo algo contra lo que no puedo luchar y que no quiero desaprender: tener la esperanza de que seas tú. Y ahora que lo pienso, lo único que aún no puede morir incluso después de que los dos hayamos muerto es esta misma esperanza. Vuelve a la vida en cuanto suena un portazo, en cuanto escucho pasos por las escaleras seguidos por los dos o tres timbres que surgen de tu bici, hasta que se abre la puerta y yo te cuelo las manos por debajo del abrigo de lana gorda desabrochado y no te suelto. Eso, eso no puede morir nunca. Alguien lo heredará. Envidio a nuestros herederos.

Epílogo

Quise escribir *Mariana* hace años ya, en uno de los veranos más calurosos que he vivido. Ese año me pasé días enteros de junio y julio en la azotea de un edificio del Cambridge estadounidense, leyendo obras escritas durante el reinado de Luis XIV. Sintonizaba mi pequeño transistor en una cadena de música clásica; me ponía un bañador, una camisa holgada, gafas de sol, sombrero y crema solar. Cada cierto tiempo, tal y como se describe también en mi novela *Harvard Square*, bajaba un tramo de escaleras hasta mi pisito para rellenarme el vaso de agua fría. Otras dos personas subían a broncearse en la azotea; ellas como yo preparaban los exámenes orales y las tesinas. De vez en cuando intercambiábamos cuatro palabras para, al punto, volver a nuestro trabajo: no se permitían distracciones. Avanzada ya la tarde, me bebía una limonada con un chorrito de ginebra. A veces les ofrecía a los otros dos; aceptaban, aunque no siempre. Leí las memorias del Cardenal de Retz, extensas antologías de Saint-Simon, toda Madame de La Fayette, Raine, Pascal, La Rochefoucauld y Pierre Nicole. Pero la única obra que me dejó transido fueron *Las cartas portuguesas*, un volumen muy delgado que reunía cinco cartas escritas supuestamente por una joven monja portuguesa desairada por un oficial francés que volvió a su país después de seducirla y abandonarla. La monja se llama, tal y como se revela en dos ocasiones en las cartas, Mariana. Me enamoré de su voz.

Quise contar de nuevo su historia, pero en aquella ocasión no me atreví. Este deseo mío, sin embargo, se renovó cuando mandé leer la obra antes de la pandemia en la asignatura que doy en la facultad y decidí así releerla por enésima vez. Quedé igual de fascinado. La

franqueza del pesar de Mariana, lo elegante y sensible de su empeño por purgar las cartas de toda acritud, y la irresistible gracia de su sabiduría cuando suplica al amante, pese a saber que es en vano, todo eso me cautivó. Me asombraban sus percepciones desencantadas, casi despiadadas sobre su amante, si bien sus percepciones sobre sí misma no eran menos despiadadas. Los franceses llaman a esta mentalidad desengañada y cruda *ésprit de pénétration*. El verano después de dar aquella asignatura decidí escribir una versión moderna sobre una estudiante de posgrado llamada Mariana.

Tiene veintipocos años y está pasando una temporada en una residencia artística de Italia, donde trabaja en un manuscrito sobre una novela publicada en 1669. La situación no difiere mucho de la de *Llámame por tu nombre*, salvo porque esta vez no es Oliver sino Mariana, y no se aloja en casa de su profesor de la facultad, sino en una residencia. Tenía varios lugares en mente al ambientarlo en Italia, pero no menciono ninguno en concreto. En su primera noche, durante un cóctel de orientación, Mariana conoce a un pintor que está en la misma residencia y al instante queda prendada de él. Es una atracción instantánea y apasionada, que derrumba en el acto todas las salvaguardias tradicionales del Medio Oeste estadounidense de donde proviene ella. La joven está perdidamente enamorada; la pasión del hombre se enfría más pronto que tarde.

Es imposible conocer a alguien que no se haya enfrentado al rechazo al menos una vez en la vida, o que no se haya abatido por el vacío que te hace un amante. Que levante la mano quien no se haya obsesionado alguna vez con las idas y venidas de un amante de un pasado lejano, de alguien al que una vez estrechamos en nuestros brazos y que ahora hostiga todos nuestros pensamientos pero no quiere saber nada de nosotros. ¿A quién no se le ha roto el corazón por no poder hablar con la persona a la que todavía desea, pero que apenas le ha dedicado una mirada? Cuando vemos a esa persona, nuestras palabras mueren en nuestra boca. El único que podría consolarnos es el mismo que nos causa el pesar.

Pensada como una carta que quizá ella nunca se decida a enviar, la narración de mi Mariana versa sobre dos ejes: la rememoración de

su tórrida aventura y sus lamentaciones por los intentos infructuosos de recuperar al amante. Entretanto, Mariana comprende que ese hombre le ha mentido y que la ha engañado prácticamente desde el principio. A la única persona a la que respeta en esos momentos es a la secretaria de la residencia, que está resignada a abrigar su amor por el mismo hombre sin revelarlo; él nunca conocerá su amor, y menos aún le prestará atención. Mariana envidia la abnegación muda de la secretaria, por mucho que ella se sienta incapaz de actuar de esa manera. Una noche, cuando se encuentra al hombre en la cocina de la residencia, no puede evitar pedirle que suba con ella a su habitación. La respuesta de él la trastoca.

Escrito no por una mujer, sino por un diplomático francés llamado Gabriel-Joseph de Lavergne, conde de Guilleragues (1628-1684), el relato original de Mariana causó furor en la sociedad francesa de 1669. Aquellas cinco misivas no tardaron en verse sucedidas por otras cartas escritas por distintas manos; algunas afirmaban estar escritas por la propia monja en apuros, otras por el oficial francés que estaba contestando a la primera tanda de cartas, seguidas por más y más cartas. Por toda Europa aparecieron varias colecciones de *Cartas portuguesa*s, y, según los estándares actuales, bien podían entrar en la categoría de *fan fiction*.

Mariana Alcoforado (1640-1723), a quien más tarde se le atribuiría la autoría de las cartas, fue ciertamente una novicia portuguesa, pero se duda de que realmente fuera la Mariana de las cartas. Sin embargo, hoy en día, tanto en Portugal como en Brasil, Mariana Alcoforado sigue siendo la autora indiscutible de las cartas. Lo irónico es que el «original» portugués de *Cartas portuguesas* no se encontró nunca o, lo que es más probable, no existió siquiera, lo que explicaría por qué la versión que normalmente se acepta todavía como la auténtica en el mundo lusófono no es ni más ni menos que una traducción del francés.

El sino de esta Mariana seducida y prendada de amor quizá explique por qué los lectores se vieron tan atrapados por la sola mención de una joven monja que dejó entrar en su pequeña celda a un amante francés, poniendo en gran peligro no solo su reputación, a su familia y el honor del convento, sino también a sí misma, pues

la pena por tener relaciones con cualquier hombre era de una severidad extrema. Podría darse por hecho que su amor prohibido por el oficial atrajo a muchos lectores ansiosos por imaginar la escena licenciosa en la celda, pero Guilleragues no da detalle alguno. Mariana está sola.

Uno siempre se queda solo cuando acaba el amor. Y tal vez fuera eso lo que quise plasmar en mi versión del relato de Mariana: no solo el dolor de contemplar cómo el amor de alguien, si es que fue amor en algún momento, nos dio la espalda, sino también la soledad que siguió al amor, la soledad que crees extirpada de una vez por todas de tu vida pero que, de pronto, te viene devuelta por la misma persona que, durante un breve tiempo, parecía haberte rescatado de ella. Esto, al fin y al cabo, es lo que nos cuesta perdonar: no que nos engañaran, sino que nosotros mismos nos buscáramos ese engaño, lo alimentáramos, lo dejáramos ulcerarse y lo necesitáramos a toda costa porque, sin él, estaríamos volviendo a ser lo que sabemos que somos: almas desamadas, deshechas y solitarias.

Polizones

Para Alex, para siempre

Relato

El correo de Carol llegó a última hora de una calurosa tarde noche de julio mientras Julian estaba viendo una serie policiaca con su marido, Dennis. Acababan de terminar de cenar y se habían pasado al sofá, bajo el aire acondicionado, que zumbaba a toda potencia. Era una típica velada de verano entre semana en Manhattan, cuando nada, ni una ducha fría, ni una bebida helada, ni un paseo tan dilatado como apático por los refrescantes pasillos de un veinticuatro horas, consigue que la isla se zafe del calor que se apodera de ella. El tiempo de julio. La voluntad flojea, la pereza se impone, la mente cabecea aletargada y no se hace nada.

Así se sentía Julian aquella noche cuando vio el destello de un correo en el móvil. Pasaba de dedicarle un pensamiento. Ni conocía a esa persona ni le sonaba de nombre y, por pura indiferencia tras una mañana pleiteando en sala, lo habría borrado sin más historia de no haber sido por la frase del asunto: «De parte de Paul Axel». ¿Un correo de un muerto?, se preguntó. Luego, al comprender que le escribía otra persona en su nombre, decidió guardarlo, pues imaginó que sería para anunciar algún homenaje póstumo o una causa benéfica apadrinada por la familia del difunto.

Nada más terminar el episodio que habían puesto, se acordó de echarle un vistazo al correo mientras Dennis metía los platos en el lavavajillas. Era una misiva muy breve en la que una mujer le informaba de que tenía que transmitirle un mensaje de parte de Paul Axel, pero preferiría dárselo en persona. Ella se iba dos semanas de vacaciones a Sicilia con su marido, de modo que «le estaría agradecida» si él pudiera hacerle un hueco para quedar «prontito».

«Prontito», palabra que ella misma había entrecomillado, precedida del sucinto «agradecida», sin comillas, era claramente su manera de decir «ahora o nunca». Áspera, mandona, con un punto demasiado seco y, en última instancia, presuntuosa. Pero ya vería, se dijo. Rara vez mandaba correos después de las diez de la noche.

A la seis de la mañana, antes incluso de leer los titulares de la edición digital del *Guardian* y del *Financial Times*, respondió con un elegante «Por descontado». Ella le devolvió la volea en el acto con otras dos palabras: «¿Dónde, cuándo?».

Julian dejó pasar un rato antes de responder, sugirió luego el viernes a las diez de la mañana a las puertas del restaurante Bryant Park Grill. Si hacía mucho calor, siempre podían entrar y tomarse un café allí mismo. «Quedemos mejor dentro. Se está más tranquilo», respondió ella. A él le pareció bien. Los viernes, le explicó, tenía menos trabajo. No recordaba si estaría abierto para las diez, pero ella solo había propuesto quedar allí y luego ya verían.

Los abogados de su bufete vestían menos formal los viernes; algunos ni siquiera iban al despacho. Julian se dedicaba al derecho procesal, le explicó, y la semana siguiente tenía un caso complicado, de modo que debía pasar por el despacho para recoger unos papeles, hacer unas llamadas y luego salir pitando a Penn Station para coger el tren, porque iba a pasar el fin de semana largo en la playa. «¿Cuándo vuelve?», le preguntó ella, ignorando de plano aquellos locuaces detalles sobre el trabajo o la carrera para llegar a la casa de la playa. «El martes», respondió. Para entonces, ella ya estaría en Sicilia, le escribió. «Nos quedamos con el Bryant Park», contestó la mujer. La respuesta fue tan al grano que Julian la sintió casi como un pinchazo inofensivo pero que te deja preguntándote por qué te ha dolido. «P. D. —escribió ella—: su nombre aparece a menudo en los diarios de Paul, pero ya le contaré más cuando nos veamos». Julian no tenía ni idea de por dónde iban los tiros.

Carol sentía curiosidad por conocerlo. Se había hecho lo que entendía que era un retrato bastante fiel del joven gracias a los diarios de Paul, los mismos que hacía poco habían donado, ella y la

hija de su amigo, Anna Livia, a la Biblioteca Pública de Nueva York. Unos meses antes, le había pedido permiso a la chica para leer los diarios del padre. Anna Livia se lo concedió sin pensárselo, pues conocía a Carol desde su más tierna infancia y estaba perfectamente al tanto de la amistad que la había unido a su padre. Habían mandado escanear con sumo cuidado las partes manuscritas para luego guardarlas en un *pendrive*; el resto del diario, desde mediados de los ochenta en adelante, lo había escrito directamente en sus sucesivos ordenadores. Habían encargado tres copias tanto de los diarios manuscritos como de los digitales y las habían pasado a tres *pendrives*: uno para la biblioteca, otro para Anna Livia y el tercero para Carol. Se ofrecieron a hacerle una copia a Connie, la mujer de Paul, pero esta no había querido saber nada del tema; ella lo había amado con pasión desde un comienzo, una pasión que se tornó una hostilidad del mismo calibre conforme él fue tratándola con cada vez más indiferencia.

Cuando iban camino de la biblioteca para entregar los ejemplares físicos y el *pendrive*, Anna Livia le explicó que podrían consultarse siempre que ella diera su consentimiento por escrito; si bien se le hacía extraño que hubiera quien quisiera leerlos, no podía negar que Paul había tenido gran cantidad de amistades y que quizá a muchas de estas les apetecería hojearlos.

«¿Qué vas a hacer con tu copia?», quiso saber Anna Livia. «Leeré pasajes de vez en cuando», respondió Carol. Sabía, sin embargo, que quería leer y releer todo lo que Paul hubiese escrito sobre ella en los primeros años de universidad, cuando ella, apoyada contra una pared fría y fea, un día le pidió a bocajarro que la besara. Al año siguiente se encontraron en una fiesta en un piso de Charles Street, hicieron el amor, rompieron y no volvieron a acostarse. Aun así, lo mejor había sido ir los dos todas las noches a la biblioteca de la facultad, primero para traducir *Rebelión en la granja* al griego clásico y luego para leer juntos a Dante. Al principio iban a un bar que había cerca de la biblioteca, hasta que la parada allí se convirtió en un ritual que a ambos les gustaba hacer como que no era nada fijo, sino siempre un plan de última hora, razón por la cual ambos reían cada vez que uno fingía olvidar lo del bar antes de regresar a sus

respectivas residencias. Se leían mutuamente el pensamiento y disfrutaban de esa sintonía mental que tenían. Hacía ya tanto de eso, pensó entonces. Ahora a Anna Livia le faltaba poco para cumplir treinta años. Qué ironía de la vida que la chica superara ya en una década la edad que tenía la propia Carol cuando iba a la universidad.

Toda una vida en un pequeño *pendrive*, había comentado la hija mientras ambas salían de la biblioteca tras la reunión con la archivera.

«Hasta que no he leído estas páginas no he llegado a entender quién era mi padre —dijo—. Ahora lo conozco mejor, pero antes lo quería más».

«Quién sabe si no queremos a las personas precisamente porque no nos dejan que las conozcamos», quiso decirle Carol, pero en cambio calló. Esa frase bien podría haberla dicho el propio Paul. Conociéndolo como lo conocía desde hacía tantos años, y sobre todo después de leer sus diarios, era muy consciente del amor que le tenía él a lo paradójico y a las entelequias. A veces las cosas que decía oscilaban como buscando un equilibrio entre la sabiduría en bruto y el absurdo bien pulido. Le encantaban esas apreciaciones hipotéticas, como castillos en el aire: «Queremos a quienes no podemos conocer»; «Es nuestro primer y último movimiento»; «La intimidad —solía decir— es mejor entre desconocidos»; «Rara vez somos quienes somos con quienes conocemos».

Había pasado más tiempo en la cabeza de Paul durante los meses que estuvo leyendo el diario que en el trascurso de su larga amistad. Con los pensamientos de su amigo a su entera disposición, había convivido con él, lo había comprendido mejor y había acabado queriéndolo pese a los maliciosos y cáusticos comentarios sobre el comportamiento de la propia Carol, que no se los tomó a bien, pues le hicieron sentirse vulnerable. Nunca creyó que alguien tan distraído como Paul fuese a abatir de esa manera lo que ella creía que eran sus escudos intactos. Con qué facilidad había desenmascarado él los pretextos nerviosos y falsos de ella para llegar siempre tarde, cuando era evidente que ambos deseaban verse. Y qué fútiles las maniobras de distracción de Carol cada vez que él se ponía a rememorar la noche que habían pasado juntos tras encontrarse en la

fiesta de Charles Street después de terminar la carrera. Cuando él había intentado hablar con ella de cómo recordaba aquella noche, ella siempre le había hecho ver que también podría no haber pasado. Esos momentos, sin embargo, resurgían infinidad de veces en el diario, tanto en las entradas del día en cuestión como en las de años posteriores al volver a recordarlos, como si husmeara en busca de huesos que hubiera enterrado allí sin saberlo y tratara de recuperarlos con la esperanza ciega de un veterano inspector de policía que busca una coincidencia de ADN mucho después de que hayan arrestado, condenado y ejecutado a su sospechoso. Carol prefería dar a entender que no se acordaba ni del cuándo ni del dónde de lo hecho o dicho. Todo eso pertenecía a lo que ella una vez llamó «historias del otrora y del allende». Salvo las veces que se tomaba una copita o le daba por fingir que había bebido más de lo que tenía por costumbre. Esto último solía hacerlo cuando estaba con su marido y Paul con Connie, y, como se sentía más segura en compañía de los cónyuges, Carol le dedicaba a Paul esa mirada y entonces él sabía —porque así lo quería ella— que su otrora y su allende no se habían desvanecido del todo, sino que, como un objeto en una casa de empeño, era fácil volver a verlo, pero no tanto rescatarlo. Tal y como decía él a menudo en su diario, estaba «suspendido *sine die*», o sea, sin suceder, y sin que nunca fuese a suceder. Según el diario, no obstante, el primer beso que se dieron le había alterado la vida para siempre, o, en palabras del propio Paul, «le había frenado en seco la vida». El resto no había sido más que nadar en el sitio. «A mis veintidós años en esa noche de noviembre, paré de crecer —escribió—. Los años siguieron acumulándose pero con el tiempo ya detenido».

«¡Tienes que pasar página!», le dijo una vez Carol, no sin razón, y él incluso lo había recogido palabra por palabra: «¡Tienes que pasar página!». Pero era incapaz. Lo que ella en realidad había querido decir era: «Yo no me he olvidado de nada, y a ti ni se te ocurra olvidarlo, pero tampoco vayas a mencionarlo». El silencio y una simple mirada eran la forma que tenían de mencionarlo cuando no podían contenerse. El silencio bastaba y sobraba, el silencio lo decía todo, el silencio había llegado antes que la vida y sobreviviría hasta

mucho después de que les cerraran el ataúd en la cara. «Nunca pedimos vivir, nunca pedimos nacer. ¿Quién necesitaba amor a ese precio?», había dicho él en otra ocasión.

Ahora, después de pasar tanto tiempo entre sus páginas, podía asegurar conocerlo mejor que nadie. De seguir con vida, ella lo querría ver muerto, nunca lo perdonaría y juraría que no volvería a tener tratos con él. Paul la había querido sin pausa ni remisión, escribió un día, como si su amor fuera un pecado imposible de expiar. Lo combatió, lo negó, lo burló y dejó que lo consumiera hasta que el mero hastío se impuso y redefinió todo lo que él tocaba, para acabar ahogándolo en su propia bañera una tarde de sábado que su mujer había salido.

Lo reconoció al instante por las cuatro fotografías que Paul había sacado de internet y había incluido en el diario: Julian llevaba su característica pajarita en todas las instantáneas. Ese día también apareció con una puesta. Aun así, Carol no esperaba a alguien de treinta y largos años. Él también la identificó rápidamente al llegar al lugar de la cita. ABRIMOS A LAS 11.30, decía un letrero en el Bryant Park Grill.

—Una pena —dijo Julian señalando el horario. Tal y como ambos habían previsto, la mañana empezaba cargada de calor y humedad —. La cosa podría ir a peor —añadió haciendo un comentario pasajero sobre el tiempo al ver que la mujer no decía nada.

—Bueno, pues nos sentamos aquí en la calle —dijo Carol.

Él necesitaba un café de la cafetería de enfrente.

Ella lo esperaría allí, dijo.

—Pero no tarde mucho —añadió, pues lo de «necesitar» un café se le antojó vagamente inapropiado.

Pese a todo, de repente cambió de parecer y dijo que le apetecía también un café, que iba con él. Pagó por los dos y luego volvieron juntos a una de las mesitas redondas metálicas con sillas naranjas que salpicaban la terraza del Bryant Park.

—¿Ese era el Starbucks donde veía a Paul todas las mañanas?

—Sí.

En cuanto se acomodaron, ella le preguntó:

—Bueno, ¿quién empieza?

Julian la miró desconcertado. ¿A qué se refería? Carol, sin embargo, no le dio tiempo para elucubraciones, ni tampoco respondió a su mirada de ligera perplejidad cuando dijo sin más:

—Vale, empiezo yo.

—Sí, quizá sea lo mejor, teniendo en cuenta que no tengo ni idea de qué es todo esto.

—«Esto» —repitió ella con un bufido, como desdeñando la palabra y censurándola abiertamente, aunque luego lo dejó estar.

Se echó dos sobrecitos de azúcar en el café y, con los palillos que había cogido en el mostrador, removió el líquido con unos movimientos decididos y espasmódicos que denotaban un temperamento irascible. Le puso la tapa al vaso, le dio un sorbo apresurado, volvió a probarlo para darle una segunda oportunidad a aquel brebaje y, una vez convencida, dejó el vaso lo más lejos posible de su alcance.

—Permíteme que empiece diciendo que Paul estaba enamorado de mí. Estuvo décadas enamorado de mí. Cuando nos conocimos, yo tenía dieciocho recién cumplidos y él veinte.

Aquello pareció abocar a Julian a la pregunta que sin duda se esperaba de él:

—¿Usted también estaba enamorada de Paul? —preguntó, más por educación que porque realmente quisiera saberlo.

—No sabría decir. Me gustaría decir que no, pero en su diario siempre creyó que yo lo negaba, y quizá estuviera en lo cierto. Querer, lo quería, pero más como a un hermano, mientras que él claramente no albergaba hacia mí sentimientos fraternales. Estuvimos a pique de tener algo estable…, y de hecho pasamos una noche juntos, pero luego yo me contuve porque también a él se le cruzó algo por el camino. Qué fue ese algo, para él o para mí, adivina tú…

»Es cierto que fui yo, por error, la que mencionó nuestra noche juntos muchos años después, pero o bien él ya no sentía lo mismo y no quiso hablar del tema, o bien se hizo el sueco, o simplemente no

captó la indirecta. Pensándolo ahora, mi indirecta fue demasiado velada, y entiendo qué él no quisiera ver ninguna insinuación en mis palabras. Él también intentó sacar el tema de esa noche en otro momento, y entonces fui yo quien echó tierra encima. Los dos fuimos interponiendo un cúmulo de negaciones y prórrogas entre nosotros. Costaba saber si lo que nos unía era más fuerte que lo que nos mantenía separados. Eran dos impulsos poderosos, hasta el punto de que, con los años, vimos con bastante claridad que, cuando yo me sentía atraída por él, él me daba la espalda, y cuando él se sentía atraído por mí, yo salía por la puerta. Sabíamos que conservábamos una intimidad excepcional, mucho más de lo que habrían querido nuestras respectivas parejas, aunque los dos éramos expertos en disimularlo tanto ante ellos como ante nosotros mismos. Así que la respuesta breve a su pregunta de si yo lo quería es sí. ¿Me quería él? Sí. Pero todo depende de cómo definamos la palabra "amor", cosa que, por lo que sé, nadie ha sido capaz de hacer.

—¿Lo echa de menos? —Las preguntas del joven eran tan ingenuas y predecibles que despertaron en Carol las ganas de sonreír.

El pobre, sin embargo, no tenía nada a lo que aferrarse e iba claramente a tientas. Se lo imaginó como un bisoño abogado de oficio, tomando notas en un cuaderno amarillo de rayas mientras no para de apretar y soltar el botón del bolígrafo cada vez que el detenido repasa los detalles de su coartada.

—¿Que si lo echo de menos? —repitió en voz alta.

Era una pregunta demasiado personal que llegaba demasiado pronto, se dijo. Así y todo, en realidad estaba preguntando lo que sin duda ella lo había abocado a preguntar. Le habría gustado tener tiempo para pensar y responder con cierta dosis de la franqueza directa de la que se vanagloriaba. Porque, por extraño que pareciera, la respuesta nunca se le había pasado por la cabeza.

—No es que lo eche de menos, aunque quizá eso lo descoloque a usted un poco. No lo echo de menos porque en realidad para mí no está muerto o solo va a estar muerto un tiempo, como si hubiera bajado a por tabaco y todavía no hubiese vuelto. La muerte no es algo permanente, ¿sabe? Nosotros podíamos estar años sin vernos,

sin hablarnos, sin siquiera escribirnos…, hasta el punto de que las separaciones eran más la regla que la excepción. Una noche, hace una eternidad, sí que me dijo que estaba locamente enamorado de mí; creo que era la primera vez que se lo decía a alguien de corazón. Eso fue hace décadas, la vez que nos encontramos en aquella fiesta en Charles Street. Esa noche hicimos el amor. Pero lo nuestro fue un amor contingente, no podía durar. De todas formas, yo sé que él siempre pensaba en mí, igual que yo en él. Ninguno de los dos llegamos a pasarlo mal, o quizá solo como un dolor esporádico, un corte superficial con un papel. En realidad no hubo nada que nos dejara impedidos, ni a él ni a mí. No cuesta mucho ignorar un corte con un papel.

—¿Ignorar o negar?

—Negar —coincidió Carol, a quien sin embargo la irritó haberse rendido tan prestamente a esa enmienda de pasada—. Quizá lo nuestro más que negación fuera abstinencia —se corrigió al instante, para no rendirse tan pronto ante el joven abogado.

—Pero la abstinencia no es que sea mucho mejor que la negación, ¿no? —preguntó Julian.

Joven pero no tonto, pensó ella, y quizá simplemente tuviera razón.

—Sí, mejor no es —cedió finalmente.

Le gustaba la gente con carácter. Paul lo tenía. Y ella también. En la mayoría de los casos, eso llamado «carácter» es un curioso cruce entre perspicacia e ironía, si bien mezclado con algo redentor para que el alegato contra el género humano no resulte tan inapelable. Siempre podía ser que el joven abogado compartiera con ella esa mentalidad, se dijo, aunque era pronto para saberlo a ciencia cierta.

Julian asintió con un gesto imperceptible a la respuesta de Carol, vacilando entre fiarse de esa apresurada aquiescencia o ver en la corrección inicial un rechazo a ceder ante la sagacidad de otra persona. Estaba intentando descifrar para qué había quedado con él aquella mujer intimidante que tenía ahora a su lado. Se fijó en cómo miraba esta su café intacto, cuando él hacía tiempo que había apurado el suyo. Quizá lo único que quería era hablar de Paul un rato y había creído que a lo mejor él le revelaría cosas que no sabía.

Pero Julian no tenía nada que contarle y estaba pasándose, abstraído, el palito blando de plástico por los dedos. A Carol le recordó los anillos que venían en las bolsas de Cracker Jack, y vio en aquel gesto una prueba más de que, a pesar de su agilidad mental, Julian no era más que un crío. Paul había escrito sobre los fines de semana que el joven pasaba en los Hamptons, donde jugaba al voleibol, se tomaba después unas copas, se daba un baño rápido a primera hora de la mañana, cenaba en la terraza con los amigos y los compañeros del alquiler estival, todos ineptos en la cocina y a mucha honra… Detalles estos que tenían una presencia fantasmagórica en los diarios de Paul, que se había dedicado a cribar datos sueltos sobre los Hamptons de sus conversaciones con Julian. Un crío, se dijo de nuevo; hasta su sonrisa era infantil.

No tuvo más tiempo de seguir montándose la película de la playa porque el joven abogado por fin se decidió a hablar.

—Perdone que le pregunte, Carol, pero ¿por qué me ha hecho venir? —Ella recordó entonces cómo veía Paul al chico: muy pragmático, seco, discreto, metódico, formal, a veces inexpresivo, pero quizá fuera una cara de póquer deliberada, un pleiteador nato, había escrito Paul—. ¿Cómo encajo yo en toda esta historia? —incidió Julian.

—¿Esta historia? —Carol repitió la palabra con el mismo desdén enfático rayano en el desprecio que había utilizado momentos antes; casi podía oír de fondo el impaciente tictac de las horas facturables del abogado—. Ya llegaremos a eso. ¿Conocías bien a Paul? Perdona, ¿te importa que nos tuteemos?

—No, claro que no. Y sí, lo conocía pero no mucho. En un par de ocasiones nos invitó a mi marido y a mí a algún cóctel o fiesta en la revista. A veces pensaba que nos invitaba para que hiciéramos bulto.

—Paul no tenía necesidad de invitar a nadie para hacer bulto. Tenía amigos que lo adoraban por toda la ciudad —respondió cortante Carol, que hizo entonces una pausa antes de seguir—: Bueno, entonces ¿de veras que no sabías por qué te invitaba a la fiesta de su trabajo todos los años?

—No. Él dirigía una revista prestigiosa y a mí me halagaba que me contara entre sus conocidos. Nos cruzábamos muchas veces en el

Starbucks de enfrente y siempre intercambiamos cuatro chistes. Todavía me acuerdo de un Yom Kipur que nos encontramos y los dos nos habíamos comprado una magdalena, ignorando el ayuno. Por entonces ya sabíamos que éramos los dos judíos y tuvimos que reírnos. Paul solía ser muy comunicativo y alegre, mientras que a mí, si te soy sincero, me daba apuro molestarlo, así que mantenía un poco las distancias.

—Pero sí que aceptabas sus invitaciones.

—Por supuesto.

—Y sigues sin tener ni idea.

—¿Ni idea de qué?

Aquel joven o era directamente tonto o se lo hacía. ¿Cómo no lo había sabido, adivinado, deducido, o acaso había decidido ignorarlo? «Cinco años, ¡se dice pronto!, ¿estuviste cinco años en su revista y no tenías ni idea?».

La cara de póquer del joven la puso nerviosa. Ya por lo menos se lo estaría imaginando… Pero el chico seguía *in albis*.

—¿Es que no lo entiendes?

—¿El qué no entiendo?

—Paul estaba enamorado.

—Sí, ya, de ti.

—No, guapo. —Se detuvo un momento antes de añadir—: Enamorado de ti.

El joven, perplejo, desencajó la cara.

—¿De mí?

—Total y perdidamente enamorado. Estuvo cinco años enamorado de ti. No hablaba de otra cosa en su diario. Si no es por eso, no me entero.

—Pero si estaba casado y tenía una hija…, tenía una vida y esas cosas.

—¿Y qué? —preguntó Carol alzando un hombro, un gesto que sugería fastidio a la par que descreimiento.

Julian enmudeció.

Ella recordaba palabra por palabra la entrada del diario, le contó. Una mañana Julian acababa de comprar su café en el Starbucks y, cuando fue a cogerlo con el maletín de cuero en la misma mano,

derramó sin querer la taza entera sobre el mostrador. Paul cogió al vuelo un puñado de servilletas y corrió a ayudarle a secar el café; una vez que limpiaron el mostrador como buenamente pudieron, Julian le dedicó una sonrisa luminosa y ruborizada, tan desprendida que Paul se quedó prendado sin cautela ni refreno, porque una sonrisa de agradecimiento tan radiante contenía la promesa de algo por lo que él estaba dispuesto a invertir años de vida con tal de verlo de nuevo. Esa noche no consiguió pegar ojo y, para el amanecer, el recuerdo de la sonrisa de Julian había adquirido dimensiones de anhelo hecho y derecho, y, al final, poco a poco, de amor, porque el amor era el reconocimiento más tardío y costoso de todos, el corte que nunca se cura, al que tardas en ponerle nombre porque sabes que, una vez que lo hagas, no habrá vuelta atrás.

A la mañana siguiente de lo del café derramado, Paul se plantó de nuevo en el Starbucks. Tenía ya edad de sobra para saber que no debía hacerse ilusiones y no pudo evitar reírse de sí mismo. «Voy a hacer el ridículo», pensó. «Lo sé», le respondió el diario. Pero allá que fue.

—Cuando te vio en el Starbucks, la bromita estaba servida: «¿Ha tirado ya algún café esta mañana?». Tú le sonreíste y le dijiste que no. Probó con la misma pregunta a la mañana siguiente, pero para entonces la broma había perdido fuelle, y tú volviste a saludarlo simplemente con la cabeza, y a partir de ahí, ya incluso sin mediar palabra. Otro día que se puso a hablar contigo se fijó en que no le quitabas ojo, y en el acto se le aceleró el corazón, pero luego su inseguridad lo llevó a concluir que en realidad no lo habías reconocido, y estabas mirándolo como el que mira a un desconocido que se pone a hablarle sin venir a cuento. Estaba claro que a ti se te había olvidado ya lo del café. Lo cuenta así en el diario.

»Entretanto, él había calculado la hora a la que solías ir al Starbucks por la mañana y se hacía siempre el encontradizo allí, al principio sin pasarse, porque no quería que tú te dieras cuenta, pero luego ya sí que quiso que te dieras cuenta, o, como siempre con nuestro querido Paul, vacilaba entre desear que te dieras cuenta y temer que llegaras a darte cuenta. Todas las mañanas pasaba un mal trago yendo al Starbucks, pero no tanto porque estuviese cada

vez más prendado de ti y más enganchado al saludo matinal de rigor, sino porque reorganizar todo su día en torno a un gesto de quince segundos lo lanzaba a una espiral de degradación de la que necesitaba el día entero para salir. Una mañana que llegó más tarde de la cuenta a la cafetería e iba ya resignado a no verte, resultó que ahí estabas, tranquilamente en una mesa (rara vez te sentabas a tomártelo), y casi estuvo tentado de pensar que habías esperado expresamente para cruzarte con él. Pero no, volvió a pensar: era casualidad. Eso también aparece en el diario.

»La cosa nunca llegó a ninguna parte. Al repasar su vida, los años anteriores y los posteriores, se le antojaron todos profundamente vacíos, muy desaprovechados. "Ama y no mires con quién —se decía —, y escóndelo todo bien bajo la almohada, bajo la manta, bajo tu vida solitaria".

«Amor de contrabando» lo llamó él una vez hablando con Carol, por el bochorno y la pena que le provocaba.

—Para entonces volvíamos a ser amigos y, aunque yo todavía creía que parte de él seguía colada por mí, Paul solía aludir a todo tipo de romances. Hasta que…, y esto tiene su miga…

—Cuenta, cuenta.

Lo tengo comiendo de mi mano, pensó Carol, que lo paladeó.

—Me dijo que había conocido a alguien. Incluso me contó que se veía con esa persona todas las mañanas en un Starbucks. «¿Lo sabe Connie?», le pregunté, porque ella también es amiga mía. «No, mi mujer no saber nada», me contestó, intentando ponerle un toque de humor a su confesión. «¿Y eso?», le pregunté. «Es que no hago nada con esa otra persona y sigo siendo el mismo con Connie», me explicó. Yo no me pude resistir: «¿Y conmigo eres el mismo?». «Soy tuyo y siempre lo he sido, pero esta otra persona también me gusta». «¿Y esa otra persona qué es, ella o él?», pregunté por fin. «A esa otra persona de momento no vamos a llamarla de ninguna manera», me respondió, a lo que los dos nos reímos, pues comprendimos por dónde iban los tiros.

—Supongo que yo soy esa persona sin pronombre —dijo Julian entonces.

—Sí, tú eras esa otra persona sin pronombre. Paul no se dedicaba a seguirte ni nada de eso, pero es verdad que poco a poco fue recabando bastante información sobre ti. Cuando comprendió que eras un animal de costumbres, no le costó deducir que irías todos los días a por tu café al mismo Starbucks. Quería saberlo todo sobre ti, seguramente porque deseaba encontrar una muesca en la armadura, una fisura diminuta que le permitiera hacerse ilusiones…, aunque ¿ilusiones de qué? ¿De llegar a entrarte? No era su estilo. Una vez te dijo que a ver si desayunabais en otro sitio mejor algún día; para entonces ya charlabais un rato antes de volver al trabajo. Tú incluso lo saludabas a veces primero, lo que le sorprendió y de hecho lo animó, pues tenía siempre la sensación de que si él no te saludaba, tú no le decías nada. Respondiste entusiasmado a la invitación a desayunar, pero él no se fio, no le pareció que lo dijeras de corazón. Así que él no llegó a formalizar la invitación, y tú tampoco volviste a mencionarlo, lo que confirmó sus sospechas. Tú rehuías el asunto y él fingió olvidarlo. Ahora que lo pienso, podríais haber quedado aquí para ese desayuno tardío, ¿no?

—Recuerdo vagamente que mencionara una vez lo del desayuno, pero creí que lo había pensado mejor o que se le había olvidado sin más.

—No, le dolió.

—Los dos éramos cafeinómanos… Lo de desayunar habría sido superfácil y a mí me habría encantado. —Al mirarla, se fijó en que ella seguía sin tocar el café: ¿para qué se lo habría pedido?

—No son en absoluto las mejores circunstancias, pero me alegro de que nos hayamos conocido —dijo Carol con tono de querer finiquitar el encuentro.

Julian estuvo de acuerdo.

—Dime una última cosa —le preguntó él—: ¿cómo me has localizado? —Carol iba ya a responderle cuando la respuesta se le hizo evidente—. No me lo digas, ¡por el diario!

Ambos rieron con ganas.

—Pero no, no ha sido por el diario. Fue Paul, que me mandó un correo rogándome que quedara contigo en caso de que le pasara algo. —Hizo una pausa—. Le pidió a su hija que leyera su diario,

pero solo una vez que él faltara, y que no se sorprendiera mucho por lo que pudiera descubrir en él. A lo que ella le contestó: «Ya soy mayorcita, papá, lo superaré». Luego él añadió de pasada, y no sin reír por lo bajo (que era como siempre expresaba lo que más le importaba), que había padecido de mal de amores dos veces y le había durado toda la vida. «Papá, ya te he dicho que lo superaré, ¿vale?». No quería hablar de la vida amorosa de su padre. «Pero hay personas que podrían querer saber lo que yo sentía. Déjales que lean mi diario». Le apuntó en un papel mi nueva cuenta de correo y luego me mandó a mí la tuya una semana antes de morir. Seguro que ya mientras escribía tu nombre estaba saboreando una dosis de felicidad extra que la vida corriente no le daba. Pensar que descubriríamos su amor era como una confesión en diferido. Es posible que ese silencio lo llevara a quitarse la vida, pero solo Paul podría haber encontrado esta manera de burlar a la muerte. —Se detuvo para sopesar lo dicho—. Yo leo su diario como un amor que se despide. En tu caso, Julian, puede que se lo cuentes a tus amigos, puede que incluso te rías del tema esta noche cenando en los Hamptons, pero sé que haber compartido este momento hoy aquí los dos le habrá arrancado una sonrisa a Paul.

El joven la escuchaba con atención a la vez que intentaba tomar las riendas del barullo de pensamientos que le pasaban por la cabeza.

—A mí esta confesión me suena a mensaje en una botella lanzado a la desesperada. Es verdad que no se puede responder a un mensaje en una botella, pero destruir o la botella o el mensaje es como un sacrilegio. Lo único que puedes hacer es releer la carta, contarle al mundo que te ha llegado e intentar olvidar que alguien a quien apenas conociste te quería tanto como para morir por ti.

—Puede ser, pero tú imagínate lo contento que tiene que estar él de que por fin sepas lo que sentía por ti. Por lo que deduzco de su diario, nunca tuvisteis una conversación sentida, de corazón a corazón.

Julian asintió y por primera vez esa mañana no fingió tener prisa por volver al trabajo. Quería saber más. Carol también estaba disfrutando de ese café improvisado y no se opuso a prolongarlo.

—¿No será su manera, al hacérmelo saber ahora que no puedo responderle, de llevarme a desear que me lo hubiese dicho? Yo seguramente lo habría escuchado con atención y al menos le habría expuesto mis razones para negarme. Es como si, al morir, me hubiera arrebatado el derecho a vacilar, a replicar, o a preguntarle qué era en realidad lo que esperaba de mí.

Por primera vez esa mañana, Carol permitió que una sonrisa de ternura le iluminara los rasgos. Quizá Julian fuera mucho más generoso de lo que ella había llegado a ser con Paul. Quizá al final el chico, pues seguía pensando en él en esos términos para no considerarlo un rival de última hora, no lo habría rechazado; o de hacerlo, lo habría expresado de tal forma que Paul se habría sentido agradecido y satisfecho de haber reunido valor para declararse.

—Lo que tiene menos gracia, por lo que he podido entender en el diario (y por cierto que tienes todo el derecho a ir a la biblioteca y leerlo entero, incluso los pasajes que se remontan a mucho antes de nacer tú), es que tal vez nunca quiso tener una relación con ninguno de los dos, y por eso seguramente no llegó a confesarte su amor. Conmigo, en cambio, estaba tan resignado a aceptar el fracaso que quizá lo único que quería era que yo estuviera al tanto: como si fuese un rumor, un simple cotilleo de origen no identificado, porque no podía identificarlo ni él. Desde luego, también es posible que nos equivoquemos al pensar que era demasiado tímido o retraído para revelar su amor y que en realidad no quisiera ponerte en una posición incómoda o avergonzarte con su confesión; a lo mejor no lo mantuvo en secreto por su bien, sino por el tuyo. O tal vez sabía que ya estabas pillado y no quiso entrometerse. Pero una cosa sí te digo: si alguno de los dos le hubiéramos dicho que sí, él habría convertido ese sí en un quizá cogido con pinzas. Era reacio a confiar en lo que la vida podía ofrecerle, y más aún en pasar a la acción una vez que se ponía la oferta sobre el tapete.

Julian no pudo disimular su desconcierto.

—No entiendo.

—Pasó tantos años conteniéndose, sin decirnos nada ni a ti ni a mí, porque sabía que lo que pedía no era ni una noche ni una semana, ni tampoco algo tan comprometedor como una vida entera con nosotros. Él más bien estaba pidiendo algo indefinido, como una afinidad a regañadientes, o un asentimiento discreto que pretende decir «no», pero lo dice con tantas evasivas que suena a «quizá más adelante algún día pero no ahora».

»Para cuando yo lo conocí, él ya estaba del todo resignado a no ilusionarse con ningún amor en su vida. No es que fuera incapaz de amar, yo misma lo comprobé la noche que pasamos juntos y me abrió su corazón y me hizo el amor, pero o bien sabía que la cosa no duraría o bien que él era en realidad un convidado de piedra; o que si estaba invitado era porque previamente otra persona había rechazado la invitación. Y por eso mismo a mí sí tuvo el valor de decirme que me quería; porque ya sabía que lo rechazaría, igual que sabía que todo apuntaba a que él saldría de mi vida a las pocas horas de pasar la noche conmigo. Así que sí: si era amor, estuvo condenado desde el principio. Como siempre con él, todo se quedaba en el plano mental. Lo que hemos llamado su mensaje en una botella no es otra cosa que un intento de convertir lo que nunca ocurrió en vida de él en un futurible. Y tal vez eso sea el amor: encontrar a alguien que nos permita acceder no a la vida que se nos ha dado y que se nos ha pedido vivir, sino a la vida que se nos debe. Esta mañana somos cada uno un suplente de Paul para el otro, Julian.

»Puede que al reunirnos él quisiera que comprendieses que te gustaba un poco más de lo que creías. Hablando contigo aquí ahora, me entran unas ganas enormes de haberle dicho infinidad de cosas…, que me encantaba estar con él, que me encantaba su mente en sí y cómo pensaba, que incluso me encantaban todos los libros que me recomendaba, aun cuando yo me resistía a leerlos porque no quería amar ciegamente lo que él amaba. A lo mejor lo que quería de los dos, de nosotros dos, era que pasáramos un rato juntos y lo lloráramos, lo que, a su entender, es lo más cercano al amor.

Julian se tomó un segundo para asimilarlo todo.

—¡Apúntate un tanto, Paul! —exclamó.

Intercambiaron unas sonrisas y él se quedó mirándola. ¿Qué edad tendría, sesenta y pico? No tenían absolutamente nada que ver. ¿Cómo había podido Paul enamorarse de dos personas que eran el día y la noche?

Julian hacía tiempo que había terminado el café y ya estaba jugueteando con el vaso. Carol, por su parte, no había tocado el suyo y de hecho se levantó entonces y, con gesto decidido, fue a regar con el café el seto que rodeaba la zona.

—Vamos a dar un paseo por el parque. No me gusta dejar cosas pendientes.

—Pero ¿no llevan pendientes casi cincuenta años? —se atrevió a preguntar el joven abogado.

Carol se quedó mirándolo y le sonrió. «En toda la diana», pensó para sus adentros, pero no dijo nada. Le caía bien aquel hombre de ingenio ágil y maneras infantiles que seguramente ocultaban su madurez.

—¿Voy muy desencaminado? —aventuró, quizá para excusarse por lo brusco del comentario.

—No.

A la altura de las escaleras que daban a la calle Cuarenta Oeste, vio una papelera y lanzó dentro el vaso. Julian encestó el suyo y la miró, casi esperando un aplauso contenido para el exbaloncestista universitario. No le llegó. Por supuesto, se dijo él. Ya la tenía calada: de esas que siempre te suben la apuesta, pero que luego no van cuando tú les subes la suya.

Intentaron caminar por la sombra, aunque no había manera de rehuir la luz cegadora que rebotaba en la acera.

—Tendría que haberme traído las gafas y el sombrero —comentó Carol—. Dicen que este finde va a hacer un calor horrible. Suerte la tuya, que te espera la playa.

—Esta noche tenemos gente a cenar en la casa. Todo platos ligeritos y fríos. Mi marido es el supuesto chef. Ya está allí. Yo me encargo de las bebidas, no sé hacer otra cosa. Y ay de aquel que me

pida sangría. Le tengo una manía horrible; creo que ni siquiera me cae bien la gente a la que le gusta la sangría.

Carol dejó pasar un compás.

—¿Tenemos un traumita con la sangría?

Julian rio.

—No sé cómo va a reaccionar mi marido cuando le cuente lo de Paul. Él también lo conoció, a través de mí y en las recepciones. Lo raro es que nunca hablamos de él, no surgió en la conversación. Y ahora me pregunto por qué silenciamos de esa manera el tema.

—No te pongas tan ana-listillo.

—«Ana-listillo» no creo que esté aceptado en el Scrabble.

Ella rio por lo bajo pero dejó pasar el comentario.

—¿Se molestará tu marido?

—¿Y el tuyo? —replicó él.

—Mi marido estaba al tanto, pero nunca le dio mucha importancia. Además, me casé con él, no con Paul. Si te soy del todo sincera, Paul nunca se habría casado conmigo.

»Me lo dijo él mismo, una vez que le pregunté de pasada, cuando los dos llevábamos ya años casados, si se hubiera casado conmigo en vez de con ella. Yo estaba convencidísima de que había querido pero nunca se había atrevido a pedírmelo. Sin embargo, para mi sorpresa, ni había terminado de preguntárselo cuando soltó un «nunca» casi de espanto. "¿Y eso por qué?", indagué ante aquella respuesta tan categórica. Una vez más, no se dio tiempo a conjurar una respuesta más elegante: "Porque tú y yo somos idénticos. Nos haríamos trizas. Yo te leo el pensamiento, y tú me lees el mío. Conozco cada curva, túnel y recoveco de tu intrigante cerebro, igual que tú sabes todo lo que nunca he tenido valor de contarle a nadie. La intimidad que tenemos supera a la de cualquier matrimonio…, y eso que solo pasamos una noche juntos y apenas podemos considerarnos examantes".

»Supongo que él lo tenía más claro de lo que yo creía…, lo de no casarse conmigo. Me he pasado dos meses leyéndolo, sintiendo todo este tiempo que estaba acechando tras una pared, pendiente de mi progreso, cabeceando con un "te tengo fichada, amiga" cada vez

que me retrataba con tino en su diario. Así que, por responder a tu pregunta, nunca sabré por qué no se planteó casarse conmigo.

—Yo podría preguntarme lo mismo: por qué en cinco años no encontró el momento de hacerme saber lo que sentía. O, por lo menos, de insinuarlo y que yo lo dedujera. No me habría reído de él. ¿Tan en secreto llevaba su bisexualidad? Lo dudo mucho. Recordemos esos retratos en blanco y negro gigantes que decoraban las paredes de su despacho, los de los mauritanos desnudos tomando el sol en la playa, con ese brillo en la mirada insinuante y alardeando de mandoble porque nadie ha visto nada igual sobre la faz de la Tierra… Me cuesta imaginarlo con remilgos en ese sentido.

A Carol le gustó la imagen. Ella también había visto las fotos en el despacho y le contó entonces que las había hecho un fotógrafo italiano que se llamaba Luigi Bevilacqua.

—Que yo sepa, Luigi es el único hombre con el que llegó a tener relaciones íntimas. Solo coincidí una vez con él, y muy de pasada. Estuvieron bastante tiempo juntos. Hasta que el amante se volvió a Italia. Nunca hablamos de él, aunque me habría gustado. Jamás sabré si se enamoró o no. Es lo que tienen los muertos: sabes que has perdido a alguien cuando estás deseando preguntarle algo y lo más que consigues, si eres tan tonta como para andar buscándolo, es un: «Le informamos de que el número marcado no existe». Es la definición más clásica de la muerte.

—Pero ¿hablar sobre él no demuestra justo lo contrario? —preguntó Julian.

—Yo creía que el caso estaba cerrado y que habíamos tirado el libro de cuentas al fuego —dijo—, pero míranos aquí abriéndolo de golpe e intentando salvarlo de las brasas. Paul quiso quedarse acantonado en nuestra vida todo el tiempo que le apeteciera. Su sombra sigue con nosotros, o su fantasma, si lo prefieres.

Llegados a ese punto, cuando caminaban ya por Central Park a paso tranquilo, rumbo a la Sexta Avenida, Carol por fin le preguntó:

—¿Me concederías otros diez minutos? Me alegro de que hayamos hablado sobre él. Es verdad que debo procesar más de cuarenta años, pero es que no tengo a nadie con quien hablar, ni a una sola persona…, solo a ti.

—Pues imagina cómo me siento yo —contestó el joven—. Yo tengo que rebobinar la cinta cinco años atrás y cuestionarme todo lo que recuerdo, todas las veces que nos cruzamos, que hablamos, que no hablamos, que nos miramos o no. A saber lo que destapo… Pensaré en las pocas veces que hablamos, todas fundidas en un puñado de momentos sueltos. Voy a tener que reinterpretar lo que ni recuerdo.

—A lo mejor esta noche puedes contarles a tus invitados que esta mañana has estado un rato conmigo, hablando de Paul.

—Se reirían de mí de tal manera que me acabaría levantando de la mesa.

—No exageres. ¿De verdad no se te ocurre ni un momento en esos cinco años en que a lo mejor…, quizá, captaras una señal?

Julian intentó hacer memoria por un momento, pero no quiso caer en lo que empezaba a parecerle una trampa.

—Por lo que me has contado, de haberlas habido, habrían sido señales sueltas y esporádicas. Que me invitara a sus fiestas de fin de año en el *loft* de la revista, que eligiera hablarme cada vez que nos encontrábamos en el Starbucks, que me diera recomendaciones sobre adónde viajar, incluso sobre dónde alojarme… Y luego la vez aquella, el año pasado, que me contó que había algo que le gustaba hacer todas las Navidades.

—¿El qué?

—Me regaló una pajarita. Llega ese día al Starbucks, abre la bolsa del gimnasio, saca una cajita naranja, plana y rectangular, y se disculpa por no haberla envuelto para regalo. Sí, era una señal, por supuesto que lo era, pero ¿la registré yo como tal? No.

—¿Les contaste a tu marido o a tus amigos lo de la pajarita?

Julian vaciló, en lo que para Carol era la primera vez que lo veía renquear.

—Pues…, no te lo vas a creer, pero no se lo dije…, no se lo dije a nadie.

Ella sonrió con los rasgos perfilados por la ironía.

—Supongo que no hace falta que analicemos ese silencio, ¿verdad? —Julian se mordió el labio y ella se dijo: «Siendo abogado, ya podría disimular mejor»—. ¿Y cómo le diste las gracias?

—Con un abrazo.

—¿Que qué? ¡El abrazo se lo diste tú a él! —No daba crédito a sus oídos; en el diario no lo contaba así—. Llegados a este punto, creo que la fiscalía no tiene nada más que añadir.

Él la miró con cara de falsa culpabilidad y pillería.

—Mucho me temo.

—Entonces ¿no lo sabías o no querías saberlo?

La expresión de pícaro volvió a asomarle en labios y ojos.

—Creo que ambas cosas —reconoció.

Cruzaron la calle y acabaron en la acera con sombra de la Cuarenta y dos.

—Poco importa ya. Él está muerto —dijo ella.

—Aun así, qué desperdicio de vida, ¿no te parece?

—Sí, si no fuera por el diario. Si te da por leerlo, descubrirás algo bastante insólito. Se pasó la vida deseando a muchas personas, se obsesionaba totalmente, a veces durante semanas, por no hablar de meses o años. Me sonrojo con las cosas que dice sobre toda la gente con la que quería acostarse. No solo estaba colado por ti; anotaba todos sus cuelgues, lo que quería hacer contigo…, con pelos y señales. Era una persona obsesiva, lo que es siempre fácil de confundir con amor. Pero él no se engañaba: la obsesión no era amor. Parecía amor de la misma manera que los celos, la rabia, el duelo e incluso el desprecio pueden parecer amor. Son las distorsiones del amor. A no ser que, por supuesto, sea todo lo contrario, cosa que, con su manía de ir a contracorriente, también se habría prestado a aceptar: que la obsesión, los celos y el desprecio son las máscaras que se pone el amor cuando no quiere reconocer que alguien ejerce una atracción poderosa sobre nosotros. ¿Estaba enamorado cuando él sabía que no lo estaba?, ¿o ya lo estaba pero no quería reconocerlo? Paul era plenamente consciente de esta paradoja y no se lo perdonaba. —Sacó el móvil, buscó la foto de una página del diario fechada en la cabecera y leyó—: «No tengo claro si he conocido el amor. Nunca me he acostado el tiempo suficiente con nadie como para saber si quería a esa persona. Es culpa mía. Mi vida ha estado llena de amores indirectos, a salto de mata y

desperdigados como cráteres y baches, tremendamente vacíos. Los importantes nunca ocurrieron».

Aquello conmovió a Julian, en gran medida porque hasta ese momento el diario no había sido más que el pergamino de un libro que ya no existe salvo en transcripciones de pésima calidad y en supuestas copias de copias. Ahora, no obstante, tenía delante una imagen del original. Y la fecha en la cabecera lo decía todo: hace siete meses, se dijo.

—Seguro que esa misma mañana nos vimos en el Starbucks y él era el de siempre, ingenioso y jovial.

—Lo mismo pensé yo. Muchas veces los invitábamos a cenar en casa a él y a su esposa, y de vez en cuando traían a Anna Livia, la hija, cuando tenía catorce años o así; siempre acababa aburriéndose y se ponía a leer o a mirarnos sin más, de morros. Pues bien, era él quien hacía los chistes, quien nos contaba toda clase de historias sobre sus viajes y sobre los pintores, los escritores y los compositores famosos a los que conocía. Pero, aun así, mientras él nos contaba el chiste guarro del cazador que se pierde en el bosque, yo estaba ahí justo enfrente de él, consciente de que ninguno de los dos diría nada de lo que quizá hubiera entre nosotros, cuando él, sospecho ahora, ya se había alejado de ese nosotros. —Julian seguía sus palabras tan concentrado que no se atrevió a interrumpirla—. Y nos partíamos todos de risa —prosiguió—, incluida la hija, que por fin se rendía y se nos unía en las risas aunque no entendiera la gracia, porque su padre sabía contar chistes, y entonces el bueno de Paul, a quien seguramente querré hasta mi último aliento, me miraba de pronto cuando yo no estaba mirándolo, pero a sabiendas de que, aun así, lo estaba mirando, incluso cuando le rehuía los ojos, y preguntaba: «¿Llegará el momento en que podamos retrasar el reloj?». —Carol sonrió y el joven hizo otro tanto pese a que la cosa tenía poca gracia y ambos lo sabían—. Cuando nos conocimos en la facultad, íbamos juntos a la biblioteca no solo para traducir a George Orwell y leer a Dante, sino también por el largo paseo de después. Luego acabábamos siempre en el mismo bar y pedíamos un café irlandés o un ruso negro, no me acuerdo ya el qué, solo por estar juntos.

»Huelga decir que no volvimos a hablar de nuestro primer beso. Sabíamos que mencionar el café irlandés y el viejo bar (o nuestro querido cine, que más tarde dividieron en cuatro salas para al final cerrarlo del todo), la sola mención de cualquiera de estas cosas, nos habría llevado al beso, que flotaba ahí cerca. Paul hizo una pausa, y quizá yo también, los dos con la esperanza de que el beso surgiera sin previo aviso, aunque solo fuera en una mirada conmovedora, sin saber que no éramos más que dos individuos que habían perdido un autobús en el que en realidad nunca habían querido montarse.

»Los besos que siguieron un año después, cuando le pedí que subiera a mi cuarto después de la fiesta de Charles Street, fueron débiles ecos de lo que sabíamos que nunca reviviríamos juntos. Pero reíamos a la mesa del comedor con nuestras parejas porque todavía nos removía por dentro un asomo mínimo de pasado común, o porque ese punto de travesura de otros tiempos, que solía planear sobre todo lo que empezaba a decir y que él sin falta terminaba por mí, no había muerto. Seguía vivo y tal vez fuera lo único que yo, o él, o ambos, seguíamos echando de menos, a pesar de que nunca quisimos reconocerlo. Lo despachábamos con risas, pero el chiste era a costa nuestra. A la vez que se sentía más contento con el mundo, estaba ya haciendo las maletas, despidiéndose con una amplia sonrisa. Por eso nunca debemos decir: "Pero si ayer estaba de un humor increíble", o "Tenía una salud envidiable". Paul ya iba rumbo a lo que él llamaba la "Gran Nada". No tenía nada por lo que vivir, estaba en contra de la Tierra, en contra de la vida.

»Quizá todo esto sea mi manera de decirte que, con lo reservado y retraído que era, ¿tú tienes la más remota idea de lo que supuso para él comprarte una pajarita? ¿Sabes que si no te la envolvió fue para atenuar el efecto? Un gran regalo ofrecido como quien no quiere la cosa, una fruslería, "Regálasela a quien quieras si no te gusta". Me estoy imaginando a Paul diciendo: "Ah, por cierto, te he comprado esto".

—Así justo me lo dijo —la interrumpió Julian—. Qué estratega. Y luego es el que dice que no está seguro de haber conocido el amor… Vaya despedida para irme a pasar el fin de semana a la playa. Aun así… —Hizo una pausa—. Todos hemos estado con un amante que

no nos convenía, todos hemos estado con personas que desearíamos no haber conocido por nada del mundo. Pero no haber compartido nunca cama el tiempo suficiente con alguien a quien pudiste amar… Yo también me quitaría de en medio si llegara a su edad sin haber tenido desnudo entre mis brazos a alguien a quien quiero —añadió con una sonrisa—. Sería como morir virgen. O haber vivido para nada. —Hasta que no lo dijo en voz alta no comprendió que Paul había hecho justo eso: vivir para nada y luego quitarse de en medio.

—Entonces ¿por qué no captaste la indirecta cuando te regaló la pajarita? Él describió el abrazo: te tocó la cara con ambas manos, y tú le pusiste la mano en la nuca.

—¡No fue así!

—¡Lo pone en el diario! Paul se fijaba en todo. Hay detalles sobre mí, descripciones de ropa que he usado solo un par de veces, cosas que a mí se me han olvidado por completo pero que él apuntaba. Era observador hasta decir basta. Cómo lo miraba yo a veces, cómo lo mirabas tú…, no se le escapaba nada. Si él dice que te tocó la cara con ambas manos es que te tocó la cara con ambas manos. Lo único que pasa es que tú no le diste importancia.

—¿Fui yo quien le dio el golpe de gracia?

—No, no fuiste tú —contestó en un lánguido tono de indulgencia —. Y él nunca te recriminó nada. Pero yo sí, yo sí que le di la estocada, y lo más triste es que seguramente lo hice en repetidas ocasiones, y la mayoría de las veces sin darme cuenta siquiera.

Regresaron andando hacia el Bryant Park y vieron desde la acera de enfrente que ya habían abierto. Carol comentó que no le haría ascos a un agua bien fría, pero, si no recordaba mal, él tenía que hacer unas llamadas y todas esas cosas antes de poner rumbo a la playa. La respuesta de Julian la sorprendió:

—Las llamadas pueden esperar. De hecho… —dijo con esa sonrisa en los rasgos que traicionaba su timidez—, puede que exagerara un poco…

—Por si yo resultaba ser una pesada.

—Sí —confesó.

Cruzaron la calle y entraron en el Bryant Park Grill, donde pidieron una botella grande de San Pellegrino. Ella quería también un café.

—¿Y eso? —inquirió Julian—. Si no te has bebido el de antes…

Carol lo miró con una sonrisa juguetona.

—Has sonado igualito que él. Paul me habría dicho lo mismo, para hacerme ver que se había fijado en que no me había bebido el primer café. Habría anotado ese hecho insignificante en la cabeza, se lo habría guardado para más tarde sin siquiera saberlo, y luego, llegado el momento, me lo habría soltado de repente y los dos nos habríamos reído. Supongo que después de cinco años se te han pegado cosas de él. —El joven asimiló lo que había sonado a cumplido sin mediar palabra—. Y por cierto que ese café… qué horror.

—Pues a Paul le gustaba, y yo me lo sigo bebiendo.

Ella pidió dos cafés.

—¿Lo quieren frío o caliente? —preguntó el camarero.

—Caliente, por supuesto —respondió tajante—. A no ser que… —vaciló volviéndose hacia Julian.

—Caliente para mí también.

—No puedo con el hielo en la boca.

—Ni yo con la sangría.

Ambos volvieron a compartir una risa: otro momento con el sello personal de Paul. A él le gustaba repetir cosas que se volvían divertidas a fuerza de repetirlas. Ella se quedó mirándolo. Le caía bien. Entendía lo que su amigo había visto en él.

—No tengo ni idea de si el diario llegará a publicarse —comentó Carol mientras esperaban—, pero me alegro de haberlo leído de pe a pa. Tú también tienes permiso para leerlo si quieres, te puedo mandar una copia. A lo mejor no te da nunca por mirar esas páginas o saber más de lo que te he contado, pero por lo menos has hablado conmigo y sabes que hay un documento por ahí en el que se te menciona. Así que, por lo que a mí respecta, misión cumplida.

—No sé. Todo lo que me has revelado me deja un sabor a inconcluso. Como descubrir que estás endeudado hasta las cejas, pero sabiendo que nunca le has pedido dinero a nadie. Y sin embargo te llega a la puerta el requerimiento de pago, y lo más raro

es que ni siquiera puedes liquidar la deuda porque tu acreedor ha muerto y no ha dejado herederos. Tienes que pagar, pero ¿cómo, a quién?

—Es lo que tiene morirse…

—La cosa es que yo tendría que haberle preguntado sin rodeos por el regalo, obligarlo a decirme algo.

—Pero ¿no lo entiendes? Él no te habría dicho nada y te habría contestado con una no respuesta, con un descargo de responsabilidad: «Regálasela a quien quieras si no te gusta». —La cara de Julian era de total desconcierto—. ¿Te habría gustado que te lo hubiera dicho, que te hubiera sacado él el tema?

La pregunta volvió a dejarlo descolocado.

—No sé, puede que no.

—O sea, que su única opción era callar.

—Quizá.

Intercambiaron una mirada cordial y compresiva, como diciendo: «Poco más se puede añadir». Carol se encogió de hombros con cierta reserva y a la vez ausente, para luego doblar la servilleta y volver a dejarla en la mesa.

—¿Te habrías acostado con él de haber sabido que un simple sí tuyo habría evitado la muerte? —le preguntó él.

—Sí. —Fue rotunda en su respuesta—. Pero me habría arrepentido, y él igual, te lo digo, puede que incluso más que yo. Y lo supimos no solo después, sino incluso antes de hacer el amor aquella primera y única vez. Lo nuestro fue cosa de una noche y ahí se quedó. Yo me recuperé, pero a él lo destrozó. Le arrasó años enteros de vida, y por eso los dos manteníamos las distancias. No queríamos saber lo que tal vez nos perdíamos, ni tampoco lo que quizá no fuera más que un gran chasco. Pero ¿qué me dices de ti? ¿Le habrías dicho que sí para impedir que se matara?

—Es curioso que lo preguntes. Seguramente, o solo a lo mejor. No creo que me gustara en ese plano. Me habría acostado con el hombre que iba a morir, pero no con el vivo. Es verdad que cada vez me caía mejor. Quién sabe si habría acabado gustándome también en ese plano…, de haber estado yo soltero y no haber tenido una vida ya hecha con Dennis…

Carol le dio otra perspectiva:

—Conmigo lo que lo mató fue el silencio y la vergüenza. Y contigo, tres cuartos de lo mismo. La vergüenza es lo que sentimos cuando queremos algo de alguien, la vergüenza nos frena la lengua, y luego viene el silencio a instalarse por encima y ya no se va nunca.

Poco podía añadirse después de eso. Como mucho, banalidades varias sobre el tiempo, la vida personal, los hijos de ella, la casa de la playa que él alquilaba en verano con varios amigos, el viaje que ella haría dentro de unos días a Sicilia, ah, y no olvidemos el partido de voleibol, añadió Carol con una sonrisa alborozada y jovial.

Por fin llegaron los cafés. ¿Iban a pedir de comer?, preguntó el camarero.

—No, solo café, si no es mucha molestia —contestó ella, una vez más con ese tono mordaz que no casaba del todo con la afabilidad genuina de la que había hecho gala en la última media hora.

Había empezado corrosiva, después se había mostrado abierta, incluso relajada, con Julian, pero en un visto y no visto podía ponerse de nuevo corrosiva. Acababa de hacerlo con el camarero; hasta el gracias que le dijo por servirle el agua había sonado descortés e insolente. Carol se quedó entonces mirando las perfectas rodajas de lima que relucían en los vasos.

—¿Te gusta?

—¿Quién?

—El camarero, ¿quién va a ser?

—Es guapo.

—Muy guapo; actor seguramente, aunque yo diría que cojea del mismo pie que tú.

Lo había dicho en un tono de voz chispeante, casi instigador, como si intentara hacerle reconocer que le atraía el camarero, o como si quisiera picarle para que lo encandilara. Cuando este se dio media vuelta, Julian le dedicó una segunda mirada más prolongada, aunque sabía que lo hacía para complacerla a ella más que por otra cosa.

—¿Tú dirías que Paul cojeaba del mismo pie que tú? —le preguntó entonces, si bien esa vez tuvo la sensación de haberse extralimitado o de haber utilizado una expresión tan obsoleta que parecía sacada

de una época de mojigatería muy distinta, de ahí que añadiera—: Solo era una pregunta, hombre. —Intentaba disculparse, con la esperanza de que lo brusco de la cuestión no hubiera provocado la cara de desconcierto del joven.

Este, no obstante, reparó en el cambio de tono. La mujer no solo podía ser afable cuando quería, sino que, tras esas maneras afiladas y cortantes, era capaz de una dulzura poco habitual, incluso con un punto de timidez y modestia. Si ella había recurrido al tono sarcástico era porque él la había mirado a los ojos y había parecido cuestionar el uso de la palabra «cojear» cuando podría haberlo dicho de otra manera o incluso no haber sacado el tema. Se dio cuenta de hasta qué punto, bajo sus maneras abruptas, la mujer prácticamente compartía con Paul la habilidad para calar a los demás y sintonizar el tono de voz con el de su interlocutor, con la idea de que no se interpusiera entre ellos ni la más mínima perturbación. Era así como Paul sorteaba los puntos sensibles y, sobre todo, como tendía una ramita de olivo cuando ofendía a alguien sin pretenderlo. A veces la ramita precedía a la ofensa, con lo que el joven abogado había deducido que Paul siempre sabía hacia dónde se encaminaban sus frases mucho antes incluso de decirlas en voz alta.

—Si te soy del todo sincero (y esto te dará una idea de lo frívolo que puedo ser), nunca pensé que estuviera interesado en mí, y menos aún en los hombres en general —admitió—. Puede que le diera un abrazo aquella vez, pero eso fue la cosa más impetuosa que hice con él.

—Sí, y él se dio cuenta, y supo que era mejor no pensar lo que no era. En el diario dice que se apartó antes que tú. Qué típico de él. Llevaba años deseando tocarte y va y, cuando lo abrazas tú, él se aparta primero.

»La última vez que yo lo besé todavía éramos jóvenes. Nos habíamos encontrado en una fiesta y nos habíamos puesto ya a repasar nuestros años de amistad platónica. Aun así, esa noche estaba sedienta de pasión, o quizá por fin sentía algo por él. Nos besamos en el portal de mi bloque. Esa vez, sin embargo, recibí el beso más desganado y flojo que le haya dado un hombre a una mujer. Él me deseaba a toda costa, se le notaba, pero se contuvo. Y

como con tu abrazo, fue él quien terminó el beso, no yo. Con cualquier otro lo habría achacado a un error, pero con él no había error que valiese. Estaba conteniéndose porque había aprendido a desconfiar de que lo nuestro fuese real, a creer que quizá tuviera futuro, pero que no sería así.

»Al final, la desconfianza se convirtió en la emoción que adoptaba por defecto, conmigo, contigo, con todo el mundo. Subimos, nos acostamos, desayunamos, volvimos a hacer el amor, nos despedimos. Estuvimos años sin vernos. Yo no lo llevé mal, y sospecho que él tampoco. Normalmente lo que buscamos en el otro no es un polo opuesto, sino un yo especular, porque alguien que es nosotros desafía todos los límites, incluidos los del tiempo. A mí me está pasando en estos momentos. Es lo que te he dicho antes, que para mí no está muerto; sigue por aquí, aunque no esté del todo presente. Pero sueño con él y, a veces, todavía le hablo, igual que a menudo confiesa en su diario que le gustaba hablar conmigo en voz alta cuando yo no estaba y no lo oía nadie. En tu caso, es mucho más sencillo: tú le ofrecías el retrato de la vida que debería haber tenido en su juventud y de la persona que tendría que haber sido y le habría encantado ser. No me imagino una declaración de amor más elocuente. No estoy celosa, es solo envidia sana.

—Cuando me enteré por el periódico de que había muerto, me dio pena. Me sorprendí incluso esperando encontrármelo en el Starbucks para preguntarle si era verdad lo que había leído en el periódico. Lo eché de menos. Desde que leí la necrológica, intenté ir a otra cafetería, pero sigo yendo a la misma porque me pilla al lado del trabajo. Poco podía sospechar yo hasta esta mañana que él iba allí por mí y solo por mí. Y ahora tengo que repensarlo todo: cómo calo yo a las personas, qué efecto tengo sobre ellas, quién soy y a quién ven los demás cuando me cruzo en su camino. Ahora estoy más convencido que nunca de que soy alguien que no sabía que era. Cuando vaya a por mi café el martes por la mañana, lo echaré de menos más que nunca, sobre todo después de hoy. Tanto trabajo, tanto esfuerzo, esa angustia y esa espera, las ilusiones…, por no hablar de una incomodidad agotadora. Y aun así venía todas las mañanas, solo por mí. Cuánto daño debí de hacerle…

—No, daño le hice yo —lo interrumpió ella—. Para cuando se coló por ti, ya era un alma en pena. Y él lo sabía, y de eso solo tenía la culpa yo. Yo lo obligué a cambiar una vida sin vivir por una vida malgastada. Maté algo en su interior. ¿La pasión? ¿La confianza? ¿El vigor? ¿La diversión? Ya nunca lo sabremos. Después de mí, se cerró en banda, igual que la típica farmacia de barrio que intenta mantener abierta un viejo matrimonio vendiendo botes de vitaminas, gafas de lectura y artículos del hogar varios, como escurridores o centrifugadores de ensalada. Él estaba muerto en vida, pero siguió adelante. Perdió a la persona que era, como si alguien lo hubiera embargado y se hubiera quedado con él en propiedad y por su boca hablara la voz de un ventrílocuo, cuando lo único que él quería era volver a escuchar su propia voz. Alguien le arrebató el alma, y ese alguien fui yo. Es posible que quisiera encontrarla de nuevo contigo. Pero vivía endeudado y nunca consiguió cancelar el préstamo. Quizá tendríamos que haber vivido juntos, aunque hubiésemos roto a los pocos meses. Quizá era yo la que tenía miedo y no él. Quizá tantas cosas… —Se quedó cavilando sobre lo dicho, hasta que se encogió de hombros, como desechando una idea pasajera—. La verdad es que muy pocas veces hablamos de la amistad que nos unía desde hacía tantos años, pero casi siempre como si las personas que éramos en otros tiempos fueran unos parientes lejanos muertos de los que todavía nos gustaba reírnos. Tú, en cambio, cuando entraste en escena, eras su última esperanza. Yo fui la primera y tú la última. Los de entremedias no importaron.

—¿Así lo ves?

—Tal cual. Algo pasa cuando vives una vida que ya ha llegado al final de su trayecto. Él lo disimulaba, como hizo conmigo y luego contigo, e incluso consigo mismo. Lo del Starbucks, lo de esa persona de sexo desconocido, las bromitas en nuestras cenas… Menudo papelón. Era como el tipo que vuelve a casa después de una cena estupenda con amigos y, cuando enciende la luz del salón, decide o volver a irse por la puerta de la calle o quitarse la vida. Lo de Paul fue un aburrimiento mortal.

—Sigo sin entender por qué lo hizo —replicó Julian—. ¿Nadie lo vio venir? Ahora mismo estoy intentando rebobinar hasta los inicios

de nuestra exigua amistad, pero no recuerdo nada. Sé que nos encontrábamos cada dos por tres por la mañana, comprando el café, pero ni idea de cuánto tiempo estuvimos así. Seguro que era eso lo que le traía por la calle de la amargura: que yo no me diera cuenta de nada. ¿Cuántos años has dicho que fueron, cinco? ¿Es que no pensaba decir nunca nada?

—Así era él.

—Pero ¿es que uno no se derrumba, no comete ningún desliz o incluso espera hacerlo si no consigue reunir la voluntad o el valor para hablar?

—Silencio y vergüenza, Julian.

—Así podríamos haber seguido diez años más tranquilamente: café conmigo por la mañana y cenas con vuestras parejas por la noche. Al echar la vista atrás, estoy seguro de que Paul no me interesaba ni atraía: no era más que un tipo mayor que me saludaba, pero que nunca me puso en ningún compromiso. Incluso cuando éramos ya medio conocidos y hablábamos con más libertad, normalmente era él quien se iba el primero del Starbucks. Reparé en ese detalle porque, aunque solía llegar antes que yo, después siempre miraba el reloj y decía: «Hora de levantar el vuelo», literal. Pero ¿quién iba a imaginar todo lo demás?, ¿que él estaba ahí esperándome a mí y a nadie más?, ¿que se iba para no parecer un pesado?

»Un día, sin embargo, hará de esto un año o dos, me lo veo allí, sentado en su sitio habitual y con su típico lápiz, corrigiendo un manuscrito que parecía escrito a máquina. Para entonces ya siempre nos saludábamos en condiciones, no solo con un hola de compromiso. Esa vez, en cambio, me hizo un gesto llamativo y alborozado desde el otro lado de la cafetería y me dijo: "Necesito que me des tu opinión". "¿Mi opinión como abogado?", le pregunté, inquieto ya ante la perspectiva de otra persona deseosa de utilizarme como asesoría legal gratuita. "Opinión legal no, para eso tengo a mis abogados —me dijo—. Es que tengo que resolver una historia y no me decido." Le pregunté si podía dejar el maletín en la mesa un momento mientras iba a pedir el café y algo de comer.

»Cuando volví y me senté con el desayuno, me contó que lo habían invitado a China y que como mucho iría a Shanghái. La conversación viró entonces hacia los motivos para viajar a un país que siempre había logrado evitar. ¿Le convenía para el trabajo?, le pregunté yo. "Sí, puede abrirnos muchas puertas y traernos inversores nuevos". Así que tenía que ir, concluí yo. Ya, sí, era consciente. Pero en fin, dijo, ¿cómo le era tan indiferente un país por el que tanta gente daría lo que fuera por visitar? "O es porque me paralizo ante lo desconocido e intento evitar lo que desconozco o es porque temo llegar y no soportar China y luego tener que quedarme allí una semana entera". "Me da que esto tiene más que ver contigo que con China", recuerdo haberle dicho. "Puede que no me gusten las cosas nuevas, o que tenga una contracorriente por dentro que realmente anhela cosas nuevas. Quizá lo que me asusta es acabar enamorándome de China, y, claro, entonces ¿qué?". Me gustó que se sincerara así conmigo, sentirlo como un amigo. Si había algo que leer entre líneas, yo no me enteré de nada.

»Al final acabamos saliendo del Starbucks con el café en la mano y estuvimos paseando, como hemos hecho esta mañana nosotros. Luego, cuando llegamos a la Sexta Avenida, dimos media vuelta, deshicimos lo andado y fuimos hacia el Starbucks para tomarnos otro café. Él pagó con la aplicación del móvil. Presumía de saber utilizarla; estoy convencido de que le hacía sentirse joven. Ese día me acompañó hasta mi trabajo y nos despedimos con un apretón de manos. Después de eso pasamos muchas otras mañanas hablando sobre el viaje a China. No llegó a ir. Pero será ese único paseo, dedicado a China, lo que siempre recuerde.

Carol tuvo la impresión de que aquellas charlas de Paul sobre China habían sido simplemente su forma de confiarle algo sobre sí mismo, puede que incluso sobre su sexualidad.

Luego, de pronto, lo vio claro.

—Ya sé lo que pretendía. Ya sé yo lo que el perro viejo de Paul, el muy pillo, pretendía.

—¿El qué?

—Tanto sacarte el tema de China… Lo que quería era que le dijeras que tú irías a China con los ojos cerrados. Y en algún punto

él le habría dado la vuelta a la tortilla y te habría dicho que él iba si tú lo acompañabas. —Soltó una risita—. Pero tú no le dijiste nada de eso.

—No, no se lo dije.

—Fue un intento a la desesperada. O quizá fuera su forma de decirse que al menos lo había intentado y, conociéndolo, seguramente agradeció que no captaras la indirecta. Le aterraba disfrutar de tu compañía, igual que le aterraba enamorarse de China. A no ser que…

—¿A no ser que qué?

—A no ser que toda la historia de China no fuera más que un invento y solo buscara una excusa para pasar tiempo charlando y abriéndome su corazón.

Julian se quedó sin saber qué decir. Y Carol, otro tanto. En el silencio que se hizo, ella hundió la mano al fondo de su gran bolso de piel y sacó un grueso sobre amarillo. Lo abrió y extrajo un delgado volumen con pastas de cuero.

—Mi marido ha encargado unas cien copias impresas en papel de gran calidad y luego las ha mandado encuadernar en piel de becerro, para que la gente ponga el libro en un sitio bien visible y no lo deje arrumbado por ahí.

—¿Qué son, fragmentos del diario de Paul?

—No, no. Es un cuento infantil que escribió hace dos años.

—Pero esto ha debido de costar un dineral. Hasta yo distingo que es piel de becerro —dijo.

—Sí, lo es. Tenemos pensado mandar un ejemplar a todos nuestros amigos. Tú eres el primero que lo tiene.

Julian cogió el delgado volumen y pasó la mano por las suaves pastas de cuero color tabaco. Olió el librito y luego se lo pegó a la mejilla.

—Es una maravilla al tacto —dijo.

—Queríamos el mejor cuero, así que lo encargamos a Italia. Eso sí, te lo regalo con una condición.

—¿De qué condición estamos hablando?

—Hablas como el abogado que eres… Es mi condición, no la de él, que conste. Creo que a él le habría gustado que lo leyeras una vez al

año, a ser posible el dos de julio, el día de su cumpleaños… Tal día como hoy. Tiene menos de tres mil palabras así que ¿cuánto puedes tardar en leerlo, diez minutos?

Julian abrió la enigmática obrita y leyó el título: *La rosa y el alcaucil*.

—¿De qué trata?

—Es la historia de una rosa que se enamora de un alcaucil. Desde que lo vio, la rosa no perdió de vista al alcaucil y este a su vez contemplaba a diario cómo iba creciendo ella, desde el bulbo y el tallo hasta convertirse en una flor de un espléndido rosado plata. Aquel amor, pues se trataba de eso, de amor, cuando ella lo miraba y él hacía otro tanto, era anatema para el resto de las plantas, flores, hortalizas e insectos del reino.

»Una noche, ignorando la vigilancia de todos, y en contra del decreto que prohibía que a las rosas les diera por amar a un tosco alcaucil greñudo y entrado en años y en carnes, la rosa se dejó crecer tanto el tallo que por fin pudo escapar del rosal y llegar hasta el alcaucil, en cuyo tallo se enroscó siete vueltas para sentirse así más cerca de su corazón. El camaleón, que había ayudado a la flor a abrirse paso, le dijo que había acortado sus días y horas de vida al desplazarse tan lejos para estar con el alcaucil. Pero a ella le dio igual. Pasaron la noche abrazados hasta que por la mañana…

—¿Lo escribió él?

—Sí, lo escribió Paul.

—Pero ¿por qué están mis iniciales en la cubierta de cuero?

—Porque… —empezó a decir, pero se quedó entonces mirándolo a los ojos, casi sacudiendo la cabeza como si dijera: «¿Es que no lo pillas?»—. Porque va sobre ti.

Julian se quedó de piedra.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

—Porque lo dice en su diario, por qué va a ser. Fue su último intento de fantasear, una fantasía de la que era muy consciente: él, el viejo alcaucil, y tú, la joven rosa, todo ello, pensamiento ilusorio. Estaba pidiendo la luna. ¿Es que no lo entiendes?

—Pero es que ni siquiera llegó a pedir nada.

—¿Acaso pide alguien realmente la luna?

Julian prometió leerlo esa misma tarde de camino a la playa. Iba a coger el tren solo porque, para cuando él llegara, ya estarían todos tomando el sol.

Una vez más, se pegó el librito a la cara, vacilando entre olerlo o frotarse los labios con el suave cuero.

—La rosa y el alcaucil —musitó—. Qué destino más triste. Qué destino tan triste tuvo nuestro Paul.

—Sí —admitió Carol, que se quedó pensativa antes de añadir—: Y más triste aún nos resulta porque estuvimos involucrados, pues nos recuerda que tuvimos su vida en nuestra mano, por mucho que él ya nunca hablara de nuestro pasado juntos… Y en tu caso, ¿cómo ibas a saber nada si él se andaba con tanto secretismo? Aunque ¿podemos fingir que ignorábamos cómo se sentía, sabiendo ahora lo que sabemos?

—No lo sé… Me gustaría pensar que una mínima parte de mí quizá incluso se permitió barajar la idea. Si hubiera llegado a declararse, seguro que él me habría dicho, muy educadamente, eso sí, que no le pidiera peras al olmo, no sé si me entiendes. Paul era ambivalente contigo porque también lo atraían los hombres, pero conmigo lo era porque siempre le atrajiste tú. Buscaba algún tipo de prueba sobre sí mismo, pero la búsqueda le daba casi tanto miedo como la prueba en sí.

—A lo mejor lo que quería de nosotros era una prueba, no amor. Y eso podría explicar también por qué se andaba con pies de plomo con tantas cosas. Tenía que estar todo muy claro.

—No —dijo Julian—. Si quería pruebas es porque el amor ya estaba ahí, pero lo fue convirtiendo en trocitos quejumbrosos carentes de toda vida. Yo creo que estaba enamorado, pero que el corazón y la cabeza nunca se le alinearon. Las cosas no cuadraban, como si tú y yo fuéramos dos paradas de un infinito viaje en tren cuya última estación, por lo que él sabía, ni se había construido todavía.

—Nunca lo sabremos.

—A veces me quedo mirando a hombres de su generación y me entran ganas de gritarles: «¿Cómo no ibais a saberlo con diez años?». Muchos hombres de esa generación no supieron que les

gustaban los hombres o que incluso los preferían; para ellos la atracción era circunstancial, puntual, una distracción menor en su vida sexual que se pasaría en cuanto aprendieran a ignorarla. Una buena noche de sueño y todo se evaporaría. Pero siempre volvía. Algunos no comprendieron lo fuerte que era ese impulso. Muchos no querían ni nombrarlo, porque era una palabra muy larga. Pero lo sentían, y no lo decían, ni siquiera les gustaba cómo sonaba la palabra ni lo que representaba, sobre todo cuando se la aplicaban a sí mismos. En definitiva, la cosa se repudiaba por defecto, se ignoraba, se contenía y nunca se tomaba en serio.

»Algunos, como Paul, no tenían forma de habitar en ese mundo extraño al que ni siquiera estaban convencidos de pertenecer; podían entrar en él, pero solo como forasteros que no sabían hablar el idioma de ese país y cuyo verdadero hogar, pensaban, quedaba a miles de leguas de allí, mientras que la orilla desde la que miraban el mar era su único hogar. Tenían fantasías, yo era una fantasía.

»No tengo que leer sus diarios para apostarme algo a que están llenos de fantasías fallidas. Si no me equivoco, nada de lo que tocaba le cuadraba, nada era adecuado. Al final se dedicó a pensar solo en lo que nunca tuvo, hasta quedarse sin nada. Como has dicho tú, no estaba ni en el planeta ni en la vida adecuados. Habría tenido que hacer una reforma integral, y para eso se necesita tiempo, tiempo que a él no le quedaba. Paul, el hombre que quizá nunca fue él mismo, el hombre que vivió una vida de la talla equivocada que no podía descambiar; Paul era la sombra de alguien que nunca fue, un polizón en su propio barco. Vivió la vida equivocada, contigo y conmigo y con todo el que se acostó, hombre o mujer. La rosa nunca se acercó al alcaucil, la rosa nunca dejó el parterre, la rosa murió sola. Paul no era solo el alcaucil, era también la rosa, ¿sabes? O no fue ninguna de las dos cosas. Era como el camaleón, yendo de uno a otro constantemente, haciendo de recadero, cambiando siempre de color porque no tenía ninguno propio.

Carol lo escuchaba con mirada de incredulidad.

—Yo antes pensaba que no quiso tener algo más conmigo por miedo —comentó entonces—, por temor a no estar a la altura de la clase de hombre que, según él, yo quería.

—A lo mejor te pierde un poco la vanidad, Carol. Si tenía miedo (y no digo que no lo tuviera) no era porque creyera que nunca sería quien tú querías, sino por temor a la decepción, y no a la tuya, sino a la suya. ¿En qué posición le habría dejado, qué habría sido de él, si tampoco nosotros éramos los adecuados?

Con lo joven que es y lo bien que ha calado a Paul, pensó Carol. Y eso que no llegó a conocerlo en condiciones.

—¿Cómo eres capaz de entender tan bien lo que sentía alguien como Paul?

—Yo conocía a un hombre que disfrutaba viendo a jóvenes parejas gays, al que le sorprendía lo sencillo y natural que era para los chicos encontrar y compartir lo que querían con el corazón y el cuerpo.

—¿A un hombre? ¿De quién hablas?

Julian hizo una pausa antes de decir:

—De mi padre. La primera vez que fui con Dennis a la casa donde me crie, mi padre no daba crédito ante esos dos jóvenes que no solo aceptaban quiénes eran como pareja, sino que además eran felices y habían encontrado el amor sin esfuerzo y sin necesidad de temer nada o esconderse. Lo que lo desarmó fue nuestra normalidad, tan natural y absoluta.

—¿Y qué hizo tu padre?

—¿Qué hizo? Pues me llamó al día siguiente al trabajo para decirme que me tenía envidia. Tal cual. Cuando la tarde anterior nos habíamos presentado en su casa sin avisar, él se había fijado en el esmero con el que Dennis había puesto los cubiertos en mi lado de la mesa y me había doblado la servilleta de tela. Para alguien de su edad, lo que ocurría entre hombres eran poco menos que guarrerías, cosas de viciosos, de baños públicos, no amor. Acabó diciendo que era demasiado tarde para él, aunque yo le dije que de tarde, nada. «Yo he llegado ya al final del libro de mi vida», me dijo. «Pues escribe tú un capítulo nuevo», le dije creyendo estar dándole un buen consejo.

—¿Y llegó a hacer algo?

—Ni él me contó nada ni yo le pregunté. Nunca me he perdonado esa metáfora tan petulante… Aunque a menudo me he preguntado

por qué no quise saber más. Seguramente me daba miedo lo que él pudiera hacer o lo que supondría para mi madre; o lo más probable es que no quisiera pensar que el matrimonio de mis padres era una farsa, o, peor aún, que yo era hijo de una farsa. Pero, a fin de cuentas, ¿no somos todos hijos de una farsa u otra? —A Julian se le iluminó de pronto el rostro, como si, al hurgar en sus adentros, hubiera descubierto una capa más profunda e inesperada—. Me lo estoy replanteando, Carol: ¿y si yo no fui más que una tapadera para Paul, una distracción, una especie de coartada necesaria para impedirle ver que el único amor que había cultivado en su vida eras tú, y que después de tantos años era hora de aceptar que ya nunca serías suya? A lo mejor yo, y puede que otros antes, no fuéramos más que parches…

—Interesante —contestó ella—. Pero, siguiendo esa lógica, a lo mejor el parche era yo y tú el amor verdadero.

Ambos rieron.

—El nudo gordiano se queda corto en comparación…

—Que se lo digan a Paul… Eso explicaría por qué llenó miles de páginas con sus apuntes diarios. Trataba de averiguar algo que, pese al trabajo de búsqueda personal, no conseguía desvelar. Qué típico de Paul. ¿Estaba enamorado de nosotros, era solo lujuria, o era así de compulsivo solo porque lo que lo movía por dentro era la compulsión?

—Ahora que lo pienso —observó Julian—, seguramente no hubo en su vida ni rosa ni alcaucil. El uno nunca hizo señas, la otra jamás se movió. Esto puede aplicarse a casi todo el que se queda esperando de brazos cruzados.

—Cierto. —Carol se quedó mirándolo a los ojos; cada vez le caía mejor—. Empiezo a entender por qué te buscaba todas las mañanas.

—Iba a decir lo mismo sobre ti.

—¿Por qué?

—Porque, tras ese blindaje tuyo tan aceradito, eres una persona de una dulzura, un calado y una tolerancia poco comunes.

—«Aceradito» no sé si lo aceptarían en el Scrabble.

—Rima con «prontito».

—Yo nunca he dicho «prontito».

—Sí que lo has dicho.

—¿En serio?

—¿Te puedo dar un abrazo?

Carol asintió. «Por supuesto».

—Lo estás abrazando a él, ¿verdad? —le dijo Julian en pleno abrazo.

—Equilicual.

—Ya nadie dice «equilicual» —bromeó el joven abogado.

Ambos rieron por lo bajo y se dieron un segundo abrazo antes de separarse.

—¿Me prometes que lo leerás en el tren? Es como un regalo de Navidad de Paul para los dos.

—Te lo prometo.

—Una última pregunta —dijo Carol, que pareció vacilar entonces —: ¿crees que Paul tenía algo más en mente cuando me pidió que quedara contigo? —Julian se encogió de hombros en un gesto indefinido de «a saber…», y ella se quedó mirándolo con un parpadeo picarón—. Yo tampoco lo creo, pero Paul tenía una mente retorcida, llena de laberintos infinitos con todo tipo de revueltas y puertas dobles. De todas formas, no te digo yo que no quisiera acercarnos, que nos hiciéramos amigos, amigos íntimos de por vida, para que así, a través de nosotros, él consiguiera lo que la vida nunca le dio.

—O puede que lo único que desease fuera que lo quisiéramos y que, al hablar sobre él, dejásemos que su espíritu nos sobrevolara durante más tiempo. No es mucho pedir, ¿no crees? No temía la Gran Nada, pero tampoco quería que la gente lo olvidara; quizá deseaba que lo añoráramos. Aunque el último recuerdo que quería dejar tras él no era una cara desfigurada o embarrada que horrorizara a la gente. Nada de saltar de ventanas o de puentes altos, nada escabroso.

Medió un compás de silencio.

—Bueno, ¿te vas para la playa?

—No, paso primero por el despacho y luego cojo el tren en Penn Station.

—¿Te podría llamar dentro de un mes o así… para charlar o lo que sea? —le preguntó ella.

—Qué gracia, yo iba a preguntarte lo mismo.

—A él le habría encantado.

—Lo sé.

Julian se levantó entonces y salió del restaurante, momento en el cual, al verlo alejarse y cerrar la gruesa puerta de cristal, Carol se dijo que el joven nunca hojearía el diario, que no le echaría ni un vistazo al regalo encuadernado en piel y que seguramente lo guardaría en el trabajo. Y aquello, una vez más, la dejó con una sensación de soledad apabullante, como si se hubiera cometido una cruel injusticia y estuviera llorando a Paul una vez más, solo que ahora ya lo hacía sola, y siempre lo lloraría sola. Como mucho, le mandaría algún correo breve para darle las gracias y si te he visto, no me acuerdo. O quizá se equivocara con él. Ya veremos, se dijo.

Había querido preguntarle si a ella también la veía como un polizón de su propia vida. ¿Y Julian y Dennis? No lo creía, al menos de momento. Nos convertimos en polizones cuando no nos queda nada por lo que vivir y lo único que hacemos es echar la vista atrás y cuestionarlo todo.

Cuando salió del bar y se encaminó hacia Grand Central para coger el metro a casa, por fin interiorizó del todo que Paul se había ido para siempre. Ya no volverían a encontrarse por la calle, hablar, ni tan siquiera a recordarse tantos detalles que uno u otro quizá hubieran olvidado. En los meses tras su muerte, durante la lectura incesante del diario, lo había sentido casi al alcance de la mano y, siempre y cuando no volviera la vista para pillarlo mirándola por detrás mientras pasaba una página tras otra, casi era capaz de sentir su aliento. Quizá no se hubiera ido del todo y estuviera planeando sin más en algún punto indefinido pero nunca lejano. A su manera había hecho lo que quienes añoran a sus muertos hacen al aferrarse a jerséis, almohadas, abrigos de invierno gastados y raídos que se niegan a mandar al tinte, con la esperanza de conservar para siempre su olor hasta que alguien los regala o los lava, y luego el olor desaparece para siempre y lo único que queda es un puñado de fotografías, algún que otro vídeo y su voz en el mensaje del

contestador automático. Carol había grabado el de Paul justo antes de que su mujer lo borrara: él desaparecería entonces para siempre y no quedaría nadie, ni un alma con quien poder hablar de su muerte o recordar los años compartidos. Había creído que Julian le haría de puente hasta él, pero apenas era un tablón de madera, arrojado de cualquier manera sobre un charco en un día de lluvia para luego ser rápidamente arrumbado al pasar la tormenta. Entendió de pronto que la única persona que la habría comprendido y le habría aliviado de esa ola de duelo que la había bañado a última hora de esa mañana, camino del metro que la llevaría a su casa en el Upper East Side, no era otro que el difunto en cuestión, y que ya no podía contar con él.

«O sea, que estás muerto», piensa.

«Muerto y sepultado», responde él.

«¿Por qué lo hiciste?».

«¿Por qué? Muy fácil. Me aburría tanto que llevaba muerto ya una eternidad, ¿no lo comprendes?».

«Esa no es razón. ¿Es que acaso ahora estás en un sitio mejor?».

«Mucho mejor. Estoy intentando olvidarte».

«Yo no he olvidado».

«Pero lo harás».

«Te echo de menos más que nunca. —Esta vez él no responde—. ¿Cómo se está por ahí abajo?».

«¿Por qué, es que quieres venir de visita?».

Humor patibulario, pero ríe igualmente.

«Creía que iba a ser mejor que vivir, pero en realidad nada más lejos…».

«Eso te lo podría haber dicho yo».

«Además, me pica el pie y estoy tan atrapado en esta caja en la que me han metido que no me llego al dedo gordo, y menos aún soy capaz de estrecharle la mano brevemente a sir Lochinvar en el Más Abajo ni a sus desaliñadas hermanas».

«Cómo nos reímos con el Más Abajo en tiempo de nuestros dulces suspiros, ¿te acuerdas?».

«¿Cómo no me voy a acordar? Sigo pensando en ti».

Todavía recuerda el Dante de hace tantos años.

Deh, susurra él,
quando tu sarai tornato al mondo
e riposato de la lunga via…
Ricorditi di me, che son la Pia:
Siena mi fé, disfecemi Maremma:
Salsi colui che'nnanellata pria
disposando m'avea con la sua gemma.
Silencio.
Y luego de nuevo silencio.
«Ya no me hablas», le dice ella.
Silencio.
«No puedo seguir haciéndote de apuntadora».
Otro silencio. Y así ya para siempre.
La Gran Nada, como lo llamaba él.

Está sola. Eso es lo que significa la muerte: hablas y no te contesta nadie. Lo único que recuerda es lo mucho que reían juntos.

Rememora entonces aquel día entre semana de verano, cuando él la llamó al trabajo y quedaron para comer juntos en la terraza de un bistró del Soho, The Albatross. Puede que fuera el día más feliz de su vida, y de la de Paul. «¿Qué harías si yo me muriera?», le había preguntado él después de contarle que una semana antes había estado convencido de que iba a morir de un cáncer de huesos. Quería oírla decir que se quedaría hecha polvo. «Iría al teatro con mi marido o al Federico's con los amigos y brindaríamos a tu salud». Paul no se esperaba esa respuesta y Carol se lo notó en la cara. «No seas tonto —le soltó—. Si te murieras, me borrarías toda la vida».

Cuando llega a la estación y está ya en el andén esperando el 6, que, con tantas paradas, siempre tarda una eternidad, saca el móvil y por enésima vez en su vida relee lo que escribió Paul sobre su propio final:

«La muerte es un vacío largo, larguísimo, que abarca más que la suma total de todas las constelaciones del universo, desde aquí a trillones de años luz, donde ni siquiera Dios espera al final del camino, porque no hay final en ese camino. La muerte es perenne e, incluso una vez que el universo sea engullido y se pliegue en una mota diminuta, la muerte sobrevivirá a esa mota».

Había querido leérselo a Julian, pero, entre una cosa y otra, se le había olvidado.

Mientras espera a que llegue el metro, comprende que también dentro de ella ha muerto algo. Murió hace casi medio siglo, por mucho que siempre se haya negado a reconocerlo. Y quizá esa sea la lección de Paul: morimos acto a acto, hasta que bajan el telón, y no hay nadie ni para enseñarnos la salida. Morimos solos. Él murió solo.

Siente que la zarandea por dentro una ola tan poderosa que solo puede ser compasión, y piensa entonces que la compasión es el indicio más cierto de la pasión. Esto también podría haberlo dicho Paul, era muy de decir cosas así; se sonríe de solo pensarlo. Nos convertimos en quienes amamos. Más ecos de Paul. Aunque nunca lo dijera así, es de nuevo un pensamiento con su firma. «Ay, Paul —piensa—, ¿de verdad tenías que morir?».

Entonces se acuerda de la recepción posterior al funeral, cuando Connie atendía a los invitados mientras dos camareros no paraban de pasar con bandejas de tentempiés a cada cual más exótico. Carol se coló en el despacho de su amigo y allí estaban: las gafas de Paul, perfectamente dobladas donde las había dejado sobre el escritorio, esperando aún a que volviera y se las pusiera; las hormas antiguas a las que tanto cariño les tenía; los ceniceros que ya no utilizaba pero que seguía gustándole tener desperdigados por la casa; los recuerdos que atesoraba sin sentir apego por ellos; las fotografías de cuando era pequeño; la taza que le gustaba porque se la había regalado ella… Todo dejado atrás para quienes no sabremos qué hacer con ello y conservaremos durante décadas, hasta que los que nos sucedan los tiren para recordarnos que, pese a todos nuestros esfuerzos, seremos, oh, sí, olvidados.

El metro llega ya, las puertas se abren, Carol sube, busca un sitio y, en cuanto se acomoda en el vagón, saca el Kindle y lo abre por Turguénev. «El radiante día de primavera se desvaía ya en atardecer». Paul le había recomendado esa novela hacía tiempo y, ahora que él no está, por fin ella se permite deleitarse con lo que su amigo se deleitaba. Casi es capaz de oírlo leyéndole, rozándole la oreja con los labios. No está sola, piensa, y a la vez está más sola

que nunca. «El radiante día de primavera se desvaía ya en atardecer». Él lo entenderá. Pero ¿llegaron ellos acaso a saber o a entender qué los mantenía unidos? No es amistad, no es amor, aunque solo podría ser amor a la par que amistad. Pero ella no lo sabe, ni él lo supo tampoco.

Luego, al levantar la cabeza del libro, piensa en *La rosa y el alcaucil*. Confía en que Julian lo lea. Quiere confiar y, en esa confianza, espera que el difunto encuentre ya un asomo de descanso. Piensa en Julian en el tren que siempre va lleno a los Hamptons, y se lo imagina durante la cena leyendo partes del cuento a sus invitados, o tal vez luego, cuando esté a solas con Dennis esa misma noche y le cuente la conversación que ha tenido esa mañana a las puertas del Bryant Park: sí, cinco largos años, quién lo habría dicho, un polizón en su propio barco, pobre hombre. Dennis lo mira y le pregunta qué alcaucil no ha anhelado una rosa, a lo que Julian le responde con qué rosa no se ha atrevido a salvar la distancia. Hay quienes están deseando decir lo que sienten y hay quienes se quedan de brazos cruzados. Yo no me esperé, dice Dennis. Ni yo tampoco, dice Julian. Tenemos suerte. Pues sí, tenemos suerte, mucha suerte. O sea que ¿no somos polizones? Polizones no, gracias.

Título original: *Room on the Sea. Three Novellas / Stowaways*
Primera edición: septiembre de 2026

© 2025, André Aciman
Todos los derechos reservados, incluidos los derechos de reproducción en su totalidad o en parte

© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Julia Osuna, por la traducción

© Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial, inspirado en un diseño original de Enric Satué

Imagen de la cubierta: © Alessandro Vallainc / iStock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el artículo 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, PRHGE se reserva expresamente los derechos de reproducción y de uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-204-7691-9

Composición digital: MT Color & Diseño, S.L.
www.mtcolor.es

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: AlfaguaraES
X: @AlfaguaraES
Instagram: @AlfaguaraES
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

Vuelve el Aciman de *Llámame por tu nombre* con cuatro historias sobre el amor y el deseo.



En estas cuatro novelas cortas, André Aciman explora las incertidumbres, los deseos y los equívocos del amor. En «**El caballero del Perú»**, unos amigos conocen a un misterioso huésped en un hotel de la costa amalfitana cuya presencia lo cambia todo. **«Habitación con vistas al mar»** narra el diálogo entre dos desconocidos que se conocen como jurado y comienzan una relación ambigua. «**Mariana»** reimagina un célebre relato del siglo XVII sobre la pasión entre una monja y un aristócrata inconstante. En **«Polizones»**, un correo inesperado revela a Julian la existencia de una vida y un amor secretos que desconocía por completo.

Sobre André Aciman

André Aciman nació en 1951 en Alejandría, en el seno de una familia judía sefardí de origen turco. Formado en la Universidad de Harvard, ha sido profesor de Literatura Comparada y de Escritura Creativa en el Bard College y en las universidades de Princeton y Nueva York. En cuanto a su labor creativa, es muy conocido como ensayista y estudioso de la obra de Marcel Proust. En 1996 vio la luz *Lejos de Egipto*, un libro de memorias sobre su infancia y adolescencia que mereció el prestigioso Whiting Award. Posteriormente publicó la recopilación de ensayos *False Papers: Essays on Exile and Memory*, la novela *Ocho noches blancas* y participó como coautor y editor en las obras *Letters of Transit* y *The Proust Project*. Alfaguara ha publicado *Variaciones Enigma* (2019); *Llámame por tu nombre* (2008), su primera novela, llevada al cine con gran éxito por Luca Guadagnino y que obtuvo el Lambda Literary Award y la distinción como mejor libro del año de *Publishers Weekly* y *The Washington Post*; y *Encuéntrame* (2020), su esperada secuela. *Homo irrealis* es su último libro.

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial



penguinlibros

Índice

Idilio
Dedicatoria
El caballero del Perú
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6

Habitación frente al mar
- Lunes
- Martes
- Miércoles
- Jueves
- Viernes

Mariana
- Relato
- *Epílogo*

Polizones
- Relato

Créditos
Sobre este libro
Sobre André Aciman

Índice de contenido

1. Idilio
2. Dedicatoria
3. El caballero del Perú
    1. Capítulo 1
    2. Capítulo 2
    3. Capítulo 3
    4. Capítulo 4
    5. Capítulo 5
    6. Capítulo 6
4. Habitación frente al mar
    1. Lunes
    2. Martes
    3. Miércoles
    4. Jueves
    5. Viernes
5. Mariana
    1. Relato
    2. Epílogo
6. Polizones
    1. Relato
7. Créditos
8. Sobre este libro
9. Sobre André Aciman

Puntos de referencia

1. Portada
2. Portadilla
3. Dedicatoria
4. El caballero del Perú

5. Capítulo 1
6. Capítulo 2
7. Capítulo 3
8. Capítulo 4
9. Capítulo 5
10. Capítulo 6
11. Habitación frente al mar
12. Lunes
13. Martes
14. Miércoles
15. Jueves
16. Viernes
17. Mariana
18. Relato
19. Epílogo
20. Polizones
21. Relato
22. Créditos
23. Sobre este libro
24. Sobre el André Aciman
25. Índice